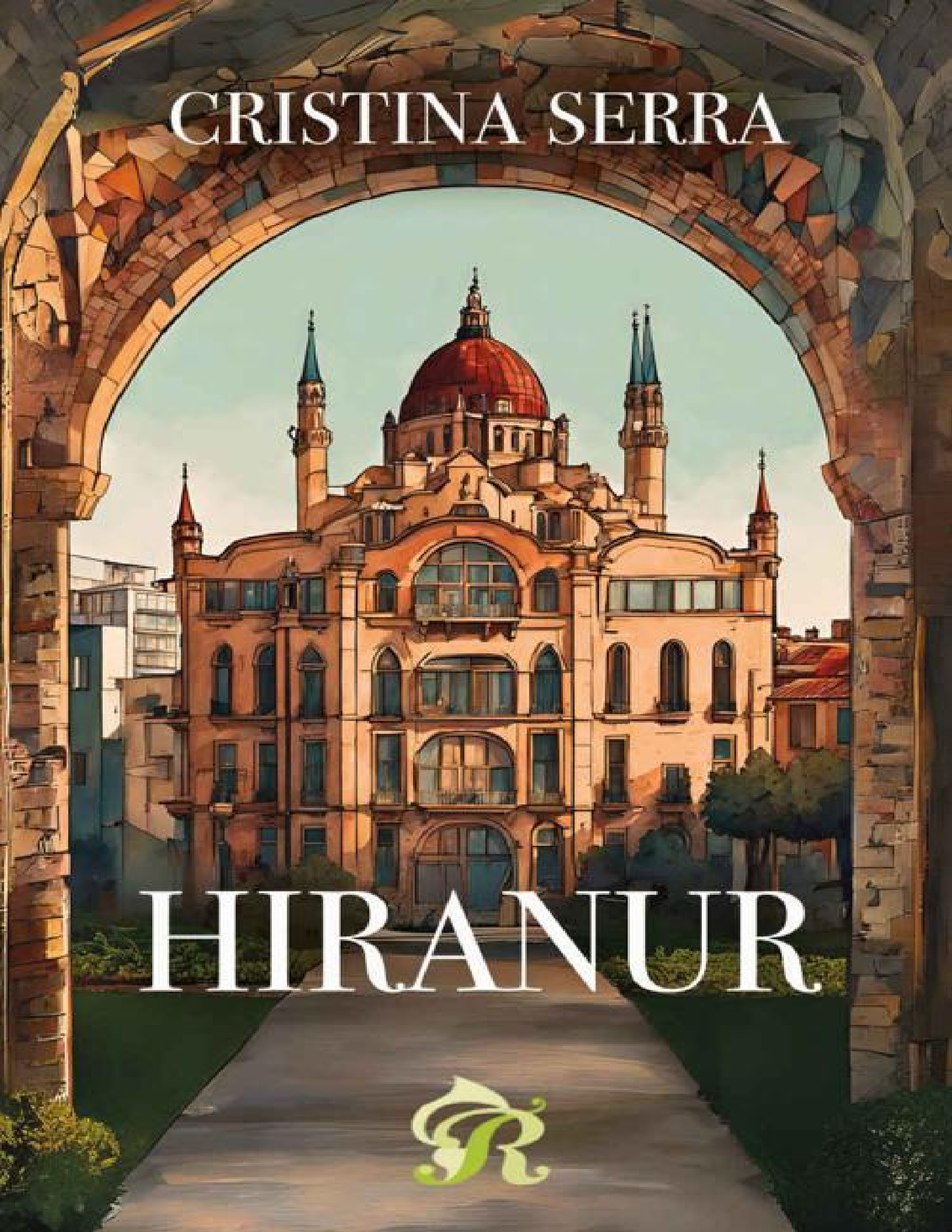
CRISTINA SERRA



HIRANUR

HIRANUR

Cristina Serra



Primera edición digital: Octubre 2024
Título Original: Hiranur
©Cristina Serra, 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-129241-0-7
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mi familia

1 HIRANUR

2 HIRANUR

3 HIRANUR

4 YUSUF

5 HIRANUR

6 YUSUF

7 HIRANUR

8 YUSUF

9 HIRANUR

10 HIRANUR

11 YUSUF

12 YUSUF

13 HIRANUR

14 HIRANUR

15 YUSUF

16 HIRANUR

17 YUSUF

18 HIRANUR

19 YUSUF

20 HIRANUR

21 HIRANUR

22 HIRANUR

23 YUSUF

24 HIRANUR

25 HIRANUR

26 YUSUF

27 HIRANUR

28 YUSUF

29 HIRANUR

30 YUSUF

31 HIRANUR

32 YUSUF

33 HIRANUR

34 YUSUF

35 HIRANUR

36 HIRANUR

37 YUSUF

38 HIRANUR

39 HIRANUR

40 YUSUF

41 HIRANUR

42 YUSUF

43 HIRANUR

EPÍLOGO HIRANUR

1

HIRANUR

Estambul
Abril, 2021

Si alguien me hubiera dicho que mi último año de instituto lo iba a cursar en Estambul, viviendo en el palacete turco de mi padre y de su familia que, cabe decir, solo había visto en fotos y dejando mi querida ciudad de Barcelona, en donde me había criado con mi madre toda mi vida, no me lo hubiera creído. Seguro que hubiera pensado que era una de las tantas pesadillas que había tenido cuando era una niña y que me levantaba sudando de la cama y gritando desconsolada pensando que mi padre me había secuestrado. Finalmente, la pesadilla se hizo realidad. No me había secuestrado, propiamente dicho, pero sí lo hizo con la fuerza de la ley.

La historia de mi vida es sencilla o era sencilla, porque ahora todo ha cambiado, exactamente desde que mi madre decidió quitarse la vida con un millón de analgésicos. Todavía no entiendo por qué lo hizo. No tenía motivos para ello o sí, y yo no lo sabía. Jamás sufrió una depresión o crisis de ansiedad, que tan de moda están ahora. Siempre se comportaba de forma equilibrada, tranquila, y pocas veces perdía los nervios. Solo cambiaba su estado de ánimo cuando hablaba de mi padre. Sus ojos se nublaban y su sonrisa, normalmente perenne, desaparecía. Cuando era una niña me contaba muchas más historias sobre él, dónde vivía y sobre su poderosa familia turca, pero cada año que pasaba, sus ganas de lamerme los oídos con historias de mi familia paterna turca iban a menos, y yo, para no alterarla, había dejado de preguntar por él desde hacía ya muchos años. También, con el tiempo, había dejado de tener esa curiosidad insaciable que tienen los niños y más los que se crían sin algún progenitor. La vida de mi padre, la historia que tuvo con mi madre y el porqué de no querer saber nada de nosotras, ya no me interesaba en absoluto.

Sabía que vivía en Estambul y que era de origen árabe, pero con costumbres europeas por el tipo de educación que recibió en su momento. Cuando era una niña y comencé a preguntar por qué no tenía un papá igual que el resto de mis amigas, ella me explicaba que había tenido una historia de amor con un hombre turco, «guapísimo e inteligente» (tal cual me lo describía). La familia de Ömer Yildirim, mi padre biológico, viajó a Barcelona por motivos de trabajo. Mi abuelo era el propietario de una de las compañías navieras más importantes de Turquía y estuvieron varios meses en la capital catalana negociando el transporte de sal turca, cada vez más demandada en el extranjero.

A lo largo de esos meses, mi madre, por pura casualidad del destino, tuvo la oportunidad de conocer a Ömer Yildirim y parece ser que fue un amor a primera vista. La familia Yildirim estaba alojada en el hotel Mandarín, uno de los más lujosos de la Ciudad Condal y no pudo quitarle los ojos de encima desde que lo descubrió sirviéndose unos huevos revueltos en el *buffet* libre del hotel. Ella, en ese momento, se encontraba supliendo a una amiga en su trabajo como camarera en el lujoso hospedaje de cinco estrellas.

Siempre me contaba que Ömer y su hermano Antara eran los hombres más guapos que jamás habían visto sus ojos, pero sobre todo el hermano mayor, Ömer, que era poseedor de un encanto especial que deslumbraba en cada paso que daba. Por supuesto, Ömer Yildirim se fijó en mi madre, difícil hubiera sido no hacerlo porque era una mujer absolutamente preciosa, con unos rasgos perfectos y un cuerpo para soñar. Lo que más destacaba en su precioso rostro eran sus ojos, grandes y expresivos y, desde que descubrieron al joven turco, les dio la orden de perseguirlo por toda la sala, todos los días en que Ömer se alojó en el hotel.

Puedo asegurar, que según lo que me explicaba mi madre, ella y Ömer tuvieron un romance de película hasta que mi padre tuvo que volver a Estambul sin saber que mi madre se había quedado embarazada. Se prometieron la continuidad de su relación, pero la realidad fue otra, una muy distinta, no tan romántica y, sobre todo, muy injusta para nosotras.

La cruda realidad es que Ömer, cuando se enteró por parte de mi madre de que iba a ser padre, mediante una carta tradicional escrita con pocas palabras, le respondió que no se iba a hacer cargo de mí porque no podría volver a España durante varios años. Debía estudiar en la universidad de Estambul, formarse para llevar la naviera de su padre y hacerse cargo de un hijo cambiaría su vida de tal modo que debería renunciar a todos sus sueños. Y a eso no estaba dispuesto.

Mi madre jamás le perdonó por ello, pero yo no lo creo. Quizás sí estaba enfadada los primeros años, pero ya habiendo pasado ese ciclo de ira y de dolor, hablaba de él y de su mundo con cierto cariño. Ahora se había convertido en un amor prohibido que no le dejaron disfrutar pero que a Ömer lo dejaba exculpado. Probablemente, había un tercero que lo debió ordenar separarse de ese amor de verano que no era más que un problema, y uno muy grande.

Ömer y su familia tenían otros objetivos, y unos muy altos que requerían de plena concentración por su parte. Quería llegar a ser el presidente de «Yildirim deniz». Ese era el nombre de la compañía de mi abuelo y eso sí lo consiguió. Mi abuelo había puesto todas sus esperanzas en la continuidad de su compañía multimillonaria en su primogénito por lo que no podía echarlo todo a perder por un romance de tan solo unos meses, por muy intenso que hubiera sido. Al fin y al cabo, era solo una mujer y en el país turco, siendo por culpa de la cultura o de las costumbres, las mujeres sufren otra consideración.

Mi madre nunca exigió nada a Ömer Yildirim, ni siquiera una mínima responsabilidad frente a su hija sabiendo que, a la familia de mi padre, si algo le sobraba, era el dinero y nosotras, sin llegar a vivir en precario, sí lo hacíamos de forma muy sencilla. Eso sí, no nos faltaba de nada. Nos teníamos la una a la otra y funcionábamos como un buen equipo. Ella consiguió un trabajo como auxiliar de enfermería en el Hospital del Mar de Barcelona, gracias a los estudios que logró terminar estando embarazada y yo le proporcionaba una vida sin dolores de cabeza. Me esforzaba en el instituto, sacando unos buenos resultados y no me metía en problemas.

Vivíamos en un barrio sencillo de Barcelona, de clase media baja, en una vivienda de apenas sesenta metros cuadrados pero muy acogedora. Era mi hogar, el único en el que había vivido y en el que me sentía cómoda. Lo mejor eran las vistas de la pequeña ventana de la cocina. Veíamos la catedral de la Sagrada Familia, siempre en obras, siempre construyéndose, pero siempre un poco más, siempre hacia adelante. Igual que nosotras. Eso era lo que me gustaba de esta construcción emblemática. Siempre avanzando, así vivíamos mamá y yo, superando todos los altibajos de la vida pensando que pasarán, tarde o temprano. No sé qué debió pasar para que decidiera dar ese paso atrás. No sé por qué no confió en mí para explicarme por qué no quería seguir avanzando, por qué dejé de ser un motivo suficiente para seguir viviendo. Sufría altibajos depresivos, pero nunca tuvo una crisis tan fuerte como para decidir ponerle fin a su vida sin

contar con las consecuencias… hasta ahora.

El piso en el que vivíamos tenía dos habitaciones muy pequeñas, en donde únicamente cabía una cama individual y un pequeño armario. La mesa del comedor era multiusos. En algún momento del día era mi mesa de estudio, y en otro la usábamos para las comidas y por supuesto era la que soportaba las tazas de té turco que mi madre preparada a diario después de cenar. Era un momento íntimo entre las dos, en el que nos contábamos las mejores historias, yo del colegio y de mis amigas (amoríos adolescentes que le hacían sonreír) y ella de su trabajo, que lamentablemente, sus anécdotas no eran tan graciosas e interesantes como las mías. Desconectar ese rato después de cenar, tomando el té juntas, era lo mejor del día. Recuerdo que un día le pregunté por qué tomábamos esta infusión de un color ocre tan intenso como el sol en el atardecer y en esos pequeños vasos ovalados que conservaba desde que tenía uso de razón y su respuesta fue tajante:

—Junto contigo es lo único que conservo de tu padre. Era un chico de tradiciones y de costumbres, como gran parte de la población turca y me enseñó lo que te puede llegar a dar una buena conversación acompañada de este té tan maravilloso. ¿O no te gusta? —me preguntó esperando una respuesta afirmativa.

—Oh, claro que me gusta, mamá, sobre todo su color. Es casi tan rojo como la sangre. —Y después de unos segundos que me permití para exhalar una bocanada de aire y coger fuerzas, me atreví a introducirme en terreno peligroso—: ¿Cómo era mi padre, mamá? Ya no me hablas de él tanto como lo hacías antes.

Ella siempre decía que yo me parecía mucho a Ömer, que tenía sus mismos rasgos. Lo decía con orgullo a pesar de que siempre creí que parecerme al hombre que tanto daño nos había hecho debía de ser un tormento para ella. Pero realmente no lo creo. De hecho, muchas veces la había encontrado mirándome de forma embelesada. Sabía que en ese momento viajaba en el tiempo.

No la distraía. Me gustaba verla sonreír sin ningún motivo aparente. Yo sabía perfectamente que no me estaba mirando a mí, sino a Ömer a través de mi piel agitanada y de mis ojos verde turquesa.

—Era el joven más guapo que había visto jamás —así comenzó mi madre a describirme al hombre que literalmente nos había abandonado priorizando su carrera y su futuro—. Tenía un pelo denso y negro como el azabache, el cual cuidaba muchísimo con los mejores productos del mercado y una piel oscura, algo agitanada (igual que la mía). Era un hombre presumido. Era muy consciente de su atractivo y de lo que podía provocar en una mujer. Siempre iba vestido como un galán. Impresionaba a cualquier señorita que pasara por su lado y yo, por supuesto, no iba a ser menos.

—¿Sigues queriéndole, mamá? —pregunté con escepticismo. ¿Cómo se podía querer a alguien que carecía de amor? Porque un hombre capaz de dejar a una chica embarazada y abandonarla sin ningún miramiento, era un salvaje sin sentimientos.

—Siempre le querré, Hiranur. Me ha regalado lo mejor que tengo en mi vida —dijo mirándome con cariño y mientras me acariciaba las mejillas. Sus palabras siempre eran cariñosas y jamás me habló con desprecio de Ömer. Nunca le criticó por no hacerse cargo de mí y tampoco de ella. Yo tampoco lo hacía cuando era una niña, pero la adolescencia, con toda la revolución hormonal que ello conlleva, sí que hizo que lo despreciara. Mi madre jamás volvió a enamorarse, a querer a nadie. Su corazón seguía en Estambul, seguía en manos de Ömer Yildirim, por mucho que le pesara.

Durante gran parte de mi infancia me pregunté por qué no nos quiso en su vida, por qué no nos dio ni siquiera una oportunidad para amarnos, para conocernos y compartir una vida juntos,

como una familia normal. Eso era lo único que yo había deseado durante años, ser una familia completa. Igual que tenían mis amigas. Con un padre, una madre y una hija. Después, con los años, me di cuenta de que sí tenía una familia completa. No le necesitaba para ser feliz. Y las excusas de mi madre por explicarme el motivo de su ausencia habían dejado de tener fuerza. Sí que fueron útiles y colmaban mi curiosidad cuando era una niña, pero cuando fui creciendo y mi sentido común fue madurando, ya no eran suficientes.

Me rodeaba de amigas que tenían padres, unos mejores y más cariñosos que otros, pero los tenían, cosa que yo no y era muy doloroso, sobre todo cuando era una niña pequeña. Lo eché terriblemente de menos, hasta que llegó un día, en que ya no le encontré a faltar. Me di cuenta de que lo que nunca se ha tenido no lo puedes echar en falta y descubrí, que lo que había sentido toda mi vida eran celos, celos por los demás, por lo que tenían, por la protección y el amparo que puede dar una figura paterna pero su dejadez como padre, su abandono de las obligaciones paternas (porque sí, creo firmemente que un padre y una madre tienen unas obligaciones además de unos derechos) no me provocó más que eso y me enseñó a valorar lo que tenía, una madre maravillosa que era tan completa que acaparaba la figura paterna y materna haciendo que fuera una niña feliz. Ya me había acostumbrado a ser una familia monoparental y éramos felices con lo poco que teníamos. Ya dijo alguien muy sabio que no es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita. Y yo solo la necesitaba a ella y ahora ya no la tenía. Ya no tenía nada. Ahora sí que sabía lo que iba a ser echar de menos a alguien. Ahora estaba sola.

A día de hoy, todavía no entiendo la decisión de mi madre y si Dios me permitiera un minuto más con ella, lo primero que haría era preguntarle el porqué de su decisión. Sabía que nunca había sido del todo feliz (pero ¿quién lo es?), ni siquiera mi vida la había llenado completamente, por mucho que ella me asegurara que yo era lo único que necesitaba para vivir.

Mentira. Se suicidó y me dejó absolutamente desamparada ante un futuro incierto.

Una mujer tan expresiva como ella era difícil que pudiera contener sus sentimientos apartados sin ser vistos. Por lo que yo sabía que su vida cojeaba, pero no quise aceptarlo. Soy una chica con un orgullo desmesurado y pensar que mi madre, después de diecisiete años lloriqueaba todavía por un mal hombre, me sacaba de quicio.

Ömer Yildirim entró en escena cuando mi madre desapareció de mi vida. Mis abuelos maternos, también bastante ausentes en mi vida (nunca perdonaron a mi madre que decidiera tenerme) y, ahora, eran demasiado mayores para asumir la guarda de su nieta adolescente, por lo que se vieron obligados a comunicarle a mi padre el fallecimiento de su hija y pedirle que asumiera, de una vez por todas, el deber que tenía frente a mí.

A pesar de no haber tenido nunca una relación con mis abuelos maternos, creí que ellos sí que se harían cargo de mí cuando mi madre se suicidó. Ya no era una niña que daba trabajo, sino todo lo contrario. Podía ser una buena compañía para ellos, incluso los hubiera cuidado si me necesitaban. Pero volvía a estar equivocada. Ellos no me querían, nunca me habían querido.

Todo sea dicho, Ömer puso cartas en el asunto de forma inmediata y en menos de lo que canta un gallo, poseía el deber de cuidarme y el derecho de tenerme.

Esta vez el consejo mundialmente conocido de respirar bien para combatir la ansiedad no estaba dando resultados. No podía ser verdad. Mi padre había reclamado la guarda y custodia y debía viajar a Estambul y vivir con él, por lo menos hasta que alcanzara la mayoría de edad y no

podía pensar demasiado en el asunto y en este cambio radical de circunstancias porque tenía que irme ya.

Cerré la boca a conciencia para que el oxígeno entrara por las vías nasales y me ayudaran a calmar estos nervios que me estaban matando. Las piernas no obedecían el mandato de caminar hacia adelante (ni hacia detrás) y el corazón saltaba con fuerza dentro de mí. Sentía arcadas. ¿Tenía miedo? Estaba claro que sí. No era una chica cobarde, ni mucho menos. Incluso alguien que no me conociera, podría considerarme una chica valiente, pero era una situación difícil… o dificilísima, más bien. Conocería por primera vez a Ömer Yildirim, mi padre biológico que no había dado señales de vida jamás y añade a su familia en el saco y en un entorno tan diferente al que estaba acostumbrada.

En una semana había perdido a mi madre y debía de conocer a mi padre, a un hombre que jamás había visto en persona. Solamente tenía en algún lugar de mi memoria varias imágenes de un chico joven y apuesto que había visto en varias fotos viejas de mi madre. Una bomba de relojería para cualquier ser humano y si le añades a que tengo diecisiete años y que todavía estoy aprendiendo a gestionar las emociones con la tranquilidad que la madurez te otorga, puedes imaginarte en qué estado me encontraba.

«Venga, Hiranur, vamos, tú puedes», me decía, continuamente, esa voz interna que tan bien conocía y que tanto me había ayudado en momentos difíciles.

Ese ánimo interior nunca era devastador, ni deprimente. Era la Hiranur más fuerte, la más valiente, la que podía con todo y se lo agradecía de forma inmensa porque la Hiranur real tenía una parte débil que muchas veces fallaba.

Dejé de caminar por el pasillo eterno del aeropuerto que llevaba hasta la sala en donde recogería las maletas por la cinta eléctrica, inspiré por la nariz apretando los labios y apreté mi pecho con la palma de la mano para intentar calmar mi corazón. Si no lo conseguía, me desmayaría antes de ver a Ömer. Habían vuelto las arcadas.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me preguntó una de las impactantes azafatas del avión que ya me había visto en el vuelo. Y digo impactante no por su aspecto físico (no tenía una belleza que resaltara especialmente) sino por el uniforme que llevaba la tripulación de las aerolíneas turcas. Cualquier mujer corriente vestida de esa forma estaría guapa. Americana y falda color de color rojo bandera y una blusa gris piedra. Espectaculares, todas.

—Oh, sí. Es solo que… nada, nada importante (si le contara…). —No le iba a explicar que conocería en los próximos minutos a mi padre biológico. No era de su incumbencia y la historia era demasiado rocambolesca. Ni yo misma me lo creía.

—¿Necesita algo? ¿Quiere que llame a algún familiar o amigo? —la guapa azafata insistía. Me permití unos segundos antes de contestarle porque en ese instante caí en la cuenta de que nadie me había facilitado el teléfono de Ömer. ¿Cómo podía haber tenido ese despiste? ¿Y si no lo reconocía? O peor aún, ¿y si no me reconocía él a mí? Nunca me había visto, por lo menos en persona. Sentí un sudor incómodo que recorrió mi pecho hasta llegar a mi rostro. ¿Cómo se me había pasado ese detalle tan importante? También era un fallo imperdonable de los abogados de Ömer, que únicamente tuvieron una reunión de media hora conmigo para explicarme que mi padre biológico había solicitado mi guarda y custodia hasta que fuera mayor de edad, me dieron un sobre con un billete de avión para viajar a Estambul en dos días y un fajo generoso de liras turcas.

Nada más. Ni siquiera se permitieron el lujo de darme sus condolencias por la muerte de mi madre. O un «todo irá bien, tranquila» que, aunque la mayoría de las veces no es así, siempre es una frase tranquilizadora. Pero eso ya era historia pasada. Además, soy una chica y por lo que he

oído y leído, los turcos no las valoran tanto como a un hombre. Ahora lo podría ver en persona.

—No, no… no hace falta, ya estoy mejor. Muchas gracias por su preocupación —le dije amablemente.

La azafata afirmó sin vocalizar y se reunió con el resto de la tripulación que la estaban esperando a pocos metros de donde nos encontrábamos. Varias de sus compañeras se giraron un par de veces para comprobar que seguía en pie. Debía de transmitir una imagen realmente enferma.

Seguí caminando, a paso más rápido, hacia la puerta de salida. Allí cogería la maleta (la única que llevaba) y buscaría como fuera a mi supuesto padre biológico. Seguro que lo reconocería a pesar de que estaba viendo a los hombres turcos que allí se encontraban como si hubieran sido cortados por un mismo patrón. Altos, morenos, de rasgos muy marcados y espectacularmente atractivos. Ahora entiendo el porqué de *La pasión turca*. Me permití sonreír…

Cuando traspasé la puerta y vi las cintas en donde asomaban las maletas por el túnel, mi corazón volvió a latir de forma regular. Volvía a respirar. Siempre experimentaba la misma sensación cuando la maleta cae del túnel hacia la cinta y agradeces (a quien sea) que no se haya perdido en el viaje. Además, por culpa de mis nervios, había tardado más de lo debido en llegar a la sala de las cintas, por lo tanto, si mi maleta hubiera salido la primera, habría dado ya varias vueltas.

En cuanto me acerqué, pude ver mi enorme valija entre las pocas que quedaban a la vista. Probablemente me había pasado de tamaño; ahora me costaría un horror arrastrarla hacia la puerta de salida. Pero me iba para siempre, o por lo menos para una larga temporada así que me llevé todo lo que tenía. Por supuesto que «todo» lo que tenía no eran más que cuatro prendas ya gastadas, mi querido diario que utilizaba como agenda para apuntar las tropecientas contraseñas y libros, eso sí, todos mis libros. Quise hacer un resumen de todos los que me llevaba y de los cuales no me podía separar, pero esa limpieza fue imposible y los metí casi todos haciendo un *tetris* debajo de la ropa. La maleta pesaba tanto que, por un momento, dudé de si la podría arrastrar sin ayuda.

Agarré la maleta con las dos manos y la empujé con todas mis fuerzas hacia afuera. Era casi más grande que yo. Mis rasgos faciales son turcos pero mi cuerpo es cien por cien españoles. No soy alta, más bien bajita y mis curvas son pronunciadas. Me sentía orgullosa de mi cuerpo y jamás sentí un mínimo complejo por tener unos pechos, una cadera y unos glúteos «preciosos» como los describía mi madre para no decirme directamente que eran grandes. Mi aspecto no reflejaba la edad que tenía.

Finalmente, y no con poco esfuerzo, logré sacarla de la cinta e inicié mi viaje hacia el exterior. Ya solo quedaban varios minutos y pocos metros para conocer al hombre que tanto hizo sufrir a mi madre. No puedo describir lo que sentía. Por un lado, la emoción corría por mis venas como un cervatillo asustado, pero por otro, sentía enfado, confusión, ira. ¿Por qué ahora se quería hacer cargo de mí? Simplemente porque mi madre se había quitado la vida y estaba sola en el mundo. ¿Le perseguiría la mala conciencia si no lo hacía? Eso a mí no me importaba. Saldría adelante. No era una niña y en menos de un año cumpliría dieciocho años y sería mayor de edad, libre y dueña de mi vida al cien por cien.

La puerta corredera estaba abierta de par en par, con la cantidad de gente que pasaba por ella, no le daban tregua para que se cerrara. Traspasé la línea volviendo a notar el órgano vital del corazón a punto de estallar. Observé a las personas que se encontraban sonriendo frente a mí, con los brazos abiertos y con carteles en donde ponían nombres acordes al país. Aquí no me preguntarían sobre mi nombre y procedencia y menos tendría que soltar una de mis historietas

inventadas. Depende de la circunstancia, explicaba una u otra historia sobre mi nombre y mi apellido. No podía decir que mi padre era turco, un hombre millonario que nos abandonó antes de que yo naciera y que, a pesar de poseer una cartera repleta de dinero, jamás se preocupó por nosotras. Era demasiado dramática y rocambolesca y, sobre todo, y lo peor, provocaría pena al interlocutor o algo que no soportaba, la compasión. Un sentimiento que odiaba con todo mi ser. Por lo tanto, mi historia era más romántica: mi madre me puso el hombre de Hiranur por ser una amante de la cultura turca. Punto final.

Otra cuestión muy diferente era mi apellido. Ahí sí que me obligaba a decir parte de verdad. Mis antepasados paternos eran los culpables de tener que arrastrar para siempre un apellido turco y no cualquier apellido, sino uno conocido en todo el país turco. La familia Yildirim era conocida por poseer una de las navieras más importantes del país. Era un gigante que comenzó siendo una pequeña compañía de servicios de transporte y que a día de hoy está valorada en más de ocho mil millones de dólares. Una verdadera locura para cualquier persona normal.

Busqué ya de forma impaciente alguien que me mirara, directamente a los ojos, con intriga y, por qué no, algo de emoción, pero no encontré a nadie que pudiera ser Ömer. Ningún hombre que estaba a mi alrededor se parecía, ni lo más mínimo, al joven que mi madre me había enseñado en fotos más de cien veces.

Seguí caminando hacia adelante, igual que haría una cría de gatito perdida buscando a su madre. Solo me faltaba aullar para que Ömer apareciera de una vez, pero no lo hizo. ¿Sabía que venía hoy? Quizás no le habían avisado o peor aún, al tardar tanto en salir, quizás ya se había marchado.

¡El teléfono! ¿Cómo no me di cuenta de que nadie me había dado un contacto al cual llamar si me pasaba precisamente esto? Me encontraba en un país extranjero, en el cual solo chapurreaba su idioma, y con un fajo de liras en el bolsillo. Perfecto. Estoy en un buen lío.

Abatida, me acerqué a un pequeño asiento de metal, cerca de la puerta de salida y junto con mi maleta, que era por ahora lo único que tenía, decidí que lo mejor era esperar a «alguien» que me viniera a recoger, pero no me dio tiempo a realizar la sentadilla completa hasta llegar al asiento porque escuché mi nombre, perfectamente pronunciado, de una voz brusca y muy masculina. Volví a incorporarme de un salto y levanté la vista hacia el enorme cuerpo que tenía delante. Cuando finalmente mis ojos llegaron a su rostro, después de haber pasado por una pared de estilizada figura, me encontré con el rostro más espectacular jamás visto en mi corta vida. Me quedé sin habla. Iba vestido con un traje negro, camisa negra y corbata negra. No debía de ser muy bueno a la hora de combinar colores. Este hombre no podía ser Ömer… ¡era demasiado joven para ser mi padre! Y, sobre todo, demasiado guapo.

—¿Señorita Yildirim? —repitió el hombre de negro que tenía delante.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza mientras levantaba las cejas. No sabía si darle la mano a modo de saludo, pegarle un grito o salir corriendo, pero esa última opción tal y como me encontraba de desamparada, la descarté de inmediato.

—Soy el señor Yusuf Kaya, uno de los choferes de la familia Yildirim. Tengo ordenado por parte de su padre el recogerla en el aeropuerto y llevarle a la mansión Yildirim.

—¿Chofer? —Claro, qué estúpida he sido al pensar que mi padre me recibiría él en persona. ¿Cuándo dejaré de tener ese mínimo de esperanza con mi padre? Qué estúpida soy. Negué varias veces con la cabeza mirando a mis pies para cuando subiera mi visión y volviera a encontrarme con el señor Kaya, lo hiciera un poco menos derrotada. Tenía un problema grave con mi rostro y es que era muy expresiva y cuando una circunstancia me llamaba la atención, sea para bien o para mal, podía leerse a través de mis ojos. Movía la nariz, fruncía el ceño, apretaba los labios y

entrecerraba los ojos, más conocido como la sonrisa del gato que tanto le gustaba a mi madre.

—Sí, eso he dicho. ¿Me permite? —El señor Kaya agarró mi enorme maleta sin esperar una respuesta y comenzó a caminar delante de mí. Sin darme cuenta, el chofer se alejó de mí en cuatro zancadas y es que un paso de Yusuf Kaya eran cuatro míos, por lo que me obligué a acelerar mi marcha si no me quería quedar retraída. Cuando estuve al lado del altísimo chofer le pregunté por mi padre. Todavía sentía esa punzada de romanticismo y pensaba que quizás lo había prejuzgado de forma precipitada y él no había venido por motivos razonables. ¿Pero qué hay más razonable que venir a buscar a una hija que jamás habías visto? Era yo la que necesitaba una explicación por parte del chofer (o de quien fuera) que me hiciera entender esa situación tan rocambolesca.

—¿Por qué no ha venido el señor Yildirim en persona? —me atreví, finalmente, a preguntar. No nos habíamos visto jamás en persona… ¡qué mínimo el de venirme a buscar!

—El señor Ömer está de viaje, señorita Yildirim. —Eso fue lo único que me respondió el señor Kaya. Por lo que estaba viendo no era un hombre dado a las grandes conversaciones.

—Hiranur, prefiero que me llame solo por mi nombre. Y entonces Ömer está de viaje… pero él sabía que hoy era el día de mi llegada, ¿verdad? —Erre que erre con el tema. No podía ser que me hubiera hecho un desplante como ese. ¡Pero si era él el que quería tenerme a su lado!

—Señorita Yildirim…

—Hiranur. —Estaba claro que no iba a conseguir que me tuteara.

—Señorita Yildirim, si la he venido a buscar es porque me lo ha ordenado el señor Yildirim. Sigamos, por favor. —No me había dado cuenta que habíamos frenado el paso. Estaba claro que el señor Kaya no podía hablar mientras caminaba porque cada vez que intentaba conversar con él, detenía sus pasos para mirarme a los ojos (de forma tan intensa que me hacía estremecer) y responderme con pocas palabras. Por lo tanto, entendí que lo que debía de hacer por ahora era quedarme callada y seguir al señor Kaya sin más preguntas.

Después de más de quince minutos caminando a paso acelerado, llegamos al aparcamiento en donde el chofer había dejado el coche, nada más y nada menos que un superMercedes todoterreno de color negro clase G, tan alto como el propio conductor, ya que había un escalón de metal para poder subir. En ese momento, me sentí más bajita que nunca. Yusuf dejó la maleta en el maletero y me ofreció su mano para subir al coche. Era evidente que se había dado cuenta que no llegaba al metro sesenta de estatura, pero, por mi querido orgullo español, la rechacé. Podía subir solita a ese gigante trasto llamado coche de lujo.

—¿Está muy lejos la casa del señor Yildirim? —pregunté intentando interactuar algo con el señor Kaya. No conocía a nadie en Estambul y si el guapísimo chofer trabajaba en casa de mi padre tampoco estaría mal hacerme amiga suya, pero estaba muy equivocada.

—No, señorita, llegaremos en media hora escasa.

—Le he dicho que me sentiría más cómoda si me tuteara —insistí.

—Pero no puedo hacerlo —me respondió de forma tajante.

—¿No puede o no quiere? —No recibí respuesta—. Está bien, entonces yo le tendré que llamar señor Kaya.

—Usted puede llamarme como desee. Yo no. —Cortante como el que más.

—No le tutearé hasta que usted no lo haga.

—No lo haré nunca mientras trabaje para su padre.

—No es mi padre. —El señor Kaya frunció el ceño mientras me miraba directamente a los ojos por el retrovisor. Estaba claro que los dos sabíamos que, para bien o para mal, Ömer Yildirim era mi padre, pero tampoco me apetecía comenzar a explicar mi dramática historia y

menos a un empleado que lo único que hacía era obedecer órdenes. No sabía cuál era su versión de los hechos. Quizás no sabía nada o lo sabía todo.

—No hace falta que me explique nada que no quiera contarme, señorita Yildirim. No soy más que un empleado de su padre. —Vale, sabía que Ömer era mi padre biológico, por lo que era mejor no insistir respecto al origen de mi sangre.

Asentí sin querer dar más explicaciones y desvié la vista del retrovisor antes que el señor Kaya lo hiciera. Me costaba mantenerle la mirada igual que él lo hacía. Tenía unos ojos de color oscuro tan intenso que la pupila pasaba desapercibida. No entiendo por qué me provocaba esa sensación de incomodidad. Lo acababa de conocer y era mucho más mayor que yo, por lo menos diez años más.

—Disculpe, señor Kaya… —Uno de mis múltiples defectos era la curiosidad y a veces me provocaba ser impulsiva en mis preguntas o en mis actos. El señor Kaya volvió a desviar la mirada de la carretera hacia el retrovisor y levantó las enormes cejas negras a modo de respuesta —. ¿Qué edad tiene?

Yusuf tardó en responder porque volvió a estar varios minutos observándome a través del espejo. Era como si me analizara para memorizarme y no olvidar ni un rasgo de mi rostro. Notaba cómo miraba mis ojos, mis pómulos y después mis labios. Podría decirse que, para ser un empleado, era un hombre descarado.

—Soy mucho más mayor que usted.

—No creo que tanto. Tengo diecisiete años y en diciembre cumpliré dieciocho. —Oh, venga, Hiranur, solo le has preguntado qué edad tiene, no hace falta que le digas hasta qué número de pie calzas, pensé regañándome a mí misma.

—Tengo veinticinco años. Ya le dije que era mucho más mayor que usted.

—Solo ocho años más, tampoco es tanto, señor Kaya —respondí dejando entrever una sonrisa femenina. ¿Se puede saber por qué rayos coqueteaba con el señor Kaya? Pero es que en mi defensa he de decir que ninguna mujer cuerda podría dejar de hacerlo.

—Sí que lo es. —Así terminó la conversación y no me atreví a preguntar nada más. El imponente chofer de mi nueva familia parecía contrariado después de haberle regalado una de mis mejores sonrisas. Quizás lo había malinterpretado, o no.

2

HIRANUR

El señor Kaya debía de hacer ese trayecto muy a menudo porque realmente fueron treinta minutos de viaje exactos hasta llegar a la mansión de la familia Yildirim. El resto del traslado lo pasamos en silencio, él conduciendo atentamente y yo disfrutando del paisaje. No intenté de nuevo interactuar con el chofer porque me di cuenta rápidamente que era imposible mantener una conversación coherente con él.

Era la primera vez que salía de España y mi primera visión de Estambul, de una ciudad tan diferente a Barcelona, me estaba dejando embelesada, tanto que por un momento pude relajarme y dejar de pensar en mi padre y en todo lo que me venía encima.

—¿Nunca había estado en Estambul, señorita Yildirim? —El señor Kaya desvió unos segundos la mirada de la carretera para contemplar mi expresión por el retrovisor. Era evidente que mi situación también le llamaba la atención. ¿Cómo era posible que una Yildirim no hubiera pisado nunca Turquía? No sabía qué le habían contado y si algo tenía bueno era mi discreción. No tenía humor para saciar su curiosidad, ni siquiera para ponerle en antecedentes.

—No, nunca —le respondí—. Si le soy sincera, señor Kaya, jamás he salido de mi país. —Parece que la respuesta le dejó algo desconcertado porque antes de volver a retomar la conversación, el chofer permaneció varios minutos en silencio. Ya había comprobado que pensaba muy bien las respuestas porque no era un interlocutor rápido, de esos que antes de terminar la frase ya te están preguntando algo nuevo.

—Este también es su país —aclaró tajantemente, incluso parecía dolido por haber declarado a España mi único país de sangre y de corazón.

—Sí, supongo que sí… —Esa era la mejor respuesta y además debía de comenzar a ver Turquía como mi nuevo hogar; ya no solo lo vería en fotografías o leería artículos sobre sus costumbres y culturas (a escondidas de mi madre), sino que ahora lo podría comprobar en primera persona.

Al llegar a la mansión Yildirim me quedé sin palabras. Era un palacio blanco, de arquitectura barroca y situado a orillas del Bósforo. El señor Kaya se dio cuenta de que me había quedado impresionada porque habiendo aparcado hacía unos minutos, todavía no había salido del coche. No podía ser esa la casa de Ömer. Era demasiado grande, demasiado lujosa, demasiado blanca, demasiado todo.

El ruido de la puerta del coche me hizo entrar en sí de nuevo. Yusuf me ofreció su mano grande y masculina (otra vez) para poder salir del coche con facilidad. Ese gesto me hizo dudar porque había subido al coche sola y podía bajar sola, pero quizá despreciar esa demostración de caballerosidad por segunda vez hubiera sido una falta de educación, por lo que acepté su enorme mano dejando la timidez de lado. No era una princesa, ni mucho menos y tampoco estaba acostumbrada a que me trataran como tal ni a tener estos lujos por lo que lo mejor era dejarle claro al guapo chofer que trabajaba para Ömer y no para mí. Yo no necesitaba de sus cuidados. Mejor dejar las cosas claras desde un principio, pensé.

—Muchas gracias, señor Kaya, pero quiero decirle que a partir de hoy no necesito sus

servicios. Me espabilaré sola, como lo he hecho toda mi vida.

—Vaya…

—¿Vaya? ¿Qué ha querido decir con eso? —le pregunté soltando su mano como si me quemara. Levanté la cara con orgullo hasta encontrar su rostro medio metro más arriba y me encontré al hombre que me acababa de dar la mano, acariciándose la barba incipiente y pensando una respuesta correcta que darme. Otra vez. ¡Qué irritante que pensara tanto rato las respuestas! Quizás era una de las muchas costumbres turcas que todavía no sabía.

—Pues que el señor Ömer Yildirim, su padre, me dejó muy claro ayer noche que no solo soy su chofer, sino la persona encargada de su seguridad.

—¿Mi seguridad? Venga, por favor, que mi padre… el señor Ömer, no es el presidente de Turquía.

—Pero sí que lo es de Yildimiri Deniz, la naviera más importante del país y eso supone un riesgo del cual usted no está…

—¿Hiranur? —Una mujer guapísima, de mediana edad, apareció en la puerta de la entrada principal. Lucía un vestido veraniego, de color rosa pálido, poco favorecedor para cualquier mujer menos para la que tenía enfrente de mí. Era impresionante. Alta (¿qué pasaba con los altos en este país?), delgada, elegante y sumamente atractiva. Tenía un pelo castaño claro, recogido en un moño bajo dejando entrever unos pendientes de brillantes en forma de aro.

—Sí —solo pude responder ese simple afirmativo. La mujer se acercó a paso rápido, a pesar de llevar unos taconazos de diez centímetros, y cuando llegó a mi lado, me abrazó como si fuera la sobrina que hacía un año que no veía y no la primogénita de su padre que jamás había visto. Curioso.

—Oh, Hiranur, te estábamos esperando. Soy Ecrin Ari, la mujer de Ömer y la madre de tus dos hermanos menores. —Seguía sin poder pronunciar palabra—. Entra conmigo, te los quiero presentar.

—¿Y Ömer? —Al fin pude entrar en razón—. El señor Kaya me ha dicho que se encuentra fuera de la ciudad.

—Así es. Está en la capital, en Ankara. Pero está prevista su llegada para esta noche. Está impaciente por verte.

—¿Impaciente por verme? Discúlpeme, señora Ari, pero esta situación está siendo demasiado rocambolesca para que me comporte como si nos conociéramos y solo hiciera unos meses que nos hubiéramos separado.

La señora Ari no se esperaba esta reacción por mi parte. ¿Pero qué demonios se esperaba?, ¿que le diera un superabrazo y le dijera cuánto la había echado de menos? Ni siquiera me habían hablado de ella… y menos de unos hermanos que me acaba de enterar que tenía.

—Entiendo tu angustia, Hiranur, para nosotros también es una situación un tanto compleja.

¿Compleja?

—No sé si la palabra compleja es la más apropiada para describir este momento.

La señora Ari se dio cuenta que rondaban por la casa varias personas del servicio, muertas de intriga por conocer a la primogénita de su marido por lo que decidió frenar esa primera conversación antes de comenzar a discutir.

—Entremos en casa, por favor. Allí podremos hablar un buen rato y presentarte a tus hermanos.

«¿Mis hermanos?, lo que me faltaba», pensé.

—Está bien, señora Ari. —Tampoco era justo que le exigiera a la mujer de mi padre ninguna aclaración sobre la dejadez de las responsabilidades paternas que solamente caían en la persona

de Ömer. Ella no tenía ningún deber sobre mí. No debía estar enfadada con ella, pero estaba tan angustiada e irritada con todo lo que me estaba sucediendo que tuvo la mala suerte de ser la segunda persona (la primera fue el atractivo chofer que me vino a buscar) que se cruzó en mi camino. Quizá, y muy probablemente, la señora Ari no sabía que su marido había tenido una aventura en su juventud con una chica catalana a la cual había dejado embarazada. Debía de escuchar su versión antes de juzgarla, y, aun así, aunque no me gustara su ilustración de los hechos, tampoco podía pedirle ninguna explicación. Solamente Ömer me las debía de dar, nadie más.

Antes de seguir a la señora de la casa, me di la vuelta para agradecer al señor Kaya su atención. Me había comportado como una estúpida desagradecida ante su servicio. Al fin y al cabo, él estaba cumpliendo órdenes. Hacía su trabajo y yo tampoco quería meterle en un compromiso frente a mi padre. Ya hablaría yo con él cuando tuviera la oportunidad. No necesitaba chofer, no necesitaba protección, no necesitaba nada de él.

Pero cuando me di la vuelta, él ya se había marchado. Había recogido mi enorme maleta sin ni siquiera despedirse y se marchó dejándome sola con la señora Ari. Tuve una sensación extraña. De verme, de nuevo, sola ante el peligro.

Me centré de nuevo en la mujer de mi padre y en lo que me esperaba dentro de la mansión blanca que tenía enfrente de mí. Caminamos juntas hasta la entrada principal. La mujer de mi padre permanecía callada al lado mía, indicándome el camino con leves movimientos de la mano hasta llegar a una escalera de mármol blanco, tradicional, que nos permitía acceder a la mansión por la puerta principal. Esperaba y sobre todo deseaba que hubiera otra forma de acceder a la casa porque esa escalera que irradiaba sofisticación me hacía sentir todavía más pequeña.

La puerta principal era también de mármol, de forma ovalada. En los laterales había dos columnas al estilo griego, firmes y tan nobles como el resto de la propiedad. Dejé que la señora Ari tocara un timbre, escondido entre las columnas y al minuto una joven, perfectamente uniformada, nos dio la bienvenida con una encantadora sonrisa.

—Miray, te presento a la señorita Hyranur Yildirim. —La joven mantenía la sonrisa intacta, pero sin decir palabra. Me mostró una leve inclinación de la cabeza a modo de saludo.

—Hola, Miray —dije extendiendo mi mano para saludarla. Miray aceptó el cogerla, pero fue un breve roce. Parecía incómoda ante la situación y sobre todo porque su jefa la estaba observando de forma amenazadora.

—*Merhaba*, señorita Yildirim.

—¿*Merhaba*? —pregunté frunciendo el ceño. No sabía lo que significaba esa palabra.

—Es hola en turco —aclaró Miray sin dejar de sonreír. Esa mueca con la boca ya comenzaba a ser sospechosa. Nadie puede sonreír tanto rato y menos hablar sin haber dejado de hacerlo.

—Muy bien, pues *merhaba*, Miray. Es la primera palabra que conozco del idioma turco. Quizás tú podrías enseñarme algunas más.

—Oh, por supuesto, señorita Yildirim, si la señora Ari está de acuerdo… —La joven empleada se mostraba nerviosa ante la posible reacción de la señora Ari. Eso me hacía pensar que la matriarca del hogar familiar no era tan buena como se hacía ver.

—No hará falta, Miray. Su padre y yo ya hemos pensado en ponerle un profesor particular. —Sus ojos dejaron de mirar a la chica del servicio y se centraron en los míos—. Deberías aprender turco si vas a quedarte en Estambul con nosotros.

—Me quedaré hasta que cumpla la mayoría de edad —anuncié sin vacilar—. Después, volveré a casa. No me hace falta aprender más vocabulario del que ya sé. Me apañaré —añadí de forma tajante.

—Ya estás en casa, Hiranur —aclaró la señora Ari acariciándome la mejilla mientras me miraba con un cariño forzado. El contacto de sus dedos en mi rostro me hizo estremecer. Mi madre me acariciaba de la misma forma cuando intentaba convencerme de algo que debía de hacer o a un lugar al que debía de ir. Siempre terminaba acariciando la piel de mis mejillas y lograba que hiciera lo que ella quería. La diferencia entre las dos era que la señora Ari no era mi madre y su poder sobre mí era de cero sobre diez.

—Me refería a *mi* casa —aclaré ensalzando el monosílabo de forma exagerada—. ¿No creerá que voy a instalarme en su casa para siempre? Si estoy aquí es porque la ley me obliga a vivir con un tutor hasta mi mayoría de edad.

—Nunca he dicho para siempre. —En ese momento me planteé que quizá para la señora Ari también era una situación de lo más incómoda. De un día para otro, una adolescente enfadada con el mundo entero se plantaba en su precioso hogar distorsionando el equilibrio de su familia.

Ecrin Ari mantuvo la media sonrisa mientras fruncía el ceño a modo de sorpresa, pero no duró mucho ese momento que podría considerar violento porque escuchamos las voces estridentes de dos niños gritando en la sala contigua.

3

HIRANUR

—¡Hola! —gritaron los chicos al unísono.

—Berat, Akin, os presento a vuestra hermana mayor, Hiranur. —Uno de ellos se acercó sin mostrarme una pizca de timidez y me ofreció su mano como si estuviéramos zanjando un negocio después de una dura reunión. Me miraba atentamente, como si intentara descubrir en mi aspecto físico algo que pudiera parecerse a los Yildirim, a ellos, en definitiva. Me miraba con tanta atención que incluso me hizo sentir incómoda.

—¿Eres Berat? —pregunté al pequeño decidido que tenía delante de mí.

—No, Berat es mi hermano, yo soy Akin, el mayor. Tengo diez años. Mi hermano tiene ocho. Es mucho más pequeño que yo —dijo orgulloso de ser el hermano mayor. Solo tenía dos años más que Berat, pero lo había dicho como si hubiera una distancia sublime entre los dos.

—Encantada de conocerte, Akin. Eres un chico muy guapo —dije lo primero que se me ocurrió a pesar de que sí creía que era un chico guapísimo. No se parecía en nada a la señora de la casa por lo que pensé que Akin debía de ser parecido a mi padre al cual únicamente había visto en fotos y cuando era un hombre muy joven. El chico que tenía enfrente de mí tenía la piel muy morena, el pelo negro, labios gruesos y una nariz puntiaguda que le iba perfectamente con el carácter altivo que ya me dejó ver simplemente pronunciando su nombre.

Desvié la mirada hacia donde estaba mi otro hermano. Por lo que vi, debía de ser un niño mucho más tímido. Era eso o la altivez de su hermano mayor que era arrolladora y no le permitía ni siquiera venir a saludarme. Me acerqué hacia Berat y me incliné para darle un beso en la mejilla. Los mofletes de mi nuevo hermano pequeño ardieron de vergüenza tiñéndose de un rosa encantador.

—Tú debes de ser Berat —dije acariciándole la mejilla con un solo dedo de mi mano.

Llevaba semanas contrariada, triste e irritada, pero he de reconocer que me gustaron mis hermanos desde el primer momento en que los vi. Jamás había tenido uno y de un día para otro, me encuentro con dos.

Eran muy diferentes de aspecto físico y por lo que comprobé, también de carácter. Berat era mucho más parecido a Ecrin. También era muy guapo, pero no tenía los rasgos faciales tan marcados. Era mucho más europeo. De pelo castaño claro, ojos verdes claro y unos labios muy finos. ¿Eran hermanos de los mismos padres? No tenían nada que ver el uno con el otro.

Berat afirmó sin decir palabra y, no sin esfuerzo, me miró a los ojos también con curiosidad. La situación era también rocambolesca para ellos. No sabía desde cuándo sabían de mi existencia; por el contrario, yo sí sabía que tenía dos hermanos. Mamá, no sabía exactamente cómo, siempre se enteraba de todo y por supuesto estaba al tanto de la evolución de la vida de mi padre. Una tarde, cuando volví del colegio, me pidió que me acercara a la cocina porque tenía algo importante que decirme. No me permitió ni dejar la mochila en mi cuarto.

—Hiranur, he descubierto algo importante de tu padre que has de saber.

—Mamá, no quiero saber nada de Ömer y lo sabes. Hazme el favor de olvidarte de una vez de ese señor —respondí de forma tajante sin moverme de la puerta. Todavía tenía la mochila

colgando del hombro a pesar de que pesaba una tonelada. No aprendía a gestionar los apuntes con el ordenador y paseaba los libros por toda la ciudad, sufriendo los dolores de espalda como consecuencia del peso.

—Cariño, siéntate, por favor —insistió. Parecía abatida por lo que le hice caso sin rechistar más (siempre me daba esa impresión cuando teníamos que hablar de él). No me gustaba torturarla cuando se trataba de Ömer, a pesar de que me desagradaba hablar de mi padre biológico, me hacía daño en el corazón. Un dolor emocional que era más sangriento que el físico.

—Está bien, mamá. ¿Qué has descubierto ahora? —Mi madre pasaba tardes enteras leyendo artículos sobre la familia Yildirim por internet. Cualquier noticia era válida e importante si hablaban sobre Ömer. En los últimos años se había hecho obsesivo para ella. En muchas ocasiones habíamos llegado a discutir sobre lo perjudicial que era para su salud mental el buscar cualquier noticia sobre Ömer y si tenía la suerte de que el artículo iba acompañado de una foto suya, podía pasarse una hora entera embelesada mirándola y comentándome los cambios físicos que la edad habían hecho en su persona. Yo ya había dado por perdido el que mi madre superara el abandono de su primer amor.

—Que está casado y tienes dos hermanos pequeños —así me soltó la bomba. Lo que ella no creía es que me iba a afectar tan poco. Que se hubiera casado me daba exactamente igual. Lo de mis hermanos, sí me mantuvo inquieta un par de días. Me gustaba la idea de tener hermanos, pero me martirizaba el no poder ponerme en contacto con ellos. El que no supieran de mí.

—No me digas… —Si era sincera conmigo misma, el que mi padre hubiera rehecho su vida sin ni siquiera darnos una oportunidad para ser nosotras parte de la suya, hizo que se me cerrara el estómago, pero no pensaba demostrarle a mi madre ni siquiera un síntoma de sorpresa.

—Te acabo de decir que tienes dos hermanos pequeños, cariño. ¿No tienes nada que decir?

—No, ¿qué es lo que quieres que diga? ¡Estupendo, mamá! ¿Viajamos a Estambul a conocerlos? —dije de forma socarrona. Nunca solía ser cruel pero el tema de mi padre me superaba y ver a mi madre que no había manera, aunque pasara un millón de años, de que cerrara ese capítulo de su vida, me irritaba sobremanera.

—Hiranur, no te lo he dicho para herirte más de lo que ya estás. Solo creo que es una noticia importante y que si, alguna vez me pasa algo, sepas que tienes unos hermanos y por mucho que te disguste, un padre al cual acudir.

—Oh, venga, mamá. ¿Al cual acudir? ¿Te estás oyendo? Hay veces que no te entiendo… ¡Nos abandonó, mamá! Nos a-ban-do-nó. Te dejó embarazada y sola, con una familia con la que no te llevas bien, sin hermanos a los cuales poder pedir auxilio… ¿no ves que se ha portado como un verdadero cretino? Y sigue haciéndolo… porque jamás hemos tenido noticias de él. Nunca se ha preocupado por ti ni por mí. Por lo que me veo con el derecho de decir que me importa un pimiento si tengo dos hermanos o cien. Déjalo ya, por favor.

Y ahora, tenía a esos dos hermanos delante de mí y me gustó lo que vi y la sensación que me dieron. No creo que sintiera ese bienestar con mi padre, pero ellos no eran más que otras víctimas de la película. No era justo que derramara toda mi angustia y mi odio hacia ellos. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que me habían hecho ellos a mí? Nada, absolutamente nada.

—¿Quieres ver tu habitación? —me preguntó Akin con un tono emocionado—. Mi hermano y yo te la podemos enseñar. La casa es muy grande y si te pierdes puedes meterte en otra habitación.

—Claro, me encantaría. —Noté la pequeña mano de Berat que me acariciaba los dedos de la mano derecha. Quería cogérmela, darme la bienvenida que su timidez le había impedido demostrar. Esa caricia fue la primera demostración de afecto que tuve desde que mi madre había

fallecido. No lo pensé ni un solo minuto, agarré los pequeños dedos de mi hermano pequeño, los apreté y le dije que me mostrara el camino para llegar a mi habitación. Siempre me ha gustado que me cojan de la mano. Me ha dado seguridad y comodidad con la persona que me muestra tan sencillo acto de contacto físico.

La señora Ari no se había perdido ni un solo momento de la actuación de sus hijos y les dejó que llevaran la iniciativa. Me había mostrado mucho más tranquila con la presencia de mis pequeños hermanos y ella lo había notado.

—Hiranur, espero que te guste tu habitación —dijo Ecrin a modo de despedida. Dejaba a sus hijos ser los guías a partir de ahora y yo lo acepté encantada—. Tu padre la ha escogido con cariño y ha hecho venir a los diseñadores de interiores más valorados del país para que la dejaran perfecta para ti.

—No hacía falta. No me quedaré muchos meses, ya se lo he dicho, señora Ari.

—Ecrin. Prefiero que me llames por mi nombre —aclaró con un tono menos cordial.

La conversación con la madre de mis hermanos terminó en el momento en que sentí una tirantez en los dedos de mi mano. Berat, sin soltarme, me empujó ligeramente hacia abajo para llamar mi atención.

—¿Vamos? —me preguntó con la voz más dulce que había escuchado jamás. No podía ser de otro modo, iba con su personalidad y su aspecto físico. No podía tener una criatura como él una voz altiva y brusca. Si con alguien en mi corta vida he tenido *feeling*, ha sido con Berat Yildirim.

Akin actuó de guía para enseñarme mi nueva casa. No podía ser de otra manera. Era el jefe de la misión y así me lo hizo saber desde el minuto uno.

Cada vez que pasábamos por un nuevo pasillo o por una nueva sala me ofrecía una breve explicación. Aquí comemos, aquí estudiamos, aquí jugamos y así durante un larguísimo trayecto hasta llegar al área de descanso en donde estaban situadas las habitaciones de la familia.

Mis hermanos dormían juntos en una amplia habitación desde que Berat nació. Por lo que Akin me explicó, con aire socarrón, es que él quería tener su propia habitación, pero su hermano pequeño tenía miedo por la noche. La oscuridad y el silencio le provocaba un insomnio difícil de solucionar si no era con su compañía. Tampoco demostró unas ganas terribles de terminar con esa situación. Seguro que a sus diez años también quería compañía, pero su carácter altivo y su despampanante orgullo no le permitía decir la verdad. Además, su habitación era tan amplia que habría cabido una familia entera. Cada uno tenía su cama, pero juntas a modo de matrimonio. Cuando Akin me vio que me fijaba en el detalle de la proximidad de las camas, se me acercó y en voz baja me susurró que su hermano le cogía la mano por la noche hasta que se quedaba dormido.

Esa amplia estancia también estaba decorada con un futbolín, múltiples animales de peluches, varias pelotas de diferentes colores y texturas, una caja llena de coches de juguete, otra caja inmensa llena de fichas de lego y una estantería que cubría toda una pared repleta de libros de lectura. Un sueño para cualquier niño.

—Tu habitación está justo al lado de la nuestra, hermana Hiranur —dijo Berat exponiendo de nuevo su agradable tono de voz—. ¿Hermana? Qué bien suena.

—Pues vamos a verla, hermano Berat —dije con la primera sonrisa que había tenido sin haber forzado.

Mi habitación era justo la de al lado. Akin, que no iba a dejar de ser el guía en el último momento, fue el encargado de abrir la puerta de lo que sería mi estancia a partir de ahora.

—¡Cierra los ojos, Hiranur! —me ordenó Akin antes de abrir del todo la enorme puerta blanca. Ya veía venir que Akin sería un hermano muy mandón.

—¿Ya? —Seguía con los ojos cerrados a pesar de haber recorrido varios pasos. Berat todavía no me había soltado la mano, a pesar de que ya notaba ese sudor que las glándulas de la piel habían provocado por la falta de traspiración.

—Sí. Ya puedes abrirlos.

Cuando mi cabeza ordenó a mis ojos retomar la visión, me quedé sin habla. Era la estancia más bonita que había visto nunca. Probablemente tendría las mismas dimensiones que la de mis hermanos, pero con una decoración totalmente diferente. Adecuada para una princesa de cuento.

Tenía dos ventanales muy amplios que permitían que los rayos del sol se colasen sin permiso dejando una calidez en la estancia que todavía la hacía más agradable. Las enormes paredes estaban pintadas de blanco y el suelo forrado de azulejos de unos tonos cálidos. No había demasiados muebles. La cama, protagonista de la estancia hacía que no necesitara nada más. Colgaban unas sábanas semitransparentes de los laterales de la cama que hacían que pareciese una nueva habitación dentro de la principal. En una de las esquinas había en forma de ola un escritorio de madera de roble con una silla a juego. Encima de la mesa habían dejado todo tipo de material que cualquier estudiante necesita. Desde compases, bolígrafos, rotuladores de varios colores, lápices, gomas. No faltaba de nada. Ni quiera un ordenador de alta gama.

Encima del dormitorio había colgado un cuadro inmenso con una foto de la ciudad de Estambul. Me acerqué para observarlo más de cerca. Realmente era un lugar precioso. Bajé la vista después de observar unos minutos la imagen de la ciudad en donde me encontraba y vi un sobre azul claro con mi nombre escrito a mano.

—¿Y esto? —pregunté a mis hermanos que se habían sentado encima de la cama sin dejar de mirarme. Me observaban orgullosos de ver que la habitación que su padre había elegido para mí me estaba gustando. ¿Cómo no podía gustarme? Era el sueño de cualquier chica. Más que un sueño. Era algo inimaginable.

—Creo que te lo ha dejado papá —dijo Akin, como siempre, adelantándose a su hermano. Lo único que pudo hacer Berat era sonreír y esperar a que abriera el sobre y lo leyera en voz alta. No era lo que quería hacer, pero me pudo más el no querer decepcionar a esas dos criaturitas el mismo día que me habían conocido, por lo que hice de tripas corazón y abrí el sobre. Simplemente había una pequeña tarjeta de presentación en la que por un lado ponía el nombre completo de mi padre y por el otro había un simple «Bienvenida, Hiranur» y firmado con un «papá» debajo de las dos palabras. Dejé de nuevo la tarjeta dentro del sobre y la apoyé en el escritorio, exactamente en el mismo sitio en donde la había encontrado. Retuve con un esfuerzo sobrehumano las lágrimas que luchaban por salir de la cavidad de mis ojos, pero no pude conseguirlo. Una de ellas bajó por mi mejilla sin ningún permiso. No quería, no debía demostrar ningún tipo de sentimiento por ese hombre que se atrevía a llamarse papá. Jamás había tenido un padre, jamás había sentido lo que es tener la protección de una figura paterna que no te deja caer (o que te enseña a ponerte en pie) y cuando había visto lo que era, a través de los padres de mis amigas, había odiado todavía más al mío. Porque yo no lo había perdido en un accidente de tráfico o había fallecido por una enfermedad letal, que sí, también era terrible, pero lo mío resultaba peor. Mucho peor. Mi padre, el que me había decorado una habitación para soñar, el que parecía ser un padre detallista, ese mismo me había abandonado. Nos había abandonado. Ni siquiera había sentido una mínima curiosidad por saber cómo soy, por si me parecía a él que lamentablemente, según mi madre, era una verdadera calca.

—¿Hermana? —me preguntó Berat mientras bajaba de mi cama y se acercaba a mí con

cuidado—. ¿Estás triste? ¿No te gusta la habitación que ha elegido papá para ti?

—Oh, sí, es preciosa, Berat. No podía ser más bonita —dije mientras me secaba con la mano la humedad que persistía en mi mejilla. ¿Cómo podía frenar el volcán de sentimientos que me arrollaban desde que mamá falleció? No quería sentirme bien, no podía hacerlo. Había fallecido la única persona que me había querido, había perdido mi casa, mis amigos y mi vida entera. Y ahora, el padre que no conocía me ofrecía una nueva familia y un nuevo comienzo lleno de oportunidades. Pero no era eso lo que yo quería. Necesitaba respuestas. El porqué de tantas preguntas que me habían atormentado a lo largo de mi vida. Y por qué mamá me había abandonado sin ni siquiera dejarme una carta de despedida.

—¿Y por qué lloras? —preguntó Akin de forma más directa.

—Echo de menos a mi madre. —Fue lo primero que se me ocurrió y en cierto modo, era verdad. La echaba terriblemente de menos, pero no era solamente por eso por lo que lloraba. Quería haber visto a mi padre en el aeropuerto. Si él hubiera venido, me habría dado un abrazo y dicho un lo siento, quizás todo podría haber sido diferente. O no, pero me hubiera gustado. Esa fría tarjeta me había hecho sentir como si fuera un cliente que me alojaba en uno de sus hoteles.

—Murió, ¿verdad? —Berat volvió a cogerme la mano y volví a sentir ese apoyo y cariño que tanto necesitaba. ¿Cómo podía ser tan poderoso un gesto tan sencillo?—. Nos lo ha dicho mamá. Ella dice que te habías quedado sola y que tenías que venir a casa.

—Sí, hermano. —Me gustaba la expresión de hermano y sentía que a él también le gustaba por la leve sonrisa que dibujaban sus labios cuando me la oía decir—. Me he quedado sola.

Qué terrible sensación sentí al escucharme a mí misma decir que me había quedado sola. Nunca me he sentido sola realmente, aun siendo mi abanico de amistades muy limitado. No porque no quisiera relacionarme sino porque me he sentido más cómoda siempre en *petit comité*.

—No llores más, ahora nos tienes a nosotros y también a papá y a mamá. Él nos ha hablado mucho de ti.

Eso sí que fue una sorpresa.

—¿De mí? —pregunté frunciendo el ceño. ¿Desde cuándo sabían de mi existencia?

—Sí, sabíamos que teníamos una hermana mayor pero que no podía venir a vernos porque vivía en otro país. Nos alegramos mucho de que hayas podido venir. ¿Te quedarás mucho tiempo?

Esta confesión no hizo más que confundirme. ¿Ömer hablaba sobre mí a mis hermanos? Había algo en esta historia que no me cuadraba.

4

YUSUF

—¡Yusuf! —La señora Ari siempre tenía algo que decirme justo antes de terminar mi servicio. Estaba comenzando a pensar que lo hacía a propósito. Trabajaba doce horas seguidas para la familia Yildirim, en donde mi labor no se centraba únicamente en ser su chofer, sino también era su ayudante para cualquier cosa que ella necesitaba, psicólogo de menores de ocho y diez años, segundo de jardinería y, cómo no, amigo y compañero del servicio de la mansión únicamente media hora para reponer fuerzas. Eso sí, me ponía las botas. Era mi única comida con cara y ojos. No podía asegurarme que la cena fuera contundente o que simplemente hubiera cena en mi casa.

—¿Necesita alguna cosa, señora Ari? —A pesar de que se lo pregunté sin ningún tipo de descortesía, la señora de la casa me miró con cierto desaire.

—Pues sí, mi marido y yo queremos tener una reunión contigo mañana a primera hora. —Ay, Dios, no me podía quedar sin trabajo justamente ahora. La orden de la jefa había sonado muy mal, tan mal que me hizo exhalar una buena bocanada de oxígeno antes de contestar con el tono de voz calmada que me caracterizaba. Muy pocas veces o nunca, más bien, perdía los nervios. Sabía controlar mis emociones mejor que nadie.

—Tranquilo, Yusuf —Vale, había notado que mi sexto sentido se había puesto alerta—. No te vas a quedar sin trabajo. Todo lo contrario. Te vamos a dar más responsabilidad. Pero ya te lo explicaremos mañana. No quiero adelantarme a los acontecimientos. Pasa por el despacho de mi marido al llegar, por favor.

—Ahí estaré, señora Ari. —La señora se marchó sin decir ni una sola palabra más y menos despedirse, hubiera sido demasiada cortesía para tratar con un simple empleado. Esta mujer era la viva imagen de una nueva rica, de las que habían nacido sin nada y de un día para otro, un hombre billonario se fija en ella por sus cualidades físicas (que sí, eran impactantes) y le cae un saco de miles de millones de liras turcas encima de la cabeza. Por el contrario, el señor Ömer era un hombre de cuna rica. No tenía que demostrarle a nadie lo mucho que valía y se portaba de forma correcta y educada con todo el mundo, viniera de la cuna que viniese.

En ese instante de ensoñación, me acordé de la señorita Yildirim. Ella debía de ser la última pieza del puzle en la vida del señor Ömer. Ahora vería cómo la iba a encajar. No le sería fácil por lo que había visto. Solo había pasado media hora con ella, pero estaba claro que se sentía herida y la sangre corría por sus venas igual que un Ferrari en una autopista sin coches que le estorbaran. Sí, eso es lo que era exactamente, un coche de carreras. Uno de lujo y precioso (porque era guapísima), pero con un motor ruidoso y estridente. Y prohibido para el noventa por ciento de la población mundial. Y por supuesto, para mí más que a nadie.

El ruido de la maleta al chocar con el suelo hizo que dejara de pensar en la señorita Yildirim por un momento (o mejor para siempre). ¿Pero qué demonios llevaba esta chica aquí dentro? Y ¿cómo había podido arrastrar ella sola ese saco de piedras? Seguro que la bolsa de equipaje pesaba mucho más que ella. Era una chica más bien menuda y con poca estructura corporal, a pesar de estar muy bien dotada. Podía dejar sin aliento a cualquier hombre sin ninguna duda.

Cuando la vi por primera vez me impresionó el parecido que tenía con el señor Ömer. Tenía los mismos ojos, grandes y expresivos, el mismo color verde esmeralda, que brillaba como la misma piedra recién tallada y unos labios para soñar, gruesos y rosados como un fresón recién cogido. El pelo y la altura era lo único que le diferenciaba de su padre. Ella no lo tenía tan oscuro sino más bien castaño y se debía de haber hecho unas mechas de tinte porque tenía varios mechones rubios, que claramente se veían al haberse recogido el pelo en una larga trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Sí, eso era, un Ferrari. Exclusivo solo para algunos y ¡una niña, por Dios! Si ni siquiera tenía la mayoría de edad.

—¡Yusuf! —Otra vez no, por favor. Pero esta vez tuve algo más de suerte, no era la gran jefa de la casa sino mi compañero más querido, Adem, el mayordomo y hombre de confianza del señor Ömer.

—Ya voy, Adem. —Levanté la maleta del suelo y comencé a arrastrarla por la gravilla del suelo, superficie que dificultaba todavía más el remolque.

—Cada vez estás más flojo… y eso que me ha dicho la señora Bellinay que te pegas unos atracones de espanto cada mediodía. ¿No te dan de comer tus chicas en casa? Tendré que hablar con la señora Asya y con tu hermana… porque la señora Ari está a punto de contratar a un nuevo jardinero. Cree que hay una rata escondida en la cocina —siempre me hablaba con ese aire socarrón que me hacía sonreír. Si alguien tenía buen sentido del humor, ese era Adem. Un lujo de compañero.

—Es la maldita gravilla que me impide arrastrar la maleta como si fuera una pluma… además de que pesa un horror. ¿Qué se ha traído de España? ¿Al país entero?

—Oh, venga, amigo, no seas quejica. Por cierto, ¿qué tal es la hija mayor del señor Ömer?

—Un Ferrari.

—¿Un Ferrari?

—Sí, eso he dicho. Un puto Ferrari.

5

HIRANUR

Cuando Adem me trajo la enorme maleta que había traído de España a la habitación, mis hermanos, sin yo tener la necesidad de pedirles por favor un momento de intimidad, me dejaron sola en mi enorme habitación para que me acomodase y ordenara toda mi ropa, o más bien, todos mis libros.

—Gracias, chicos. Nos vemos más tarde. —Berat y Akin se marcharon no sin antes mirarme por última vez. No hacía falta que me dijeran que mi presencia les alteraba, no sé si para bien o para mal, pero sí era también un cambio importante en su vida. De repente, tenían una hermana mayor que jamás habían visto y que no estaba dispuesta a quedarse más de unos meses.

Guardé la ropa en uno de los cajones del armario y ordené los libros en la enorme estantería que forraba una de las paredes de la habitación. La maleta la guardé dentro del propio armario ya que había traído tan poca ropa de España que el armario se veía ridículo. No sé qué se debía de creer mi padre, ¿que había vivido como una princesa? Todo lo contrario, a pesar de que no me había faltado nada.

—¿Señorita Hiranur? —Miray abrió la puerta de la habitación con timidez, parecía que tuviera miedo ante lo que podría encontrarse dentro. Le sonreí en cuanto nuestras miradas se encontraron. Quería que ella se encontrara cómoda conmigo. Me había causado buena impresión en el momento de conocerla y quería suscitarle yo también una buena sensación.

—Entra, Miray, por favor. No hace falta que piques cuando quieras pasar a mi habitación. Eres siempre bienvenida.

—Oh, por supuesto que lo debo hacer. Es una de las normas que la señora Ari nos ha inculcado desde un principio. No podemos pasar a ninguna estancia sin avisar de nuestra presencia.

—Ah… y ¿hay muchas normas que cumplir en la mansión Yildirim?

—Algunas.

—Conmigo te las puedes saltar.

—No delante de la señora Ari, señorita Yildirim. Podría meterme en un problema y no puedo perder el trabajo. Espero que lo entienda.

—Claro, claro que lo entiendo. —Llevaba solo unas horas en esa casa y ya quería saltarme todas las reglas. Me acordé en ese mismo instante del increíble chofer forrado con un traje negro que había venido a buscarme. Tampoco quiso pronunciar mi nombre y también me dejó muy claro que ellos eran el servicio y que debían de cumplir las normas.

—Por lo menos, cuando estemos solas, llámame por mi nombre. ¿Está bien?

—Sí, por supuesto que sí. Hiranur. Me gusta su nombre. —Y de nuevo volvió a enseñarme esa sonrisa tan perenne.

—Venga, entra y cuéntame qué es lo que quieres decirme. —Miray dio unos pasos hacia adelante, los necesarios para cerrar la puerta a su espalda.

—Quería decirle que su padre ya está en la casa y desea verla en la biblioteca. Me ha pedido que venga a buscarla y que la acompañe a la sala.

Escuchar que había llegado la hora de conocerlo hizo que por unos momentos parara de respirar. No sé cuántos segundos estuve sin inhalar oxígeno, pero los suficientes para que Miray se acercara a mi lado y se preocupara por mi salud. Volvía a sentir arcadas, normales ya en las últimas horas.

En lo que llevaba del día, era la segunda persona que me preguntaba si me ocurría algo. Y lo cierto es que sí. Lo que me ocurría era que estaba aterrada, porque decir que tenía miedo era quedarme corta. Sentía una angustia y una opresión en el pecho imposible de describir. Llevaba toda mi vida queriendo conocer al hombre que dejó su semilla en el vientre de mi madre, porque eso es lo único que hizo. Del resto, no hizo nada. Quería conocerlo, sí, lo deseaba, pero, de igual modo, me daba pánico el encontrarme con él.

—Ha llegado la hora, Miray. Voy a conocer a Ömer Yildirim.

Miray no pronunció ni una sola palabra que pudiera darme un gramo de ánimo y de valentía. Todos en esa casa sabían que Ömer era mi padre y así me lo pronunciaban, pero ellos no sabían que yo no tenía ningún padre. Iba a conocer a un desconocido del cual solo compartíamos la mitad de mi información genética.

Miray me acompañó, fiel a las órdenes de su mandante, hasta la sala de la biblioteca, que cabe decir, todavía no había visto y que, estaba segura, no me defraudaría. Adoraba los libros y por supuesto, cualquier biblioteca o sala de lectura.

Mi corazón latía tan fuerte que ni siquiera pude escuchar mi nombre cuando Miray anunció mi llegada. Desvié la mirada hacia el suelo y avancé dos, tres, cuatro pasos hasta entrar por completo a la biblioteca. Me obligué a levantar la visión y afrontar de una vez por todas que, por fin, lo iba a conocer.

Y allí estaba, enfrente de mí, en silencio, observándome si cabe, más intensamente que lo habían hecho mis hermanos.

No podía respirar, otra vez.

Ömer permanecía quieto, serio, con los labios tensos y con una expresión dividida entre el miedo y la emoción. Era un hombre atractivo, que los rasgos de la inevitable vejez no le habían hecho daño. Su pelo, que debía de ser muy oscuro en su juventud ahora lucía grisáceo por culpa de las canas y cómo no, sus ojos eran iguales que los míos. Mismo color, misma expresión. Mamá tenía razón. Ese hombre se parecía a mí. Más de lo que hubiera imaginado y querido.

—Bienvenida a casa, hija —dijo sin más. Al fin ponía voz a esa imagen de fotografía que me había acompañado durante toda mi vida. Comenzó a avanzar hacia mí, muy despacio, con miedo hacia mi posible reacción. Con prudencia y con mucho cuidado. Mi silencio le dio confianza para adelantar otro paso más. Cada vez estábamos más cerca el uno del otro. Incluso podía oler una leve fragancia a colonia cara de hombre. De esas que permanecen en la piel y en la ropa durante horas y no se esfuma a los cinco minutos de ponerla.

—No me llame hija. No le he dado ese derecho —esas fueron las primeras palabras (acertadas o no) que le dije al hombre que tenía enfrente y que se disponía a ser mi padre a partir de ahora.

—Pero eres mi hija, Hiranur. —Incluso parecía orgulloso al afirmar tal parentesco. ¿Pero cómo podía tener tanta cara? No tenía vergüenza alguna. Comencé a sentir cómo el terror se desvanecía para dejar paso a la ira.

—¡No! ¡Usted no es mi padre! Y si ahora se ha dignado a hacerse cargo de mí, no ha sido por amor, ni siquiera por pena… se ha visto obligado al perder a mamá. Pero tranquilo, en cuanto cumpla la mayoría de edad me iré. —Los labios me temblaban, sentía los ojos humedecerse y las lágrimas luchar por salir, pero no quería mostrarme débil ante él.

—Siéntate, por favor. Deberías calmarte y, sobre todo, hemos de hablar. —Alargó el brazo

hacía mí, cogiéndome del codo con delicadeza para acompañarme hasta el sofá y poder continuar con la conversación, pero precisamente eso es lo que no quería. Me libré, con un gesto rápido y seco, de los dedos de su mano que ya habían alcanzado mi brazo y frené ese vago intento de continuar la charla de forma más amistosa. No habíamos comenzado bien, pero, si era un hombre inteligente (que seguro que sí) sabría que no había otra manera de comenzar. ¿No pretendería que le diera un abrazo y me echara a llorar de emoción? Y si era así, estaba muy equivocado. No lo quería y no deseaba nada suyo.

—No quiero hablar con usted. —Tratarle de usted hacía que la barrera entre los dos fuera más gruesa. Era un verdadero desconocido para mí y no se tutea a alguien que has visto por primera vez.

—Pero yo sí. Y déjame de tratarme de usted, por Dios. —Ömer cambió el tono de voz a uno un poco más elevado y grave que el que había utilizado para ofrecerme la bienvenida y se pasó las manos por el pelo, demostrando cierta desesperación.

—Has tenido diecisiete años para ponerte en contacto conmigo. —Tenía razón, le tutearía porque ni siquiera se merecía el que le tratara de usted, significaba una muestra de respeto y de superioridad por su parte que no se merecía—. Una carta, una llamada, una visita, cualquier señal de vida que me hubiera hecho creer que te importaba. Ahora, que mamá ha fallecido, ahora te has dignado a aparecer, pero ya es tarde, Ömer. Ahora ya no quiero nada de lo que puedas ofrecerme. Además, si me conocieras, solo un poquito, sabrías que a mí me importa una mierda que tengas una casa de lujo, que me des una habitación de princesa o que venga un chofer de dos metros a recogerme al aeropuerto. Ni siquiera te has dignado a venir tú…

Necesitaba respirar. Ömer aguantaba el rapapolvo sin soltar palabra. Lo único que hacía era mirarme con pena, dejando que me desahogara sin interrupciones.

—¿Has terminado, Hiranur? —Qué capacidad de autocontrol tenía este hombre. Simplemente me escuchaba y esperaba su turno de palabra.

—No, no he terminado. Pero no voy a perder ni un minuto más en explicarte cómo vivíamos mamá y yo mientras tú te bañabas en aguas de oro, no te explicaré lo que sufrió mamá por no tenerte a su lado, por abandonarla embarazada, no te explicaré que jamás te dejó de amar, no te explicaré que lloré hasta secarme por no tener un padre a mi lado, no te explicaré nada más porque seguro que ni te interesa. No te quiero, Ömer Yildirim, y no quiero nada de ti. Pasaremos estos meses lo mejor que podamos hasta que cumpla la mayoría de edad y después, volveré a mi país.

Así de claro se lo dije. No lo quería, más bien mis sentimientos hacia su persona rozaban el odio, la antipatía, el rencor. Tenía una cartera inmensa de sentimientos negativos hacia la persona que tenía enfrente y eso es lo único que quería decirle, pero lo resumí en un «no te quiero» claro y conciso.

—Lo siento, Hiranur, pero hay muchas cosas que no sabes —esa disculpa, que parecía sentida, llegaba tarde y yo creo que él lo sabía. Ya no se encontraba delante de una niña que perdona una y mil veces, y es capaz de comenzar de cero las veces que haga falta. Ahora era una chica adolescente, rozando la mayoría de edad, capaz de decidir, madura en muchos aspectos por la vida que había llevado, válida y profundamente fría, también esto último gracias a él.

—No lo sientas, Ömer. Lo mejor será que, cuando llegue a la mayoría de edad, a final de año (por si no lo sabes) vuelva a Barcelona y retome mi vida —insistí.

—Podemos hablarlo más adelante. Quizás cambies de opinión y desees quedarte unos meses más, quizás puedas estudiar aquí la universidad.

—No lo creo. No suelo cambiar muy a menudo de parecer. —Y lo sentía por él. Si creía que

iba a conquistarme en los meses próximos que permaneceríamos bajo el mismo techo, lo tenía claro.

—No te obligaré a quedarte, Hiranur, pero puedo...

—No, Ömer. Creo que me he expresado de forma clara. No quiero nada de ti y si lo que pretendías decirme es que me ibas pagar unos estudios o incluso darme un trabajo, te adelanto que no lo aceptaré. Estudiaré en mi país.

—Este también es tu país —dijo con severidad. Estaba claro que era turco de pura sangre.

—Lo único que tengo de este país es el origen de mi nombre y mi apellido. No me une nada en absoluto a este lugar.

—Quizás lo termines amando.

—Lo dudo, ya te he dicho que…

—No sueles cambiar de parecer —repitió con cierto aire socarrón la expresión que había dicho hacía solo unos segundos. Por lo menos tenía buen oído y me escuchaba.

Por mi parte ya no había nada más que hablar. Era extraño que él no se hubiera defendido o por lo menos argumentado el porqué de su eterna ausencia. Entiendo que yo tenía la sartén por el mango y que la realidad de los hechos eran los que eran, un abandono en primera regla. Pero tampoco me hubiera importado escuchar su versión. Quizás había un porqué, una explicación. Pero su silencio era la respuesta más clara que no había excusa que valiera ni siquiera la barata.

6

YUSUF

—Adelante, Yusuf. —Así comenzó mi nueva responsabilidad, tal que me hizo perder la razón y el control de mi vida. El señor Yildirim me convocó en la naviera de su familia y no en el despacho de la mansión, donde solía tener las pequeñas reuniones con el personal del servicio.

Debía de ser un tema importante que exigía total discreción.

Ellos eran los propietarios de todo el edificio y su oficina estaba situada en el ático. Desde allí se podía ver el Bósforo a la perfección a través de unos enormes y limpísimos ventanales. El edificio estaba situado muy cerca de la mansión, pero aun así decidí ir en coche. Como era uno de los empleados de la familia, me dejaban aparcar en el garaje que había justo debajo del edificio. Desde allí cogería un ascensor que me llevaría a la última planta.

Nunca me sentía cómodo con el señor Yildirim, ni siquiera para hablar de asuntos sin importancia. Algo en mi interior me decía que me había convocado para un asunto importante, no creo que quisiera verme fuera de su casa solamente para decirme los viajes asignados que tenía para esa semana. Eso podía decírmelo en cualquier momento. Si quería verme en su oficina debía de ser un asunto importante.

—Señor Yildirim —dije mientras me iba acercando a la inmensa mesa de madera de roble que utilizaba como escritorio. El señor Ömer era un hombre extremadamente ordenado. Encima de la mesa había más de diez carpetas de colores, cada una con una etiqueta en donde se podía leer el nombre de un barco. Por un momento, me dejé llevar por mis pensamientos y soñé en cómo sería dirigir una empresa de este calibre, en donde tantas personas dependían de ti. ¿Sería capaz? Por mis circunstancias familiares, una vez terminada la carrera de Derecho, tuve que buscar trabajo para alimentar a mi hermana y mi madre y era tanta la urgencia que me tuve que conformar con los empleos que me iban saliendo, unos más gratificantes que otros. El ser chofer del señor Ömer Yildirim, todo el mundo lo consideraba un lujo, excepto yo. Tenía expectativas mejores para mi vida, había estudiado Derecho y la esperanza de que encontraría un trabajo que me hiciera sentir más lleno, que me hiciera sentir mejor. Pero lo cierto era que necesitaba ese dinero y el señor Ömer pagaba bien.

—Siéntate, por favor. —Obedecí, no me quedaba otra. Además, sentí la preocupación del señor Yildirim por mis venas. Su expresión, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido, significaba que había algún asunto que le atormentaba.

—Gracias por ir a recoger ayer a mi hija, Yusuf.

—No se merecen. Cumplía mi trabajo, señor. —A pesar de que, si hubiera sabido que no me quitaba esos ojos verdes de encima, hubiera puesto alguna excusa para no tener que encontrarme con ella.

—Necesito que seas sincero conmigo y que no me des la respuesta que quiero escuchar.

—Nunca lo he hecho, señor.

—Lo sé, por eso estás aquí… —La expresión del señor Yildirim se relajó por un segundo hasta que volvió a retomar la conversación que parecía no tener un camino demasiado directo. O, por lo menos, le costaba ir al grano, raro siendo el hombre menos dubitativo que había conocido.

—¿Qué es lo que quiere saber, señor Yildirim? —Por un momento sentí que debía dar el empujón a esas palabras que le costaba pronunciar. La señorita Yildirim había sido en esa familia un tema tabú, por lo que era comprensible si le costaba hablar con fluidez de una hija que nunca había tenido.

—Lo que quiero saber es qué impresión te causó. —Madre mía, le había prometido ser sincero, pero no podía decirle que su hija me había calentado con solo mirarla.

—Pues… una chica de carácter.

—Sí, sí que lo es. Ayer tuve mi primera conversación con ella y me costará olvidarla. Me dijo sin miedo lo que sentía, y no era amor, precisamente.

—Dele tiempo, señor Yildirim.

—Eso es precisamente lo que no tengo. Quiere volver a España y yo no quiero que lo haga. Tengo otros planes para ella. —Era evidente que el deseo de la menor no era de su agrado. Quizás había puesto más esperanza de lo que su hija le había dado.

—Sí, a mí también me dijo que cuando cumpliera la mayoría de edad volvería a… ¿Barcelona?

—Sí, a Barcelona. Allí nació y creció con su madre y entiendo que quiera volver. Pero no tiene ningún familiar de sangre con quien quedarse, exceptuando a unos abuelos demasiado mayores para hacerse cargo de ella y quiero que estudie y tenga un futuro en nuestro país. Me gustaría que después de estudiar en la universidad, trabajara en la empresa familiar. Al fin y al cabo, ella es una de las herederas, aunque ya me ha dejado claro que no quiere nada mío.

—Cambiará. Dele tiempo. —En cuanto se acomode a los lujos que su familia le ofrecía era imposible que quisiera volver a su antigua vida, por muy maravillosa que fuera.

—¿Tú crees? Está demasiado dolida y es muy terca.

Estuve varios minutos mirándole sin decir nada. Le permití esa pequeña reflexión del porqué su hija le rechazaba de esa forma que, por supuesto, para cualquier cabeza sana, era totalmente normal que Hiranur no quisiera saber nada de él.

—Señor Yildirim —la curiosidad me mataba—, me había convocado para hablar conmigo de un tema que todavía no hemos tratado.

—Quiero que la protejas. Que cuides a mi hija.

—¿Que la proteja? ¿A qué se refiere exactamente? ¿No pretenderá que haga de guardaespaldas de su hija? —No me lo podía creer. La señorita Yildirim nunca me querría detrás de ella pisándole los talones y cubriéndole las espaldas. No me dio esa sensación cuando la conocí. De hecho, me comunicó su deseo que mi trabajo hacia ella había terminado.

—Pues sí, ese es mi deseo. Mi hija no es consciente de los peligros que corre en Estambul. No ha llevado la misma vida que nosotros. Ella… era más libre que aquí.

—Ella no lo aceptará, señor. ¿No sería mejor que usted hablara con ella y le explicara que es una de las herederas de la familia más importante de Estambul? Y que seguro que habrá más de un interesado en acercarse a ella y… —No pude continuar. El señor Yildirim tenía razón. Su hija era un caramelo para cualquier niño y ella debía de saberlo. Sería todo más fácil si Hiranur aceptara un mínimo de protección.

—Mi hija no debe saber que le he puesto un guardaespaldas. Si se entera que la estás vigilando te hará la vida imposible. Y no creo que eso sea lo que quieras. Respetaré tu decisión si no aceptas el empleo y por supuesto que no perderás el tuyo. Buscaré a otra persona.

En un instante había pasado de ser un chofer apuesto, con una rutina de trabajo fácil y sin dolores de cabeza a ser un superguardaespaldas dispuesto a matar por su cliente, o más bien, por su hija. ¿Y qué ganaba yo con todo esto? ¿Debía aceptar sin rechistar? Al fin y al cabo, el

cambio era considerable y nada que decir de la responsabilidad. El señor Yildirim había puesto la vida de su hija en mis manos. Cabe añadir que me sentía halagado por la confianza que depositaba el señor Ömer en mí, pero no era la oportunidad de empleo que estaba esperando. Ni mucho menos.

—Señor Yildirim, cuando me vea cerca suyo más de tres veces, comenzará a sospechar. La señorita Hiranur es una chica inteligente y lo sospechará de inmediato. —Me levanté de la cómoda silla que había enfrente del señor Yildirim y di unos pasos por su oficina. Necesitaba pensar. Lo que me estaba pidiendo era que fuera un puto guardián de su hija. Literal.

—Hazte su amigo. Así no sospechará de ti. —Dejó ver una leve sonrisa que mostraba el orgullo ante tal aclaración. ¡Como si hubiera encontrado la solución! Amigos, imposible y no solo por ser mucho más mayor, sino porque sentí una atracción terrible hacia esa niñata recién adoptada.

—¿Su amigo? Imposible.

—¿Y por qué no?

—Porque tengo ocho años más que ella —algo tenía que decir— y no creo que quiera entablar una amistad conmigo y más después de cómo comenzamos ayer… —Recordé que ni siquiera le dejé tutearme y la conversación en el trayecto desde el aeropuerto hacia casa no fue, digamos, demasiado fluida.

—Yusuf, si le digo que he contratado a un vigilante para que la mantenga protegida, no solo se negará, sino que quizás la podemos asustar y tampoco eso es lo que quiero.

—Lo de ser su amigo, hemos de descartarlo, señor Yildirim. Siempre he sido una persona bastante discreta y quizás consigo pasar desapercibida para su hija.

No podía decir lo mismo de mí mismo. Me llamó la atención desde el primer momento que la vi a punto de agacharse para aposentar sus perfectos glúteos en la silla metálica del aeropuerto.

—Inténtalo, entonces, pero te pido que la protejas, con tu vida si hace falta.

Con mi vida si hace falta… esa fue la expresión que me hizo ver un lado positivo en toda esta locura. Tenía que sacar partido de todo ello. No era un caradura que se aprovechaba de las circunstancias, jamás lo había sido, pero ya tenía veinticinco años y no quería seguir siendo chofer. Ni siquiera para el señor Ömer Yildirim.

—¿Y qué saco yo de todo esto? —pregunté sin reparos. La responsabilidad no era precisamente la misma y el esfuerzo sería sobrehumano, en todos los sentidos.

—Un cambio de responsabilidades y el doble de lo que estás cobrando. —Se levantó de la silla para acercarse a la mesa de cristal que tenía cerca de un sofá de cuero desgastado. Me llamó la atención lo poco cuidado que estaba comparado con el resto de mobiliario. Supuse que tendría su historia y un grado de sentimentalismo—. ¿Quieres tomar algo? —La oferta era tentadora. Un trago me hubiera dado un empujón de confianza para lo que estaba a punto de soltarle.

—Estoy trabajando. No puedo beber alcohol. Gracias de todos modos.

—Esa era la respuesta que esperaba, Yusuf —El señor Ömer, a pesar de estar él también trabajando, se sirvió una copa de *bourbon* y se tomó un trago generoso. Es lo que pasa cuando eres el jefe, puedes hacer lo que quieras, aunque no es una buena impresión—.He hecho bien en pensar en ti para que seas el protector de mi hija —susurró en voz baja mientras dejaba la copa encima de la mesa en donde descansaban el resto de las botellas.

—Entonces, señor Kaya, ¿aceptas ser la sombra de mi hija?

Me permití unos minutos antes de responder. No era consciente de lo que me venía encima… o sí, pero también era la oportunidad de mi vida de dar un paso hacia adelante.

—Sí, acepto. Pero con condiciones. —No una. No, sino varias. Estaba cogiendo el coraje que

hacía tiempo pensé había perdido, pero esta situación era la oportunidad que llevaba años esperando y no la podía dejar pasar.

—¿Condiciones? Creo que te he ofrecido una generosa nómina y más responsabilidades. Llevas casi tres años siendo el chofer de mi familia y me imagino que no es un empleo muy distraído.

—No, no lo es. En absoluto. De hecho, me estaba planteando dejarlo —mentira, lamentablemente no me lo podía permitir— y darle un empujón a mi carrera. —El señor Ömer me miraba con curiosidad y no parecía querer interrumpirme, así que seguí con el discurso de mis condiciones—. ¿Sabe usted que soy licenciado en Derecho?

—Sí, lo sé. Estaba en tu currículum. De hecho, me sorprendió que buscaras trabajo como chofer, teniendo un futuro como abogado.

—No todo el mundo tiene las mismas oportunidades y yo he de mantener a mi hermana pequeña y a mi madre.

—Ya… bueno, ¿y qué es lo que quieres a cambio de proteger a mi hija? —Mostraba una pérdida de la paciencia en su tono de voz.

—Que mi nuevo empleo como guardaespaldas sea hasta que la señorita Hiranur Yildirim cumpla la mayoría de edad y una vez lo haga, usted me contrate como abogado en su naviera. Sé que hay un fantástico departamento jurídico en donde contratan a abogados recién licenciados. Podría comenzar en práctica y más adelante, ya lo hablaríamos.

—Vaya, tienes grandes expectativas, Yusuf. No contratamos a cualquiera. Sí que es cierto, como bien has dicho, los que vienen a trabajar a Yildirim Deniz son recién licenciados en Derecho y hacen prácticas durante un año, pero solo escogemos a los que han obtenido notas *cum laude*. No a cualquiera.

—No soy cualquiera. Soy el que, si hace falta, dará su vida por la de su hija. No todo el mundo estaría dispuesto.

—No hay mal que por bien no venga, Yusuf. Eres un hombre inteligente y has sabido ver la oportunidad. —No tenía nada más que decir y el silencio antes de que el señor Ömer diera su respuesta fue demasiado largo; incluso pensé que lo rechazaría.

—De acuerdo. Acepto, pero… —siempre había un pero— no quiero que dejes a mi hija ni un solo instante. Veinticuatro horas si hace falta. Cuando vaya al instituto, la has de llevar y si ella se niega, la seguirás sin que se entere. Lo mismo cuando salga. Cuando comience a tener un grupo de amigos, me darás una lista de cuáles son, con nombres y apellidos. Irás a las fiestas a las que vaya, y si tiene algún interés romántico con alguno de ellos, le avisarás de que ella es intocable. Imposible para nadie.

Imposible para nadie. Cómo no, ese término me hizo pensar por un momento en que también ella era imposible para mí.

—Seis meses, señor Yildirim.

—Seis meses, señor Kaya.

Esa misma tarde dejé de ser chofer para convertirme en el guardaespaldas de Hiranur Yildirim.

7

HIRANUR

Nunca he sido una chica muy dada a los dramas a pesar de tener un buen argumento familiar como para rodar una comedia, pero me había permitido arrastrarme unas semanas después de fallecer mi madre. Ahora, después de haber llegado a Estambul, conocer a mis hermanos, la mujer de mi padre, y a él (porque todavía no sabía cómo llamarlo) había decidido ponerme de pie y organizar los seis meses que tenía por delante.

Para empezar, debía de mantener una segunda reunión forzada con Ömer porque debía de terminar el bachillerato y no tenía ni la más remota idea de a qué instituto inscribirme. Doy por hecho que mi padre habría pensado en ese tema, pero ayer ni siquiera le dejé hablar de vicisitudes ni de nada. Hablaría del asunto por la noche, cuando bajara a cenar. Ayer preferí quedarme en mi habitación. Sola, tranquila, asumiendo mi nueva situación. Y me imagino que todos lo debieron entender porque no me vinieron a buscar a la habitación para convencerme que bajara al comedor. Ni siquiera mis pequeños hermanos. No tenía humor para hacer el numerito delante de ellos, así que lo agradecí. Con ellos presentes, me debería de esforzar en por lo menos seguir una conversación o lo que era peor, sonreír de vez en cuando. Me horrorizaba pensar que ellos, tan pequeños e inocentes y, sobre todo, felices por tenerme en su casa, tuvieran una imagen de mí equivocada. Yo era, hasta que mi madre murió, una chica contenta, positiva e ilusionada y con un buen carácter, que según mi madre era mi mejor herencia.

«Vamos, Hiranur, quizás Estambul termina sorprendiéndote», pensé.

Aquí estaba mi voz interna, de nuevo, la que parecía que últimamente me había abandonado. Siempre era positiva, viendo lo que se podía conseguir de todas las piedras que van surgiendo en el camino de la vida. Pero esto no era una piedra sino una roca que no dejaba espacio alguno para seguir caminando.

Esa noche descansé mejor de lo que había creído. Me sentía agotada.

Mi cama era enorme. Jamás había descansado en una cama de matrimonio. Siempre había dormido en una plegable que mi madre consiguió cuando nací y que había amortizado hasta el día en que me fui.

Las sábanas de mi nueva cama eran blancas (siempre me habían gustado de color claro. Me sentía mucho más a gusto que con unas de colores oscuros), tenía cuatro cojines de plumas, también forrados con una funda blanca y un edredón de verano, muy cálido y suave. Por lo que, era imposible no dormir a gusto bajo esas condiciones.

Después de darme una buena ducha en mi superlavabo forrado de mármol (que no tenía que compartir con nadie), me recogí el pelo en dos trenzas de boxeador que había aprendido a hacer, gracias a un vídeo de YouTube y que dejaban ver claramente mis mechas entrelazadas, me hidraté la cara con la única crema que había traído de Barcelona, de marca blanca, y me arreglé con unos pantalones shorts negros y un top blanco que dejaba en vista gran parte de mi abdomen. Me contemplé unos segundos en el espejo que había en la puerta interior del armario y después de darme el visto bueno, salí de mi habitación para dirigirme directa a la cocina. Estaba hambrienta por haberme saltado la cena del día anterior. No lo debería hacer, me dije a mí

misma. Había perdido peso desde la muerte de mi madre y ya era bastante pequeña de cuerpo como para quedarme famélica.

Cuando llegué a la cocina, no sin haberme perdido unas cinco veces por los interminables pasillos de la mansión Yildirim, me encontré de pie, apoyado en la isla que había en el centro, a mi increíblemente guapo, sexi, y déspota chofer de la familia. No lo había vuelto a ver desde que me dejó en la casa el día anterior. Me estaba mirando con un gesto serio y fruncía levemente el ceño, como si algo que viera en mí le disgustara.

—Buenos días, señorita Yildirim. —Dejó la taza de café encima de la mesa que había junto a la barra y me dedicó una mirada intensa, de las que te dejan sin respiración. Parecía contrariado, pero debía de ser su estado natural ya que cuando lo vi por primera vez en el aeropuerto, también lo parecía.

—Buenos días, señor Kaya. —Lo cortés no quita lo valiente, pensé. Con él no tenía por qué ser maleducada. Era otro de los personajes secundarios que había entrado en mi drama personal, pero que no era culpable de mi situación. Así que le di una segunda oportunidad.

—¿Necesita ayuda?, podría avisar a Bellinay para que le preparara el desayuno. —Me había quedado semibloqueada ante la presencia de este hombre vestido de negro y me estaba costando reaccionar. El chofer de mi nueva familia era el hombre más guapo que había visto jamás, sin lugar a duda. En la vida, y no era la primera vez que me fijaba en un chico, había visto a un ser humano de este calibre. Era superguapo. Espectacular, por así decirlo. Qué pena que le fallara tanto el carácter.

—Eh…no, solo buscaba algo para desayunar. Ayer no cené y me siento hambrienta.

—Lo sé. —Me sorprendió su respuesta. Me imagino que las noticias corren como la pólvora y si es de la nueva hija del señor de la casa, todavía más rápido.

—¿No me diga que los chóferes también cenan con la familia? ¿O es usted uno de esos empleados que tiene tanto tiempo libre que dedican parte del día en hablar de los demás? —Cerré por un segundo los ojos e inspiré una buena bocanada de oxígeno para poder bajar la guardia. Debía de comprender por qué me comportaba como una niña delante del chofer. Quizás era por la manera en que me miraba, porque sí lo hacía. Y no de una manera agradable sino de una forma despectiva, desafiante. Me incomodaba tremendamente, me hacía sentir incómoda.

Yusuf dejó la taza de café en la pica, sin ni siquiera terminarlo. Volvió a mirarme, pero esta vez lo hacía estudiando mi vestimenta. Había algo que le disgustaba en mí desde que me había visto entrar en la cocina, pero no lograba descubrir qué demonios era. Tampoco él me lo decía. Solo me estudiaba desde los pies hasta el último pelo de la trenza. Quizás eran mis mechas. Provocaban opciones de todos los colores.

—¿Se puede saber por qué me mira de este modo? Parece que no haya visto nunca a una mujer.

—Usted no es una mujer, es una niña —uff, esa había dolido— y… le recomiendo que se cambie de ropa antes de ir al instituto si no quiere salir en los periódicos. —Yusuf se disponía a marcharse después de su aclaración.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —No quería que la conversación se terminara justo en ese punto que empezaba a ponerse interesante. Sí que sabía, por las historias que me había contado mi madre (y por un mínimo de cultura personal), que las mujeres turcas eran más decorosas que el resto de las europeas. Incluso a la hora de mostrar su afecto en público.

—Aquí —dijo mientras se acercaba a mí para no tener que elevar la voz— las jóvenes visten de forma más discreta. Podría dar que hablar si la vieran enseñando gran parte de su figura por muy… bonita que sea. —Esa última parte le había costado decirla.

—Me importa un bledo lo que digan los demás, señor Kaya —aclaré con gusto sin dejar de mirarle a los ojos.

Estaba agotando la paciencia de mi querido señor de negro. Pude comprobar cómo cerraba los puños en el lateral de sus piernas y cómo apretaba los labios cerrándolos para no permitir que las palabras que quería decir salieran desperdigadas.

—¿Qué es lo que no entiende de lo que le he dicho, señorita Yildirim? —dijo finalmente con un tono un poco más elevado.

—Dígamelo usted, señor Kaya. —Me acerqué un poco más a él. Quería escuchar claramente lo que iba a decirme. Su tono de voz era muy bajo, como un susurro que no debía escucharse.

—Entrar medio desnuda a un instituto es… provocativo. —Ah, bien, eso era lo que le hacía fruncir el ceño de esa manera tan desagradable.

—Provocativo, ¿para quién?

Cada vez estábamos más cerca. Podía escuchar su respiración. Si me hubiera balanceado, incluso podría haberle rozado.

Pasaron unos segundos antes de que el señor de negro contestara mi pregunta. Normal en él.

Me miraba como ningún otro chico lo había hecho. Quizás era la forma de observar que tenían los hombres turcos o la forma de mirar que tenía él. Todavía no lo sabía, pero ya lo descubriría.

—Basta ya, será mejor que se cambie antes de salir de casa o…

—O ¿qué? Ah, entiendo… se lo dirá a mi padre. Ahora resulta que además de ser un hombre del siglo pasado, también es un chivato. ¿O es el topo de la familia?

No conocía esa parte tan indignante de mí, tan provocativa y tan gallito de pelea. Hasta yo misma me quedé sorprendida por mis palabras y por el tono de voz que desprendían mis cuerdas vocales. Debía de ser el hombre que tenía justo a dos centímetros de mis labios que me hacía sentir vulnerable y por ese motivo, mi cuerpo reaccionaba a modo de defensa.

—Mire, señor Kaya, haremos una cosa. Me cambiaré de ropa el día que usted deje de ir de negro. Parece que vaya de luto en vez de ir a trabajar. ¿O es que realmente está de luto? —Sonreí de forma burlona. Me gustaba este punto de mi carácter que no conocía.

Gruñidos, eso es lo que oí antes de verlo marchar por la puerta de la cocina en grandes zancadas. Lo había puesto al límite (y él a mí si he de ser sincera) pero no debía permitir que un hombre, por muy guapo que fuera, me dijera cómo he de ir vestida simplemente para acatar unas costumbres del país o a no provocar a un millón de sacos de hormonas en el instituto.

Cuando me encontré sola en la cocina y los latidos de mi corazón volvían a latir de forma calmada, me di cuenta de que todavía no había ingerido ningún tipo de alimento. La falta de alimentación me estaba provocando malestares en el estómago por lo que me centré en buscar por la cocina algo que comer. Lo encontré justo enfrente de mí, era un enorme bote de cristal en las que se podía ver en el interior un montón de pequeñas galletas caseras. Tenían pepitas de chocolate. Se parecían a las *cookies*, que eran mis preferidas. No dudé ni por un instante en abrir el bote y meter mi pequeña mano por al agujero. Saqué todas las que pude de una vez y me senté en la barra de la isla para disfrutarlas y pensar en mis próximos seis meses.

8

YUSUF

—¡Dios! ¿Qué rayos te pasa, Yusuf? Casi me tiras al suelo y ni siquiera te has dignado en darte la vuelta y ver si seguía vivo. —Adem se acariciaba el hombro intentando calmar el dolor que le había provocado el golpe seco que le había dado cuando había pasado por su lado. Iba tan ciego en mis pensamientos que ni siquiera me había dado cuenta que casi arraso con el cuerpo del mayordomo.

—Disculpa, Adem. No te había visto.

Adema tenía razón. Debía de calmarme o haría alguna tontería.

—¿Que no me habías visto? —Adem dejó de rozarse con las manos el hombro dolorido y se acercó a mí para recibir una respuesta un poco más coherente. Estaba claro que debía de estar muy cerrado en mis pensamientos para no ver que había un hombre delante de mí.

—Sí, eso es lo que he dicho. No me había fijado que estabas aquí. Iba pensando en… mis cosas. —Sí, perfecto. Era una buena respuesta. Mis cosas eran básicamente una de poco más de metro y medio, ojos verde esmeraldas, trenzas terriblemente sexis que le dejaban al descubierto un cuello que me provocaba escalofríos, un cuerpo de locura y un carácter de horror.

Pero, como era de esperar, Adem no se conformó con mi respuesta. Llevábamos casi tres años juntos. Él ya estaba trabajando en la mansión Yildirim cuando yo aparecí por ahí y siempre, desde el primer día, habíamos tenido una buena relación. Mejor que buena, de hecho. Éramos como hermanos. Nos ayudábamos en momentos comprometidos, nos cubríamos cuando hacía falta y éramos el hombro perfecto en el cual llorar cuando hacía falta. Ahora, no podía esconderle mi nueva responsabilidad, a pesar de haberle prometido al señor Ömer que sería absolutamente discreto respecto a mi nuevo trabajo como guardaespaldas de su hija. Todo tenía que seguir igual; era lo mejor si no quería que su hija se terminara por enterar. Ya lo dicen, si no quieres que se sepa, no lo digas. Pero era Adem, mi amigo y él me conocía mejor que nadie. No podía engañarle. A él, no.

—Ya no soy el chofer del señor Ömer…

—¡Joder, te ha despedido! —No había comenzado bien mi historia porque me había interrumpido antes de terminar la frase, aunque pensándolo bien, era muy común en Adem. Tenía esa mala costumbre que hacía que sacara conclusiones erróneas, además de que él no entendía que era una falta de respeto con su interlocutor, pero no había manera de interactuar con mi amigo de otro modo, así que seguí contándole mi nuevo empleo a pesar de sufrir unas cuatro interrupciones por el camino.

—Madre mía, amigo, en la que te has metido —esa fue la respuesta que necesitaba, sí señor, la que me animaba a coger el empleo con ganas, pensé de forma socarrona.

—Perdona, en la que me ha metido el jefe. Además, la señorita Hiranur está aquí por obligación, no es lo que desea y se ha dispuesto a hacerle la vida imposible a su padre y, en consecuencia, a mí. Está tan dolida con él que rechaza cualquier tipo de ayuda.

—¿Y cómo harás para que no sepa que la persigues? No conozco a la señorita Yildirim, pero no tiene pinta de ser un cero a la izquierda. Se ve espabilada y con las ideas claras. No creo que

quiera ningún tipo de protección.

—¡Por supuesto que no la quiere! —mi tono había cambiado de uno desesperado a uno cabreado. Es que no solo tenía que protegerla (y comportarme como un gilipollas celoso al ver que un millón de adolescentes querían tontear si seguía con esa forma de vestir) sino también tenía que hacer que todo pareciera de forma natural. Como si me hubiera encariñado con ella o que me caía bien y por eso «no quería que le pasara nada». Si se enteraba de que todo lo hacía por conseguir el trabajo que siempre había soñado, me evitaría con todas sus fuerzas y estoy seguro de que lo conseguiría.

—Pues ya puedes cambiar de actitud, compi. Para empezar, muéstrate más agradable... ya sabes, interactúa más con ella, muéstrate interesado en sus cosas, conoce a sus amigos, incluso no estaría mal que fueras parte de su grupo.

—A ver, querido mayordomo, ¿tú te has dado cuenta de que tengo ocho años más que ella? ¿Qué pinto yo en un grupo de adolescentes malcriados? Tampoco me aceptarían… he de pensar en otro plan.

—Madre mía, lo dices como si fuera una eternidad. Ocho años, hoy en día no es nada. Mi hermano Mustafá tiene amigas diez años menores que él y no le han detenido la policía por acoso.

Pensé en lo que me dijo Adem… quizás ocho años no eran tantos.

—No sé, no lo veo claro. —Lo que no veía claro era entablar una amistad con ella. Me atraía demasiado, para decir la verdad, sentía como si ella fuera un imán y yo un sencillo metal incapaz de retenerme ante tal magnetismo. Era un esfuerzo sobrehumano concentrarme en otras cosas si ella estaba cerca de mí. Quería hacerla callar con un beso que no tuviera fin. La quería morder, chupar, acariciar y todo lo que sería, incluso indecoroso, pensar. Imposible ser su amigo. Pero algo tenía que hacer para mantenerme a su lado y que ella aceptara mi presencia.

—Me has comentado algo de tu uniforme.

—¿Mi uniforme? —Me había vuelto a quedar atontado con mis fantasías en donde mi futura amiga era la principal protagonista y había dejado de lado la conversación que llevaba con Adem, en donde estábamos intentando encontrar la manera de acercarme a Hiranur de forma natural.

—Sí, tu uniforme. Me has comentado al principio que ella te ha dicho de forma irónica que tu vestimenta era comparable al de un viudo, ¿no es así?

—Sí, pero no es mi manera de vestir. Es el uniforme que la familia que nos da de comer me obliga a poner. Definitivamente, el tuyo de mayordomo es más favorecedor. Por lo menos llevas la camisa de color blanco.

—Pues cámbiatelo. Habla con el señor Ömer y dile que a partir de mañana vestirás de calle. Si le explicas que ese sencillo detalle te ayudará a acercarse a su hija, lo entenderá.

Asentí sin dar más palabras porque escuché de lejos el ruido de los tacones de la señora Ari. Lo que me faltaba para completar la mañana.

—Oye, ¿ella lo sabe? —dijo Adem en voz baja.

—No tengo ni idea, pero algo me dice que me acabaré enterando muy pronto.

—No te quepa duda.

—Lo que no sabrá son mis condiciones y espero que no se entere jamás. —Esa última aclaración fue un pensamiento en voz alta. ¿Por qué me importaba que ella supiera las condiciones que le había impuesto al señor Ömer para aceptar el trabajo?

—¡Yusuf! —Oh, qué voz tan estridente tenía esta mujer—. Hemos de hablar. Te espero en la biblioteca en dos minutos.

N siquiera frenó sus pasos para darnos los buenos días. Ella era así, la más altiva y déspota de todo Turquía. La que se sentía dueña de todo y cuando todo, es literalmente todo.

—Seguiremos hablando, Yusuf. Ahora ve antes de que pegue otro chillido.

—Ya… seis meses, Adem, solo seis meses.

—¡Oye! —gritó Adem cuando ya me estaba alejando de él—, no olvides cambiarte de ropa. Quizás hasta pareces más joven y puedes hacerte pasar por un chaval de instituto.

Lo último que vi fue un guiño de mi amigo que toda esa situación le parecía más que graciosa. No era criticable porque si mi trabajo era aburrido, el de él, lo era mucho más.

Ayudaba a la señora Ari a llevar bolsas de la compra y ordenar su ropa como si fuera una doncella, ayudaba en la cocina a preparar las cenas y comidas junto a Bellinay, abría la puerta unas cincuenta veces al día (por culpa de los hermanos Yildirim que salían al jardín cada dos por tres), ayudaba al jardinero cuando este se lo pedía y todo lo que la familia quería. Siempre estaba a su disposición, fuera para lo que fuera. Lo cierto era que hacía mucho más de lo que le requería su puesto, pero el día se le hacía muy largo si no se mantenía ocupado.

Piqué la puerta con la mano para anunciar que ya había llegado. Una de las normas básicas que la señora Ari nos dejó muy claros a todos, es que, por ningún concepto, nadie del servicio podía entrar en una sala sin anunciar su presencia y esperar a que la persona que se encontraba dentro le diera el permiso para pasar.

Esperé hasta que la endemoniada voz de la señora de la casa dijo que entrara.

—Adelante, señor Kaya.

Cuando estuve enfrente suyo, me ordenó (siempre se dejaba por el camino el «por favor» o el «gracias») que me sentara.

—Mi marido ya me ha puesto al corriente de que te ha pedido que dejes tu puesto como chofer y seas el guardaespaldas de la señorita Yildirim.

—Sí, eso es lo que me ha pedido —respondí sin dar más explicaciones.

—También me ha dicho que no lo harás como un acto de agradecimiento por el trato que te hemos dado desde el primer día que llegaste. —No pretendería que lo hiciera gratis—. Has exigido unas condiciones muy altas.

—¿Acto de agradecimiento? Disculpe, no la entiendo. Puedo asegurar que mi trabajo siempre ha sido impecable, ni siquiera he faltado un día y por supuesto he obedecido a todas y cada una de sus reglas.

—Faltaría más, Yusuf. Si no hubiera sido así, te aseguro que no estarías enfrente de mí ahora mismo.

—Y respecto a las condiciones de las que habla, he de aclarar que soy licenciado en Derecho y que ustedes lo sabían desde el primer día. No me iba a conformar con ser su chofer toda mi vida. No es que haya visto la oportunidad de subir de puesto de forma gratuita, señora Ari. La responsabilidad que me ha asignado su marido no será fácil. Le aseguro que me merezco la condición que he puesto.

—No voy a discrepar en cuanto a que tu trabajo como protector de la primogénita de mi marido no será nada fácil. Ya has podido comprobar que es una chica de armas tomar.

—Sí, ya lo he comprobado. —Justo en ese momento recordé la escena en la cocina. Me costaría proteger a esa chica—. ¿Algo más, señora Ari? —No tenía ningún sentido la discusión que estábamos teniendo. Era una conversación de besugos. Quien me contrataba y me pagaba era el señor Ömer y era a él a quien tenía que dar explicaciones. Pero esta era la manera de actuar de la señora Ari, no quería permanecer al margen de los asuntos de la casa.

—No, nada más, Yusuf. Solo que los informes semanales que le has de dar al señor Ömer,

también me los has de dar a mí. Quiero estar informada de todo.

—Como usted diga… —Por la cara que puso, el tono de mi respuesta no le debió de gustar nada.

—Ya puedes irte —respondió ella sin mirarme.

Inspiré aire antes de incorporarme. Creo que había pedido poco…

9

HIRANUR

—¿Le gustan las galletas, señorita Yildirim? —La señora Bellinay se acercó hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, demostrando la satisfacción que le producía que sus galletas me hubieran gustado. De hecho, gustarme sería decir poco, me habían encantado. Eran las mejores que había comido en toda mi vida. Con mamá nunca hacíamos repostería, cosa que me hubiera encantado (como a cualquier niña), pero ella no tenía tiempo para nada y menos para hacer dulces en sus pocos momentos libres.

—Sí, señora Billinay. Son las mejores galletas que he comido nunca.

—Todavía no has probado las de mantequilla. A tus hermanos les encantan. —Escuchar la palabra hermanos todavía me desconcertaba. ¿Dónde se habrían metido esa mañana?

—¿No han bajado a desayunar? —pregunté a Bellinay, que seguía observándome de forma amorosa.

—Oh, sí, señorita Hiranur. Ellos han desayunado muy temprano, justo antes de ir al colegio. Si lo desea, mañana le puedo preparar cualquier cosa que sea de su agrado.

—¿Qué desayunan mis hermanos? —Con mamá siempre desayunábamos pan con queso y embutido, y los fines de semana nos permitíamos saborear la mantequilla con mermelada.

—Si fuera por ellos, comerían cada día galletas, cruasanes y pan con chocolate, pero la señora Ari es muy exigente y no les permite comer cualquier cosa. — Bellinay frunció el ceño demostrándome que no le gustaban esas normas que debía cumplir con los niños pequeños de la casa—. Suelo prepararles fruta en trozos cada día y tostadas con queso fresco.

—Sí, realmente es exigente. Además, los vi más bien delgados por lo que se pueden permitir de vez en cuando un buen cruasán de mantequilla.

—¿Puedo decirle algo? —asentí intrigada por la futura confesión—. Cada mañana les pongo dentro de la mochila un segundo desayuno. A veces son galletas, a veces pan con chocolate. No me gustaría que se desvanezcan a media mañana. Es un secreto, señorita Hiranur. Las cosas de la cocina se quedan en la cocina.

—Por supuesto, señora Bellinay. Espero que haga lo mismo conmigo cuando renueve mis clases en el instituto. —En ese momento, la encantadora cocinera se dio cuenta de que se había olvidado de algo. La expresión de susto de su cara lo desvelaba.

—¿Qué ocurre? Se ha puesto blanca…

—Me he distraído hablando con usted y no me he acordado de que su padre me ha dicho que en cuanto la viera le dijera que la esperaba en la biblioteca. Creo que tiene algo que ver con lo de sus clases, por lo que le he oído decir.

—Está bien, señora Bellinay. Ahora mismo voy. —Di el último trago al té rojo que me había preparado Bellinay mientras charlábamos y me levanté del taburete de madera para dirigirme a la segunda reunión con el que se hacía llamar mi padre. Esta vez me propuse darle un margen de defensa. El descanso había amainado mi carácter (que no mi enfado ni mi dolor).

Como era de esperar, volví a perderme por los pasillos. Había estado en la biblioteca la noche anterior, pero la cocina estaba en la otra ala del edificio por lo que pensé que quizás lo mejor era

salir al jardín y desde fuera, caminar hacia la entrada principal. Allí me encontraría al mayordomo, ese tal Adem siempre dispuesto a ayudar en todo, por lo que me había explicado Miray.

Después de abrir tropecientas puertas en cada uno de los laterales del pasillo, encontré una sala parecida a la biblioteca, pero en versión mini. Como mi padre me estaba esperando, y vete tú a saber desde cuándo, no quise quedarme demasiado rato disfrutando de los libros y los detalles de la decoración de la sala. Sí que me llamó la atención un cuadro inmenso que presidía una de las paredes de la sala. Era una pintura sobre lienzo con un marco de madera en donde se podía apreciar la imagen de una mujer de cierta edad, mayor, pero sin llegar a ser lo que consideraríamos, hoy en día, una abuela. Era una mujer hermosa, con unos ojos grandes y expresivos. Su color… oh, sí, eso es lo que más me llamó la atención. ¡Tenía el mismo color que mis ojos! Di por hecho que la mujer que me miraba a través de la tela era una de mis antepasadas. Sus facciones eran similares a las mías, era evidente que, si no era mi bisabuela, sería mi tatarabuela.

Me obligué a dejar de mirarla, a pesar de que sus ojos me atrapaban, como si quisieran decirme algo a través del profundo color verde y la viva expresión que había sabido trasmitir el autor con sus manos y me dirigí a paso acelerado al ventanal que había al lado de una de las estanterías repletos de libros antiguos. Más antiguos que los que descansaban en la biblioteca principal. Pensé que cuando tuviera un minuto libre, volvería a esa sala. Quería volver a contemplar el lienzo con un poco más de detalle y estudiar cuáles eran los libros que habían sido deportados allí.

Al fin conseguí llegar, por el jardín, a la entrada principal. Exactamente donde me había dejado Yusuf el día anterior. Subí las escaleras de mármol de dos en dos y antes de picar el timbre, Adem ya me había abierto la puerta.

—Señorita Yildirim —me saludó como si fuera un miembro de la realeza inclinando la cabeza de forma exagerada.

—Buenos días, Adem. —Como llegaba tarde al encuentro con mi padre no quería explicarle por qué demonios había salido de la casa para volver a entrar por otra puerta. Cuando terminara mi reunión sí que quería darle una breve explicación, pero sobre todo para que entendiera que necesitaba un mapa para moverme por esa mansión—. Voy a la biblioteca. Ömer me está esperando.

—Sí, desde hace un rato. —Levantó la ceja e hizo una mueca con la boca para avisarme de que el retraso no era del agrado de mi progenitor.

Escuchar que mi padre me estaba esperando desde *hace un rato* me hizo bajar el ritmo de mis pasos. Yo había estado esperándole toda una vida, no le iba a pasar nada que lo hiciera él unos minutos más. No es que quisiera hacerle sufrir, no era ese tipo de persona que disfruta viendo sufrir a los demás, pero no era justo que yo corriera por la casa angustiada de que él se molestara si llegaba unos minutos tarde. Odio la impuntualidad, incluso me parece una falta de educación, pero en este caso, se me podía perdonar.

Piqué la puerta con los nudillos de los dedos y enseguida escuché su voz ordenándome que entrara. Inspiré con fuerza antes de empujar la puerta. No quería que viera que estaba acalorada por la carrera que me había metido por los pasillos y el jardín. Tampoco ayudaba el estar a solas de nuevo con él. Tenía que reconocer que me impactaba su físico y su seria personalidad.

—Buenos días, hija.

Su tono no parecía molesto.

—Te dije que no me llamaras hija. —Seguía muy dolida y que me llamara hija me irritaba

sobremanera.

Antes de levantarse de la butaca, observé de reojo que fruncía el ceño observándome de arriba abajo. Obviamente, no le había gustado mi forma de vestir. Ya estaba avisada por mi superchofer, pero Ömer no quiso llamarme la atención. Me imagino que me había llamado para hablar de otras cosas y no de cómo he de vestir.

—Ten —me dijo sin ni siquiera mostrar un mínimo de sentimiento hacia la majestuosa frase que le había dicho hacía unos segundos. Me acercó un sobre mediano, muy abultado, cerrado y con mi nombre escrito en el centro en color rojo. Debía de reconocer que Ömer tenía buena letra, en el caso de que hubiera escrito él mi nombre.

—Agarré el sobre y lo abrí de inmediato, sin pensar en lo que debía de contener. Quizás era la libertad para marcharme mañana a Barcelona con unos billetes de avión. No pude contener que las comisuras de mis labios brotaran hacia arriba dejando ver una leve sonrisa.

Cuando conseguí abrir el sobre y sacar la información que contenía me di cuenta que, como siempre, había sido demasiado positiva.

—¿The British international School? —pregunté sorprendida.

—Es una escuela internacional privada, líder en Turquía. Tiene una reputación reconocida mundialmente y acogen estudiantes durante todo el curso. Es una escuela mixta que incluye alumnos de más de cincuenta y cinco nacionalidades. He pensado que esta opción era la mejor para ti ya que todavía no estás integrada en nuestra cultura. Estoy convencido que en esta escuela te sentirás más cómoda que en un instituto público.

—Me hubiera gustado que me hubieras consultado primero y no decidir por mí. Quizás sí que prefiero ir a un instituto público.

—Te hubieras negado a cualquier opción que te hubiera ofrecido, Hiranur.

Cierto. Lo hubiera hecho.

—Probablemente —reconocí. Me hubiera negado a todo lo que él me hubiera propuesto. De eso no tenía duda y él tampoco—. Siempre he ido a un colegio público. Mamá no se podía permitir el pagarme un colegio, ni siquiera concertado y que sepas que me he sentido muy cómoda en ese ambiente… y, si me permites opinar, he de decirte que nunca me he movido en vuestro mundo y que me hubiera sentido más integrada en un colegio acorde con mi clase social y no en ese instituto en donde solo van pijos sin un dedo de frente.

—Deja de decir tonterías de una vez, Hiranur. —Ömer estaba perdiendo los nervios. Era poco dado a su propia defensa, sea por lo que sea, quizás sus argumentos eran limitados dadas las circunstancias o porque no quería revelar otro tipo de realidad. Todo me hacía dudar ante su silencio.

—No son tonterías. No quiero ir a ese instituto.

—Ya he hecho la inscripción. Comienzas mañana.

—No eres nadie para darme órdenes.

—Te equivocas, sí que lo soy. Soy tu padre, a pesar de que no me quieras —tiene buena memoria, por lo menos— y dependes de mí hasta que seas mayor de edad. Una vez los cumplas, podrás tomar la decisión de quedarte con nosotros o volver a Barcelona. Te ayudaré también si eso es lo que deseas, pero cuando llegue el momento.

—Eso es lo que deseo. Volver a casa.

—Lo sé —pena, eso es lo que reflejaba su rostro—, pero ahora has de terminar tus estudios de bachillerato y esta escuela es la mejor que hay en Estambul.

—Es que yo no necesito ir a la mejor escuela de tu país. Quiero terminar mis estudios en una escuela cualquiera. Me quedan solamente tres meses. Cualquier centro de barrio me acogería.

—Te acogerían en cualquier escuela de Turquía con solo hacer una llamada. Eres mi hija, por mucho que te disguste el serlo. Cualquier colegio, público, concertado o privado estaría encantado de abrirte las puertas. Eres Hiranur Yildirim, la hija del mayor magnate de Turquía —dijo con ese orgullo varonil que a cualquier hombre le surge de vez en cuando—. Pero eso conlleva un riesgo —aceptó con resignación.

—¿Qué riesgo conlleva? Nadie sabe que soy tu hija.

—Todo el país lo sabe, por Dios... eres demasiado inocente —dijo para sí mismo.

—¿Eres tan importante como para que quieran secuestrarme y pedirte un millón de liras? Venga ya, por favor. Por ahí no paso.

—Uno no, pero cien millones de liras, sí.

Me quedé blanca. Realmente sí que corría un riesgo si era cierto lo que decía y sus palabras sonaban sinceras, no visualizaba ni una pizca de amenaza, sino un aviso.

—No sabía que valía tanto mi persona… —dije de forma irónica.

—Hiranur, no te quiero asustar. Solo quiero que seas consciente de que aquí corres un riesgo que no corrías en España… es por eso… —Ömer se volvió a sentar en la butaca, derrotado, agotado mentalmente.

—Termina la frase.

Se permitió varios minutos antes de responder. Ömer sabía que yo necesitaba una respuesta, pero no debía de ser el momento porque negó con la cabeza antes de responder.

—No quiero que nadie te haga daño. Es lo único que quiero.

—Nadie lo hará. ¿Quién puede saber que soy tu hija? —insistí. No había pisado Turquía en toda mi corta vida—. Y si es por el apellido, no creo que seamos los únicos Yildirim en toda Turquía, por Dios.

—No, de hecho, es un apellido relativamente común en nuestro país, pero sí que saben que he recuperado a mi hija. Las noticias de cotilleo corren como la pólvora y la semana pasada ya salió en el periódico principal de Estambul que Ömer Yildirim había conseguido la guarda y custodia de una hija que tuvo con una mujer española. Todo lo relativo a nuestra familia atrae. La noticia de tu llegada está en todos los periódicos y prensa rosa. —Se acercó a la mesa que había al lado de su butaca y que estaba repleta de documentos y carpetas y me acercó uno de los periódicos en donde salía una imagen mía en el aeropuerto antes de haberme encontrado con Yusuf. No era de mis mejores fotos, la verdad. Me habían cogido en el momento en que la azafata me preguntaba si me encontraba bien, en ese momento que entré en pánico y la ansiedad me arrastró en un mar de dudas.

—Vaya… quizás me tendrías que haber enseñado esta portada al principio de la conversación.

Los minutos que estuvimos en silencio fueron incómodos. Por lo menos para mí. Debía de tomar una decisión y no tenía tiempo para pensar, valorar qué era lo mejor para mí. Siempre había sido una chica responsable y prudente, pero desde la muerte de mamá todo había cambiado. Ese grado de rebeldía que debía de tener escondido en algún lugar de mi ser había salido multiplicado por mil. Solo quería gritar, no aceptar ninguna condición, no quería sentirme bien, no era justo para mamá. Tenía que odiar al hombre que tenía enfrente de mí, rechazar todas y cada una de sus ayudas, de sus muestras de cariño, todas sus comodidades, toda la gente que le rodeaba y, he de reconocer, que no era fácil. Mi madre me decía una y mil veces, que era una chica buena, de gran corazón y tenía razón porque me costaba, sobremanera, odiar a la figura paterna que me miraba con tristeza.

—Está bien. —Lo mejor era rendirme por ahora. Tampoco yo había organizado nada ni podía ofrecerle otras opciones. No era prioritario. Debía de recuperarme emocionalmente para afrontar

un nuevo esfuerzo—. ¿Cuándo puedo iniciar las clases? —pregunté algo más calmada. No conseguía nada en un estado de nervios continuo que me provocaba más mal que bien.

—Mañana mismo. Te acompañará Yusuf todos los días y te recogerá a la salida de las clases.

—Ah, no, eso sí que no. Puedo ir sola perfectamente. —No había congeniado bien con ese hombre vestido de luto. Tenía un carácter demasiado altivo y no me apetecía discutir a diario. Además, se me ponía la piel de gallina cada vez que me miraba y me hacía sentir como si fuera una niña malcriada que toda su vida hubiera estado en una burbuja de cristal.

—La escuela está demasiado lejos de casa, hija... Hiranur —rectificó a pesar de que esta vez no le puse mala cara.

—Puedo coger un transporte público. ¿O también es peligroso? —dije de forma socarrona.

—En coche llegarías en veinte minutos, Hiranur. En autobús, tardarías casi una hora.

—No me importa. Siempre he sido una chica madrugadora. Pero eso tú tampoco lo sabes. —Me salían las peores frases de mi vida. Las más hirientes, las más crueles. Ömer hacía que saliera lo peor de mí. Y me costaba contenerme. No era fácil morderse la lengua cuando tienes enfrente, por fin, a la persona que más te ha fallado, a la que más necesitabas.

—Está bien, como prefieras. —Ömer se tuvo que rendir. Veía que también había heredado de él la terquedad—. Avisa a Yusuf, si cambias de opinión.

—No lo haré.

Y sin pensármelo dos veces, me di la vuelta con el sobre en la mano que incluía toda la información del colegio y salí de la biblioteca. Cuando cerré la puerta, me quedé apoyada en la pared unos segundos. Necesitaba recomponerme. Era agotador hablar con Ömer. Mi cuerpo sufría un bajón por el estrés que me provocaba su presencia y cuando bajaba el tono de defensa, lo hacían también mis extremidades. Las piernas me temblaban y las manos, hacían lo mismo. El sobre del colegio había sufrido esa consecuencia. Gran parte de él estaba arrugado por haberlo apretado sin conciencia.

Esa tarde la pasé encerrada en mi habitación de princesa buscando en el mega ordenador que me había regalado Ömer (otro detalle que acepté, pero sin rechistar) la red de transporte público que ofrecía la ciudad de Estambul incluido los mapas. Hubiera sido todo más fácil que el chico de negro me hubiera llevado, por supuesto, pero esa opción era inviable. Mis pensamientos me jugaban una mala pasada con Yusuf. Es que era endemoniadamente atractivo, por Dios, y me hacía sentir imbécil. Perdía gran parte de mis defensas por su culpa. Sí, por su culpa. Su mirada, su rostro, sus manos… madre mía. Concéntrate, Hiranur. Redes de autobuses, sí, chofer guapo, no.

Después de estudiar todas las opciones de transporte, encontré un autobús que, más o menos, podía encajar en el trayecto desde casa hasta la escuela. Debería caminar unos diez minutos hasta la parada del autobús y después otros diez, hasta la escuela. No era tanto. En Barcelona caminaba muchísimo más. Y siempre he disfrutado haciéndolo. Me encantaba mirar los edificios, sobre todo los que tenían historia. Me quedaba embelesada imaginando quién debía de vivir allí hace más de cien años.

Unos toques suaves en la puerta me devolvieron a la realidad.

—¿Puedo pasar, hermana?

La voz de Berat sonó detrás de la puerta de madera como si hubiera sido una pequeña caricia en la mejilla.

—Por supuesto, Berat. —Estar con mi hermano pequeño me haría bien. Demasiada información para un solo día.

10

HIRANUR

Desperté antes de que la luz del sol entrara por el ventanal. La noche no había sido fácil. Normalmente sufría de insomnio desde que era una niña. Mi media para poder entrar en la fase de descanso absoluto era de una hora, pero hacía muchos meses que no me había costado tanto conciliar el sueño. Eran demasiados cambios en muy poco tiempo y respecto al descanso, lo estaba pagando caro.

Desplegué el brazo para apagar el despertador antes de que sonara. Era una pequeña caja roja con un reloj central. Tenía un sonido muy estridente pero bastante efectivo. Era de las pocas cosas que me había llevado de Barcelona. Me lo había regalado mi madre el día que cumplí once años y cuando ella comenzaba los turnos de noche en el hospital, situación que le impedía llevarme al colegio por las mañanas.

Abrí una de las ventanas y la brisa fresca de la mañana me dio el impulso que necesitaba. La luz del sol me cegaba y tuve que dar unos pasos hacia adentro de la habitación hasta que mis ojos se acostumbraron a esa luz clara de la mañana. Podía ver el cielo de un color azul claro precioso y las vistas desde mi habitación no podían ser mejores. Veía parte del Bósforo y de uno de los puentes colgantes que cruzaban el estrecho y que conectaban Europa y Asia.

Desde que estaba en Estambul, mis recuerdos eran constantes. Me perdía en ellos de forma inconsciente. Cuando vi el puente del Bósforo, mi mente viajó a la cocina de casa en donde mi madre me explicaba que el puente que ahora podía ver con mis propios ojos era uno de los más grandes de Europa.

Pestañeé con fuerza para concentrarme en mi nuevo ahora y dejar, por un momento, estos instantes del pasado que solo me hacían daño. Suspiré con fuerza mientras deseaba que llegara el día en que pudiera recordar a mi madre y a mi vida pasada con cariño y no con tanto dolor.

Abrí el armario para elegir la ropa que me debía de poner para el primer día de instituto. No tenía muchas opciones, pero pensé que hoy sería mejor ser algo más recatada que ayer. El chico de negro estaría contento al comprobar que le había hecho caso. No pude evitar que mis labios se torcieran dejando ver una mueca de sonrisa.

Elegí un pantalón tejano de color azul claro, algo desgastado y una camisa blanca que me había comprado en una tienda de hombres. Eran mi debilidad. Me gustaban todas. Las de rayas, las de cuadros, las azules claro, e incluso las que tenían un botón en las puntas del cuello. Me las puse dejando los tres primeros botones desabrochados y me hice un nudo con los bordes de los laterales. Cuando me vi reflejada en el espejo, me sentí satisfecha. No había nadie como yo que hiciera de una camisa de hombre algo tan sexi y favorecedor para una mujer. Después, me puse mis bambas Victoria blancas y me dirigí al baño para retocarme algo las muestras del mal dormir. Con un poco de corrector de ojeras y de colorete, podía hasta engañar a cualquiera de que había dormido como un angelito.

Antes de salir a por el autobús, quise hacer una primera parada en la cocina. Necesitaba un café para poder sobrellevar lo mejor posible ese primer día. A pesar de que las luces estaban apagadas, llegué a la cocina sin incidencias. Por lo menos, no había tenido que abrir todas las

puertas de los laterales para encontrar el pasillo principal que te llevaba a la cocina. Toda la mansión se encontraba en absoluto silencio. Debía de ser la única que se había levantado tan temprano. El resto, tenía al hombre de negro, por lo tanto, no tenían esa obligación de madrugar.

Cuando abrí la puerta de la cocina, un olor intenso a tostadas y té hicieron que supiera que no había sido la más madrugadora.

—Buenos días, Hiranur —esa voz ronca despertó mis sentidos como si fuera un torbellino. Yusuf se encontraba detrás de la barra de la isla, sentado en un taburete y desayunando esas tostadas que tan buen aroma habían dejado en toda la sala.

—Veo que no soy la más madrugadora. —Me dirigí directamente a la nevera para coger algo de las sobras de la cena del día anterior. Siempre me había levantado con hambre y cuando estaba nerviosa, era insaciable—. Me alegra que hayas decidido tutearme. Era muy cansino oírte llamarme «señorita» como si estuviéramos en otro siglo.

Yusuf permanecía en silencio, únicamente me miraba y asintió después de unos segundos demasiado largos, como si se hubiera dado cuenta de repente que llevaba demasiado tiempo observándome.

—¿Algo que decir sobre mi camisa o mis pantalones? ¿Te parece apropiado para el primer día de instituto o crees que terminaré en la sala de la directora?

Yusuf me escuchaba sin parpadear. Únicamente me había dado los buenos días y había asentido a no sé qué, ya que no había manera de mantener una conversación mínimamente normal con este hombre.

Dando por perdido el intercambio de palabras con Yusuf, me centré en servirme el resto de té que había quedado en la tetera, ya frío por el paso del tiempo y me preparé un sándwich con las pechugas de pavo que mis hermanos no se comieron la noche antes. Además, cogí varias galletas del bote de cristal que había probado la mañana antes y que me habían parecido exquisitas. No tenía por qué renunciar a todo.

Guardé las galletas en una pequeña caja de plástico que metí en el bolso y con el sándwich en la mano, me alejé de la mesa.

—Te puedo acercar al instituto si lo deseas. —Yusuf dejó la taza de té encima de la mesa y se acercó a mí. Cada paso que daba, era menos oxígeno que me entraba por la nariz para llegar a mis pulmones. Me sentía incómoda ante su presencia y todavía no sabía exactamente por qué. No creía que fuera solamente por su despampanante físico (que también algo tenía que ver), sino porque me hacía sentir indefensa y era por ello que me defendía continuamente. Quizá, sin darme cuenta, había construido una pared de piedra justo al lado de mi corazón. Lo tenía herido y no había espacio para un sentimiento más. Y mucho menos, romántico.

—No hace falta, muchas gracias.

—De acuerdo.

Yusuf finiquitaba de forma rápida las conversaciones. Aun así, he de reconocer que me sentí algo decepcionada. Quizá deseaba que él hubiera insistido un poquito más en llevarme al instituto. Hubiera seguido con mi negativa, por supuesto, pero la decepción estaba allí y lo peor es que no sabía por qué. Me sentía confundida. Acababa de conocer a Yusuf, era el chofer de la familia, nada más.

Agarré con fuerza mi bolso y me di la vuelta, pero antes de comenzar a caminar noté una presión en el brazo. Yusuf me estaba agarrando con fuerza para frenarme y con la otra mano, me ofrecía un pequeño papel doblado. Sentí que presionaba el brazo demasiado fuerte, con demasiada intensidad. Ya no caminaba, pero él seguía con su mano en mi piel. Tuve una sensación extraña, como cuando tienes un malestar estomacal en el avión al sufrir una

turbulencia. Sin pensarlo demasiado, cogí el papel y lo desplegué. Había escrito a mano un número de teléfono móvil.

—Es mi número de teléfono —me reveló Jusuf antes de que yo preguntara.

—No lo necesito. —Creo que ya le había dejado claro que no quería ningún tipo de ayuda. Siempre había sabido resolver mis problemas y ahora también lo haría.

—Quédatelo, por favor —insistió—. Quizás algún día lo necesitarás.

Me estaba quedando sin tiempo por lo que acepté el papel sin discutir, me lo puse en el bolsillo trasero del pantalón y asentí con la cabeza. Debía de salir de una vez si quería llegar a tiempo el primer día de instituto.

Agarré la bolsa con fuerza y me arrepentí de haber puesto tantas cosas dentro. El camino hacia el instituto sería duro teniendo que llevar todo ese peso. Pero era el primer día y no sabía exactamente lo que necesitaría. Había puesto dos libretas medianas, un estuche con varios bolígrafos, una regla, varias gomas de borrar y una regla. Todo nuevo. Siempre me había encantado estrenar los lápices y las gomas de borrar. Era una sensación como de volver a empezar algo nuevo, un sueño o un deseo.

Encontré con facilidad la parada del autobús. Llegué con el hombro destrozado por el peso de la bolsa. Me pasé los diez minutos de camino rechistando hacia mis adentros por la mala gestión. Me planteé en varias ocasiones el porqué de rechazar la ayuda de Yusuf. Ahora estaría al lado del hombre más guapo que había visto y con la comodidad de ir en un coche de lujo. Pero no, por mi cabezonería estaba sentada en un banco de metal, frío y bastante sucio, agarrando la bolsa de cien quilos que había decidido llevar.

En la espera del autobús, cogí una de las dos libretas que había llevado y comencé a hacer una lista de cosas que debía de solucionar cuando llegara a casa. Empezando por las llaves de casa, por ejemplo. No podía depender de Adem continuamente, por muy buen mayordomo que fuera. Quería entrar y salir por mi cuenta sin que me abriera nadie la puerta y me hiciera una reverencia como si fuera la princesa de Estambul. Era ridículo.

Cuando metí la mano en el bolso para coger el estuche, me di cuenta que había un sobre blanco, con el sello de la empresa de mi padre en la parte de detrás. Estaba totalmente cerrado. Me extrañó, ya que sabía perfectamente lo que había puesto dentro y no era ese sobre precisamente. ¿Cómo había terminado allí?

Al cogerlo, noté en el tacto de mis dedos que había algo duro y plano dentro. Lo abrí y me encontré una tarjeta de crédito del Banco Central de la República de Turquía a mi nombre y una tarjeta de autobús. Además, había una pequeña nota escrita a mano. Era de mi padre. Me decía con una sola frase que aceptara las tarjetas sin oponerme. ¡Había pensado en todo! Esos días habían sido un huracán de emociones a todo tren y ni siquiera había pensado en el dinero. Por ahora y por necesidad, la aceptaría, pero le devolvería cada una de las liras turcas que me gastara.

Junto con la tarjeta de crédito había una nueva tarjeta de presentación de mi padre (debía de tener una buena montaña ya que las usaba para todo). Ahora era su teléfono lo que quería darme. Estaba empezando a pensar que era su manera fácil de comunicarse conmigo sin tener que luchar. Por ahora, todo lo que me había propuesto era un no, sin pensar que podía ser lo mejor para mí.

Aproveché ese momento para grabar mis dos únicos contactos turcos; el de mi padre y el de Yusuf. Pensé que quizás sería oportuno tener el de la señora Ari, pero esperaría a que ella me lo ofreciera. No es que hubiera tenido un desencuentro con ella, pero, exceptuando la primera bienvenida, no había vuelto a hablar con ella más que un par de palabras.

El autobús no tardó en llegar. Eran de color amarillo y negro. Me recordaron a los taxis de

Barcelona. Echaba de menos mi ciudad, a pesar de que debía reconocer que Estambul era una ciudad muy bonita.

Agarré mi bolsa y me subí al autobús. Ahora era el momento de concentrarme al cien por cien en la ruta que había estudiado la noche antes. No quería llegar tarde al instituto el primer día. Si comprobaba que no estaba demasiado lejos de casa, muchos días iría caminando.

Era mi primer paseo en cualquier transporte que no fuera el coche de la familia Yildirim y he de reconocer que me encantó. Quizás me equivoqué a la hora de elegir el número de autobús porque el camino fue más largo de lo que esperaba, pero, al mismo tiempo, maravilloso. Me hizo conocer parte de la ciudad que no había visto todavía.

Pasamos por el puente del Bósforo, dándome una panorámica inolvidable de la inmensidad de este y vi la Fortaleza Rumeli, además del antiguo barrio judío.

Cuando dejé de soñar despierta me di cuenta de que llevaba demasiado rato en el autobús. Pensé que lo mejor sería hablar con el conductor y este me informó que debía de haber bajado hacía ya un par de paradas. Cuando el autobús frenó en la siguiente parada, bajé y con el mapa en la mano me dirigí corriendo al instituto. El conductor del autobús, muy amablemente, me informó de las calles que tenía que coger para no volverme a desorientar y fueron acertadas porque en diez minutos me encontraba delante del Instituto Internacional junto con cientos de compañeros de todas las nacionalidades habidas y por haber.

«Ömer tenía razón. Aquí no me sentiré tan diferente», pensé.

11

YUSUF

La primera mañana de mi primer día siendo el guardián de la señorita Yildirim fue mejor de lo que me esperaba. Por cómo iba vestida (mucho más recatada), me di cuenta que me escuchaba y que este carácter terco y revolucionario era una capa que se ponía de protección ante su nueva familia.

Estaba dolida, muy dolida. Todavía no sabía exactamente qué es lo que le había pasado. Debía averiguar cuál era el motivo del porqué nunca había tenido relación con su padre, por qué jamás había aparecido por la mansión Yildirim y por qué nunca habíamos oído hablar de ella a nadie, ni siquiera a su tío, el señor Antara Yildirim (el único miembro de los Yildirim que mostraba facilidad para comunicarse).

Probablemente, la primogénita de los Yildirim era un tema tabú, uno de esos secretos que no podían salir a la luz, pero que el destino hizo que finalmente saliera. Un secreto precioso e intocable. Mi mente dio marcha atrás y vi en mi recuerdo la imagen del cuerpo pequeño (pero terriblemente voluptuoso) de la señorita Yildirim. Debía de reconocer que había elegido una ropa menos tentadora para su primer día de instituto, pero no había conseguido la imagen que me hubiera gustado para que ningún joven adolescente y cargado de hormonas revolucionadas, se fijara en ella. La camisa que había elegido era masculina, pero la manera de atársela, apretando su pecho hasta que la carne no tenía otra que salir por el escote, había hecho que desapareciera cualquier tipo de masculinidad que la prenda tenía en un inicio.

Y qué decir de los pantalones… apretados hasta el punto de estallar debajo de las nalgas. Dios mío, qué culo tenía la chica. Lo único que era recatado eran las sencillas zapatillas blancas. Eran más apropiadas para una niña y con el pie tan pequeño que tenía, todavía daban más esa sensación infantil. Siempre me habían gustado los pies pequeños en una mujer. Esta chica es perfecta, un regalo de la naturaleza.

«Basta», pensé.

Sentí cómo la sangre corría a doble velocidad por mis venas, cómo los pantalones me apretaban en las ingles e incluso sentía sudor en las sienes y en la palma de mis manos. Con solo pensar en ese puto Ferrari de mujer, mis sentidos cobraban vida.

—No quiero ni pensar qué provocará en esos adolescentes desequilibrados —murmuré, mientras dejaba el té en la pica y me disponía a salir de la cocina.

Debía tener una reunión urgente con el señor Ömer. Había puntos de mi nuevo trabajo que no habíamos tratado (para empezar, mi uniforme). No podía incorporarme al grupo de estudiantes si mi imagen era la de un verdadero guardaespaldas, además me hacía todavía más mayor. Debía de vestir de calle, pero tenía un problema. Mi ropa era, por así decirlo, «cutre» y muy desgastada, pero no me podía permitir cambiar el armario entero; como mucho, me compraría hoy mismo una sudadera Nike con capucha y cremallera, para no llamar la atención que junto con un pantalón tejano podía sacarme varios años a pesar de que la imagen de adolescente sería imposible.

—¿En qué piensas, amigo? Te veo preocupado… —Adem apareció en la cocina como arte de

magia o quizás era yo, que estaba tan distraído que no le había escuchado entrar.

—Es que estoy preocupado —reconocí.

—¿Y eso? No me digas que es por tu supercoche de lujo. —Adem se había quedado con la comparación de la joven primogénita con un Ferrari (le hacía gracia por lo acertado que era) y, hacía bien en recordármelo dado que la chica no solo me provocaba sensaciones físicas incontrolables, sino que me estaba a punto de poner patas arriba mi tranquila vida. Estaba comenzando a pensar que me había metido en un buen lío. Me iba a ser dificilísimo estar a su lado, actuar como un águila, cuando quien quería atacarla era yo mismo.

—Ese mismo —respondí con un tono de resignación.

—Venga, Yusuf, no creo que sea para tanto. Al fin y al cabo, por muy mal carácter que tenga la joven, no deja de ser una chica y tú siempre has tenido muy buena mano para tratar con el sexo contrario. Vete tú a saber que no termine enamorada de ti.

—Adem, por Dios, tengo ocho años más que ella y a mí no me van las adolescentes y sobre todo, yo no soy su tipo. Creo que ni siquiera le caigo bien.

Mentira.

Esta sí que me iba (o por lo menos eso es lo que decía mis partes bajas).

La señora Ari fue quien cerró nuestra conversación. Entró en la cocina como un animal salvaje. Parecía enfadada (aunque era su estado natural).

—Yusuf, quiero hablar contigo —dijo pasándose el «buenos días» por el forro del pantalón—. Te espero en la biblioteca en un minuto —añadió.

—Por supuesto, señora Ari. —Le di un golpe suave en el hombro a mi compañero y me dispuse a obedecer órdenes. Tampoco me iba mal mantener una conversación con la matriarca, sobre todo para el tema del nuevo cambio de vestuario. Era un tema trivial y no quería molestar al señor Ömer con estas tonterías.

La reunión con la señora Ari la finiquité en diez minutos. Ella estaba de acuerdo en que debía de cambiar de ropa y no puso ninguna objeción en financiar la compra, de hecho, abrió una caja de metal que había dentro de un cajón de la mesa central de la biblioteca y sacó delante de mí un fajo de billetes de liras, que me ofreció sin ni siquiera contarlas.

—Gracias, señora Ari. —Guardé las liras en mi cartera. Ni siquiera le pregunté si podía gastármelas todas, lo di por hecho.

—Es parte del trabajo. Eso sí, guárdate el uniforme por si este nuevo empleo no sale como esperamos y has de volver a ser mi chofer.

—Saldrá bien. No tengo ninguna duda.

De nuevo, otra mentira. Tenía muchas dudas.

El tema que ella quiso tratar no era importante; únicamente, quería seguir contando conmigo como chofer hasta que encontraran a un suplente. Me vi obligado a decir que sí, siempre y cuando no distorsionara mi trabajo principal.

La señorita Yildirim no salía del instituto hasta las seis de la tarde por lo que tenía una amplia franja horaria para solucionar el tema de la ropa y hablar con mi hermana y mi madre de este nuevo cambio de circunstancias.

Cuando llegué a casa me encontré a varias vecinas del barrio tomando un té con mi madre y comentando los cotilleos de diario. Mi hermana estaba trabajando en la floristería hasta la hora de comer por lo que pensé sería mejor esperar a encontrarme con las dos al mismo tiempo, pero sería difícil. Mi madre no tenía la paciencia de un santo y la curiosidad le podía.

—Hola, Yusuf, ¿qué haces aquí tan pronto, hijo? —preguntó mi madre extrañada. No solía volver a casa antes de las ocho de la noche y cualquier cambio en la rutina, fuera de mi hermana o mío, le preocupaba. Desde que murió mi padre, ella ha sido una mujer muy dada a los dramas y un cambio, sea cual sea, «no puede ser bueno».

—Hola, mamá. He venido a cambiarme de ropa —saludé a todas las amigas de mi madre que estaban allí sentadas mirándome como si hubiera aparecido un fantasma en plena noche.

Ella se levantó para poder hablar conmigo con un poco más de intimidad. Si había ocurrido algo con la familia Yildirim y alguna de ellas lo escuchaba, mañana sería la comidilla de todo el barrio.

—¿Se ha ensuciado el uniforme y vienes a cambiártelo, cariño? —Mamá no podía seguir conversando de una forma tranquila con sus amigas estando preocupada. Si hubiera tenido el poder de hacerlas desaparecer con un chasquido de dedos, lo hubiera hecho.

—No, mamá. Ya no he de llevar más el uniforme.

Mi madre se quedó blanca. Como siempre, pensó lo peor y era un despido por parte de la familia Yildirim. Yo sustentaba a la familia desde que mi padre falleció y que me despidieran sería una verdadera ruina.

—Mamá, no pasa absolutamente nada. Simplemente, me han ascendido… —quizás no había acertado en la palabra— o más bien, me han asignado otro tipo de responsabilidades.

Las mejillas de mi madre volvían a retomar su habitual color rosado.

—Menudo susto me has dado. Pensaba que… —Comenzó a acariciarse los mofletes y a ponerse el pelo detrás de las orejas. Siempre que se ponía nerviosa, actuaba de la misma forma.

—Que me habían despedido —dije sin dejar que terminara la frase.

—Pues sí, Yusuf —respondió algo indignada. Le molestaba que me adelantara en sus pensamientos—, eso es lo que había pensado. No me cansaré en repetirte que eres muy afortunado de trabajar con esa familia.

Asentí sin rechistar. No pensaba igual que ella en casi ningún tema, pero sí en que era afortunado en trabajar con la familia más poderosa de Turquía. Gracias a ellos toda mi familia comía y podíamos pagar el alquiler de la vivienda. Así que dejaría las quejas para otro momento.

—Ahora no podemos hablar, pero cuando venga tu hermana nos explicas qué es lo que ha cambiado.

—Perfecto —respondí desviando la mirada hacia las amigas de mi madre que chismorreaban en voz baja, muy probablemente comentando la jugada que tenían delante—. Ahora ve con ellas e invéntate una historia emocionante para que todas tus amigas te envidien por el hijo que tienes.

—Ya lo hacen, cariño. —Me dio un beso en la mejilla y me guiñó un ojo. Después se volvió a acomodar en el mismo sillón en el que se encontraba cuando había llegado.

12

YUSUF

A las seis en punto de la tarde me encontraba en la puerta del instituto actuando como un verdadero guardaespaldas. No me sentía cómodo en mi nuevo papel de guardián y menos cuando ella no sabía que ahora debía perseguirla como un poseso por toda la ciudad.

Debía de explicarle la verdad, o parte de ella por lo menos para que no pensara que me había vuelto chalado o que me había obsesionado con su persona (que algo de eso también había porque no podía sacarme de la cabeza la imagen de esos glúteos firmes ni de esos pechos extremadamente grandes dentro de un torso estrecho).

Comencé a centrarme en el ambiente del instituto, nada que ver con la escuela en la que había estudiado yo. En ese centro no había ni un solo turco, todos eran jóvenes de alta cuna vestidos con ropa de marca y de otros países.

¿Qué demonios pintaba yo ahí?, me pregunté a mí mismo.

«Solo son seis meses», pensé.

Diez minutos después, la vi. Iba acompañada de varios compañeros y charlaban distraídamente. Estaba preciosa. Seguía con las trenzas intactas y tenía una expresión mucho más relajada de la que me tenía acostumbrado. El nudo de la camisa se le había desabrochado, la llevaba suelta y le cubría parte de las nalgas (menos mal). El resto de las chicas vestía parecido por lo que no destacaba sobremanera en ese ambiente. Frenaron sus pasos y se quedaron charlando con el móvil en la mano. Parecía como si se intercambiaran los números. Me sorprendí a mí mismo en lo mucho que me fijaba en los detalles. No solo debía protegerla, sino averiguar quiénes eran sus amigos, cuáles eran sus planes y encima, qué intenciones tenían sobre ella ya que Estambul entera querría liarse con la primogénita de Ömer Yildirim. Era una bomba de relojería.

Volvía a pensar que había pedido poco.

No tardó en verme y no fue una expresión agradable la que me dedicó. Más bien sugería un ¿qué coño haces aquí?

Comencé a caminar hacia donde ella se encontraba junto con sus nuevos amigos y vi claramente cómo una de las chicas le susurraba algo en el oído que ella negó de inmediato. Hiranur no pudo evitar mirarme con curiosidad. Nunca me había visto vestido de calle y no puedo cerciorar que le gustara lo que estaba viendo, pero sí que se quedó sorprendida.

Antes de que llegara a su lado, Hiranur comenzó a acercarse hacia mí. No había pensado en un argumento viable, algún motivo que justificara mi presencia en el instituto como si fuera un padre que recoge a su hija en la salida del colegio y ahora no tenía tiempo de pensar en una excusa que lograra evitar su enfado.

—¿Qué demonios haces aquí? —me preguntó muy enfadada, pero sin elevar el tono. No quería dar un numerito delante de sus nuevos amigos. Tenía un rasgo de discreción que también me gustaba, pero era imposible que pasara desapercibida para nadie.

—He venido a buscarte, Hiranur —respondí, sin más. Era parte de verdad. Solo había venido a buscarla (y a ver cuál era el ambiente del instituto).

—¿Perdona? ¿Pero tú te has fijado en que ya no soy una niña? —su tono de voz ya no era tan leve. Su capacidad de paciencia estaba comenzando a fallar.

«Lamentablemente, sí».

—Simplemente cumplo órdenes, así que acompáñame, por favor. He dejado el coche un poco apartado precisamente para que no te sintieras avergonzada.

—¡Ya me siento avergonzada, señor Kaya!

Los mofletes de Hiranur cada vez estaban más teñidos de rojo. Estaba en ese punto de decidir si darme un puñetazo (que eso sí que sería dar un numerito) o darse la vuelta y marcharse. Decidió por la segunda opción, obviamente, pero no se lo permití porque antes de empezar a caminar de nuevo, la agarré por el codo y le obligué a darse la vuelta de una forma algo violenta porque se chocó con mi pecho. Durante unos segundos se mantuvo agarrada a mi cintura para retomar el equilibrio. Mi corazón latía de una forma descontrolada. Era la cercanía de su cuerpo, el roce de sus pechos, el olor de su pelo, toda ella la que provocaba que mi corazón estuviera a unos segundos de estallar. Si no la separaba de mi pecho, me arriesgaba a que ella lo notara y eso sí que no podía permitirlo.

—Pero ¿qué te has creído, imbécil? —Su enfado ya no era una irritación sino un cabreo monumental.

—No pongas las cosas más difíciles, Hiranur. Te vendrás conmigo y punto.

—Y una mierda. —Volvió a intentar escapar empujándome con las dos manos con fuerza, pero la agarré de nuevo con los dos brazos y la sujeté abrazándola contra mi pecho (otra vez). Me tenía que esforzar en no oler el aroma de su pelo, en no acariciar su espalda sin que ella lo notara, en no morderle el cuello y susurrarle que ese enfado aún me provocaba más que aumentara mi dopamina y sintiera una atracción por esa chica indomable.

Jamás había tenido que contenerme enfrente de una mujer.

Hacía lo que quería con quien quería, pero ella no estaba a mi alcance.

—Tus amigos van a pensar que estamos teniendo una pelea de enamorados así que te doy la opción de darme un besito en la mejilla y nos vamos cogidos de la mano o seguimos peleándonos delante de todo tu instituto un rato más. Tú decides, señorita Yildirim.

—Eres insoportable y no sé qué coño te has creído tratándome así. —Seguía aplastada entre mis brazos y mi pecho. No sé cuánto más duraría así sin que se me levantara la parte de mí que funcionaba sola.

—Ya te he dicho que cumplo órdenes.

—Pues ordeno que me sueltes y que te vayas de una vez —su voz sonaba débil. Me hizo sentir mal, pero no podía perder esta oportunidad.

—Órdenes de tu padre, no tuyas.

Escuché un largo suspiro antes de que ella aflojara en sus fuerzas y me empujara de nuevo de una forma menos violenta.

—No te vayas —le susurré en un oído antes de que yo la soltara. No quería que sonara como una súplica parecida a la de un hombre enamorado que le ruega a su chica que no le dejara, pero realmente sonó igual de desesperante y le hizo sentir algo, no sé con exactitud el qué, pero le provocó que la piel del cuello se le erizara y que se diera por vencida.

—Está bien —dijo resignada—. Volveré contigo a casa, pero solamente hoy. Y cuando lleguemos, tendremos una conversación tú y yo solos.

Asentí.

Sería lo mejor. Debíamos de hablar porque no habíamos comenzado bien y ella debía de saber que estaría detrás de ella las veinticuatro horas del día si hiciera falta.

Hiranur se despidió de sus nuevas compañeras con un simple gesto con el brazo. Las nuevas amigas le asintieron sin dejar de mostrarle una sonrisa socarrona. Era evidente que habíamos mostrado una imagen equivocada. Al día siguiente, Hiranur debería darles una explicación respecto a quién era yo, muy a su pesar. Los jóvenes, en cambio, me miraron de una forma mucho más despectiva. Debía de ser un inconveniente para ellos si querían llegar a Hiranur por un camino fácil.

La vuelta a casa fue tenso, por describirlo de forma suave. Hiranur no desvió la mirada hacia mí en ningún momento. Seguía con el ceño fruncido desde que se había despedido de las amigas y el ambiente era tan tenso que se podría haber cortado con un cuchillo.

Cuando entramos en la mansión sentí cómo una pequeña mano me agarraba el brazo.

—Me deberías dar una disculpa —dijo sin haber abandonado el ceño fruncido ni esa expresión de malestar. Estaba enfadada, pero yo también lo estaba. Con ella y conmigo.

—En absoluto, señorita Yildirim. Solo cumplía órdenes de tu padre. Si usted no está de acuerdo, mejor que hable con él.

—No quiero hablar con él, ¿es que no lo entiendes? ¡No quiero nada de él, Yusuf!

—¡Pues no aceptes na-da de él! Pero yo he de cumplir órdenes y ahora es… —Sus delicados dedos seguían apoyados en mi brazo y los miré de una forma en que le hice sentirse incómoda. No quería que me tocara, ni siquiera que me rozara.

Me sentía incómodo simplemente con un roce de su piel. Era imposible mantenerla alejada de mí, pero el contacto debía de evitarlo, si no me volvería loco.

—Perdona… —Hiranur retiró la mano como si mi brazo ardiera.

—Escúchame, Hiranur —suspiré para calmarme. Debía de hablar con ella y se terminó definitivamente el hablarle de usted o de llamarla señorita. Tenía que acercarme a ella, que confiara en mí, hacerme su amigo eran palabras mayores, pero sí que podría ser una persona de confianza para ella y del modo en que estaba actuando, no lo conseguiría—. Mi trabajo es cuidarte a partir de ahora y te pido, por favor, que no me pongas las cosas más difíciles de lo que están.

—Tu trabajo no es cuidarme, sino llevarme de un lado a otro cuando lo necesite y cuando te lo pida, no cuando tú lo decidas.

—No, te equivocas. Las condiciones de mi trabajo han cambiado. Ya no soy el chofer de la familia Yildirim, sino la persona que te ha de proteger ante cualquier *incidencia* —pronuncié la última palabra sin demasiada convicción porque no era así exactamente. Debía de dar mi vida por la suya si era necesario.

—No te necesito… sé defenderme sola, Yusuf. —Hiranur no podía creer lo que estaba escuchando.

—Lo dudo. Eres Hiranur Yildirim por mucho que te patee la idea y déjame decirte que me importa una mierda si quieres que te ayude o que no. Estaré a tu lado en todo momento, hagas lo que hagas y estés con quien estés.

No pude evitar recordar a esa cuadrilla de adolescentes mirando a Hiranur como si fuera el mejor premio de Turquía y de admitir que me molestaba y mucho.

—Estás loco si piensas que voy a vivir con un guardaespaldas pegado a mí como…

—Sí, eso es lo que harás, vivir pegada a mí y no se te ocurra pensar en artimañas para alejarme de ti porque te encontraré y entonces será peor.

—¿Peor todavía?... eres odioso, no te soporto…

Hiranur se estaba quedando sin argumentos y eso me favorecía. Quizás se estaba dando cuenta de que no iba a ganar la batalla. Me jugaba demasiado como para desobedecer a su padre

y me importaba un pimiento que ella no me soportara. No la tenía que conquistar, sino proteger. Esa era mi único objetivo.

13

HIRANUR

—No te soporto, señor Kaya… —lo dije bajito, como si fuera un susurro. Fue más bien un pensamiento que se deslizó por mis labios con el sonido suficiente para que Yusuf lo escuchara.

—Ya me lo has dicho. Y yo a ti tampoco, pero eso no me frena frente a mis responsabilidades.

—Oh, déjalo ya… no pienso seguir tu juego. Si quieres seguirme, adelante, pero no pienses que te ayudaré ni te voy a poner mi ubicación a tiempo real… ¿o también te lo ha exigido mi padre?

¿Mi padre?, ¿desde cuándo me dirigía a Ömer como *mi padre*? Estaba perdiendo el oremus…

—No me hace falta tu ubicación para saber en todo momento dónde estás —dijo Yusuf, levantando las cejas y mostrando una sonrisa que fue la gota que colmó el vaso.

Alguna fuerza sobrenatural me ayudó en ese instante para no perder los nervios y darle una patada en los huevos y apartarlo de mi vista. Ya era suficientemente difícil mi situación como para tener que lidiar también con un engreído guardaespaldas que lo único que me provocaba era un inmenso sentimiento de frustración.

—Ya lo veremos... ah, y perdona que te lo diga, pero… estabas mucho más atractivo vestido absolutamente de negro.

La sonrisa socarrona de Yusuf se transformó en una de satisfacción, probablemente por la estupidez que le acababa de soltar. ¿Le había dicho que me resultaba un chico atractivo? Por Dios, ahora sí que le había dado margen para actuar.

—No me digas que te resulto atractivo.

Ahí estaba la reacción esperada.

—En absoluto… he dicho que… —piensa Hiranur, piensa…

—Ya sé lo que has dicho, señorita Yildirim.

Yusuf estaba disfrutando de la situación porque no dejaba de mostrarme sus dientes blancos y perfectos debajo de esa irritante sonrisa. Además, no se contuvo a la hora de tocarme para intimidarme, si podía ser, un poco más. Me agarró de la cintura y me acercó a su pecho, por segunda vez esa tarde, pero esa cercanía le provocó una reacción inesperada (que podía imaginarme) porque antes de seguir con la broma, me empujó hacia atrás de tal modo que tropecé con la bolsa que había dejado en el suelo y me caí de nalgas.

El momento no podía ser más vergonzoso. Sentí cómo el rubor aparecía en mis mejillas. Nadie me había empujado ni tratado de esa manera tan despreciable. Era indignante y no lo iba a permitir.

—Si esta es tu manera de defenderme, mejor que no lo hagas… —Me levanté lo más rápido que pude, agarré la bolsa y me puse a correr por el interminable pasillo de la mansión, no sin antes notar cómo una lágrima se había escapado de mis ojos y acariciaba despacio el dorso de mi mejilla.

Antes de llegar a mi cuarto, me encontré de frente con Berat. Estaba a punto de entrar a su cuarto, pero frenó su intención cuando me vio correr por el pasillo.

Vi cómo abría la boca para pronunciar mi nombre, pero no le di tiempo a hacerlo. Entré en mi habitación, tiré la bolsa en el suelo y me deslicé en la cama bocabajo. Quería llorar, desahogarme el rato que mis sentimientos necesitaran. No estaba solamente enfadada con Yusuf, sino también con su padre por creer que ella necesitaba un guardián en sus espaldas. Me importaba un bledo que fuera la hija de uno de los hombres más importantes de Turquía. No quería tener a Yusuf en mis espaldas a cada paso que daba.

—Está bien, hablaré con Ömer —dije convenciéndome que era lo mejor. No me gustaba mantener ningún tipo de trato con él y menos una conversación, pero este tema debía de tratarlo con urgencia.

Me levanté de la cama, me limpié las mejillas y me retoqué las trenzas. No entendí el porqué de retocar mi imagen ante mi padre, pero me sentía mejor, más fuerte y con más confianza.

Después de darme el visto bueno, salí del cuarto y me dirigí directamente a la biblioteca. No sabía si se encontraba allí, pero había bastantes posibilidades. Le gustaba trabajar en la biblioteca de su casa y lo podía entender. Era la sala más acogedora de toda la mansión.

Pasé de nuevo por el recibidor en donde había vivido la escena dramática con mi nuevo guardaespaldas y con gran sorpresa vi que él todavía estaba allí, de pie y justo en el mismo sitio en donde lo había dejado.

—Hiranaur… —Yusuf había pronunciado mi nombre en un tono mucho más suave de lo normal. No pude contenerme y me giré para dedicarle una mirada delatadora. No quería pasar ni un minuto más con él y menos mantener una conversación.

No frené. Seguí en dirección a la biblioteca a pesar de sentir en mi espalda su mirada. No hacía falta que me diera la vuelta para sentir sus ojos justo detrás de mí.

—Tu padre no se encuentra en la mansión. —Mis pasos frenaron su ritmo acelerado ante tal declaración—. Lo he visto salir hace diez minutos.

Me quedé de espaldas a él. Todavía me sentía avergonzada. No daba ni un solo paso a pesar de que escuchaba cómo él se acercaba.

Ya no tenía sentido que fuera hacia la biblioteca. Podría hablar con él después de cenar. Era importante zanjar el tema de Yusuf ese mismo día.

—Quiero pedirte una disculpa. Sentí cómo una de sus manos rozaba mi muñeca, pero seguí sin darme la vuelta. Perdía gran parte de mi autocontrol cuando estaba cerca de mí. Tenía que aceptarlo. El exchofer y nuevo guardaespaldas me atraía y mi cuerpo y todos mis sentidos iba absolutamente a la suya cuando lo tenía cerca.

—Déjame —respondí al mismo tiempo que estiraba mi brazo para devolverle la libertad—. No me vuelvas a tocar.

Retomé mis pasos para dirigirlos fuera la mansión. Necesitaba aire fresco. Lo único que esperaba es que no me siguiera también por la propiedad.

No lo hizo.

Tuve ese momento de paz y de tranquilidad que tanto necesitaba. Quería pensar, aclarar mis sentimientos, olvidar esas reacciones físicas que provocaba Yusuf en mí. También a mí me sorprendían. Jamás me había gustado un chico hasta el nivel de hacerme temblar las piernas y dejarme sin recursos. Y no quiero decir y ni siquiera pensar que Yusuf me gusta. Es solamente una atracción difícil de controlar. Es como si mi cuerpo y el suyo fueran imanes contrarios, de esos que quieren engancharse a toda costa y que solo la ciencia puede explicar.

Pasé en el jardín más rato de lo que me esperaba. Todavía no le había dado una oportunidad a la zona exterior de la mansión y era maravillosa. Estaba rodeada de todo tipo de flores, desde rosas rojas hasta hortensias de colores. También había grandes árboles que daban esa intimidad

tan necesaria para mantener la casa lo más discreta que fuera posible. Difícil teniendo una estructura de tal inmensidad.

Encontré bajo un nogal, enorme y centenario, un banco de madera, sencillo, como si lo hubiera hecho el jardinero a mano para mis pequeños hermanos.

Me senté, cerré los ojos y comencé a inhalar aire freso. Todavía, a pesar de ser primavera, el ambiente no era demasiado cálido. Me gustaba. Soportaba mucho mejor el frío que el calor.

El sonido de un mensaje recibido en el móvil hizo que volviera a la realidad. No sabía cuánto tiempo llevaba fuera de la casa, pero supongo que mi ausencia podía estar preocupando a alguno que otro. Por supuesto la imagen de Yusuf me vino a la mente, pero me daba igual si él se preocupaba por mí. Ya le dejé claro que no lo necesitaba y que podía defenderme por mí misma.

Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón y vi que el mensaje que me había llegado provenía de un nuevo grupo de WhatsApp creado por los compañeros que había conocido ese mismo día en el instituto. La idea de tener nuevos amigos me agradó. No me hacía sentir tan sola. Además, había congeniado con ellos desde el primer momento a pesar de no ser españoles. Si sabían que era la hija de Ömer Yildirim, no lo habían mencionado y ese detalle hizo que todavía congeniara más con ellos.

Marco, Alexander y Enzo eran los chicos del grupo. Marco, italiano de nacimiento, se podía considerar el líder de la manada. No es que fuera mandón propiamente dicho, pero tenía un carácter extrovertido que hacía que el resto le siguiera. Físicamente era el más guapo de los tres y él era consciente de ello. Alexander era inglés, nacido en Londres y llevaba prácticamente desde que nació viviendo en Estambul. Todavía no sabía el porqué, pero ya me enteraría y, por último, estaba Enzo, francés. Era el más tímido e introvertido de mis tres nuevos amigos. Solamente habíamos cruzado varias palabras, era evidente que le costaba interactuar con una chica. Tuve una buena impresión con los tres desde el primer momento y se notaba que, entre ellos, había mucha complicidad.

Las chicas de mi nuevo grupo de instituto también me acogieron sin ningún miramiento. Enseguida que entré en la primera clase, una de ellas, Susie, me hizo un gesto con la mano indicando que me sentara a su lado. Por supuesto, le hice caso sin pensarlo ya que precisamente ese comienzo en una clase, sin conocer a nadie y tener que acomodarme en un grupo de compañeros unido, era lo que más me inquietaba.

Me senté al lado de Susie y me presenté diciendo únicamente mi nombre y ofreciéndole mi mano a modo de agradecimiento. Mi padre y Yusuf me habían puesto tantas tonterías en mi cabeza sobre lo conocida que era mi familia y los riesgos que ello conllevaba que ya estaba haciéndome paranoias.

—Bienvenida, Hiranur. —Susie era una chica preciosa. Un bombón como hubiéramos dicho en mi país. Tenía los ojos azules más bonitos que jamás había visto y su pelo era absolutamente maravilloso. Parecían hilos de oro entrelazados.

—Gracias, Susie, y… gracias por haberme salvado del mal trago de buscar un sitio libre por toda la sala.

—Tranquila, de hecho, todos te estábamos esperando desde hace una semana. ¡Una Yildirim en nuestra clase! Es todo un privilegio.

—No creo que sea exactamente eso… —Susie sintió haber dicho esas palabras cuando vio mi expresión algo avergonzada. Hasta hacía poco era una donnadie que ni siquiera era conocida en su propio colegio y ahora tenía que preocuparme por quién se me acercaba.

—Perdona, Hiranur… soy demasiado entusiasta.

—Oh, no, para nada. Solo que todavía no estoy acostumbrada a ser la Yildirim que la gente

cree…

Tuve que frenar mi breve explicación cuando el profesor de literatura entró en la sala. El señor Stuart me presentó como una alumna más, indicándome que no sufriera por el temario que habían dado hasta ahora; solo quedaba un trimestre para terminar la escuela por lo que no tenía sentido que me pusiera al día de tanto temario.

—De la que te has librado, amiga… son un coñazo las clases del señor Stuart —susurró Susie tapándose los labios con la mano.

Le sonreí. Me di cuenta en ese instante que me llevaría bien con Susie. De hecho, ella misma fue quien me presentó a su mejor amiga, Siomara (Sio para los amigos) en cuanto terminó la primera clase. Sio era turca, pero sus padres eran españoles, inmigrantes desde hacía más de veinte años y hablaba español perfectamente. Sus padres habían decidido que su hija estudiara en una escuela internacional ya que no compartían las costumbres turcas, demasiado machistas para su forma de ver.

—Bienvenida, Hiranur —me dijo Sio en español—. Qué bien poder hablar en nuestro idioma, por lo menos cuando estemos solas, porque Susie ni el resto tienen ni idea de español.

—Hola, Sio, encantada de conocerte. —Le ofrecí mi mano tal como había hecho con Susie pero ella, después de hacerme una mueca con la boca, me cogió por los hombros y me dio dos besos.

—Niña, hasta donde yo sé, en España os saludáis de forma más cercana.

Agradecí muchísimo ese acto de cercanía tanto por parte de Sio como de Susie. Estaba claro que sabían que era una chica conocida en el país y no solo por su apellido y por la empresa multimillonaria de su padre, sino por la historia que arrastraba. Todos sabían que era la primogénita de Ömer Yildirim que acababa de reconocer. Algo que no me hacía enorgullecer.

14

HIRANUR

A Marco se le ocurrió la gran idea de organizarme una fiesta de bienvenida en su casa dos días después de incorporarme al nuevo instituto. Sus padres viajaban casi todas las semanas por trabajo y aprovechó que su casa quedaría libre ese mismo fin de semana. Además, mi nuevo amigo italiano era hijo único, por lo que tenía todavía más libertad para hacer lo que le diera en gana.

No faltó ni un minuto para que, después de que lo propusiera por escrito en el nuevo chat de colegas, el resto del grupo apoyara la idea sin pensarlo. Una fiesta siempre era una buena idea y más si añadimos que se celebraba en una supercasa con alcohol y lujos por doquier.

Nos reunimos todos a la hora de comer. Teníamos media hora para zanjar el asunto y hablar de los últimos detalles que no habían sido nombrados en el chat. En un principio, quedamos que sería una fiesta en *petit comité*; es decir, los que estábamos allí sentados y varios amigos cercanos de cada uno de nosotros. Por supuesto, yo no llevaría a nadie, ya que ellos eran mis únicos amigos.

—Bien, yo también me apunto —contesté igual de rápido que los demás—, pero… puede ser por otro motivo. No me gusta ser la protagonista y últimamente ya he tenido varios papeles principales.

Me fijé en la reacción de los chicos. En cuanto escucharon mi deseo, Marco y Alexander se miraron a los ojos manteniendo la mirada demasiados segundos para que no me diera cuenta de que algo pasaba. Y qué decir de Enzo, que se levantó como si hubiera sentido una quemazón en las nalgas, cogió su bandeja con los restos de la comida y se despidió con la excusa de que llegaba tarde.

Mentira. Si él llegaba tarde, lo hacíamos todos.

Miré el teléfono del móvil y me di cuenta de que todavía faltaban diez minutos para comenzar la clase.

—¿Pasa algo, chicos? —Las chicas sonrieron a la vez, mostrando una incomodidad delatadora. Había sucedido algo y no me había enterado. Incluso, por un instante, pensé en mi nuevo guardaespaldas. Quizá se había enterado de que había un festejo y había amenazado a todo el grupo a mis espaldas.

—Debería contártelo Marco… —dijo Susie levantando las cejas y dirigiéndose directamente a él.

—Hiranur, lo último que deseo es que te molestes conmigo… pero la fiesta era para darte la bienvenida y tu deseo de no acaparar la atención ha llegado tarde…

—No te entiendo… ¿qué has hecho? —pregunté sintiendo el estómago encogido.

—Ha anunciado la fiesta en las redes sociales y no sabes la que se ha montado… ¡medio país quiere dar la bienvenida a la primogénita de Hiranur Yildirim!

—Dios mío… ¿por qué lo has hecho, Marco? Habíamos quedado en que no sería una fiesta multitudinaria. Como se entere mi padre ya veremos si me deja ir…

—Puedes traer a tu sexi guardaespaldas. Sera bienvenido. ¿Verdad, Sio?

Noté cómo los mofletes de Sio cambiaban drásticamente de color. Se había ruborizado. Probablemente esta es la reacción que solía provocar Yusuf en muchas mujeres y lo podía entender. Era un hombre guapísimo y aunque fuera algunos años mayor, todavía mantenía ese aspecto joven de adolescente y más después de haber dejado descartado el uniforme de chofer. Recuerdo que le dije todo lo contrario, pero no le mentí descaradamente en su cara. Vestido de calle estaba irresistible.

—Siomara, no… —no era una pregunta directa, pero ella sabía a lo que me refería.

—¿A quién no? Pero ¿tú lo has visto bien? Es espectacular. Tiene un cuerpo de diez y un rostro para suspirar.

—A mí no me dice nada, ni su cuerpo ni su cara de hombre altivo y todopoderoso —dije, mostrando un tono indiferente. No era del todo cierto. Por supuesto que a mí también me atraía, más de lo que quería reconocer, pero eso no significaba nada. No lo quería en la fiesta y menos controlándome. Me apetecía relajarme con los amigos, tomarme una cerveza y bailar hasta que no pudiera más.

—Mentirosa. Tú tampoco eres inmune a sus encantos, tú misma lo verás, querida Yildirim. —Susie me dedicó un guiño de amiga, alentador, que me hizo cambiar de humor. Al fin y al cabo, era una fiesta y cuantos más fuéramos, más reiríamos. Además, no quería dar la imagen de aguafiestas con mis nuevos amigos. Todo lo contrario. Lo iba a dar todo esa misma noche a pesar de saber que al día siguiente podía ser la portada de cualquier periódico nacional.

—Está bien, chicos. Me apetece mucho salir de marcha y relajarme. Mi vida ha sido un desastre desde hace semanas y necesito un poco de adrenalina.

—¡Esa es mi chica! —dijo Alexander mostrándose orgulloso por mi reacción. Esos días me había mostrado más seria de lo habitual. Siempre había sido una chica con un buen sentido del humor, alegre y muy dispuesta a divertirse, pero los últimos dramas me estaban agriando el carácter.

Iba cogida del brazo de Sio cuando salí del instituto por la tarde y noté un apretón en mi muñeca con los dedos de su mano. Me estaba alertando de algo y descubrí, de inmediato, cuál era el motivo de su aviso.

Yusuf Kaya.

Allí estaba, igual que todos los días, apoyado al enorme coche todoterreno de su familia. Por supuesto, mi reacción sería la de ignorarlo, como cada día.

—Hira, eres digna de mi admiración —me preguntó Sio mientras negaba con la cabeza sus palabras.

—¿Por? —pregunté intentando sacar la tarjeta de autobús del monedero. Podía imaginarme a lo que Sio se refería. A ella se le iban los ojos con mi guardaespaldas y se ruborizaba de inmediato en cuanto él le hacía un gesto con la mano o con la cabeza a modo de saludo.

Por supuesto, a mí no me saludaba. Él solo cumplía su trabajo. Protegerme.

Ya no me obligaba a ir con él. Había ganado la primera batalla.

Había cedido a que fuera en transporte público todas las tardes, pero por supuesto me seguía hasta la parada del autobús y después me perseguía con el coche hasta la puerta de la mansión. Supongo que él debió de hablar con mi padre sobre la escena tan ridícula que me hizo vivir en el instituto y él debió de ceder, en parte, ante mi negativa de ser recogida en coche todas las tardes como si fuera una niña.

Me molestaba, pero por lo menos, había logrado no tener que subirme en su coche. Desde que

había pasado la escena del empujón que todavía me avergonzaba, no nos habíamos dirigido la palabra. Cuando él sabía que estaba dentro de la casa, me evitaba y cuando salía, me perseguía, fuera donde fuera. A veces, lo veía, y otras no, pero siempre sabía que él estaba allí.

—Porque tienes al tío más guapo de Estambul esperándote todas las tardes en la puerta del insti y ni siquiera te inmutas.

—Por Dios santo, Sio. ¡No es el tío más guapo de Estambul! He visto a muchos más guapos que él y con diferencia. —No pude evitar desviar la mirada hacia Yusuf. Allí estaba, fuera del coche, apoyado en una de las puertas y con los brazos cruzados. Llevaba unos pantalones azul marino que dejaban entrever unas piernas atléticas y una camiseta gris marca Nike. Era realmente un hombre muy atractivo. Había dejado ya ese punto adolescente que sus amigos seguían teniendo y había alcanzado una madurez irresistible.

—Pues yo no —respondió Sio, mostrándose cada día más colada por Yusuf.

—Sio, ¿quieres que te lo presente? —Sio comenzaba a darme pena. Sus miradas hacia Yusuf eran, cada día, más intensas y quizás era la manera de que Yusuf no estuviera con los cinco sentidos fijados en mí. Sio era una chica preciosa. De hecho, era de las pocas chicas que el pelo cortado como un chico le quedaba bien. Su rostro era aniñado, con pecas en los mofletes y sin necesidad de retocarse con ningún tipo de maquillaje. Brillaba por sí sola.

—Ufff, no sé… —Sio se acarició la nuca y los rizos del flequillo. Ella quería conocerlo más, pero necesitaba ese empujón para acercarse a él—. No quiero que piense que estoy loca por él…

Sonreí. No hacía falta ser muy lista para comprobar que a mi amiga le temblaban las piernas cada vez que lo veía.

—Venga, vamos. —Tuve una sensación extraña cuando comencé a acercarme hacia Yusuf. Él no dejaba de mirarme, extrañado por mi nuevo comportamiento. Nunca me acercaba a él cuando salía del instituto. Lo veía, a veces más lejos de la puerta, otras veces al lado, pero nunca le desviaba la mirada.

—Buenas tardes, Hiranur —Yusuf me saludó no sin antes desviar unos segundos la mirada hacia Sio y regalarle una sonrisa.

Sio casi se desmaya. Había de reconocer que era un buen conquistador y era consciente de que, para Siomara, él no le era indiferente.

—Señor Kaya, le presento a mi amiga Siomara —dije de forma socarrona.

—Encantado de conocerte, Siomara. —Yusuf le ofreció su mano a modo de saludo. Los mofletes de Sio volvían a ruborizarse.

—Yusuf, quería pedirte que llevaras a Sio a su casa. Vive bastante lejos del instituto y cada día ha de coger dos autobuses. No te importa, ¿verdad?

Pasaron unos minutos incómodos entre la pregunta y la respuesta. Evidentemente, Yusuf se encontraba entre la espada y la pared. Él estaba allí para proteger a Hiranur y no hacer de chofer de una de sus amigas.

—No, por supuesto que no me importa, pero...

—¡Perfecto! Gracias, Yusuf.

Le corté antes de que él pudiera decir nada.

Siomara se subió en el lado del copiloto, visiblemente emocionada.

Yusuf no se vio capaz de decepcionar a Siomara. La chica ya estaba sentada en el coche mostrando una sonrisa de película por lo que no pudo negarle ese viaje a casa. Eso sí, sentí cómo Yusuf me miró lanzándome un cuchillo. Probablemente me caería un buen rapapolvo cuando llegara a casa, pero por ahora y por primera vez, volvería sola a la mansión.

15

YUSUF

«Mierda», pensé antes de subirme al coche. Esta vez sí que me la había jugado, pero esto no se iba a quedar así. Le repetiría, hasta que lo entendiera, que no iba a abandonar mi trabajo ni una sola vez más.

Subí al coche, no sin antes enviar a Hiranur un mensaje no verbal plenamente amenazador. Ella levantó las cejas y me dedicó una amplia sonrisa que delataba su victoria. Debía de reconocer que había ganado esa escena, pero sería la última.

Los desafíos a los que me enfrentaba con Hiranur solamente cruzando la mirada, me estaban resultando cansinos. No me hacía falta vocalizar con ella ni una sola palabra para saber lo que quería decirme, incluso podía llegar a comprender su estado de ánimo dependiendo de los gestos que hacía con sus cejas o con las comisuras de sus labios.

Cuando subí al coche, intenté tranquilizarme sin mucho éxito. Había visto cómo uno de sus amigos le daba un golpe en la palma de la mano y vocalizaba en voz alta un «bravo» con un irritante acento italiano. Ese debía ser Marco. Ya había estado estudiando los perfiles de todo el grupo y este italiano engreído era el que menos me gustaba. El corazón me latía a doble velocidad, pero esta vez era por la ira que me carcomía en el interior.

Desvié la mirada hacia Siomara que no había pronunciado ni una sola palabra desde que había subido al coche. Se veía avergonzada ante la situación.

—Y… ¿a dónde te he de llevar? —dije con un tono de voz cansado.

—A casa… pero no hace falta. Ha sido una tontería… y no quiero causarte ningún problema. Sé que tú vienes por ella… —Siomara se había dado cuenta de que no estaba de buen humor. Hiranur sacaba lo peor de mí y la pobre chica que tenía a mi lado no tenía la culpa.

—Te llevaré encantado a casa, Siomara. Por lo menos, hoy iré acompañado. —Le guiñé un ojo, símbolo de paz para mí que siempre funcionaba.

—Oh, gracias, Yusuf —me respondió la chica absolutamente ruborizada por mi gesto.

Siomara vivía en un barrio colindante al mío. Me sorprendió ya que ella estudiaba en uno de los institutos más caros de todo Turquía y su barrio, sin llegar a ser un suburbio, sí que podía considerarse más bien sencillo.

Por supuesto, no le pregunté el motivo ni ella quiso decirme nada al respecto. Únicamente, me dio la dirección y me volvió a regalar una sonrisa preciosa.

Intenté iniciar una conversación con Siomara. No era fácil interactuar conmigo, pero teníamos treinta minutos de camino y era demasiado rato para permanecer callado.

—¿Tienes algún plan este fin de semana? —Al no recibir respuesta de Siomara, desvié la mirada de la carretera hacia su rostro y la vi todavía más sonrojada que cuando le había guiñado. Quizás ese gesto y mi interés por sus futuros planes le habían llevado a pensar cosas que no eran.

—Oh, Dios mío… lo siento… no, no quiero que malinterpretes nada. Yo solo estaba intentando mantener una conversación y…

«Mierda»

—Claro… no hace falta que te disculpes. No he pensado en ningún momento que querías salir

conmigo. —Podía ver claramente un halo de esperanza en sus ojos. Debía de dejarle claro que mis intenciones no eran otras que llevarla a casa.

—¡Por supuesto que no! —Ahora sí que la había cagado. Siomara se centró en el paisaje que nos ofrecía la carretera, pero antes de desviar su mirada pude ver que mis palabras le habían dañado.

—Siomara… discúlpame. Si me conocieras sabrías que soy un puto desastre a la hora de comunicarme con una chica y más si es tan bonita como tú… no lo hago bien, de hecho, nunca lo he hecho bien. ¡Será por eso por lo que estoy soltero!

Soltamos una carcajada a la vez y gracias a mis últimas palabras, esta vez afortunadas, pudimos comenzar de cero.

—Pues sí que tengo un plan esta noche —respondió finalmente—. No sé si te lo ha contado Hiranur… —No pude evitar levantar las cejas y activar los cinco sentidos cuando escuché el nombre de ella. El esfuerzo por interactuar con Siomara y las ganas de arreglar mi estupidez, me hicieron dejar de pensar en Hiranur por unos minutos.

—No me ha contado nada… ¿habéis quedado este fin de semana? —Quizás la jugada de la Yildirim le iba a salir al revés.

—Sí, Marco ha organizado una fiesta de bienvenida para Hiranur en su casa. En principio, íbamos a ser pocos, pero ¡al final seremos medio instituto! Todo el mundo quiere hacerse una foto con ella y colgarla en redes sociales.

—Vaya… ¿y cuándo se celebrará tal celebración? —Intenté seguir la conversación de forma natural, tranquila y sin que se me notaran los nervios y el cabreo que empezaba de nuevo a fluir por mis venas. Era más que evidente que Hiranur no pretendía decirme nada al respecto.

—¡Esta noche! ¿Quieres… venir? —Rayos, Siomara seguía malinterpretando mis palabras, pero debía aprovechar esa situación porque por supuesto que iba a ir a la maldita fiesta.

—No creo que a Hiranur le guste verme allí… has podido comprobar que mi presencia no le resulta cómoda.

—Pero si vienes conmigo, no habrá ningún problema. Ya lo verás. Venga, ¡anímate, Yusuf! —Siomara seguía rogando para que aceptara su invitación. De hecho, si no iba como miembro más del jolgorio, debería ir como guardaespaldas de la protagonista y entonces sí que llamaría demasiado la atención, además de que, de este modo, me evitaría una discusión con ella. Su amiga me había invitado, por lo que iría como un *amigo* más.

—Está bien, está bien… iré contigo —dije sin que ella notara que iba a aceptar su proposición desde un principio.

—¡Gracias! —Siomara acarició el dorso de mi mano y yo tuve que sonreírle a pesar de que mi cabeza no dejaba de pensar cómo haría esa noche para estar con Siomara y proteger a Hiranur.

El resto del viaje fue ameno. Siomara era una chica con carácter dicharachero y abierto por lo que no me costaba mantener una conversación agradable. Intenté preguntarle más detalles sobre la fiesta: si había alcohol, si conocían a todas las personas que se iban a presentar, si eran de su propio curso o más mayores, si alguno consumía drogas en este tipo de fiestas, en fin, todo lo que me preocupaba.

—Sí, no, hay de varios cursos, probablemente… aquí tienes las respuestas, pero, por favor Yusuf, esta noche ven a divertirte como uno más. Nada de comportarte como un poli, ¿vale?

—Vale… —dije sabiendo que mentía de forma apiadada. No quería engañar a Siomara, no estaba bien, pero ella no sabía que eso que me pedía no podía hacerlo. Me jugaba mi trabajo y mucho peor, mi futuro.

Dejé a Siomara en la puerta de su casa y esperé a que entrara. Ella me volvió a mostrar una amplia sonrisa vocalizando un último gracias antes de cerrar la puerta. Habíamos quedado a las nueve de la noche directamente en casa de Marco. Agradecí que no me pidiera que la acompañara ya que quería aclarar varias cosas con Hiranur antes de irnos a la fiesta.

Los tres cuartos de hora que tenía hasta la mansión me fueron útiles. Primero, pude tranquilizarme y comenzar a respirar de nuevo y segundo, pensar en una estrategia válida para poder estar con Siomara y proteger a Hiranur. También debía de hablar con el señor Ömer. Era importante que supiera las intenciones de su hija antes de que se enterara por las redes sociales.

Cuando llegué a la mansión de los Yildirim, me dirigí directamente a la habitación de Hiranur. Ni siquiera le pregunté a Miray, aun cruzándome con ella en el pasillo, si la señorita Yildirim se encontraba en sus aposentos.

Antes de llamar a la puerta, inspiré una buena bocanada de aire. Necesitaba coger fuerzas para no perder los nervios, cogerla por el cuello y gritarle qué rayos no había entendido sobre el peligro que corría.

Abrí la puerta sin llamar. No estaba seguro de que ella quisiera abrirme la puerta y debía de hablar con ella antes de que se marchara.

Pero fue un error. Debía de haber esperado. Ella estaba enfrente de mí, a pocos pasos, cubierta únicamente por una pequeña toalla de un color blanco impoluto y que cubría justo lo necesario para no volverme loco y encerrarla en esa habitación sin dejarla salir.

—Perdona… debería de haber llamado. —Quería darme la vuelta, pero mis piernas no me obedecían. Delante de mí tenía a la criatura más bonita que había visto jamás. Tenía unas piernas perfectas que terminaban en unos pies pequeños y delicados, unos brazos preciosos, un escote completo de lunares de todos los tamaños, unos hombros femeninos y un cuello que quería morder… Dios mío, ¡qué me estaba haciendo esta chica!

—¡Por supuesto que deberías haberlo hecho! Y ¡deja de mirarme! —Hiranur agarraba con fuerza la pequeña prenda de algodón. Estaba ruborizada y no me extrañaba ya que la estaba mirando como un verdadero psicópata.

Finalmente me di la vuelta.

—No sabía que…

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Hiranur cortando mis explicaciones. No quería escucharme, nunca quería hacerlo.

—Quería hablar contigo.

—¿Y tan urgente es lo que tienes que decirme? Podrías decírmelo mañana. —Escuchaba sus movimientos, debía de estar cambiándose mi instinto animal, deseaba girarme, volver a verla igual que me la había encontrado. Era una verdadera locura. Estaba luchando conmigo mismo.

—Sí... —tranquilízate Yusuf— es muy urgente.

—Espera fuera de la habitación. He de terminar de cambiarme.

—No —dije instintivamente—. No me daré la vuelta, tranquila.

«Ya quisiera yo…»

—Oh… no te soporto, guardaespaldas —dijo de forma despectiva.

—Ya lo sé. No dejas de repetírmelo. Yo a ti tampoco. —En cierto modo, era verdad. No soportaba lo que me hacía sentir, no soportaba que me desobedeciera, que hiciera lo que le daba la gana, que no fuera consciente del peligro que corría, del miedo que sentía por si le pasaba algo, de si no llegaba a tiempo…

Pasaron dos minutos antes de que me dijera que ya podía darme la vuelta, dos minutos en los

que mi imaginación se colapsó recordándola de nuevo e imaginándome cómo sería acariciarle la piel, debía de ser suave…

—Ya puedes girarte… —Hiranur seguía ruborizada muy a su pesar—. Ahora, ¿qué es lo que tienes que decirme?

—¿Cuándo pretendías comunicarme que esta noche te han organizado una macro fiesta de bienvenida? Sabes que tengo que saber dónde y con quién estás en todo momento…

—No pretendía decírtelo. Quiero pasar un buen rato con mis amigos y no quiero tenerte detrás de mí como un perro faldero.

—No soy un perro… —susurré mordiéndome la lengua.

—Pues actúas como si lo fueras. Y ahora, ¡márchate! —Nos habíamos acercado tanto que sentía su aliento en mi rostro cuando me gritó que me fuera.

—Nos vemos esta noche, señorita Yildirim.

—Ni se te ocurra aparecer. —Era una amenaza en toda regla.

—A diferencia de ti, Siomara quiere que vaya. Recuerda que te estaré vigilando…

No sin antes volverla a mirar, me di la vuelta y salí de la habitación. Escuché un grito ahogado antes de marcharme hacia el despacho del señor Ömer. Le debía dar el parte de todos los días y este no creo que le fuera a gustar.

16

HIRANUR

Me hubiera gustado ir sola a *mi* fiesta de bienvenida, pero gracias a Sio no puedo librarme de Yusuf… bueno, la verdad es que tampoco creo que me hubiera podido ir sin mi escolta. A pesar de que había conseguido que no me acompañara a casa todos los días, no había desfallecido en su labor de luchar por mi seguridad a capa y espada. Siempre estaba detrás de mí, a mi lado, en una esquina, enfrente… sus ojos me perseguían sin casi pestañear. Los primeros días pensé que no lo soportaría, pero ahora ya me estaba acostumbrando, incluso mis amigos habían normalizado la situación. Ellos sabían que no podía hacer nada al respecto. Él era mi guardaespaldas y debía de esta ahí, respirando el mismo aire que yo.

—¿Nos vamos? —Levanté la vista cuando escuché su voz y, literalmente, entré en un estado de colapso total. Yusuf había descartado por una noche la sudadera gris (que se ponía los siete días de la semana) y se había puesto una camisa blanca que con su piel agitanada y con su pelo negro, todavía el color se veía más impoluto. Llevaba unos pantalones tejanos de color oscuro que ayudaban de una forma escandalosa a imaginarse cómo era su cuerpo debajo de la prenda.

Tragué saliva, respiré hondo y cerré por un segundo mis ojos. Debía volver a la realidad y esta era que Yusuf no era más que un incordio en mi vida… un incordio guapísimo, eso sí. Era mi guardaespaldas, no mi cita. De hecho, era la cita de Siomara que estaba segura, se iba a desmayar cuando viera a su acompañante tan arreglado.

—Te queda mejor la sudadera… —dije, no sin antes carraspear para aclararme la voz y que sonara natural. Me había quedado muda por unos segundos.

—¿No vamos a una fiesta? Tú… también te has arreglado. —Yusuf estudió mi *outfit* como lo hacía diariamente. Depende de cómo arqueaba sus cejas o fruncía el ceño sabía si era correcto para él o no lo era. La diferencia del primer día, era que ya no me daba su opinión al respecto. Si le parecía poco apropiado, o demasiado descarado para las costumbres turcas, me lo transmitía con su mirada, con su respiración acelerada o mordiéndose el labio superior hasta casi hacerse daño.

Me hubiera jugado parte de mi vida a que el conjunto que había elegido no le gustaba absolutamente nada. No por creer que me veía desfavorecida (me quedaba como un guante, de hecho) sino porque, con ese conjunto no pasaría desapercibida.

—¿Te gusta cómo me he vestido o voy demasiado provocativa? No quiero complicarte la noche… —dije de forma socarrona.

Vi claramente cómo la nuez del cuello de Yusuf se movió en la laringe. Sentía que no le resultaba indiferente y más todavía, si le dejaba ver parte de mis extremidades que, según sus costumbres, solo deberían ser vistas por el hombre que amara y no por cualquiera.

No me contestaba, solamente me observaba. Había decidido ponerme un top negro, con un escote descaradamente abierto en forma de uve. El bordado del sujetador sobresalía de la prenda. Debía de reconocer que era demasiado provocativo teniendo en cuenta que mi talla de pecho era una noventa y cinco y que la camiseta era una XS. Además, había elegido una falda de algodón negro que me había puesto solo un par de veces, pero que era ideal para esta noche. Me veía

atractiva. No es que fuera una mujer guapísima, pero sabía sacarme partido. Incluso había ganado varios centímetros de altura gracias a las sandalias que, por fin, estrenaba. Las había comprado hacía un par de años. Me gustaron desde un principio cuando las vi en la zapatería, pero nunca tuve la ocasión de ponérmelas. Esa noche era la oportunidad perfecta.

Yusuf luchaba contra sí mismo por no desviar la mirada hacia cualquier parte de mi cuerpo que no fuera mi rostro. Si me hubieran preguntado qué era lo que trasmitía el rostro de mi guardaespaldas en ese momento, hubiera dicho simplemente, locura.

—Vámonos —dijo, finalmente.

Para no perder la costumbre, el viaje hacia casa de Marco fue desagradable, tenso e incómodo. Yusuf y yo no podíamos estar en un espacio cerrado y de pequeñas dimensiones sin sentir esa tensión perturbadora.

Yusuf aparcó el coche lo más cerca de la casa que pudo. No debíamos de ser los primeros en llegar porque había una cola terrible de automóviles de lujo en toda la calle. Antes de abrir la puerta, sentí cómo él me agarraba la muñeca. Al fin había decidido interactuar conmigo. Sus ojos habían pasado de reflejar deseo a preocupación. No sé por qué estaba tan angustiado. Sabía defenderme sola.

—Avísame si me necesitas.

—No te necesitaré. Disfruta tú también de la fiesta con tu nueva chica.

—No es mi chica. Si estoy aquí es por… —Seguía agarrándome sin intención de soltarme. Era como si quisiera decirme un montón de cosas sin poder pronunciar ni una.

—Por Siomara. No olvides que es ella quien te ha invitado. —Liberé mi muñeca cuando sentí que sus fuerzas desfallecían por un segundo y aproveché para abrir la puerta del coche. Nunca recordaba que ese coche era altísimo y con esos taconazos no podía dar el salto de cada día. Añoré mis *converse* más que nunca.

—Déjame ayudarte. —Yusuf me ofrecía su mano, pero la rechacé. Solo su contacto desvirtuaba mi realidad.

—Puedo sola —respondí mientras me agarraba con fuerza a la barra que había en el techo del automóvil.

—Como quieras. —Yusuf susurró unas palabras que no llegué a entender. Sonaron como gruñidos de un oso malhumorado.

La casa de Marco era espectacular. Sin llegar a ser tan grande como la mansión de los Yildirim, tenía unas dimensiones desproporcionadas para ser únicamente tres los miembros de su familia.

La estructura era moderna. Daba la imagen de varios cubos rectangulares, uno encima de otro. Y todos pintados en blanco. El jardín tampoco se quedaba corto. Disponía de una extensión generosa de césped, perfectamente cortado, pero sin ninguna flor. Ese detalle me llamó mucho la atención. ¿A qué mujer no le gustan las flores?

Cuando entramos a la mansión, vimos que los asistentes (unos conocidos y otros no los había visto en mi vida) estaban concentrados a lo largo de una inmensa piscina rectangular. En uno de los laterales había una mesa en donde se encontraban todas las bebidas de alcohol, los refrescos, boles llenos de trozos de limón y naranja cortados y cubos repletos de cubiletes de hielo. Cada uno se preparaba su propia bebida al gusto.

Me fijé que a Yusuf le disgustó que hubiera alcohol en la fiesta. Probablemente era el único que podía servirse una copa con el permiso que la mayoría de edad te concedía.

No pasaron ni cinco minutos cuando Siomara se abalanzó a los brazos de Yusuf. No solía ser tan expresiva por lo que pensé que ya llevaría un par de copas encima.

—¡Al fin habéis llegado! —nos dijo a los dos, pero sin quitarle la vista a Yusuf.

—Sí, persona el retraso…

—Perdonada. — Sio dejó de mirar por un instante a Yusuf y se centró en mi persona que, a su lado, no era nada. Mi amiga estaba increíble. Llevaba un vestido rojo sin tirantes apretado en el cuerpo, sin dejar un centímetro suelto y dejando a plena vista unas piernas quilométricas. Era evidente que se había esforzado para impresionar a Yusuf. Estaba en «modo conquista» y dispuesta a conseguir su objetivo.

—Estás muy guapa, Siomara —dijo Yusuf sonriendo a mi amiga.

Esa declaración, que quizás no tenía una segunda intención, me resultó molestas. Era verdad que Sio lucía espectacular, pero yo también me había arreglado e incluso me había puesto unos zapatos de tacón espectaculares (que me iban a amargar la noche) y ni siquiera me había mirado con un mínimo de admiración. Todo lo mío le incordiaba y me lo hacía saber, de un modo o de otro.

—Gracias, Yusuf. Tú también…

Basta. Me niego a escuchar más declaraciones románticas.

—Os dejo, tortolitos. Disfrutad de la fiesta —dije, no sin antes desearle suerte a Sio con un leve susurro. A su única amiga española se le caía la baba por este hombre y no iba a ser una piedra en su camino.

—¡Hiranur! —Me volví al escuchar mi nombre. Había sido Yusuf. Quería seguir hablando conmigo como lo hacíamos cada día, sin palabras, solamente encontrando las miradas y emitiendo una señal.

Asentí. Sabía que me había dicho que él estaba allí, para cualquier cosa, para mí.

Seguí caminando en dirección a la mesa en donde estaban las copas. No quería girarme y encontrarme a Sio babeando por Yusuf. Esa imagen de enamorados me había dejado mal cuerpo y no sabía por qué. No sentía nada por él, únicamente era una tensión sexual sin controlar (todavía), pero eso se podía explicar razonablemente. Era un hombre guapísimo, masculino, desarrollado ya en todos los sentidos, que había dejado ese aspecto de adolescente para convertirse en todo un adonis.

Negué mis pensamientos con la cabeza y me obligué a centrarme en buscar a Susie o a alguno de sus amigos. El ambiente, a pesar de la muchedumbre concentrada en el jardín, estaba calmado. Los invitados sonreían interactuando unos con otros. Muchos ya se habían dado cuenta de mi presencia, pero pocos se habían atrevido a acercarse a mí, ni siquiera para presentarse.

Distinguí a Enzo y a Alexander entre un grupo de chicas, vestidas de forma recatada. Llamaban ellas más la atención que nosotras ya que el ambiente de la fiesta era internacional. Decidí acercarme a ellos ya que no había manera de encontrar a Susie por ningún lado, pero no me dio tiempo a alcanzarlos porque sentí unos brazos que rodearon mi cintura y un susurro en mi oído acompañado de un suave beso en mi cuello que me hizo estremecer.

Era Marco.

—Bienvenida, señorita Yildirim… está usted preciosa esta noche.

—Muchas gracias… —Marco era de los tres amigos del que podía lograr incomodarme con una mirada. Sabía, sin que me lo hubiera dicho, que yo le atraía. No podía asegurar que la atracción fuera únicamente por mí o por ser la heredera del imperio Yildirim. Pero ahora eso no importaba. No era el momento de pensar en modo romántico. Ese chico me hacía sentir bien, atractiva, poderosa… y Marco era un chico difícil de rechazar. Rubio, ojos azules y un cuerpo

atlético gracias a las horas de piscina que practicaba a diario. Vestía de una forma desaliñada pero muy estudiada. Esta noche llevaba una camisa azul claro que hacía juego con el color de sus ojos, unos vaqueros rotos en las rodillas y unas zapatillas Adidas algo desgastadas. Su aspecto era terriblemente sexi.

Me gustaba, sí, Marco me gustaba mucho. Quizás su carácter no ligaba demasiado con el mío, pero esa noche no pretendía mantener una larga conversación. Quería divertirme, dejar de pensar por un momento, beber hasta que mi mente se nublara y bailar hasta que mis pies dijeran basta.

—¿Quieres una copa? —me preguntó Marco mientras deslizaba su mano por mí, lentamente, como si no quisiera llegar a ese punto de la espalda en que debía de frenar.

—No suelo beber alcohol, pero…

—Pero hoy es tu fiesta de bienvenida por lo que te voy a preparar un *cocktail* muy suave. —Marco seguía con la mano unida a mi espalda. Un centímetro más abajo y terminaría por acariciarme la nalga y yo seguía respirando de forma acelerada. Finalmente, Marco retiró esa mano descarada y comenzó a prepararme el *cocktail* más elaborado que había visto jamás. Cogió una copa enorme, ovalada y la rellenó de cubiletes de hielo, trozos de fresa y bolitas de arándano. Una vez terminada la mezcla, le añadió ginebra (más de lo que se pensaba para ser una bebida «suave») y media botellita de tónica.

Le di un primer sorbo, dejando que la mezcla de alcohol y frutas se deslizaran por todo mi paladar. Estaba delicioso. Volví a dar otro sorbo, esta vez más generoso.

—Está delicioso, Marco. Muchas gracias. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla y allí estaba él, Yusuf, observando la escena como si se tratara de una película de terror y no lo digo por cómo lo veía o sentía yo, sino por esa comunicación no verbal que solíamos mantener. Me gritaba que dejara la copa, que no le había gustado ese acercamiento descarado de Marco y mucho menos su beso… pero sentí algo peor. A Yusuf no le había gustado que yo aceptara esas caricias sensuales que me habían puesto la piel de gallina. Sabía que él había notado mi estremecimiento a pesar de estar a metros de distancia.

Cerré los ojos y sentí cómo Marco volvía acariciarme, pero esta vez era en mi rostro con el pulgar de su mano.

—De nada, princesa.

—¡Hira! —Susie era experta en aparecer en el momento adecuado, quizás no para Marco, pero sí para mí. Me incomodaba tanta cercanía por parte de Marco. Normalmente era cariñoso conmigo e incluso, en ocasiones, se permitía coquetear de forma descarada (conmigo y con todas), pero siempre terminando con un guiño que me hacía sentir bien. Era un italiano en toda regla, ligón desde el principio hasta el final.

—Hola, Susie —dije algo avergonzada. No quería que interpretara mal la escena con Marco por lo que me esforcé en normalizar la situación. No era la primera vez que Susie veía cómo Marco jugueteaba conmigo.

—Niña, he visto a tu guardaespaldas. ¡Menudo tío! Ni Kevin Costner lo supera…

Sonreí ante la exagerada comparación entre mi vida real y una película ficticia. En ese momento me vino a la mente esa imagen de *El guardaespaldas* cuando Kevin Costner besa a Whitney Houston en su casa… negué con fuerza para sacarme la idea de cómo sería besar al mío.

—No sabía que venía, pero en vista a cómo te persigue las veinticuatro horas, era de esperar.

—No viene en modo guardaespaldas, Susie. Ha sido Siomara quien le ha invitado.

—¿Qué dices? Lo que hace el amor…

—Pues sí. Yo solamente les presenté, pero ella se ha tirado de cabeza a la piscina.

—Si quieres que te diga la verdad… Sio se ha tirado a una piscina, pero vacía. Él no deja de mirarte. Y por su expresión de mala leche, creo que no le gustan nada los coqueteos de nuestro querido italiano. Si no llego a aparecer, lo mata.

—No, no es lo que estás pensando…

—Yo creo sí, Hiranur. No te observa como un policía cumpliendo su trabajo, te devora con la mirada. A ese chico le gustas.

—Susie, por Dios… —Tenía razón en parte. Yusuf la observaba con demasiada atención, y lo hacía todos los días. Era un estudio continuo de su rostro, de sus extremidades, de su ropa… me hacía sentir incómoda a todas horas.

—Dame tiempo… eso sí, mejor que no se lo digamos a Sio. Por lo menos hasta que tu guardaespaldas reconozca que se muere por ti.

—Eso no sucederá —añadí sin estar demasiado convencida.

—Ya lo veremos. —Susie acercó su copa junto a la mía y brindamos como si nos estuviéramos retando.

Minutos después, nos encontrábamos bailando junto a todo el grupo de amigos y conocidos del instituto, exceptuando Siomara que seguía charlando con Yusuf en una de las esquinas del jardín. Nadie preguntó el motivo por el cual Yusuf se encontraba en una fiesta de instituto. Habían normalizado su presencia junto a la mía y, lamentablemente, yo también.

—¿Me acompañas al baño, Susie? —Llevaba tres copas encima, de dimensiones enormes y mi vejiga estaba a punto de explotar.

—Dame un minuto, cariño, ¡esta canción me encanta! —Susie daba saltos igual que un conejo, sin darse cuenta de que con cada salto perdía parte de su *cocktail*. Llevaba demasiado alcohol en su sangre para darse cuenta de esas nimiedades.

—Ya te acompaño yo, princesa. —Marco me agarró de la mano y me separó del resto de bailarines—. Susie no sabe dónde está y, por cómo la veo, acabareis en la sala de la plancha.

Asentí sin quejarme, a pesar de que hubiera preferido que me acompañara Susie. Me di cuenta de que habíamos llegado al interior de la casa y todavía seguía cogida de su mano. Quería soltarla, pero Marco me agarraba tan fuerte que no quise hacerle sentir mal. Después de todo, él había preparado la fiesta para mí y no una cualquiera, sino la fiesta del año. Se había preocupado por que hubiera el DJ mejor de Estambul, un ambiente de luces precioso, en su casa… él se había preocupado por todo.

Después de unos minutos caminando, cogidos de la mano, por un inmenso pasillo en donde las paredes eran de vidrio y unían una zona con otra, llegamos a una sala en donde había varias puertas. Marco me señaló cuál era el baño.

—Te espero aquí.

—Gracias… por todo. —Volví acercarme a su rostro con la intención de besarle la mejilla, pero esta vez sin sentir la mirada amenazante de Yusuf.

Marco fue rápido y aplastó sus labios en los míos, cogiéndome por la cintura, con los codos hacia atrás y acercándome hacia él. No fue más allá, me rozó los labios y frenó, pero estuvimos varios minutos a un milímetro de distancia hasta que, una fuerza exterior empujó de forma violenta a Marco. Abrí los ojos después de soltar un chillido, y lo vi en el suelo, extrañado ante esa reacción que no sabíamos, por la escasez de luz, qué es lo que había pasado.

17

YUSUF

La expresión de Hiranur cuando reconoció mi rostro entre las sombras, cuando supo que quien les había separado, quien había empujado sin conocimiento al desgraciado que se había atrevido a rozar sus labios, era yo, me hizo estremecer. ¿Qué es lo que me estaba pasando? Solo debía de protegerla si quien estuviera cerca de ella tenía algún propósito de dañarla, pero no debía entrometerme en su vida privada. Ella no era mi pareja, por lo que era dueña de sus propios actos en un momento de intimidad con el chico que le gustara… pero me negaba a que fuera ese italiano de mierda, pijo rematado y con poco cerebro. Desde que lo vi, en la puerta del instituto, supe que terminaría mal con él. Era evidente que Hiranur le atraía y ella también lo debía ver. Siempre que tenía un instante libre, aprovechaba para acariciarla o susurrarle alguna palabra que le hacía sonreír.

Odiaba esos momentos, cerraba los ojos para no verlos porque después, esa estúpida imagen de coqueteo aparecía en mis recuerdos una y otra vez. Era un tormento. Incluso cuando terminaba mi jornada de protección y debía de descansar, su imagen volvía una y otra vez. Al principio, soñaba con ella, solo ella era la protagonista de mis fantasías, pero ahora, había una mezcla de deseo, de miedo y de celos. Sí, sentía unos celos que me costaba controlar y que me carcomían como hacían las termitas en la madera.

Cuando vi a Marco cogiéndole de la mano, acompañándola hacia el interior de su casa y perder la visión de su figura, mis sentidos despertaron, el sentido de angustia y de inquietud que sufría en mis momentos de soledad, aparecieron multiplicados por cien.

Perdí por completo el control de mi mente, el equilibrio entre mi cerebro, frío y pensativo con la pasión de mi corazón. Tuve miedo, un miedo que no entiendo. Ella no es mía. Si acepté este trabajo, únicamente es por mi futuro. Por llegar a ser alguien válido en un mundo difícil de conseguir para alguien como yo.

—¡Marco! —Hiranur, no sin antes mirarme con desprecio, se acercó al imbécil del italiano y le ayudó a incorporarse. Esos gestos de cariño que mostraba hacia él me dolían como si fueran arañazos de un gato. Ella le acariciaba y a mí me arañaba.

—¿Pero a ti qué coño te pasa? —dijo Marco mientras se acercaba hacia mí mirándome a los ojos, con el orgullo tocado. No debía de haber sido agradable verse en una situación como aquella delante de la chica que llevaba días intentando conquistar.

No le contesté. Es que no sabía qué era lo que me estaba pasando. Me había molestado que la separara de la fiesta, que le cogiera de la mano, que le acariciara cuando le venía en gana, pero verle rozar esos labios que llevaba semanas deseando, había sido demasiado.

Tenía que aclarar mis sentimientos, convencerme que ella no era para mí y dejar que fuera para otro, aunque el otro fuera un absoluto desgraciado.

Seguía en silencio. Todavía estaba enfadado. Sí, un cabreo sin argumento y sin defensa. Necesitaba unos minutos más para calmarme.

—Vete de mi casa. —Marco seguía enfrente de mí, mostrando delante de Hiranur esa valentía que nos sale a todos los hombres cuando nos vemos humillados delante de la chica que

queremos.

Hiranur seguía detrás de Marco, me imagino que asustada ante mi reacción. Sabía que yo la iba a defender ante todo y ante todos, pero ese «todo» a lo que me refiero no incluía separarla en un momento íntimo y consentido. Sobre todo, consentido. Ella le permitía cruzar esa línea entre la amistad y un poco más. Y yo no tenía derecho a entrometerme por mucho que me doliera.

No me disculpé antes de darme la vuelta y marcharme. No quería hacerlo a pesar de que sabía que me había pasado dos calles.

Cuando salí al jardín, me encontré a Siomara en el mismo sitio que la había dejado. Dudé en marcharme directamente o disculparme con ella. La había cortado en plena conversación sin siquiera excusarme.

Ella me vio salir de la casa y por la expresión que puso, debía de estar preocupada. Decidí acercarme para, por lo menos, despedirme.

—Sio…

—¿Qué es lo que te ha pasado? Has salido como un loco cuando has visto que Marco se llevaba a Hiranur dentro de la casa. ¿Qué te pensabas que le iba a hacer? ¿Matarla?

—Me cuesta relajarme… ya sabes que su padre me ha contratado para protegerla.

—Sí, lo sé, pero esta noche no tienes por qué hacerlo. Estás en una fiesta y ella también. No le va a pasar nada… y con Marco menos.

No pude evitar recordar ese instante en que Marco le agarraba por la cintura y le rozaba los labios. Me iba a martirizar durante toda la noche. ¡Qué equivocada estaba Siomara con Marco! Con él sí que estaba en peligro, pero era un riesgo fuera de mi alcance.

—Es mejor que me vaya, Siomara —le dije antes de que Marco apareciera y volviera a recordar que allí no era bienvenido. Al fin y al cabo, estaba en su propiedad y él decidía quién estaba y quién no.

—Es por ella, ¿no? Yusuf, no le has quitado el ojo de encima en toda la noche y cuando la has visto desaparecer…

Basta ya. No quería que nadie me dijera el motivo de mi imprudente reacción. Ni siquiera un adolescente hubiera actuado de esa manera.

—Ya te he explicado el motivo. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Tranquilo, me quedo. —Siomara se veía enfadada. Y era comprensible. Había sido ella quien me había invitado y había sido la peor compañía que se puede tener.

Me sentía mal por Siomara. Era una buena chica y me gustaba su compañía, pero si estaba Hiranur cerca de mí, no podía mantenerme relajado. NI siquiera había podido mantener una conversación normal. Había sido un monólogo por parte de Siomara.

Acepté su decisión sin alargar más la conversación. Deseaba marcharme a casa, emborracharme y dejar de pensar.

Cuando estaba a punto de llegar al lugar en donde había aparcado el coche, escuché cómo alguien gritaba mi nombre. Debía de ser ella, nadie pronunciaba mi nombre de esa manera. Nunca le había dicho que me gustaba su acento español y cómo sonaba mi nombre en sus labios, lo hacía especial. Pero ahora no era el momento adecuado para decirle que pronunciara mi nombre otra vez, que lo hiciera cien veces hasta que ya no se me erizara mi cuero cabelludo. Todo lo que provenía de Hiranur me excitaba de una manera extraordinaria.

Frené mis pasos, pero no me giré. Inspiré una buena bocanada de aire. No quería que ella me siguiera, no quería verla más esa noche. Ya había tenido suficiente por hoy.

—Esperaba que por lo menos te disculparas… —La voz de Hiranur no sonaba del todo irritada. Era más bien un sonido de cansancio ante esa sobreprotección que venía por mi parte.

—Estoy cansado de disculparme contigo.

—No es precisamente conmigo con quien tienes que hacerlo, sino con...

—Con el gilipollas del italiano.

—Con Marco, Yusuf, se llama Marco y no estaba haciéndome nada mal. Por lo menos, nada que yo no consintiera.

Esa última aclaración me dolió, me dolió mucho, muchísimo por la certeza de su significado. Era verdad. Ella lo estaba consintiendo. Ella se estaba dejando besar, ella quería que la agarrara por la cintura incluso, por mucho que me doliera, ella lo deseaba.

Seguía sin mirarla. Escuchar su voz me arañaba el corazón, pero ver su rostro mientras lo decía sería como arrancármelo.

—Podrías mirarme por lo menos —dijo Hiranur cansada de hablar con una espalda.

Volví a retomar mis pasos y mi decisión de marcharme de allí. No podía hablar con un mínimo de coherencia en esos momentos. Lo único que era capaz de decir era lo que mi confundida mente gritaba a viva voz y eso era mejor que no lo dijera en voz alta.

Hiranur se adelantó a mí y cerró la puerta del coche antes de que la abriera del todo y me protegiera en su interior, porque eso es lo que quería, protegerme de mí mismo. Sentía que podía volver a hacer alguna tontería de la que me arrepentiría.

Hiranur se encontraba delante de mí, entre mi pecho y la puerta del coche. A pocos centímetros de mi rostro, con el ceño fruncido y las cejas arqueadas. Quería una respuesta, deseaba entender, igual que yo, el motivo de mi arranque adolescente.

Estábamos tan cerca que podía oler su aliento, un aroma de frutas y de ginebra. Una mezcla perfecta que se escapaba de esos labios ligeramente abiertos. No pude más, era más fuerte que yo y la agarré por la nuca para acercarla todavía más a mí y la besé.

No como había hecho Marco, con un tímido roce en sus labios. Lo hice de forma desesperada, mordiéndole el labio superior hasta sentir un leve gemido que todavía me provocó más pasión, más locura.

Introduje mi lengua buscando la suya. La encontré tímida entre los dientes y la hice resurgir. No estaba seguro de si ella me estaba devolviendo el beso o se dejaba llevar, pero yo no podía frenar. Llevaba demasiado tiempo deseándola, imaginándome todo tipo de escenas a su lado, recreando en mi mente cómo sería besarla, morderla, acariciarla. Todo mi cuerpo estaba acelerado, mis manos agarraban con fuerza su nuca mientras mis labios lamían los suyos.

No era mi habitual forma de besar, hasta yo me sorprendí. Era esta chica la que podía arrasar con toda mi cordura con una simple mirada.

Sentí cómo sus manos se apoyaban en mi pecho, me separaban de sus labios y cómo una de ellas se disparaba hacia mi mejilla. Ese dolor y ese rechazo me hicieron entrar en razón. Abrí mis ojos y vi sus labios envueltos de sangre. La había mordido con fuerza hasta hacerle daño. Pero en ese momento, no lo sentí. Quería hacerlo. Quería darle esa respuesta que esperaba.

—Eres un animal.

Se dio la vuelta y se puso a correr hacia la mansión de su italiano. No entré en el coche hasta que la vi entrar y una vez perdí su figura, me introduje en el coche para devolverlo a la mansión Yildirim e irme caminando a casa.

18

HIRANUR

—¿Hira? —Siomara se encontraba en la puerta, probablemente esperándome después de mi huida. Había visto cómo había salido disparada para encontrarme con Yusuf. No entendía nada y era comprensible porque yo tampoco lo hacía.

No me encontraba bien, tenía una sensación extraña en el estómago. Había corrido desde el coche hasta la mansión, sin darme la vuelta, sin preguntarme el porqué de todo lo que había sucedido esa noche. Estaba siendo una de las veladas más intensas de toda mi vida. Primero, Marco, coquetea conmigo de un modo más serio que de costumbre hasta llegar al punto de besarme. Un beso digno de adolescente, tímido pero encantador. Y después, la reacción de Yusuf… ¿qué es lo que le había pasado? En un primer lugar, se comporta como un hombre celoso y posesivo y después me besa para explicarme a su manera el porqué de su reacción… Dios, qué beso… casi me arranca el labio, pero fue absolutamente impresionante. Jamás me habían besado de esa manera tan apasionada. Podía sentir su angustia en mi piel. Estaba enfadado con alguien y por algo, que todavía desconocía.

Sería engañarme a mí misma si dijera que no me había sentido incómoda en muchas ocasiones cuando Yusuf estaba cerca de mí. Sentía su mirada como si fueran flechas, su control sobre mis pasos demasiado intensos para ser un simple guardaespaldas. Pero de ahí a creer que me deseaba, había un mundo en medio.

—¿Qué es lo que te ha pasado? Has salido corriendo y… ¡Dios mío, tienes sangre en el labio inferior! —Siomara acercó su dedo índice a mi labio y me retiró las muestras de sangre para comprobar si realmente lo eran o se trataba de restos de pintalabios. Pero la hinchazón de la piel demostraba lo contrario.

—Oh, no te preocupes. Me he dado un golpe con la puerta del baño…

—No me mientas, Hiranur —respondió Sio—. Dime que no…

—Que no, ¿qué? —respondí confundida. ¿Qué es lo que se estaba imaginando Siomara?

—Que no te han intentado hacer daño… ya sabes a lo que me refiero, que nadie se ha querido aprovechar de ti. ¿Es por eso por lo que has salido corriendo?

—No, Sio… nadie me ha hecho daño… es un golpe, de verdad —mentí, no sin sentirme mal por ello al minuto. Ella no se merecía que la mintiera, pero sabía que Sio sentía algo por Yusuf y decirle la verdad le habría roto el corazón. No era capaz de hacerle daño y menos a una amiga tan leal y honesta como ella.

—Sigo sin creérmelo… pero acepto tu respuesta por hoy. Venga, vamos dentro pero antes ponte un poco de mi pintalabios para que no se note tanto la herida ni la hinchazón. ¡Tus labios parecerán todavía más apetecibles!

Sonreí a pesar de que notaba que los ojos me estaban jugando una mala pasada. Sentía cómo una lágrima caía por mi moflete sin permiso. Sio me acarició la mejilla sin preguntarme nada más.

—Sio… quiero volver a casa. Sé que esta fiesta la habéis organizado para mí, pero no me encuentro bien.

Siomara vio que realmente era así. Ahora no le estaba mintiendo. Debía de tener un rostro desencajado porque enseguida asintió ante mi proposición, cogió su móvil y llamó al contacto que tenía de la compañía de taxis.

—En cinco minutos te vendrá a buscar un taxi. No te preocupes por nada. Yo me inventaré una excusa del porqué has abandonado la fiesta sin despedirte. Nadie le dará más importancia. Ahora mismo la fiesta ha dejado de ser una bienvenida y se ha convertido en un festejo de sexo y alcohol.

Siomara me acarició de nuevo. Parecía preocupada por mí y era para estarlo. Tenía el labio reventado y no podía frenar esas lágrimas que se derramaban por la piel de mis mejillas dejando un camino de rímel oscuro.

El taxi me dejó en la puerta de casa y antes de que hubiera bajado del coche, uno de los hombres de seguridad que mi padre tenía contratado las veinticuatro horas del día, abrió la verja de metal para que pudiera acceder a la propiedad. Era tarde y prácticamente no había luz artificial, pero eso no me impidió ver el coche de la familia Yildirim aparcado en su lugar habitual. Me rocé el labio con el dedo índice. Sentía un picor que rozaba el dolor y todavía lo tenía hinchado. No pude evitar recordar el beso de Yusuf, apasionado y salvaje a la vez. Una verdadera locura.

Me negué a mí misma volver a recordar ese momento una y otra vez. Debería estar más molesta de lo que realmente estaba. Yusuf me había robado un beso porque eso era lo que había pasado, me lo había robado dejándome desvalijada por completo. Ni siquiera se me había acercado esperando ese permiso que puedes ver en una mirada. No pude reaccionar con tiempo, simplemente me vi aplastada en su cuerpo con mis labios dentro de su boca. No quiero decir, o más bien, no puedo decir que ese robo no fue impresionante, a pesar de las heridas que me había provocado. Me hizo sentir débil y al mismo tiempo deseada y esa sensación era absolutamente nueva para mí.

Entré en la mansión y fui directamente a mi habitación. No quería encontrarme con nadie. Me pedirían explicaciones y ahora no me encontraba en un buen momento para darlas. Mis hermanos dormían en la habitación contigua a la mía por lo que, antes de caminar por el eterno pasillo, me quité los zapatos de tacón para no hacer ruido. Berat tenía un fácil despertar y sabía que hasta bien entrada la noche, no conciliaba el sueño, pero no tuve suerte porque minutos después de entrar en mi habitación, apareció mi tímido hermano por la puerta. Se acercó a mí como siempre lo hacía, despacio, con precaución, como si tuviera miedo de molestarme.

—¿Qué haces todavía despierto, hermanito? —Berat se relajó al verme contenta ante su presencia, pero enseguida se dio cuenta que a mi labio le sucedía algo porque vi cómo su ceño se frunció y su rostro cambió de inmediato, pero, siendo fiel a su manera de ser, no quiso preguntarme lo que me había pasado. Simplemente me regaló un abrazo, el más hermoso y gratificante que había recibido nunca. Estuvimos varios minutos abrazados. Necesitaba ese acto de cariño más de lo que me podía imaginar, pero era tarde y mañana Berat debía de madrugar. Su madre, Ecrin, no soportaba que sus hijos tuvieran tiempo libre y los apuntó a todas las extraescolares posibles, también el fin de semana.

—Has de ir a la cama, cariño. Mañana, creo recordar, que tienes clase de tenis a primera hora, ¿verdad?

Berat asintió sin dejar de mirar mi labio. Era incapaz de demostrar sus sentimientos con palabras, pero sus expresiones, su manera de actuar, de tocarme o de mirarme eran más que suficientes para saber lo que pensaba.

—Hermanito, ¿has visto qué golpe me he dado con la puerta del taxi? —mentí a mi pesar.

Odiaba las mentiras, pero Berat necesitaba una respuesta y no tenía la edad de escuchar la verdad.

—¿Por qué has venido en taxi? Te vi salir desde la ventana de mi cuarto e ibas con Yusuf. ¿Por qué no has vuelto con él? —me preguntó. Era más listo de lo que creía. Mi respuesta no le había convencido.

—Yusuf se ha tenido que marchar antes...

—No mucho antes… él ha llegado casi a la misma hora que tú. No se ha dado cuenta que lo veía. Parecía enfadado porque ha dado un portazo al coche de papá y se ha marchado a su casa, sin ni siquiera entrar en la nuestra.

—No lo he visto marchar… y bueno, ya es tarde, cariño. Vete a dormir y mañana seguimos hablando.

—Está bien —aceptó sin rechistar, siempre lo hacía. No era el típico niño que tenía primero el no por respuesta, sino que era absolutamente obediente. A veces, demasiado.

Le di un beso y lo acompañé a su habitación. Desde la puerta vi cómo entraba en su cama, no sin antes acercarse a mirar a su hermano. Era un detalle que hacía todas las noches y que me llamaba la atención. Solo lo miraba unos minutos, como si comprobase que estuviera vivo y que si no se movía era porque estaba dormido.

Al fin pude volver a mi cuarto y me metí directamente en la cama. Necesitaba poner mi mente en blanco, dejar de pensar e intentar descansar. Mañana sería otro día.

La luz del sol que entraba sin piedad por mi ventana me despertó antes de lo que me hubiera gustado. Era sábado, así que no tenía por qué madrugar. Abrí los ojos con cuidado. Los sentía hinchados y me pesaban los párpados más de lo normal. Me acaricié el labio, todavía lo sentía hinchado. No pude evitar recordarlo de nuevo, ese beso, ese mordico, esa locura.

«Basta», pensé. Debía de hablar con él y pedirle una explicación, una nueva explicación.

Me levanté de la cama, me fui al baño y me miré en el enorme espejo que cubría gran parte de la pared. Tenía una cara horrible. Los lloros y la herida del labio junto con la angustia que me había atrapado toda la noche me habían transformado el rostro en uno realmente desagradable, pero no hay nada que no cure un buen maquillaje, pensé esperanzada.

Cuando terminé de arreglarme, bajé directamente a la cocina. Bellinay había vuelto a cocinar galletas y se lo agradecí de todo corazón. Adoraba estas pastas de mantequilla tan parecidas a las *cookies*. Era un momento de placer cada vez que disfrutaba de una. Me levantaría el ánimo, por lo que cogí unas cuantas y me serví un café que también estaba preparado.

—Me alegro que disfrutes de mis galletas —dijo Bellinay que, al parecer, se encontraba en una esquina de la inmensa cocina y no me había percatado.

—Son extraordinarias, Bellinay. Muchas gracias.

La expresión de la cocinera cambió cuando se fijó en la herida de mi labio. Me había puesto un pintalabios más rojo de lo habitual, pero seguía hinchado. Bellinay, fiel a su idea de no meterse en problemas ajenos, no me preguntó nada y lo agradecí. No me apetecía volver a mentir.

Terminé mi café junto con las galletas y me dirigí de nuevo a mi habitación. Era domingo y no tenía ningún plan programado con los amigos. Probablemente, ellos se acostaron bien entrada la madrugada por lo que hoy se levantarían tarde.

Pensé en Yusuf. De hecho, no me lo había podido quitar de la cabeza desde el impactante beso de la noche anterior, pero era domingo y su día libre, no aparecería por la mansión Yildirim.

Por un lado, agradecía esa libertad que su ausencia me ofrecía, pero por otro, estaba impaciente por volverlo a ver. Quería que me diera una segunda explicación, pero esta vez, con palabras.

19

YUSUF

Si dijera que he dormido cinco minutos sería decir demasiado. Después de dejar el coche en la mansión Yildirim y caminar hacia casa me di cuenta de que había cometido el error más grande de mi vida y no solo a nivel personal, sino también profesional. ¿Pero en qué estaba pensando? ¿Cómo se me ocurrió besarla y menos de ese modo tan salvaje? Estuve toda la noche recordando no solo el momento en que la agarré con mis manos para acercarla a mí y morderla con angustia, sino también recordé cada segundo de la escena desde que la vi con su dichoso amigo italiano. Mentirme a mí mismo sería si dijera que no sentí celos porque me quedaría corto si solo fuera ese endemoniado sentimiento que jamás te aporta nada.

Estoy tan confundido que no puedo pensar con claridad. Acepto que desde el primer momento que vi a Hiranur la encontré interesante, atractiva y vulnerable al mismo tiempo que terca y malhumorada con el mundo entero, pero también reconocí al instante que era un juguete de oro, fuera de mis manos, de mi alcance. Entonces, teniendo muy claro ese aspecto, sigo pensando por qué reaccioné de ese modo tan infantil. Cuando la vi en sus manos, no tardé ni un segundo en erizarme igual que hace un felino ante un depredador. No puedo explicarlo de forma tranquila ni relajada porque solo el recuerdo de esa imagen me impacta de tal manera que vuelvo a tensar hasta la más mínima articulación.

Reaccioné de forma impulsiva, empujé deliberadamente a ese atrevido y lo separé de ella no sin ridiculizarle delante de su conquista.

Por supuesto que hay que añadir la reacción de Hiranur. Ella tampoco me ayudó a tranquilizarme. Me miró como si fuera un animal salvaje sin educación ni saber estar. Esa mirada, que no puedo sacar de mi recuerdo, me hace daño, mucho daño. Yo no soy así o no era así hasta antes de conocerla. Y después, sin haberme dado tregua para tranquilizarme, ella quería una explicación, quería saber el motivo de mi reacción y el problema es que no la tenía. Ni yo mismo sabía por qué había perdido por completo mi autocontrol. La presión de su exigencia, su intensa mirada y los labios que tanto deseaba me volvieron absolutamente loco y fue en ese momento en el que perdí la cordura cuando me dejé llevar, la besé y lo hice como no lo había hecho nunca. El deseo era más fuerte que mi voluntad. No me puedo ni imaginar qué hubiera pasado si ella no me hubiera separado.

A pesar de que los reiterativos recuerdos me habían arrebatado el descanso de la noche, puedo asegurar que, después de aceptar que Hiranur Yildirim me atrae de una forma sobrehumana, a partir de hoy me centraré únicamente en protegerla y mantendré las necesarias (u obligatorias) distancias entre su cuerpo y el mío.

El sonido de la voz de mi madre fue el impulso que necesitaba para levantarme de la cama y disfrutar, de alguna manera, de mi día de descanso. Agradeceré de forma eterna que hoy sea domingo. Necesito estas veinticuatro horas para aclararme y pensar una respuesta coherente que deberé dar a Hiranur cuando la vea el lunes.

—¿Estás bien, hijo? —me preguntó mi madre sin ni siquiera esperar a que tomara asiento. No había dormido en toda la noche, pero no creía que mi aspecto hubiera sufrido tanto como para

que ella se diera cuenta al instante de aparecer en el salón. Voy a creer en el sexto sentido que dicen tienen las madres.

Ella seguía con el ceño fruncido por no recibir un *por supuesto* de inmediato. Era difícil, por no decir imposible, mentir a mi querida madre. Ella me conocía mejor que nadie y sabía que algo (o alguien) me inquietaba.

—Me encuentro bien, mamá. Es únicamente que mi nuevo cargo en la familia Yildirim es exigente, más de lo que creía.

Mi madre no dejaba de mirarme. No le había mentido, pero estaba escondiendo el verdadero motivo de mi angustia. No quería preocuparla más de lo que ya estaba de forma habitual. Era una mujer muy dada a los dramas, sobre todo desde que murió mi padre y su vida se convirtió en un caos de responsabilidades maternofiliales y económicas.

—¿Se mete en problemas la hija del señor Ömer? —Mi madre quería sacarme más información como fuera. Probablemente sospechara algo ya que sabía perfectamente que a mí no me asustaban y menos me agotaban las exigencias laborales. El motivo de mi preocupación era otro y ella lo sabía.

—No… bueno, no es obediente a las normas de su padre, es terca como una mula, no acepta las costumbres de nuestro país y es provocativa. —Mierda, ahí le había dejado caer una pista válida y aclarativa del porqué de mi falta de sueño.

—Cuando te refieres a que es una chica provocativa…

—Mamá, para. Déjalo ya.

—Perdona… solo quería saber qué es lo que verdaderamente no te ha dejado dormir. —Por ahora, había ganado la batalla y le agradecí que no insistiera más. Mi cabeza era un saco de pensamientos y sentimientos entrelazados sin ningún sentido. Ahora lo único que necesitaba era esa calma que había perdido la noche anterior y que debía recuperar antes que terminara el día para poder continuar con mis planes de futuro y no echarlo todo a perder.

Después de desayunar, me enfundé la ropa de deporte y fui a correr. Había dejado esa costumbre matutina desde que acepté mi nueva responsabilidad y era un error porque no había nada que me relajara más que una buena carrera. Comencé a buen ritmo, tanto, que en menos de media hora me encontraba a orillas del Bósforo. Me senté en un banco, donde las vistas eran realmente increíbles. Podía pasarme horas embelesado mirando embarcaciones que cruzaban el estrecho viajando incesante de la parte europea a la parte asiática.

Una imagen, poco común, hizo que volviera a la realidad. Un hombre joven estaba arrodillado frente a una chica mientras sostenía en una de sus manos una pequeña caja con una alianza de brillantes. Ella, en cuanto la vio, saltó a su cuello y le respondió con un beso en los labios que se alargó más de lo protocolariamente permitido.

Sentí un estremecedor escalofrío que me llevó, de nuevo, a recordar ese beso salvaje que le había robado a Hiranur. Había perdido la cuenta de las veces que había repetido ese beso en mi memoria, pero ahora puntualicé una señal que la había dejado pasar y era que ella también me había besado. Justo antes de empujarme asustada. Sí, lo había hecho.

Negué ese recuerdo con la cabeza y me acaricié el rostro para volver a entrar en razón.

No podía ser. Ella, desde un principio me había demostrado su antipatía hacia mí y después de mi reacción digna de un animal salvaje, me odiaría. Así que ese anhelo de esperanza por tener una mínima posibilidad de agradar a esa muñeca que el destino había añadido en mi camino la desahucié de inmediato. Ella jamás se fijaría en un hombre como yo y no lo digo por creer que soy inferior a ella, ni mucho menos, pero sí lo soy a nivel económico. No parecía, a primera vista, que fuera una chica que se fijara en el bolsillo antes que, en la persona, pero ahora se

movía en un ambiente muy diferente al mío. Ella había comenzado a vivir en un mundo paralelo al de la mayoría de los seres humanos y no iba a demostrarle ni a luchar por hacerle entender que ese mundo en el que su padre le había introducido era peligroso.

Me levanté de nuevo y volví a correr, pero esta vez en dirección a casa. Llevaba más rato de lo previsto sentado en ese banco oxidado dejándome llevar por pensamientos hirientes. Debía quitarme de la cabeza a esa joven que había derrumbado mi mundo poniéndolo patas arriba.

Al día siguiente llegué antes de lo previsto a la mansión Yildirim. Fui directo a la cocina para disfrutar de un té turco y de las mejores pastas de mantequilla que existían en la faz de la Tierra. Eran mi perdición. La cocinera de la familia era la mejor que había conocido jamás y no solamente tenía mano con la repostería, sino también tenía poderes para averiguar cualquier problema o cambio que sufría la familia. De hecho, en cuanto me vio entrar, me acercó la bandeja repleta de galletas recién horneadas.

—Te sentarán bien —asentí sin decir palabra. Era perder el tiempo preguntarle el motivo del porqué había creído que necesitaba una dosis extra de galletas para sentirme mejor… resultaba evidente que no pasaba por mi mejor momento gracias a mi expresión enfurruñada.

—Gracias —respondí mientras hacía un sobreesfuerzo para relajar mi mente y mi cuerpo en general.

—¿Tiene algo que ver con la señorita Yildirim?

—No —respondí tan directamente a su pregunta que dejé ver la realidad. Por supuesto que ella no se creyó mi respuesta ya que levantó las cejas y arqueó la comisura de sus labios para dejarme claro que le había mentido descaradamente.

—Está bien si eso es lo que quieres decirme.

—No he pasado buena noche, eso es todo.

—De acuerdo. Era simple curiosidad ya que ella ha aparecido muy temprano esta mañana, se ha llevado una bolsa entera de galletas y me ha dicho que, cuando *te dignaras* a aparecer, te dijera que estabas despedido.

—¿Que estoy qué? —No pude evitar que el tono de mi voz se elevara del tal modo que hizo que la cocinera se sobresaltara. Me levanté de la silla y me puse a recorrer la cocina de un lado a otro. Ya no estaba enfadado, estaba cabreado y de tal modo que agradecí que estuviera la cocinera allí para detenerme porque hubiera cogido el coche del señor Ömer y me hubiera plantado en la parada del bus en menos de un minuto, la hubiera cogido por los hombros y la hubiera meneado hasta hacerle entrar en razón.

Lo que me faltaba para comenzar bien el día. ¿¡Pero qué se ha creído esa mocosa?! No trabajo para ella sino para su padre y es él quien tiene que cesarme en el cargo y no ella.

—Despedido —repitió la señora Bellinay con un tono de voz mucho más bajo de lo habitual. Había notado el estado de excitación en el que me encontraba y probablemente estaba más preocupada por mi reacción que yo mismo.

—¡Eso lo tiene que decidir su padre y no ella!

—No sé lo que has hecho o dicho, pero la señorita se la veía muy enfadada… yo de ti hablaría con el señor Ömer.

—Por supuesto que lo haré —susurré mientras pensaba cuál iba a ser mi defensa. Exceptuando mi comportamiento del sábado, el resto de los días había ejecutado un trabajo impecable y por decir más, con mucha paciencia dado que la señorita Yildirim era más terca que una mula y no se dejaba cuidar. Aun así, no me había separado de ella ni un solo segundo.

20

HIRANUR

El nuevo timbre del despertador del móvil sonó media hora antes de lo habitual. Tenía la costumbre de cambiar cada cierto tiempo ese sonido irritante que por mucho que eligiera uno lo menos impactante posible, nunca conseguía que fuera mínimamente agradable para que no me diera un vuelco al corazón todas las mañanas. El único, pero poco válido era el canto de pájaros. Agradable, sí, pero poco efectivo. Nunca me podía despertar, así que lo usaba solamente los fines de semana porque sí, mi intención siempre había sido aprovechar todas las mañanas de la semana (incluyendo los dos últimos días). Ese agradable tintineo me relajaba todavía más introduciéndome en un sueño aún más profundo, si cabe.

Pero esta mañana debía de despertarme a las seis en punto y abandonar la mansión Yildirim antes de que apareciera el condenado guardaespaldas. A pesar de que es imposible no encontrarme con él en algún momento del día, iba a evitarlo todo lo que pudiera. Además, me equivoqué en transmitirle a la señora Bellinay, que ya estaba en la cocina preparando el desayuno para toda la familia, mi intención de despedir a Yusuf (como si yo tuviera ese gran poder) por lo que seguro que ella se lo diría en cuanto lo viera. Debía de desaparecer antes de que él llegara a la mansión. Y así lo hice, me pegué el gran madrugón, me arreglé con lo primero que encontré en el armario y después de coger varias galletas para no desfallecer en el camino, desaparecí de la casa.

Intenté ingerir una de las galletas de camino al instituto, pero tenía un nudo en el estómago desde el sábado por la noche y más ahora, cuando podía imaginarme la reacción que iba a tener Yusuf cuando se enterara que no lo quería a mi lado de ninguna de las maneras.

Faltaba más de una hora para que comenzaran las clases, ni siquiera las enormes puertas de hierro del instituto estaban abiertas. Comencé a pensar que quizás había sido una imprudencia llegar tan temprano. La zona en donde se encontraba la escuela estaba alejada del núcleo urbano y a esas horas no había ni un alma, ni siquiera en los alrededores.

Saqué el móvil y le envié un mensaje a Sio. Era de las que siempre llegaba quince o veinte minutos antes al instituto. No podía comenzar bien el día sin fumarse un cigarro mientras criticaba a diestro y siniestro. Nunca dejaba a nadie vivo. Según mi querida amiga, era la manera de terminar de despejarse para comenzar bien el día, así que hoy no tenía por qué ser diferente. Probablemente, solo tendría que esperar media hora.

Elegí un banco cercano a la puerta. Nunca había tenido la oportunidad de descansar allí porque siempre estaba repleto de estudiantes. Era el punto de encuentro para muchos, pero no para mis amigos. A nosotros nos gustaba más quedarnos en la puerta y así podíamos ver el flujo de compañeros que entraban y salían del colegio sin parar. Eso ayudaba a Sio a fijarse en los *outfits* de las chicas más populares. Normalmente y para no perder su costumbre, criticaba la manera de conjuntarse de todas ellas, pero sabía que esa manera de opinar tan negativa era envidia y no precisamente sana.

Dejé el bolso apoyado en mis pies. Había cogido la costumbre de no llevar mochila, sino un bolso en donde no solo guardaba las llaves y el móvil sino todo lo habido y por haber. Cada día,

mi bolsa de mano pesaba más. Había decidido no viajar con los libros encima, pero el pequeño ordenador portátil ya pesaba suficiente como para hacer que mi hombro terminara dolorido todos los días.

Habían pasado más de diez minutos y todavía la zona se veía desalmada. Únicamente había visto a una chica, vestida de deporte y paseando a un perro. Nada más. Me gruñí a mí misma por ser tan tonta. No me estaba comportando de forma adulta. El escapar de casa por no encontrarme a Yusuf no me etiquetaba de valiente, sino todo lo contrario. Esa no era mi forma de actuar, esa no era yo. La vergüenza no era parte de mi carácter. Por mis circunstancias personales había tenido que espabilarme y afrontar los problemas sola hasta hoy. El problema de Yusuf me superaba y lo que realmente me molestaba era que no sabía por qué exactamente tenía tanta irritación.

Un fuerte empujón en el hombro me hizo salir del ensañamiento en el que me encontraba. Cuando me incorporé, me di cuenta de que mi bolsa ya no estaba en el suelo.

Mi corazón comenzó a latir tan fuerte que pensé por un momento que se me escapaba. Me puse de pie y pude ver, ya lejos, dos chicos corriendo y uno de ellos llevaba mi bolsa en una de sus manos. No lo pensé ni un minuto. En esa bolsa no solo estaba mi ordenador, sino toda mi documentación, mi móvil, mis llaves y mi billetero en donde guardaba el medio dólar que había cortado con mi madre años atrás. Ella guardaba la otra mitad. Siempre era nuestro talismán y un deseo de futuro conjunto que nunca llegaría.

Me puse a correr como no lo había hecho nunca. Agradecí al cielo estar en buena forma. Ahora era una ventaja importante porque pude llegar a ellos antes de que los perdiera de vista.

Escuché cómo uno de los dos ladrones, el que no llevaba la bolsa encima le advirtió de mi presencia. Probablemente no se esperaban mi reacción y menos que estuviera a punto de alcanzarlos.

—¡Deja mi bolsa! —grité con todas mis fuerzas y volví a ordenar a mis piernas que no flaquearan. Debía de alcanzarlos como fuera.

Alargué el brazo y pude coger la camiseta por detrás del ladrón que no llevaba la bolsa. No era exactamente a quien quería pillar, pero no tenía alternativa. O a él o a ninguno.

El chico tuvo que frenar sus zancadas y gritó un nombre turco que no terminé de entender. Llamaba a su compañero para avisarle que lo había cogido. Comenzó a gritarle palabras en turco que imaginé sería una súplica ante tal emergencia.

Yo me mantuve firme. Agarraba la camiseta del ladrón y no la iba a soltar ni aunque me cortaran el brazo.

El chico, finalmente, dejó de correr. Se giró hacia mí y pude comprobar que era solo un niño.

—¡Dile a tu amigo que me devuelva mi bolsa! —insistí. No sé cuándo ni dónde recuperé esa fortaleza y esa valentía que me había acompañado toda mi vida y que, desde que me había asentado en Estambul, había perdido.

El ladrón que sujetaba mi bolsa dejó de correr. Pudo ver en mis ojos que jamás dejaría a su amigo escapar. Antes recibiría una paliza por su parte, pero la bolsa volvía conmigo.

El chico se acercó a mí, respirando con dificultad y mirándome directamente a los ojos. Sabía que se encontraba en un momento crítico en donde debía tomar una decisión: o el bolso o su amigo.

—Está bien, deja a mi hermano y te la devuelvo. —El chico estiraba el brazo con la mano totalmente extendida, pero sin dejar la bolsa.

—Pero ¿tú te piensas que soy tonta? —El joven arqueó las cejas demostrando así su sorpresa. No esperaba que yo soltara esa respuesta, pero, para mí, era más que evidente—. Primero me

devuelves la bolsa y después, dejo a tu hermano —Ese era el trato y yo no iba a ceder. Sobre todo, el ladrón principal, el que sostenía mi bolsa como si le fuera la vida en ello, continuaba mirándome con los ojos achinados. Estaba pensando probablemente cuál era el plan B. Algo, detrás de mí, le llamó la atención. Desvié la mirada a la misma dirección que marcaban sus ojos y comprendí su cambio de expresión.

Era Yusuf. Estaba justo detrás de mí y en ese momento el tiempo corrió a doble velocidad. Yusuf agarró mi bolsa sin intentar mediante un coloquio absurdo que el chico la devolviera. En otro momento le hubiera dicho que esa manera de empujar al chaval y coger así la bolsa había sido otra de sus salvajadas, pero después de intentar dialogar con el chico para que hiciéramos un cambio de hermano por bolsa, no me pareció mal ese punto de agresividad. Era más práctico. Al fin y al cabo, lo importante es que ya sostenía mi bolsa y que todo iba a terminar como una desagradable anécdota. Al fin pude soltar la camiseta del más joven y noté cómo la sangre volvía a correr por mis venas. Jamás me había aferrado a algo con tanta fuerza y no fui consciente que incluso me estaba haciendo daño en la piel.

Cuando los chicos volvieron a retomar su carrera de escape, desvié la vista a Yusuf. Permanecía en silencio, con los ojos achinados, la mandíbula apretada y los puños cerrados. Me llevé la mano al pecho de forma instintiva. Sentía el corazón latir a mil por hora. Estaba nerviosa por lo sucedido, pero no solo por eso. La sola presencia de Yusuf me provocaba un malestar general que todavía estaba en proceso de descubrir por qué me sucedía.

—¿Has perdido el juicio? —Yusuf me miraba como si fuera una chalada. La verdad es que no me había comportado de forma responsable. Lo mejor y más prudente hubiera sido el dejar que los chicos se llevaran mi bolsa y después poner una denuncia en la policía.

—Yusuf…

—¿No eres consciente que podrían haberte hecho daño? —Yusuf me agarró por los hombros tan fuerte que sentía sus diez dedos clavados en mi piel. Estaba tan fuera de sí que no me vi con fuerzas para defender mi actuación.

—Gracias por ayudarme —dije mientras daba un paso hacia atrás y me liberaba de la presión de sus manos. Sentía que mis nervios estaban a flor de piel. Había pasado miedo, y sí, me había comportado de forma imprudente, pero en ese momento no lo dudé. No iba a dejar que dos imbéciles se llevaran las pocas cosas que tenía y menos mi monedero, lleno de recuerdos. No pude evitar que una lágrima corriera por mis mejillas. No quería mostrarme débil ante nadie y menos ante él, pero ahora era un cúmulo de emociones imposible de controlar.

—Si no hubiera llegado a tiempo… —susurró mientras negaba con su cabeza lo que podría haber pasado.

Iba a contestarle, pero no pude cuando sentí que él levantó la mano, me acarició la mejilla y me secó esa lágrima traicionera que se había escapado sin mi permiso. Su expresión había cambiado cuando vio que mis fuerzas me habían abandonado. Quise abrazarlo y sabía que él también quería, pero ninguno de los dos se movió ni un solo centímetro. Los ojos de Yusuf se desviaron hacia mis labios y el mismo dedo que había acariciado mi mejilla rozó la comisura de mi labio inferior.

—Siento… —Yusuf inhaló una bocanada de aire antes de continuar con su disculpa, pero no se lo permití. Sabía lo que me diría. No quería escuchar que no volvería a pasar o que había sido un error. Esas dos frases ya estaban demasiado explotadas.

Tampoco me vi capaz de escucharlo de sus propios labios. Cada minuto que pasaba a su lado, cada segundo era una lucha para no saltar y besarlo de la misma forma que había hecho él. Cada molécula de mi cuerpo estallaba cuando estaba cerca de él. Esa caricia que me regaló mientras

secaba el carril que había formado mi lágrima me había provocado un sinfín de emociones difíciles de controlar. Lo mejor era separarme de él porque yo no podía decirle de ninguna de las formas que existen en el universo y que ese beso no volvería a pasar.

21

HIRANUR

El intento frustrado de robo fue, al parecer, la gota que colmó el vaso de mi querido guardaespaldas porque no tardó ni media hora en regresar a casa y explicarle a mi padre el incidente. Esa simple anécdota que, afortunadamente, terminó sin inconvenientes, le causó tal impacto a Ömer que me exigió aparecer por su oficina justo después de clase. El mensaje que había recibido antes del almuerzo era muy directo. Quería verme en su despacho, no en el que tenía en casa y que pasaba gran parte de su tiempo, sino en el de la compañía familiar.

Me dirigí directamente a la naviera al salir de clase. Yusuf no estaba esperándome en la puerta, detalle que causó en la expresión de Siomara una mueca de decepción. Seguía intentado conquistar a Yusuf de todas las maneras habidas y por haber. Agradecí que no me preguntara el motivo por el cual esta vez él no estaba allí, de pie y apoyado en el coche familiar a la espera de verme aparecer. Cuando me divisaba entre la muchedumbre, Yusuf únicamente me saludaba inclinando levemente la cabeza. Ni una sonrisa ni un gesto indicando que me acercara al coche para llevarme a casa. Había aceptado que no iría con él, pero aun así aparecía todas las tardes por el instituto, me gustara o no.

Me despedí de mis amigos y miré la ubicación que mi padre me había enviado. La compañía no estaba lejos del instituto por lo que decidí ir caminando. Siempre me había gustado pasear y fijarme en las calles y en los detalles de los edificios. Estambul era una ciudad maravillosa que me faltaba por descubrir. Mi enfado que nublaba mi visión no me había permitido el disfrutar de la ciudad, pero me había dado cuenta de que esa niebla era cada día menos espesa. Por supuesto que seguía contrariada y enfadada con mi propio destino, pero eso no me quitaba el querer inundarme de una ciudad tan inmensa en colores, en olores y en cultura.

En menos de una hora llegué al gigante edificio que pertenecía a mi familia y en donde habían ubicado la gran compañía. En la puerta principal había un enorme cartel rectangular con un fondo negro y el nombre de la compañía sellado con letras rojas: «Yildirim Deniz». Sentí un escalofrío al ver mi apellido tan expuesto. El edificio estaba construido en cristal, de color negro opaco. Desde fuera no podías vislumbrar nada en absoluto, pero imaginé que desde el interior tendrían una visión extraordinaria del Bósforo y de sus alrededores.

Después de varios minutos embelesada con la magnitud del enorme edificio negro, decidí retomar mis pasos y entrar. Cuando crucé la puerta me encontré con una gran recepción en donde había varias jóvenes, vestidas de forma uniformada con una americana y falda en forma de tubo color azul marino y una blusa blanca impoluta. Cuando se percataron de mi presencia, una de ellas se me acercó a paso acelerado y me dio una bienvenida como si fuera la propia presidenta de la compañía. Me sentí algo acongojada ante tal recibimiento. Se ofrecieron a guardarme la chaqueta, la bolsa e incluso quisieron ofrecerme un café, un té o cualquier cosa que se me antojara.

Obviamente no hizo falta que me presentara. Ellas sabían perfectamente a quién tenían enfrente, por lo que me pareció una estupidez dar mi nombre.

—El señor Yildirim la está esperando en su oficina, señorita Yildirim.

—Gracias —respondí con un hilo de voz. Me sentía impresionada por toda la magnitud que me rodeaba.

—Yo la acompañaré —dijo la otra compañera que no se había movido de su lugar. Únicamente me había estado observando como si fuera un verdadero milagro.

Asentí y comencé a perseguirla por un enorme pasillo de mármol blanco, brillante y espectacularmente limpio. En los laterales habían colgados cuadros de barcos propiedad de la compañía puesto que llevaban el nombre de mi apellido sellado en el casco. También había múltiples fotos de mi padre y de su familia en donde podía comprobar la multitud de premios que habían recibido a lo largo de su historia. Me hubiera gustado caminar despacio, ver esas fotos con detenimiento y también los enormes buques que la naviera poseía, pero la secretaria caminaba como si le fuera la vida en ello y no pude detenerme ni siquiera un minuto.

Miré la hora en vista a la prisa que tenía la chica por llegar a la oficina de Ömer y me di cuenta de que tarde no había llegado. No hacía ni una hora que había salido del instituto por lo que no añadiría al futuro rapapolvo de mi padre el plus de impuntualidad.

Después de caminar más de diez minutos y coger varios ascensores, llegué finalmente a la oficina de mi padre. Pensé, por un segundo, que si quisiera salir corriendo de allí, necesitaría ayuda. Había aceptado que mi orientación no era uno de mis dones y si a esto le añades que todo el edificio está forrado de mármol blanco con muebles ultramodernos de color negro me había metido en un maldito laberinto.

La encargada de haberme orientado hasta allí abrió la puerta después de haber apretado un timbre insonoro. La puerta sufrió un temblor y la chica empujó de forma inmediata.

—Señor Yildirim, su hija ha llegado —dijo la encargada anunciando mi presencia.

—Perfecto, hágala pasar, por favor —respondió mi padre con un tono más seco del habitual.

—No hace falta, estoy aquí. —Seguía gustándome provocar a Ömer. No es que disfrutara haciéndole sufrir, pero todavía guardaba un buen saco de rencor que no me dejaba mostrarme como yo era realmente.

Aparecí detrás de la perfecta secretaria uniformada y la adelanté acercándome a mi padre. Él estaba sentado detrás de una mesa de madera de roble más bien desgastada por el paso de los años. Me sorprendió la diferencia con el resto del mobiliario que escupía riqueza por todas las esquinas.

Ömer se dio cuenta de mi asombro y me adelantó el porqué de tal diferencia.

—Era la mesa de tu abuelo. Él siempre había sido… —dijo acariciando con cariño una de las esquinas.

—No me importa —le corté de inmediato. Me importaba un bledo cómo había sido mi abuelo y menos la historia de una compañía que no la sentía propia y que probablemente había sido uno de los motivos principales del abandono de su madre y, en consecuencia, el suyo.

—Tu abuelo había sido un emprendedor nato. No había tenido la oportunidad de estudiar, de formarse en una universidad, pero era un hombre muy inteligente y sobre todo, bastante trabajador.

—Ya te he dicho que no me importa —insistí de nuevo sin demasiado éxito.

—Yildirim Deniz había sido un sueño hecho realidad. Tu abuelo, siendo muy joven, fue contratado en una naviera local, pequeña, solo poseían dos barcos de pescadores, pero él, con su audacia y buen hacer, consiguió que esa pequeña empresa creciera en Turquía hasta lograr que fuera una naviera reconocida también a nivel internacional.

—Ufff… —No tuve otra alternativa que escuchar. Se había propuesto contarme toda la historia laboral de la compañía familiar y los intentos directos de frenar el discurso histórico

fueron insuficientes.

—Finalmente, el presidente de esa naviera le cedió su cargo y él la hizo suya. Compró la compañía y le puso su apellido para después seguir reflotando hasta llegar a donde estamos. Él quería que yo estuviera aquí, que hiciera lo mismo que hizo él y que no me desviara de mi rumbo ni siquiera por un amor de verano… ¿lo entiendes, Hiranur? —preguntó mostrando con su mirada una esperanza prácticamente perdida.

—No, no lo entiendo —respondí tajante.

—Toda una vida es lo que le había costado conseguir todo esto que ves a tu alrededor. Toda una vida de esfuerzo y de sacrificio. De comenzar desde cero hasta ver realizado un sueño… ¿tú no tienes sueños, Hiranur? ¿No deseas algo con toda tu alma y harías cualquier cosa para obtenerlo y protegerlo?

—¿Y cuál fue tu sacrificio, papá? —era la primera vez que lo llamaba así y no sé por qué lo hice. La rabia, la ira, el odio, el amor, el rencor… era una bomba de sentimientos a punto de estallar.

Sentía los nervios a flor de piel y se me escapó sin pensar. Comprobé que el llamarlo papá lo había descuadrado y lo dejó fuera de lugar. Se levantó del sofá en el que estaba acomodado detrás de la mesa e hizo el intento de acercarse a mí. Lo hizo despacio, paso a paso, esperando mi reacción. Le había frenado siempre que lo había intentado y era de esperar que pensara que iba a hacer lo mismo.

—Tu madre y tú… —me respondió cuando estaba a un paso de mí. Me miraba fijamente a los ojos. Podía ver arrepentimiento, dolor y mucha tristeza. Sentí con rabia que mis fuerzas comenzaban a desfallecer. Quería abrazarlo y pegarle al mismo tiempo. Quería gritarle y decirle que el amor de un hijo es mucho más inmenso que mil barcos de una naviera. Que había dejado pasar al amor de su vida simplemente por brillar en un mundo que ni siquiera había construido él.

—Espero que te haya merecido la pena el sacrificio que tuviste que hacer… —Mis ojos se humedecieron a pesar del esfuerzo de no querer llorar. No quería que supiera que además de enfadada estaba terriblemente herida. Que toda la vida había echado de menos a un padre que solo vi en un par de fotos. Que comencé a quererle para después odiarle y que no era justo que recibiera mi perdón. Lamentablemente, no dispongo de esa capacidad de perdonar tan valiosa en un ser humano. Mi perdón tarda en llegar y es difícil de conseguir.

Todo en mí era una contradicción de sentimientos. Por un lado, quería pasar página y comenzar una nueva vida en Estambul con mi padre y mis queridos hermanos (que ya comenzaba a querer), pero mi memoria histórica era terriblemente dañina. Era una aguja fina clavada en el centro de mi corazón, sangrando las veinticuatro horas del día y hasta que no me la quitaran no podía sanar ese órgano tan necesario para vivir en paz.

—Era demasiado joven para decidir. Créeme cuando te digo que tuve que elegir y que sentí que en ese momento tomaba una buena decisión obedeciendo a mi padre, pero también siempre lo hice pensando en volver a buscaros.

—¿Y por qué no lo hiciste? —susurré con voz trémula. Quería una respuesta convincente, necesitaba escuchar unas palabras de arrepentimiento que no podía trasmitir. El silencio que me ofreció ante la pregunta que le hice me clavó más esa aguja que me hacía sangrar—. ¡Contéstame, Ömer!, ¿por qué no volviste a Barcelona sabiendo que tenías una hija?, ¿por qué dejaste a mamá sola?

—Hiranur… —Ömer alargó el brazo hasta rozar con sus dedos mis mejillas. Quiso limpiarme el chorretón de lágrimas que habían estado acumuladas durante años, pero no se lo permití.

Aparté su mano con mi brazo y me di la vuelta. No quería estar allí. Sentía que no podía respirar en ese lugar. Me estaba ahogando.

—Déjame, no me toques.

—Tuve miedo… fui un verdadero cobarde. Cuando por fin logré esa libertad para poder decidir, había pasado demasiado tiempo y creía que tu madre me despreciaría si apareciera en su vida después de años de haberme desentendido.

—Mamá siempre te quiso. Jamás te hubiera despreciado. Me habló de ti todos los días de mi vida hasta que se lo prohibí. Llegó un momento que quise dejar de echarte de menos y deseaba que ella también tuviera la capacidad de poder odiarte, pero no pudo. Habías sido el amor de su vida desde el primer día en que te conoció hasta su último suspiro… y ¿sabes, querido papá? —dije con ironía—, creo que fuiste el motivo de querer quitarse la vida.

Eso sí que fue un ataque directo a mano armada. Ömer se quedó paralizado. Apretaba tanto la mandíbula que pensé que me empujaría y me echaría directamente de su oficina y de su vida.

Sentí que ese dolor me estaba matando o por lo menos estaba terminando con la mejor parte de mí y se estaba quedando con una chica hiriente, malhumorada y terriblemente cruel.

—Espero que algún día me perdones.

—No lo esperes… —suspiré hondo. Debía calmarme o se me pararía del todo el corazón—. ¿Es todo lo que querías decirme?

Ömer asintió sin pronunciar palabra.

—¿No ha venido Yusuf a hablar contigo? —Había juzgado mal al guardaespaldas. Estaba convencida que le habría dado el parte al minuto cero a mi padre de lo sucedido por la mañana, pero parece ser que era más discreto de lo que pensaba.

—No, no sé nada de Yusuf. ¿Te sientas segura con él? Ya sabes que siendo mi hija corres un riesgo…

—Ya, ya…

—¿Hiranur Yildirim? —una voz desconocida sonó detrás de mí. Había pronunciado mi nombre con un tono de sorpresa, pero también de satisfacción. Me di la vuelta inmediatamente y no reconocí a la persona que tenía enfrente.

Era un hombre de mediana edad, con un semblante parecido al de mi padre. No era tan atractivo como Ömer en rasgos, pero sus ojos, grandes y de un color negro azabache, desprendían tanta fuerza que me hicieron estremecer.

Arqueé mis cejas a modo de sorpresa. Esperaba que se presentara de inmediato, pero no lo hizo. Se me quedó mirando de arriba abajo y sonriendo de una forma similar a la de un niño cuando por fin puede comerse una piruleta que le ha sido arrancada de las manos.

—Hija, te presento a tu tío, Antara Yildirim.

22

HIRANUR

La sonrisa que me ofreció Antara me hizo estremecer. Agarré la mano que me ofrecía y le saludé como si yo fuera una nueva clienta que estaba contratando uno de sus barcos. Me sorprendió que no quisiera abrazarme o darme un beso en la mejilla. Había aprendido que las muestras de cariño en Turquía no estaban bien vistas, pero allí estábamos solos, únicamente se encontraba mi padre en el punto de mira y era su sobrina, la primogénita de origen español que su hermano jamás había reconocido.

Era evidente que sabía de mi existencia, de hecho, todo el país era conocedor de tal noticia antes de que posara un pie en tierras turcas. Lo que me extrañaba era que no hubiera aparecido ni un solo día por la mansión de su hermano y que, nadie me hubiera dicho su nombre, ni siquiera mis hermanos que, por su edad, no son expertos en guardar secretos.

—Encantado de conocerte, Hiranur. —Antara dejó de sonreír en cuanto desvió la mirada de mis ojos hacia los de mi padre. Sentí claramente que entre ellos existía una tensión por algún motivo que todavía desconocía.

—Buenas tardes, Ömer —saludó a mi padre sin esperar respuesta. Podía palpar la tensión que había entre ellos. Debía de haber sucedido algo grave en el pasado para que Ömer reaccionara de esa forma ante la presencia de un hermano.

—¿Qué es lo que quieres, Antara? —Los modales exquisitos de mi padre desaparecieron con la presencia de mi tío. Era evidente que mi tío no era de su agrado, pero entonces, ¿qué hacía en su oficina?

—Conocer a tu hija. Me hubiera gustado que tú mismo me hubieras informado de su presencia, pero bueno, por esta vez te lo perdono... —Y sus ojos volvieron a centrarse en los míos y a dedicarme una sonrisa que podía juzgarse como diabólica.

Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, pero no quise pensar en por qué me sentía así, en por qué todo él me despertaba cierta angustia. En ocasiones, con una simple mirada o un simple gesto puedes averiguar si esa persona es afín a ti, pero con mi tío no pude ahondar si su cercanía iba a ser positiva en mi vida o una desgracia más en mi cúmulo de problemas.

Sentí cómo mis mejillas se ruborizaban. Antara no dejaba de mirarme, más bien de analizarme. No sabía si él había conocido a mi madre cuando tuvo el romance con su hermano, pero el estudio delicado de mi rostro me hacía pensar que estaba buscando alguna señal que le recordara a ella.

—Te pareces mucho a mi hermano, Hiranur, pero tienes los mismos labios que tu madre… —dijo de forma insinuante. De repente, arqueó las cejas como si se hubiera dado cuenta de algo—. Siento la pérdida de tu madre. No puedo ni imaginarme por lo que has tenido que pasar. Tantos cambios en tan poco tiempo. ¿Estás bien en casa de Ömer? —Me sorprendió que lo llamara por su nombre, como si estuviera instalada en casa de un amigo cercano y no de mi propio padre. Antes de contestar, me di la vuelta para comprobar que Ömer siguiera allí. Desde que Antara había aparecido en escena, el Ömer que me estaba dando una clase de historia sobre los Yildirim, había desaparecido. Esa expresión amorosa que había utilizado mientras me explicaba con un

tono suave cómo había empezado ese imperio que habían construido cambió a una mucho más ruda, con los ojos achinados y la mandíbula en tensión. Parecía como si estuviera haciendo un esfuerzo para no gritar. Probablemente lo estaba haciendo por mí.

—Yo también lo siento, no sabes cuánto… y sí, estoy bien en casa de Ömer. Muchas gracias por preocuparte.

—¿Sabes lo que se me está ocurriendo, hermano? —Ni la dirección de su mirada ni sus palabras iban dirigidas al hermano al cual se refería su pregunta—. ¿Por qué no venís a cenar esta noche?

—No podemos. Tenemos un compromiso… familiar. —Este último detalle excluía por completo a mi tío, aunque fuera familia directa. No había que ser muy listo para saber que ese compromiso, a lo mejor inventado, incluía solamente a su mujer y a sus hijos.

—Está bien… ¡mañana, entonces! —insistió Antara.

—Mañana nos va bien, ¿verdad Ömer? —me adelanté antes de que mi padre pudiera pensar en otra excusa. Había vuelto a escaparse de mi persona esa necesidad de dañarlo y parece ser que su hermano era una buena arma.

Ömer no tuvo otra opción que asentir ante la insistencia de su hermano y se dio por vencido.

Los enormes ojos de Antara brillaban de una manera cegadora. O no estaba acostumbrado a ganarle las batallas a su hermano o realmente estaba emocionado por tenerme como invitada. Yo creía más que era la primera opción.

—Tu tía Dilay y tu primo Acar están impacientes por conocerte, Hiranur. —Antara, dejando de lado el protocolo turco de no mostrar cariño en público, se acercó a mí y me dio un abrazo más largo de lo habitual. Por el gesto de su cabeza, supe que miraba a su hermano mientras me mantenía firme en sus brazos—. Tú y yo nos llevaremos muy bien… —me susurró cerca del oído. No quería en absoluto ser un motivo más en el evidente malestar de los hermanos, pero tampoco era justo que le negara mi compañía a un tío que, para nada, estaba metido en mi guerra.

Antara se despidió de su hermano simplemente con una inclinación de la cabeza. Por supuesto que Ömer no hizo más que tirarle una bengala de fuego a través de sus ojos.

Cuando la puerta volvió a cerrarse quise preguntarle a Ömer sobre lo sucedido y el motivo de su malestar, pero eso era ya meterme en tierras que no eran mías. Si mi padre tenía problemas con su hermano, era él mismo quien tenía que arreglarlos.

—Me marcho —dije mientras cogía la bolsa que había dejado encima de un sofá orejero que había al lado de la mesa de madera. Debía ser otro recuerdo de mi abuelo porque tampoco pegaba con el conjunto del mobiliario.

—Yusuf te está esperando en la portería. Él te acompañará a casa. Se ha hecho tarde…

—¿Yusuf? ¿Qué hace él aquí? —Enseguida caí en la cuenta de que muy probablemente Ömer le había informado de mi ruta después de clase. Esa situación de espionaje me irritaba sobremanera.

No recibí respuesta, pero tampoco la esperaba. Más bien había sido esa voz interna que, como me ocurría a menudo, había decidido pronunciarse en voz alta.

—Dile que se marche —dije de forma altiva.

—No, de hecho, bajaremos los dos. Quiero llegar pronto a casa y anunciarle a Ecrin y a tus hermanos que mañana cenamos con su tío.

Gruñí varias palabras ininteligibles mientras agarraba la bolsa. Le seguí por los pasillos hasta llegar, de nuevo, a esa impresionante recepción. Esta vez el paseo no fue tan acelerado. Ömer se dio cuenta de que se me escapaba la mirada a los cuadros y las fotos que colgaban en la pared y

me hizo el favor de ralentizar el paso.

Cada vez que nos cruzábamos con un empleado de la naviera, le ofrecían a mi padre un saludo cariñoso. He de reconocer que esas muestras de cariño me halagaban. Desde que había llegado a Estambul, no le había dado ni siquiera un minuto para mostrarme cómo era él. Me di cuenta de que no lo conocía en absoluto. Cuando manteníamos una conversación, no le permitía que se expresara con tranquilidad, que mostrara aspectos de su carácter. Ni siquiera le cedía un voto de confianza para que pensara en un argumento sólido para defenderse. No le iba a creer y él lo sabía.

Ver a sus empleados mostrar esa actitud de respeto frente a él me hizo pensar que quizás estaba siendo demasiado dura. Pero ese pensamiento lo rechacé en cuanto apareció. Suspiré y negué con la cabeza. Debía de alejar esos sentimientos fraternales que me hacían más mal que bien. Me hundían en un lago de emociones de tal forma que no podía respirar y, en consecuencia, pensar.

Ya era prácticamente oscuro cuando salimos de Yildirim Deniz. No me había dado cuenta de que había estado casi dos horas junto con mi padre y mi tío.

El coche de la familia estaba aparcado justo enfrente. Había varios sitios en donde solo podía aparcar la familia Yildirim y allí estaba él, de pie, con los brazos cruzados, esperando pacientemente a que saliéramos del edificio.

Era imposible escaparme. Esta vez iría con él, pero solo porque quería llegar pronto a casa y estaba cansada. Discutir con mi padre me dejaba sin una gota de energía. Además, tenía ganas de ver a mis hermanos, pasar tiempo con ellos y por sus horarios y exigentes normas de obligado cumplimiento impuestas por su madre, se me hacía difícil coincidir con ellos. Alguna noche me había colado en su habitación. Les acariciaba las suaves mejillas y les daba un beso en la frente. Nunca hubiera imaginado tener a dos hermanos tan diferentes, pero a la vez tan encantadores. Por su culpa, la despedida se me haría difícil.

—Buenas noches, señor Yildirim —dijo Yusuf centrándose únicamente en mi padre. Le abrió la puerta del coche y cuando él estuvo dentro, me agarró la bolsa que tenía en las manos y la dejó en el maletero.

—Ten más cuidado a partir de ahora —dijo mientras cerraba la puerta del maletero con un portazo desmesurado.

Antes de que Yusuf entrara en el asiento del piloto, le agarré del brazo con fuerza y le estiré hacia mí. Cuando estaba tan cerca de mí mi respiración se aceleraba, mis mejillas se ruborizaban y me costaba expresarme con claridad. Me ponía nerviosa como nunca lo había hecho ningún chico.

—Quería darte las gracias, Yusuf.

—No tienes por qué darme las gracias. Únicamente estaba haciendo mi trabajo.

—No me refiero a lo de esta mañana, me hubiera podido defender sola… pensé que mi padre quería verme porque le habías confesado el pequeño intento de robo.

Yusuf soltó su muñeca de un estirón. Tenía la piel de gallina, lo había sentido en la planta de mi mano. Mi disculpa no hizo el efecto que yo esperaba, sino todo lo contrario.

Fruncí el ceño. Traté de encontrar en su cara alguna pista sobre lo que estaba pensando. Me miraba con los ojos achinados y apretaba sus labios para que no dejaran salir ni una sola palabra. Era obvio que mi comentario le había aturdido. Su mirada me mataba.

—No lo he hecho por ti, sino porque no quería disgustar al hombre que está dentro de este coche, al hombre que confía en mí plenamente porque sabe que daría mi vida por protegerte, que no dudaría ni un solo instante en matar a alguien si te hiciera daño. Si le digo que te expones

como una niña mimada y rebelde, que no obedeces, que te tengo que perseguir cada tarde porque no te da la puta gana de meterte en el coche, de que corres detrás de unos ladrones de barrio que te podrían haber rajado el cuello, que vas a fiestas multitudinarias sin pensar que corres el riesgo de que te secuestren y que pidan por ti lo que no está escrito o peor aún, que te hicieran algo…

Cerré el espacio que nos separaba y esperé a que él terminara de decirme que era una niña de papá. Le escuché a pesar de que sus palabras me herían, pero no pude defenderme porque sabía que Yusuf tenía razón. Me habían avisado del riesgo que corría, me habían aconsejado que debía de ser prudente y obedecer las normas y me las estaba pasando por el forro del pantalón. Incluso se me ocurrió perseguir a unos ladronzuelos sin pensar que podían haberme hecho daño.

—Veo que estoy terminando con tu paciencia —dije con ironía.

—En absoluto, señorita Yildirim… solo estoy enfadado —gruñó.

—No entiendo por qué estás enfadado.

—Yo tampoco… —susurró sin dejar de mirarme.

Me perdí durante unos segundos en su mirada, en su perfecto rostro masculino y perfecto. Quería acariciarlo, decirle que no se preocupara tanto por mí, que sabía defenderme por mí misma, pero sobre todo quería decirle que deseaba que volviera a besarme. Desvié mi mirada a sus labios, entreabiertos y después de unos segundos, él negó y desistió del deseo que le llevaba a acercarse a mí cada vez que podía. Eran instantes de locura en donde la atracción luchaban por poderse pronunciar en libertad sin pensar en el qué dirán o en lo que es un comportamiento adecuado. Cada vez que estaba cerca de mí, quería abrazarlo, tocarlo, besarlo… pero sin tener esa sensación de que *eso* no estaba bien.

Creo que empezaba a entender el por qué Yusuf me contrariaba de esa manera. Había aceptado, incluso antes de que me besara, que sentía atracción por él, aunque no era solamente eso, sino una necesidad de que estuviera a mi lado, pero no por una obligación profesional, sino porque él también lo deseaba.

En muchas ocasiones nos quedábamos sumidos en un silencio que terminaba por volverse incómodo. Él tragaba saliva, respiraba profundamente y se marchaba. Y así era cada vez que nos encontrábamos. Nuestros ojos se enredaban sin pedir permiso y los dos nos debíamos convencer de que no éramos adecuado el uno para el otro a pesar de sentir el corazón latir a mil por hora cuando estábamos el uno al lado del otro y eso no lo podía ignorar, aunque quisiera.

—¿Todo bien, chicos? —Ömer abrió la puerta del coche para ver el motivo de nuestra ausencia.

—Sí, señor Ömer. Estábamos…

—Le estaba contando que he conocido a mi tío Antara y que mañana cenaremos en su casa.

No sé muy bien qué es lo que debió de pasar por la cabeza de Yusuf en ese momento, pero escuchar esa simple noticia le cambió el rostro. No quise alargar la espera de Ömer por lo que ignoré esos ojos abiertos y asustados que Yusuf me ofrecía, me dirigí a la puerta de detrás del coche y entré sin más.

23

YUSUF

Nunca había creído en el mal de ojo, pero las últimas experiencias me hacían creer que alguien o algo se había fijado en mí para hacerme la vida más imposible de lo que ya era.

Hiranur era el infortunio de todos mis días desde hacía más de un mes. Vale, quizás me estaba obsesionando con ella. Todo lo que le rodeaba, incluyendo el incordio del italiano, me preocupaba. Mi vida había pasado de ser tranquila, sin incidentes, con una rutina diaria que añoraba más de lo que hubiera creído jamás a ser una puta locura de miedos, angustias y enfados diarios. Y sí, la culpable era la chica que justo ahora me acababa de decir que mañana iría a cenar con el tío más peligroso de todo Estambul.

Había rezado para que su padre no le presentara al desgraciado de su primo hermano, pero mis ruegos no fueron suficientes y pensándolo bien, era inevitable. A pesar de la mala relación, mundialmente conocida, entre los dos hermanos Yildirim, era obvio que iba a llegar el día en que Dilay y Acar conocieran a la hija protegida de Ömer.

Hay partes de la historia que se me escapan, pero después de varios años trabajando para Ömer Yildirim, he de reconocer que es un buen hombre. Generoso como el que más, cariñoso con su familia, atento con sus trabajadores, emprendedor e incansable con su trabajo. No puedo decir lo mismo de su hermano menor. Antara es un hombre frustrado, aun teniéndolo todo. Los celos que siente hacia su hermano le impiden amarlo como debería ser. Ömer tiene el cargo que a él le gustaría, tiene una mujer que también desea, tiene en general una familia adorable. Todo lo que Antara no tiene. Él siempre ha ido por detrás y nunca ha sabido gestionar su puesto. Caminar un paso por detrás es difícil si quieres ser el primero.

La mujer de Antara, Dilay, es a primera vista encantadora, pero también sufre esos celos que no la dejan ser feliz. Nadie, con un poco de sentido común, entendería mis palabras ya que la familia Yildirim es una de las más ricas de todo Turquía y tienen más de lo que un ser humano podría desear, pero la realidad es esta. Dos hermanos enfrentados por unos celos mal gestionados. Además, Antara no ha sabido educar al único hijo que ha tenido. Acar es una pieza peligrosa dentro de un mundo complicado.

El poder de su familia, su carácter agresivo y tentador al mismo tiempo, el exceso de protección y las malas compañías, han construido un ser humano de esos que ahora llaman tóxicos y Ömer lo sabe perfectamente. Acar no es una buena compañía para una hija que todavía está adaptándose a unas nuevas costumbres y normas tan diferentes a las que estaba acostumbrada. Introducir a Hiranur en el mundo de Acar sería una bomba de relojería y no le ayudaría en el trabajo sobrehumano que estaba haciendo, frente a su hija. Desde un punto de vista exterior, se podía ver claramente que el señor Ömer luchaba con todas sus armas para recuperar a una hija que seguía sin entender el porqué de su abandono. Acar le distanciaría más de ella a pesar de que el encuentro entre primos se produciría tarde o temprano.

—Señor Yildirim… ¿quiere que los lleve mañana a casa del señor Antara? —pregunté justo antes de aparcar el coche en la puerta. Quería que me dijera que sí, pero de nuevo, ese deseo no me fue concedido.

Volvía a sentir esa necesidad de proteger a Hiranur. Estaba comenzando a pensar que una fuerza extraña sobrenatural me obligaba a actuar como si fuera su guardián. No podía evitarlo y comenzaba a aceptar que no lo hacía solo por mi futuro, sino porque esta chica me hacía temblar.

—No hace falta, Yusuf. Conduciré yo mismo. Muchas gracias por tu ofrecimiento. —Ömer me dio una palmadita en el hombro a modo de agradecimiento y salió del coche.

—Señor —quería insistir, pero no se me ocurría ninguna excusa para permanecer cerca de ella y poder estar pendiente de su primo—, creo que podría ser de gran ayuda ya que la previsión es que mañana caiga una tormenta. Hace días que lo están anunciando y podría acercarle a casa de su hermano y dejarles en la misma puerta… yo creo que sería lo mejor para que…

—Está bien, Yusuf. Acepto tu ayuda a pesar de que a esa hora ya deberías de estar descansando. —Ömer había captado la indirecta y aceptó mi oferta. Una leve sonrisa y un guiño fueron suficientes para zanjar la conversación. Él sabía que a mí no me agradaba ni su hermano ni su sobrino. Jamás habían hablado de ello, pero no hacía falta. En ocasiones, una mirada es más que suficiente.

Ömer se despidió de su hija y entró en la mansión. Parecía cansado. Ese último mes le había envejecido como si hubieran pasado diez años. La lucha con su hija era la batalla más grande a la que se había enfrentado. Necesitaba su perdón para seguir viviendo en paz y él sabía que no todo el mundo tiene esa capacidad de perdonar tan válida en un ser humano.

Después de sacar mis conclusiones, desvié la mirada hacia Hiranur. Estaba luchando con el maletero. Era demasiado alto para ella y no podía cerrarlo. Como siempre era incapaz de pedir ayuda por lo que saltaba para llegar al botón que lo cerraba por sí solo.

—Déjame a mí —dije sonriendo. Esta vez era una sonrisa limpia, sincera. La imagen de verla saltar incapaz de llegar a su objetivo me pareció encantadora.

Toda ella me parecía encantadora y terriblemente irritante.

Hiranur asintió sin gruñir. Extraño, ya que era peleona incluso para las pequeñas cosas. Sentí su mirada y su parpadeo continuo. Le ponía nerviosa tal y como ella hacía conmigo.

Desde que la besé nos habíamos estado evitando. Si nuestra relación siempre había sido incómoda, desde ese momento era insostenible. Y no solo porque cuando estaba a su lado debía de hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme y no volverla a besar, sino porque intentaba convencerme de que fue un error que no debía volver a cometer.

—¿Tienes frío? —Me quité la sudadera y se la puse por los hombros. Si se la ofrecía era muy probable que la rechazara.

Parecía confundida. Me miraba como si ese gesto de educación y caballerosidad no hubieran podido salir de mí. Supongo que debía de pensar que era un animal salvaje.

—Gracias. —Me miró fijamente sin moverse ni un solo paso. Volvíamos a estar demasiado cerca uno del otro. Ninguno de los dos se alejó para no tentarnos de nuevo.

—¿Por qué has insistido en acompañarnos? —me preguntó casi como un susurro. No hacía falta que me hablara con ese tono tan bajo. No había nadie a nuestro alrededor. Su padre hacía ya unos minutos que había entrado en la mansión, pero para hablarme con ese tono era necesario que se acercara a mí y no la reprimí. Si fuera un hombre responsable la separaría de mi cuerpo y le diría que podíamos hablar de forma normal pero no quería hacerlo. Me gustaba tenerla junto a mí.

—No me fío de tu primo… —respondí con un tono aún más bajo. Con cada susurro nos acercábamos más. Era una excusa para escucharnos, pero lo que realmente quería era tenerla a un milímetro de mi piel. Podía oler la crema que se había puesto, el perfume que seguía impregnado en su piel. Mi nariz rozaba el lóbulo de su oreja. Era como una piel de melocotón, parecida al

terciopelo.

Su respiración entrecortada y el temblor de sus labios que no me pedían, sino me exigían que me acercara a ellos, hicieron que perdiera la poca energía que me quedaba para controlar mis impulsos. Mis labios se acercaron a los suyos mientras mis manos agarraban la sudadera para acercarla hacia mí. Noté sus manos en mi pecho mientras sus labios se aplastaban contra los míos. Ni siquiera abrí la boca y ella tampoco. Simplemente manteníamos los labios pegados sin intención de separarlos. Mi boca había chocado con la suya, pero ella no se había separado. Ninguno de los dos tomó la iniciativa de hacerlo.

Deseaba a esa chica más de lo que me imaginaba. Mi rostro debió de expresar esa desesperación que tenía desde hacía semanas cuando ella decidió poner fin al mejor momento de mi vida. Ya no podía estar a su lado sin tocarla, pero ella no era para mí y eso lo sabía. Quería decirle desde que me lancé a sus brazos como un jabalí que no era conveniente estas cercanías, pero la atracción que sentía hacia ella era real, tanto que mi vida había dejado de tener un sentido sin ella.

—Perdona… —era la segunda vez que me disculpaba por besarla a pesar de que no quería hacerlo. ¿Por qué debía pedir perdón por desear a una mujer? Mi cabeza y mi corazón no caminaban alienados. Existía una bifurcación entre los dos demasiado grande para no sufrir. Me estaba volviendo loco. Quería un futuro mejor para mí y mi familia y eso me lo daría un buen trabajo en la compañía de los Yildirim. Ese punto estaba claro, pero no contaba con perder el oremus por la hija de mi jefe. No podía seguir comportándome así, perdiendo mi cordura cada vez que tenía a Hiranur enfrente de mí.

—Yusuf, no quiero que me pidas perdón porque si tú lo haces significa que yo también he de hacerlo.

Negaba con la cabeza todo lo que mi corazón me gritaba. La deseaba.

—Pierdo el control cuando te acercas a mí… desde el primer día que te vi no puedo pensar con claridad, me falta el oxígeno para respirar, ni siquiera me siento con la seguridad de poder cuidarte como es debido cuando lo único que pienso es aplastarte contra la pared, quitarte la ropa y follarte hasta que pierdas el conocimiento.

Volvía a cerrar esa distancia de seguridad entre los dos para volver a besarla, pero esta vez lo hice de una forma intensa. Saboreé sus labios como si tuvieran sabor a fresa, le abrí la boca para introducir mi lengua que añoraba la suya desde el primer beso, le acaricié el cuello y bajé con mi palma por su escote hasta encontrar la elevación de su pecho. Seguí bajando hasta dar con la apertura de su camiseta e introduje mis dedos hasta que sentí su piel desnuda.

Ella me correspondió mediante un gemido que me hizo perder ya del todo la cordura. Hiranur caminaba hacia atrás mientras yo la besaba por el cuello, la cara, el escote. Ella chocó con el coche y ese golpe en su espalda me hizo entrar en razón y ver, por un segundo, con claridad. Si no frenaba ahora, ya no lo podría hacer.

—Dios mío… ¿ves lo que me provocas? Es una puta tortura. He de alejarme de ti antes de que…

—¡Actúas como si estuviéramos haciendo algo mal! ¿Qué es lo que te frena, Yusuf? ¿De qué tienes miedo?

—De enamorarme de ti.

24

HIRANUR

A lo mejor habría sido más bonito si después de besarme y acariciarme de esa manera en la que casi expulso mi corazón por la boca me hubiera dicho que *ya* estaba enamorado de mí y no que tenía miedo de llegar a estarlo en un futuro.

Me removí hasta soltar sus manos de mi cintura. No me encajaba su intento de declaración romántica. ¿Me acaba de besar, rozar, acariciar, oler y provocar de una manera extraterrestre para después decirme que era un puto cobarde y que lo único que le frenaba y que le estaba complicando la vida era la mera posibilidad de enamorarse de mí?

No le creí. Poner el freno de mano a sus sentimientos de esa forma tan agresiva debía de tener un motivo contundente y no solamente el miedo a sentir algo más que una amistad.

Estábamos bastante a oscuras, tanto que no podía distinguir con claridad si estaba disgustado, aterrado o cabreado. Me libré de sus manos y mantuve esa distancia prudencial necesaria antes de que mi cuerpo volviera nublarse y no obedeciera mis órdenes de alejamiento. Veía que sus hombros estaban tensos y que sus brazos estaban caídos con los puños cerrados.

Al contrario de lo que creía la mayoría, no era una niña mimada y acostumbrada a la buena vida. Me había convertido en una mujer valiente, capaz de afrontar problemas de índole mayor, pero no soportaba las mentiras. A pesar de que me sentía dolida, aceptaba su rechazo, pero no su falta de sinceridad.

—Deja de jugar conmigo, Yusuf. No me creo que lo único que te preocupa es que pierdas el control de tus sentimientos.

—Eso ya lo he perdido…

—¡Basta! Si no quieres nada conmigo, ¿qué haces aquí?

—Estoy…

—No se te ocurra decirme que estás cumpliendo con tu trabajo. ¿Besarme entra dentro del contrato que firmaste con mi padre? ¿Actuar como un adolescente celoso es otra cláusula que debes cumplir?

—Hiranur, por favor. Tú no puedes entenderlo.

—¡Por supuesto que puedo entenderlo! Hay algo que me ocultas, que te preocupa y que debe de ser mucho más importante que un simple enamoramiento. Esa respuesta es fácil, para mi gusto demasiado usada en historias de amor, incluso si fueras otro tipo de chico y yo la chica que crees que soy, me lo hubiera creído, incluso me hubiera sonrojado al escucharla, pero la sensación que me ha dado ha sido totalmente contraria. Pienso que eres un hombre cobarde, que te faltan agallas para enfrentarte a quien sea y a lo que sea por una mujer.

—No me conoces en absoluto, Hiranur. —Yusuf volvió a acercarse a mí, me agarró de los hombros y me apretó con sus manos mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Conozco lo que me muestras y he de decirte que no me gusta nada lo que veo. Será mejor que te alejes de mí. No te pido que dejes tu trabajo y que, si tienes que hacer el teatrillo delante de mi padre para que no te despida, tienes mi permiso para hacerlo, no te delataré por ello, pero, por favor, Yusuf, mantente alejado de mí.

Sentí que los ojos se me nublaban por culpa de la humedad que las incipientes lágrimas me estaban causando. Antes de que una de ellas se derramara por mis mejillas, me di la vuelta e hice el intento de marcharme, pero eso es lo que fue, un simple intento porque Yusuf me agarró por el codo y frenó mis pasos.

—No soy un cobarde, Hiranur. No conoces mi historia, no sabes por qué me dejo la piel en este trabajo, ni siquiera eres mínimamente consciente de la lucha interna que batallo desde el momento en que te vi. Me odio a mí mismo por no saber controlarme, por dejar que mis sentimientos hayan desobedecido las órdenes que le había prometido a tu padre desde el momento que te encontré en el aeropuerto. Ese mismo día ya te colgué el cartel de prohibido bajo los hombros, pero me descontrolas, me superas…

—¿Te supero? —pregunté confundida. Lo escuchaba con atención. Necesitaba una respuesta válida. Que me convenciera. Quería saber si su miedo era perderme a mí o perder su trabajo. Quería saber si Yusuf era igual de cobarde que Ömer, que renunció al amor de su vida por no perder las expectativas de una vida laboral brillante. Yo, como hija, no lo aceptaba a pesar de saber que medio planeta sí lo podría llegar a entender y más si vieran cómo era la vida de la familia Yildirim. ¿Era posible renunciar a esa vida multimillonaria por un amorío de verano? Sí. Era posible. Mi padre lo había hecho.

Pero Yusuf era solo un guardaespaldas. Si no entendía a Ömer (y todavía no lo hacía) menos entendería a Yusuf.

—Sí, Hiranur. Lo haces… y tú misma lo has podido comprobar. Pierdo la cordura cuando te acercas a mí. No puedo vigilarte como es debido si me complicas tanto la vida. Acepto mi culpa respecto a la pérdida de mi autocontrol cuando te tengo demasiado cerca, pero te culpo a ti por hacerme la vida todavía más difícil exponiéndote a peligros innecesarios, a provocar a medio Estambul por tu forma de vestir, por no adaptarte a nuestras costumbres e incluso por ignorar los consejos de tu padre.

—Siento causarte tantos problemas. No era mi intención. —La ironía era uno de mis fuertes. Cuando las conversaciones se dirigían por un camino oscuro, le daba la vuelta introduciendo ese tono socarrón que tan bien se me daba.

—Y para colmo, ahora tendré que vigilar a tu primo Acar. Hazme caso por una sola vez y aléjate de él.

—¿Qué es lo que te pasa con mi primo? —Comenzaba a intrigarme este comportamiento de rechazo hacia un primo que todavía no había conocido. Mi padre no me había informado de que mañana visitaríamos al demonio de Estambul ni siquiera me había hablado de él, por no decir más y si hubiera un mínimo peligro, Ömer sería el primero en decírmelo.

—A mí no me pasa nada con él, pero no es una buena persona y es muy dado a meterse en follones. Cuando tengas un segundo, escribe su nombre en Google y verás parte de sus antecedentes, ninguno para sentirse orgulloso.

—Yusuf, que Acar quiera ser el rey de las fiestas en su propia ciudad no me asusta, y menos por ese motivo me tengo que alejar de él… ah, vale, ya lo entiendo, te daré más trabajo y más horas extras.

—No es eso… —dijo Yusuf entre dientes. Volvía a perder los nervios ante mí. Tenía que darle la razón respecto a que yo era muy capaz de ponerle al límite.

—¿Por qué eres tan cabezota y no te dejas aconsejar? —No sé en qué momento volvimos a acercarnos, pero tenía de nuevo a Yusuf a pocos centímetros de mí. Volvía a tener que elevar mi barbilla para poder hablarme mirándole directamente a los ojos. Unos ojos que brillaban esa noche más de lo que debería estar permitido. La cercanía me permitió ver detalles de su rostro

que no me había fijado. Una pequeña cicatriz debajo de la barbilla, una mancha de nacimiento parecida a una estrella en el cuello, un remolino al principio de una ceja que marcaba la diferencia. Si levantaba los brazos podría acariciarle el pecho. La fina tela de la camiseta era perfecta para comprobar que el hombre que luchaba por defenderme y defenderse, tenía un torso estilizado y muy fuerte. Yo sí que tenía que auto controlarme para no arrancarle la camiseta igual que lo habría hecho con el ladrón de la mañana.

—Hiranur.

Uy, me había quedado embobada mirándolo y me había dispersado de la conversación. Retrocedí en mis pensamientos y me acordé de que estábamos hablando de lo peligroso que era mi primo Acar.

—Estate tranquilo, Yusuf, tendré cuidado con mi primo Lucifer.

Yusuf ignoró la broma. Realmente se veía preocupado. ¿Qué rayos había hecho mi primo para que Yusuf le tuviera tanta tirria?

No nos habíamos separado. De hecho, Yusuf seguía mirándome con intensidad, tanta, que sentía cómo mi pecho comenzaba a oprimirse. Después, muy despacio, puso distancia entre los dos y reconozco que ese alejamiento voluntario, me disgustó. Permanecimos en silencio dos, tres, cuatro segundos hasta que la dulce voz de uno de mis hermanos me salvó de sufrir otro cortocircuito.

—Hola, Hiranur. —Akin me miraba como de costumbre, siempre con la barbilla muy alta y con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué haces despierto, hermanito? —Akin frunció el ceño. Sabía que le molestaba que le llamara hermanito puesto que ya iba camino de los once años y su carácter prepotente no lo aceptaba. Miró a Yusuf de arriba abajo. No hacía falta ser muy listo para saber que se preguntaba qué demonios hacía el guardaespaldas con su hermana a esas horas y detrás del coche de la familia que por su altura impedía una buena visualización de la escena.

—Mmmm… te estaba esperando —dijo Akin sin dejar de mirar a Yusuf con los ojos achinados. Por lo que Miray me había contado, Yusuf se llevaba bien con todos los miembros de la familia por lo que me extrañaba esa expresión de malestar de su hermano pequeño.

—Ahora mismo entro, Akin. —Pero mi hermano no se movía de mi lado, por lo que desvié la vista hacia Yusuf que no había dejado de mirarme.

—Buenas noches, señor Kaya —dije esbozando una leve sonrisa en la comisura de mis labios.

—Buenas noches, señorita Yildirim.

Me alejé del coche cogida de la mano de mi hermano. No hacía falta que me diera la vuelta para saber que Yusuf seguía allí y lo estaría hasta que me perdiera en su campo de visión. Eso es lo que hacía todas las tardes cuando salía del instituto. Naufragaba una y otra vez en el propósito de llevarme a casa, pero no fracasaba respecto a la vigilancia que le había prometido a Ömer que tendría sobre mí. ¿Cómo era posible que caminara con tanta holgura siendo el suelo de gravilla?

No le dije nada. Para eso estaba su madre y era muy propensa a los rapapolvos.

Cuando estuvimos en la puerta de su habitación, me agaché y le di un beso en la mejilla. Sabía que a Akin no le gustaba que le acompañara a su cama y que le diera un beso en la frente, tal y como hacía con Berat. A su hermano sí le gustaba. Cualquier acto de cariño que viniera de mí, sea cual fuera, era bienvenido. Por eso me extrañó que Akin viniera a buscarme. Sabía que desde la ventana de su habitación podía ver la entrada de la mansión, justo donde Yusuf aparcaba el todoterreno y debía de ser por eso que se escapó para venirme a buscar.

—Gracias por salvarme del guardaespaldas, hermanito.

—De nada —dijo seriamente. Realmente creía que necesitaba una ayuda y no estaba muy equivocado.

—Akin.

—Dime, hermanita. —No pude contener una suave carcajada. Adoraba el sentido del humor de mis hermanos, tan diferentes, pero tan iguales al mismo tiempo. Me sentía identificada con los dos. Ambos tenían algo de mí.

—¿Qué tal es Acar? —Akin frunció el ceño. La pregunta le había sorprendido. Desde que había llegado a la mansión nadie me había hablado de él ni de mi tía por lo que quizás era un tema tabú. Me supo mal haberle formulado la pregunta. Quizás le estaba metiendo en un compromiso.

—¿El primo Acar? —asentí—. Es simpático. Juega mucho con nosotros y siempre nos regala caramelos cuando nos ve. Es una pena que no venga demasiado. A mamá no le cae muy bien, pero a nosotros sí.

Ese detalle no me pasó desapercibido. Mi madrastra odiaba cualquier producto que llevara azúcar por lo que un caramelo estaba absolutamente prohibido. Ese pequeño acto de desobediencia por parte de Acar no me revelaba el carácter de tipo peligroso del que me había puesto al tanto Yusuf, pero algo era.

—Lo voy a conocer mañana. El tío Antara nos ha invitado a cenar a su casa —le dije en voz baja, como si estuviera revelándole un secreto.

—¿A nosotros también? —Aspiré de forma profunda e hice una mueca. Quizás había metido la pata. Di por hecho que mis hermanos pequeños no vendrían a la cena. Por ser un día entre semana, calculé directamente que iba a ir sola con mi padre y su mujer.

—Bueno, puede ser que sí y puede ser que no… —menuda respuesta más tonta. Estaba clarísimo que su madre les diría que no, pero yo no pensaba darles el disgusto—. Ahora vete a la cama que ya es tardísimo y límpiate la planta de los pies si no quieres que mañana nos descubra tu madre y acabemos los dos castigados.

Akin me sonrió más de lo que era normal en él. Se dio la vuelta y entró en la habitación de puntillas, pero antes de cerrar la puerta me volvió a mirar y me dijo:

—Buenas noches, hermanita.

25

HIRANUR

La mansión de mi tío Antara estaba a las afueras de Estambul y era mucho más pequeña que la de mi padre, pero también mucho más acogedora. Los muebles eran todos de madera de roble, que aportaban esa calidez que debe de tener todos los hogares y estaban cubiertos de libros y fotos familiares. Me sorprendió que no hubiera ninguna de mi padre ni de mis hermanos. En la casa de Ömer, la única foto que había de Antara estaba en la biblioteca, desahuciada en una esquina y aguantando el peso de varios libros gracias al enorme marco de madera tallado. Era una foto en blanco y negro y se podía ver cuatro miembros de una familia. Cuando la descubrí, por pura casualidad, la estudié durante varios minutos. Pude reconocer claramente a Ömer, pero no sabía quién era el niño que le sonreía y le miraba con admiración. Ahora ya lo había descubierto. Era su hermano pequeño que, por entonces, debían de mantener una buena relación.

Desde el encuentro con Antara no me había dejado de preguntar el por qué mi padre lo trató de esa manera tan fría cuando él entró en la oficina. La figura de mi tío fue como un golpe de aire frío que dejó a mi padre paralizado. Su expresión cambió por completo, incluso su tono de voz. Debía de haber sucedido algo grave entre ellos en el pasado para que Ömer ni siquiera disimulara el malestar frente a mí. Si esta misma situación la hubiera vivido con mi madre o con un padre al que quisiera, no hubiera tardado ni un segundo en preguntarle el porqué de ese rechazo, pero seguía manteniendo ese muro de hormigón que me separaba de Ömer. A lo largo de esas semanas, ese tabique había sufrido alguna grieta en donde la luz entraba sin permiso, pero no tardaba en volver a sellar con hormigón esa pequeña apertura de esperanza para mi padre. Tantos años de descuido y de silencio no se curan con varias semanas de cariño y de atención. Necesitaba mucho más. Necesitaba perdonarlo y para eso, había de pasar por la fase de entendimiento y todavía ahí no había llegado.

Yusuf, tal y como dijo la noche anterior, nos acompañó a la cena. Aparcó el coche en donde el hombre de seguridad nos indicó y se ofreció a quedarse fuera hasta que terminara la cena.

—No hace falta, Yusuf. Nos vemos mañana, muchas gracias —dijo Ömer mientras ayudaba a su mujer a salir del coche. Ecrin, como siempre, estaba espectacular. No era una cena formal, pero aun así se había enfundado un vestido de finas lentejuelas de color verde botella. La prenda tenía una apertura en un lateral en donde se podía ver todo el muslo de la pierna cada vez que daba un paso. No llevaba medias, pero tampoco las necesitaba. No tenía ni una sola marca en la piel de las piernas, ni siquiera un lunar que podría distorsionar la visión de unas extremidades femeninas prácticamente perfectas. Había elegido unos zapatos negros de gala con un tacón de vértigo que acentuaba el movimiento de su cadera dándole un toque sensual a cada paso. A su espectacular conjunto, únicamente agregó unos pendientes de esmeraldas que complementaban a la perfección con el color del vestido.

Por el contrario, yo no me había esmerado demasiado. Tampoco lo consideré necesario ya que íbamos a casa de mi tío y era una cena familiar por lo que, dentro de mi poca experiencia en el mundo de la alta sociedad, entendí que era innecesario arreglarme en exceso. Eso sí, cuando vi aparecer a Ecrin me sentí algo incómoda con mi sencillo vestido de color carmesí. Lo había

comprado en España y ni siquiera lo había estrenado por lo que era la oportunidad perfecta para sacarlo del armario de una vez. Cuando me lo probé en la tienda, hace ya unos meses, me venía amplio tanto de caderas como de pecho, pero ahora, gracias a las galletas de Bellinay y a los postres turcos excesivamente calóricos, la tela me apretaba por todos lados y el escote se abría más de lo que los turcos considerarían adecuado.

Me mentiría a mí misma si no me hubiera dado cuenta de que mis nalgas y mis pechos habían aumentado de talla, pero en ese momento de mi vida, era lo que menos me preocupaba. También elegí unas sandalias de tacón (las únicas que tenía) que combinaban a la perfección con el vestido y que añadían a mi pequeña estatura unos centímetros más. No podía compararme con Ecrin, ni mucho menos, pero tampoco estaba mal.

—Señorita Yildirim. —Yusuf me ofreció su mano para ayudarme a bajar del coche. Me molestaba ese formalismo cuando estábamos delante de mi padre. Dejaba de lado mi nombre para usarlo solamente en momentos determinados. No me había dirigido la palabra desde ayer por la noche, ni siquiera me había saludado cuando me vio aparecer con mi padre y Ecrin, a pesar de recorrerme con la mirada todo el largo del vestido. Cuando levantó la vista, sus ojos se habían oscurecido y su expresión parecía más dura, contrariada. Su mandíbula se tensó en cuanto sus ojos lograron dar con los míos después de permanecer varios segundos fijos en mi escote.

Por la forma en que me miraba sabía que, si estuviéramos de nuevo solos, volvería a perder el control y yo también. Cada vez que me devoraba con los ojos, se me hacía un nudo en el estómago que no me dejaba respirar de forma calmada. Mi pecho subía y bajaba con demasiada rapidez. La tela del vestido me apretaba demasiado en los laterales cuando inhalaba una bocanada de aire. Comencé a sentir un leve mareo. Inflar y desinflar mi pecho de esa manera no debía de ser saludable.

—¿Puedes soltarme la mano, por favor? —siseé intentado mostrarme calmada.

Dejó mi mano, pero no se alejó. Se mantuvo firme delante de mí con una mirada ensombrecida. Gracias a mis tacones, no tenía su rostro tan alejado del mío. Comenzaba a perder fuerza, mis defensas caían y el deseo de volver a estar en sus brazos aparecía en mi mente, del mismo modo que hacían siempre que estaba a su lado. Era una pesadilla.

—¿Puedo… irme… ya? —tartamudeé más de lo que me hubiera gustado. Siempre me pasaba cuando estaba nerviosa.

Yusuf asintió, no sin antes volverme a recorrer el cuerpo de arriba abajo. Mis manos comenzaban a sudar y mis piernas a temblar.

—Perfecto —respondí forzando una sonrisa.

Desvié mi vista y me centré en la figura de mi padre y de Ecrin que se habían alejado del coche y estaban en la puerta de la casa hablando con mi tío Antara y con la que debía de ser su mujer, mi tía Dilay. Comencé a caminar hacia ellos, sin darme la vuelta ni una sola vez. Necesitaba recobrar la compostura que siempre perdía con Yusuf.

—Bienvenida, Hiranur. Ella es tu tía Dilay —dijo mi tío Antara mientras alargaba el brazo para cogerme el codo y acercarme a la mujer que tenía a su lado. Ella no tenía nada que ver con la despampanante Ecrin Ari. Era una mujer poco agraciada, bajita y con sobrepeso. Tenía un pelo oscuro indomable, por lo que podía ver. Había intentado recogerse los rizos en un moño bajo, pero había fracasado por completo puesto que su cabeza era una especie de enredo enorme en donde salían puntas por todos lados. Con el vestido tampoco había acertado porque se había enfundado un traje largo, de color crema que, por su altura y peso, era inapropiado. Todavía parecía más baja y más gordita.

No pude evitar empatizar con ella después de ver cómo mi tía Dilay contemplaba a Ecrin con

los ojos abiertos como platos. Se alisaba el vestido con las manos para que la tela no quedara justa debajo de ese exceso de grasa en el estómago. Era evidente la diferencia entre las dos mujeres y obviamente, mi madrastra ganaba la batalla sin esfuerzo.

Me acerqué a Dilay y le di un abrazo. Estaba comenzando a acostumbrarme a esas faltas de cariño en público, pero con mi nueva tía, tuve una sensación de querer protegerla ante el enemigo, en este caso, su cuñada.

—Encantada de conocerte, tía Dilay —dije con un tono de voz algo exagerado. Me había dejado llevar y sentí que ella no sabía bien cómo actuar. Probablemente, no se esperaba esta muestra de cariño por mi parte (no sé qué le debían de haber contado) pero después de unos segundos incómodos, ella me devolvió el abrazo e incluso me dio un beso en la mejilla. En ese momento, supe que con Dilay me llevaría bien.

Mi tía me observaba con detenimiento y se le escapaba alguna sonrisa nerviosa cada vez que descubría en mi rostro algún parecido con Ömer.

—Eres guapísima, te pareces mucho a tu padre —dijo finalmente y alargó un brazo para rozarme el rostro con cariño. Le sonreí. Me gustó esa expresión de cariño que me hizo sentir bien.

No sé por qué, pero esas palabras viniendo de su boca no me hicieron daño, ni siquiera me provocaron esos escalofríos que sentía cuando alguien se refería a Ömer como mi padre.

Desde el rabillo del ojo vi que mi padre me observaba. Me imagino que esperaba ver una reacción negativa por mi parte ante tal declaración o un comentario desagradable, pero esta vez le di una tregua y no lo tuvo. Le regalé ese momento, pero no lo hice por él, sino por Dilay.

—Muchas gracias —dije mientras miraba a mi alrededor intentando encontrar la presencia de primo Acar. Como era de esperar, lo había buscado en redes sociales y en Google y he de decir que Yusuf se había quedado corto. Acar incluso había permanecido en prisión varios meses por robos y disturbios en manifestaciones políticas. También había encontrado su perfil en Instagram y únicamente colgaba fotos en donde él aparecía en fiestas, conciertos y reuniones con el *top ten* de Estambul.

—Acar está a punto de llegar —dijo mi tía suponiendo que es a quien estaba buscando—. No se perdería esta cena por nada del mundo. Está loco por conocerte, Hiranur.

—Yo también tengo ganas de conocerlo —revelé de forma sincera. Que fuera una pieza de Estambul no me suponía un rechazo. Al único al que mi corazón se resignaba a querer era a mi padre, a nadie más.

Dilay desvió la mirada hacia nuestro coche y mostró una expresión de asombro. Yusuf seguía allí plantado, sin moverse. Me miraba con atención, como si estuviera esperando una señal por mi parte que le forzara a quedarse. Cruzamos las miradas por un segundo y pude sentir en mi piel su inquietud. Sabía que Acar era el motivo por el cual no había obedecido a mi padre que le había dado el permiso para marcharse a casa.

Ömer observó la escena y después de fruncir el ceño, se acercó a Yusuf. Por la lejanía no pude escuchar sus palabras, pero podía ver cómo mi padre apoyaba su mano en el hombro de Yusuf mientras conversaba con él.

Yusuf asintió y finalmente tuvo que obedecer y retirarse de la escena, no sin antes buscarme con sus ojos una última vez.

La mano de Dilay rozándome la mía hizo que volviera a la realidad. Pestañeé, y volví a centrarme en mi tía que me quería acompañar al salón en donde se celebraría la cena. En el centro del comedor había una mesa rectangular completa de manjares típicos de Turquía. Había varios aperitivos fríos, una bandeja con varios tipos de pescado, hojas de parra rellenas de arroz,

huevos revueltos y un guiso de carne que olía de maravilla. No pude evitar que mi estómago gruñera de hambre. Llevaba varias horas sin comer nada y comenzaba a notar debilidad. Además, me había acostumbrado de maravilla a los manjares turcos. Nunca había llegado más allá del famoso kebab o backava por lo que siempre estaba dispuesta a conocer más el abanico culinario del que era ahora mi lugar de residencia.

—¡Madre mía, cuñada! Os habéis esmerado. No hacía falta… —dijo Ecrin con aire socarrón mientras forzaba una sonrisa.

Dilay la miró atravesando sus ojos con un par de flechas. Me había dado cuenta de que no era rápida en su defensa y Ecrin era una profesional en cuanto a saber pasar por encima de los demás.

—Te lo agradezco, tía Dilay. Me muero de hambre y la comida turca me encanta —mis palabras relajaron la expresión de Dilay que, por culpa de su cuñada, de sus evidentes diferencias físicas, de la tensión entre los hermanos Yildirim y de lo extraño que resultaba esta situación, se notaba que estaba incómoda.

Un chico alto de unos veinticinco años, altísimo y superrubio, apareció en ese momento por la puerta, se aclaró la garganta para anunciar que había llegado. Su presencia fue un alivio para todos ya que ayudó a deshacer ese ambiente tenso que se había creado en el salón. Su aspecto no tenía nada que ver con el estereotipo turco al que estamos acostumbrados. Si me llegan a decir que era un amigo noruego que estaba pasando unos días en su casa, me lo hubiera creído. Las fotos que Acar había colgado en las redes sociales no mostraban como realmente era. Sus ojos eran azules y su piel blanquecina. Tenía un cuerpo estilizado, quizás demasiado delgado para mi gusto, un poco enfermizo. Llevaba un traje azul marino que le combinaba a la perfección con la camisa blanca y la corbata del mismo color que el traje.

—Al fin has llegado, hijo —dijo Antara mostrando en su tono de voz un hilo de molestia por la impuntualidad de su hijo.

—Perdonad, familia. La reunión con la familia Demir se ha alargado. —Desvió directamente la mirada hacia donde estaba yo. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Me miraba de una forma extraña, ni siquiera me sonreía. Apretó los labios y endureció la mandíbula.

—Hiranur —dijo como si fuera un susurro. No podía mostrarse sorprendido. Él sabía que hoy iría a cenar a su casa por lo que pasmado no podía quedarse.

—Acar. —Adelantó sus pasos hacia mí y me dio un beso en la mejilla—. Al fin nos conocemos. Te has hecho de rogar.

—En absoluto —contesté a la defensiva. Ni quise decirle que el día anterior me había enterado de su existencia, eso sería, como poco, hiriente para mi tía Dilay que ya tenía suficiente con su cuñada—. De hecho, estaba esperando a que aparecieras por mi puerta. Todo Estambul sabe que estoy aquí, con Ömer —llamar a mi padre por su nombre hizo que sus ojos se achinaran. Probablemente le había sorprendido, pero no dijo nada. Aceptó ese detalle sin ir más allá.

—Si hubiera sabido que tenías tantas ganas de conocerme, no dudes en que lo habría hecho. —Forzó de nuevo una sonrisa en la que dejó ver unos dientes blancos perfectos. Era un chico atractivo a pesar de que no había heredado ningún rasgo de sus padres.

—¿Qué tal si seguimos manteniendo esta conversación disfrutando de la cena? —Antara separó una de las sillas para que su mujer se sentara. Lo mismo hizo Ömer con Ecrin y Acar decidió que me merecía el mismo trato.

—No hace falta, Acar, muchas gracias.

—Como prefieras. —Acar me guiñó un ojo antes de elegir sentarse a mi lado—. ¿Te importa

que me siente aquí? Así podemos ponernos al día…

En ese mismo instante me acordé del aviso de precaución que Yusuf me había reiterado más de una vez sobre mi primo. Mediría mis palabras a lo largo de toda la cena.

26

YUSUF

Afortunadas podrían considerarse las personas que no tienen sentido al ridículo. No es mi caso. Desde que Hiranur ha aparecido en mi vida he sido incapaz de gestionar una serie determinada de sentimientos que no me hacen más que llevarme hacia situaciones absolutamente ridículas.

Esa noche, en la que el peligro había sido descartado hasta por el mismo señor Yildirim, me hizo pensar en que la situación se me estaba yendo de las manos. Ömer me había contratado únicamente para vigilarla o incluso, si vamos algo más allá, aconsejarla para que eligiera el camino correcto en un mundo desconocido para ella. Pero decir eso, era decir poco. Mi corazón era una mezcla explosiva de emociones básicas como el miedo, la ansiedad, la angustia y el deseo de querer algo imposible y esta mezcla me provocaba ver situaciones que solo ocurrían en mi imaginación.

Esa noche, ya en casa, reflexioné hasta altas horas de la madrugada. No podía conciliar el sueño. Ese era otro de los problemas que había de sumar al saco. La falta de descanso me estaba pasando factura. Y ahora añadía a su primo en el centro de la historia. Percibía que Acar era una amenaza que distorsionaría la poca paz que me quedaba (si me quedaba algo), pero debía averiguar si ese nuevo miedo era real o imaginario. Necesitaba llevar mejor esta situación si no quería volverme loco. También peligraba mi trabajo y mi futuro. Nunca hubiera creído que esta española distorsionaría tanto mi vida y mis pensamientos. Ella tiene un poder extraordinario para frenar los latidos de mi corazón con una sola mirada, sabía irritarme hasta llegar a un punto de escuchar cómo mi frecuencia cardíaca aumentaba y la presión de mis venas explotaba. Entonces, perdía el sentido. Mi cuerpo dejaba de obedecerme, permitía que las hormonas viajaran con libertad, daba rienda suelta a mi imaginación y me lanzaba hacia su cuerpo como un animal salvaje hambriento para permitirme ese segundo de pasión que contraigo las veinticuatro horas del día.

Y ella también lo deseaba y eso era lo que hacía que mi situación se convirtiera en una puta locura. Negué de nuevo mis pensamientos, mis recuerdos, reiterantes una y otra vez y me obligué a descansar las pocas horas que me quedaban antes de volver a enfrentarme a ella.

El sonido de la vieja persiana de mi habitación me ayudó a despertar. Las bisagras chirriaban más de lo normal y es que mi hermana abría la rejilla con demasiado entusiasmo.

—Yusuf, te has quedado dormido —dijo Ceren sin mostrar un mínimo de compasión. Me miró con las cejas en alto y los ojos achinados. No solía dormirme, pero no había pasado una buena noche—. Ayer llegaste tarde. Pensaba que era tu noche libre.

—Y lo era —dije haciendo un esfuerzo para incorporarme. Acaricié mis sienes. Notaba un leve pinchazo en los laterales. Miré el despertador. Todavía podía llegar a tiempo si desayunaba en la mansión.

—No creo que sea apropiado que te vayas a tomar copas entre semana, por mucho que sea tu día libre, no puedes hacerlo. —Ceren sacó sus conclusiones a pesar de que ella sabía que no tenía esa costumbre. Esperaba que le revelara el motivo por el cual había llegado tarde, pero no tenía

ni ganas ni tiempo de contarle que me había enamorado perdidamente de la hija de mi jefe.

Tragué saliva cuando escuché esa declaración en mi interior. ¿Entonces no solamente era deseo? Claro, no podía serlo, era algo más fuerte, era un sentimiento incontrolable, alocado, majestuoso... algo que jamás había sentido. Quizás por eso, porque era desconocido para mí, no lo entendía. Ahora, no me voy a mentir. Me muero por ella, pero esto no resuelve mi problema. Ella es Hiranur Yildirim, un ser inalcanzable para mí y eso ya lo sabía desde el principio.

—No me fui a tomar copas, Ceren. Sabes que no bebo alcohol entre semana.

—¿Dónde estuviste entonces? No me digas que hiciste horas extras por voluntad propia.

—No saques conclusiones, hermana.

Ceren me miró con un semblante de pena y después de unos segundos optó por decirme la verdad y no lo que necesitaba escuchar. Ella no era muy dada a lamer los oídos a nadie y menos a mí, por eso teníamos una relación tan sana. Sin palabras hirientes siempre se puede ser correcto y anteponer la verdad a cualquier cosa.

—Ella no es para ti —Ceren puso la voz a mis pensamientos. Lo dijo mediante un susurro cerca de mi oído. Para que solo lo escuchara yo. A continuación, me acarició el pelo y después, la mejilla. Era reconfortante. La miré fijamente a los ojos y estuvo a punto de preguntarle qué debía hacer. No podía abandonar mi trabajo ni tampoco a ella. Seguía nublada por el rencor y aunque ella no lo creía, sí que necesitaba protección.

—Lo sé. Me voy a trabajar.

Jamás había mentido a mi hermana. Era mi apoyo, el bastón que todos deberíamos tener para caernos lo menos posible en el camino de la vida. Llevábamos juntos el peso de la responsabilidad familiar desde que mi padre falleció a pesar de que yo había asumido el papel principal. Nos complementábamos de una forma extraordinaria para sobrellevar el día a día sin dejar a mi madre sola.

Conseguí llegar a la mansión Yildirim antes de las ocho de la mañana. Adem escuchó mis zancadas porque me abrió la puerta de servicio antes de que picara. Después de regalarme una exagerada reverencia a modo de saludo, me miró directamente a los ojos y su sonrisa matutina desapareció para convertirse en una mueca desagradable.

Adem resopló.

—Menudo aspecto, tío. ¿Qué hiciste ayer por la noche?

—El imbécil.

Adem frunció el ceño.

—Llevas semanas haciéndolo... exactamente desde que trabajas para Hiranur.

—No trabajo para ella —aclaré mientras me servía una taza de té turco—, lo hago para su padre.

Adem esperó pacientemente a que me sincerara con él. Desde que Hiranur había llegado a esa casa, era el centro de nuestras conversaciones. No le había expuesto con claridad mis sentimientos, pero Adem sabía que yo estaba colado por ella. Me la comía con la mirada cada vez que la veía. Cualquier persona con un poco de atención, lo vería claramente.

—Pues déjame decirte que la hija de tu jefe ya se ha ido al instituto… y —dejé la taza de té apoyada en la mesa para prestar atención— parecía muy contenta.

—No me digas —dije irónicamente. Intenté disimular sin demasiado éxito porque Adem me sonreía de forma socarrona. Era irritante verlo disfrutar con esta situación.

—Me explicó con detalles la cena de anoche. Muy interesante. ¿Sabías que conoció a Acar?

—Sí.

Adem asintió mientras mordisqueaba una de las galletas caseras de Bellinay. Le hubiera

pegado un puñetazo en la nariz en ese mismo momento. Era cruel su manera de actuar sabiendo que esta situación me estaba superando.

—Ah, por cierto, prepárate para este viernes. Acar ha invitado a su nueva y cotizada primita a uno de estos conciertos que están dando en el Cemal Resit Rey, en el centro de la ciudad.

Gemí. Sería muy complicado vigilar a Hiranur en esa sala de conciertos en donde las personas estaban pegadas como sardinas. Lo mejor sería hablar con ella para crear una tregua en este tipo de situaciones. Tenía que hablar con Ömer, explicarle los riesgos que este tipo de actos multitudinarios conllevaba, si él estaba dispuesto a correrlos (porque su hija era evidente que sí lo haría) y por supuesto, quería un compromiso por parte de Hiranur que le obedeciera en todo momento.

—Venga, hombre. Mira el lado positivo. ¿Hace cuánto que no vas a un concierto?

—No voy a ir a un concierto, Adem. Voy a vigilar a la escurridiza hija de mi jefe en una sala completa de tíos dispuestos a cualquier cosa por estar cerca de ella…

—Igual que tú. —Me lanzó una mirada pícara. Se hizo un silencio breve e incómodo hasta que Bellinay apareció por la puerta con una nueva bandeja de galletas recién horneadas.

—Me marcho —dije, no sin antes quedarme con ese último punto de la conversación guardado en mi memoria para valorarlo en otro momento. ¿Era capaz de cualquier cosa por estar con ella?

Conseguí llegar a tiempo y alcancé al señor Ömer antes de que se marchara a su oficina.

—Buenos días, señor Yildirim. Todavía no he hablado con su hija, pero Adem me ha informado que Acar ha invitado a Hiranur a la sala Cemal.

—Sí, lo sé… mi querido sobrino no tardó ni media hora en aprovechar las circunstancias para presumir ante su prima e invitarla a la sala de moda de conciertos. —Ömer aspiró profundamente antes de continuar—: No me hace gracia, Yusuf. Nunca he ido a un concierto allí, pero conozco la sala cuando su utilidad era únicamente para dar conferencias.

—Es una sala muy grande, señor, y su hija dudo que quiera estar a mi lado durante todo el concierto, si lo que desea es que la acompañe. También existe la posibilidad de que no asista al concierto.

Ömer agitó la mano negando esa posibilidad.

—Todavía me odiaría más.

Asentí. Tenía razón. Cualquier excusa era buena para justificar su rechazo.

—Pero tenías razón en que quiero que vayas con ella. Te facilitaré una entrada a lo largo de la semana y si crees conveniente que uno de mis hombres de seguridad te acompañe, me lo dices.

—Lo valoraré, señor. Y… una última cosa.

—Dime, Yusuf —dijo Ömer mirando el reloj de muñeca. Se estaba haciendo tarde, pero quería aprovechar la ocasión.

—Me gustaría mantener una segunda reunión en su oficina sobre las condiciones de mi futuro en su empresa. Tengo tiempo libre cuando Hiranur está en el instituto y me gustaría aprovecharlo, por lo que he estado pensado que podríamos adelantar el inicio de mis prácticas en Yildirim Deniz.

—Tomo nota. Hablamos la próxima semana.

Suspiré, pero esta vez de una forma más positiva. Amortizar esas horas libres en Yildirim Deniz me ayudaría a mantener la cabeza ocupada y no soñando con una realidad imposible.

Se me curvó la comisura de la boca cuando vi a Hiranur salir con sus amigas de la puerta del instituto. Como cada día, Siomara me sonreía de una forma encantadora y se le tensaban los labios hasta convertirse en una sola línea.

Siomara e Hiranur se acercaron al enorme nogal que utilizaba como apoyo todas las tardes. Esbocé una enorme sonrisa a Siomara. Me sentía algo cruel. Sabía los sentimientos que le provocaba a la pobre chica, pero esa tarde, supongo por culpa de la falta de sueño, me había desaparecido cualquier rasgo de amabilidad en mi afable personalidad.

—¿Qué tal, Sio? —Las mejillas de Siomara se convirtieron en un par de tomates rojos maduros. Mi ego mejoraba con esa chica cada vez que la veía.

—Muy bien, Yusuf… muchas gracias. —Sio desvió la mirada a Hiranur. Debía estar extrañada de que absolutamente toda mi atención recayera en ella. Ni siquiera había mirado a Hiranur, me ayudaba en el autocontrol que me exigía. Un simple cruce de miradas era suficiente para que todo mi cuerpo se tensara por lo que me concentré en su amiga como si fuera la única persona en la faz de la Tierra.

—Este viernes vamos a un concierto en la sala Cemal. ¿Tú también te apuntas?

Hiranur abrió los ojos como platos cuando me escuchó soltar esas palabras.

—No, lamentablemente las entradas son muy caras para mí. Quizás en otra ocasión…

—Claro, no es ni el primero ni el último concierto en esta sala. Ahora está muy de moda, por lo que habrá muchas más oportunidades.

Hiranur entró en combate. Llevaba unos minutos escuchándome sin decir palabra. Probablemente estaba allí por hacerle un favor a Sio, que la escuchaba todas las tardes, rogarle a su amiga que se acercaran a saludarme.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿El qué?

—Hablar como si yo no estuviera presente.

—Siempre puedes marcharte. Lo haces sola todas las tardes, ¿no es así?

Hiranur sacaba lo mejor y lo peor de mí.

—Eres un borde.

—Y tú eres la persona más necia que he conocido.

Volvíamos a estar demasiado cerca. No había forma de mantener una conversación normal sin terminar a un centímetro de su cara.

Cuando escuché a Siomara aclararse la garganta me di cuenta de que también ella tenía la capacidad de que me olvidara del resto del mundo.

Huranur hizo ademán de marcharse, indignada, pero pude agarrarle a tiempo la manga del jersey. Tiré con suavidad hasta que ella no tuvo otra que frenarse y volverme a mirar.

—Quiero tener un momento a solas contigo. —Hiranur tragó saliva y sentí cómo inhalaba una bocanada de oxígeno para después no soltarla.

Sonreí sin ganas, pero inmediatamente dejé de hacerlo. Pude imaginarme lo que su mente estaba pensando. Ella permanecía inmóvil a mi lado, parecía nerviosa.

Dejé de mirarla y me concentré en Siomara que estaba esperando con paciencia al lado del coche.

—Quiero… hablar del concierto del viernes.

Por fin Hiranur expulsó el aire y su expresión se relajó.

—Nos podemos ahorrar esa reunión… iré al concierto con mi primo Acar. Y si puede ser, lo haré sin ti.

—No va a poder ser. Eso es de lo que quería hablarte —dije en voz baja para no llamar más la atención. Deslicé mi mano desde su codo hasta el dorso de la suya y sentí una pequeña parálisis cerebral que me hizo enmudecer. En algún momento entre el codo y la mano, mi corazón se desbocó y ella lo aprovechó para escaparse de mi vista y poner fin a mi agonía.

27

HIRANUR

—Buenas noches, Hiranur.

—¡Dios! —Casi pierdo el equilibrio y me caigo en sus brazos. Yusuf estaba detrás de la puerta de mi habitación como si fuera un policía de la gendarmería turca—. ¿Qué demonios haces detrás de mi puerta? Me has asustado… —dije apoyando la mano en mi pecho, que latía a mil por hora.

Cuando recobré la estabilidad me fijé en la ropa que había elegido Yusuf para asistir al concierto como mi amigo (era mi condición si tenía que venir conmigo) y no como mi guardaespaldas. Estaba impresionante. Iba ataviado con unos modernos vaqueros de color negro desgastados y una camiseta roja con la luna y la estrella en el pecho, igual que la bandera turca. El color rojo le favorecía, estaba irresistible. Tampoco se había peinado y su espeso cabello alocado le daba un aire de chico malo que me hizo estremecer.

Tragué saliva e intenté reanudar la conversación. Por desgracia, no había podido librarme de él. Hablé con mi padre varias veces a lo largo de la semana, incluso me mostré más cercana para conseguir mi objetivo de ir sola al concierto, pero fue un fracaso. Ömer no se fíaba de Acar, por lo que, o acudía con Yusuf, o no iba.

Yusuf desvió la mirada desde mis ojos hasta mis pies. Era un escrutinio diario al que tenía que someterme. Casi nunca estaba de acuerdo con mi vestimenta, siempre la consideraba demasiado provocativa para los hombres turcos y, especialmente, para él. Esa noche no iba a ser menos. No hacía falta que nos comunicáramos con palabras, su expresión era más que suficiente. Contraía una mueca que no podía disimular.

Me había comprado un pantalón de cuero negro que combinaba a la perfección con una blusa de tirantes de lentejuelas negras. Brillaba igual que una estrella, pero el espectáculo lo valía. Me había pintado las uñas de los pies de color rojo porque las sandalias de tacón de aguja tenían la parte superior abierta.

Yusuf se aclaró la garganta, entornó los ojos y me los atravesó como si hubieran sido dos flechas a cien por hora.

—Bonita camiseta —dije mientras él seguía contemplándome de reojo—. ¿Nos vamos o pretendes seguir mirándome toda la noche delante de la puerta de mi habitación? Porque si es así…

—¿Te puedo pedir un favor? —Al fin pudo salir del colapso en el que estaba sumido.

—Depende —respondí con la barbilla alzada. Esa noche no iba a perder la confianza en mí misma a pesar de que volvía a sentir ese vértigo que aparecía en mi estómago cuando él estaba junto a mí. Mis ojos, más cerca de su rostro gracias a los tacones de aguja, se centraron en sus labios. Se mordía la parte inferior de la mandíbula.

Quería besarlo.

Cada segundo que pasaba, aumentaban mis ganas. Me había prometido a mí misma que me controlaría a pesar de sentir el mismo deseo en sus ojos. Quizás había sido un flechazo, ¿no es eso el amor?, pero después de semanas luchando comenzaba a creer que no era un simple

capricho. Por lo menos para mí.

—No te alejes de mi lado… durante el concierto. —Se pasó la mano por la nuca—. Habrá mucha gente y no podré vigilarte como debería si te alejas demasiado de mi lado.

—No puedo prometértelo, Yusuf.

—Hiranur… —susurró— no podré manejar la situación si no sé dónde estás, con quién estás, qué estás bebiendo, quién te está mirando. ¿No eres capaz de entender que me volveré loco si no te veo?

Mi cuerpo volvía a jugarme malas pasadas. Sentía un cosquilleo en la tripa y un rubor en las mejillas.

—Eso no es lo que suele experimentar un guardia de seguridad… —dije con ironía intentado disimular que el rubor comenzaba a ser un ardor insoportable.

—Eso es lo que experimenta un hombre que tiene insomnio todas las noches cuando piensa en ti, cuando deseo agarrarte y que entrelaces los tobillos en mi cintura, cuando hago un esfuerzo inhumano por no aplastarte en la pared y quitarte esa camiseta que me grita que la arranque… eso es lo que me pasa cuando te huelo, te miro o te acaricio. Me excitas, sí. Rotundamente, sí. ¿He sido demasiado claro, señorita Yildirim?

—Bastante. —Me tensé—. Sí, muy claro.

—Entonces, ¿tengo tu palabra de que permanecerás toda la noche a mi lado?

—Aun corriendo el riesgo de que me aplastes en la pared…

—Aun así —dijo sin dejar de mirarme los labios. No sonreía. El intento de parecer graciosa no le había causado ningún efecto.

La sala Cemal estaba a las afueras de la ciudad por lo que la media hora que estuvimos en el coche resultó ser más que incómoda. Yusuf, como de costumbre, se mantuvo en silencio y yo no dejé de recordar sus palabras hablando de lo que desearía hacer con mi cuerpo. Aplastarme en la pared y arrancarme la camiseta sería una buena opción, pensé mientras lo miraba de reojo. No pude evitar sentir una calentura entre mis piernas y un sudor en mis manos.

Al fin llegamos a la sala de conciertos. Estaba abarrotada de gente en la puerta y en los alrededores.

—Espera aquí. —Yusuf aparcó el coche a una manzana del Cemal. Sacó las llaves, se bajó del coche y vino al lado del copiloto para abrirme la puerta de un tirón.

—Baja... —había sonado demasiado autoritario y él mismo lo había notado—. Por favor, baja del coche —repitió.

—Si he de permanecer cerca de ti…

—A mi lado —dijo repitiendo sus palabras.

—Mejor que te comportes como si fueras un amigo y no un agente de seguridad. Me incomoda tener a una persona midiendo mis pasos y lo sabes. Además, estaré con mi primo Acar, por lo tanto, no puede pasarme nada.

—Ah, sí, Acar, con él estarás a salvo —dijo con sarcasmo y un cierto desprecio—. A ver si te enteras, señorita Yildirim, que tu primo Acar es experto en meterse en follones. Tiene un poder especial para conocer y relacionarse con lo peor del país, por lo tanto, te pido por favor que, aunque sea inevitable que estés cerca de él, no te alejes de mí.

Dicho eso, cerró la puerta del coche y comenzamos a caminar hacia donde estaba la multitud.

A pesar de la masa de gente, Acar me descubrió al minuto. Se acercó hacia mí, con una sonrisa despampanante y me dio un abrazo como si hiciera un año que no nos veíamos. Se lo

devolví sin evitar sentirme confundida. Por un lado, mi padre y Yusuf no dejaban de avisarme sobre las salidas de tono de mi primo, pero, por otro lado, Acar se mostraba educado conmigo e incluso, encantador.

—Estás espectacular, Hiranur. —Acar me observaba como si fuera una piedra preciosa que acababa de comprar. Después, desvió la mirada hacia Yusuf y forzó una sonrisa.

—Hola a ti también, Yusuf. —Inmediatamente, volvió a centrarse en mí. Parece ser que se conocían—. Te veo en la puerta en cinco minutos. Estoy impaciente por presentarte a mis amigos. Ellos están locos por conocerte. En cuanto les he dicho que venías, he tenido que comprar cinco entradas más.

Yusuf permanecía a mi lado, paciente, escuchando el discurso de mi primo con las cejas arqueadas. Se notaba demasiado que Acar le parecía una cucaracha de ciudad, pero esa noche me lo quería pasar bien por lo que, cuando Acar se fue a buscar a sus amigos, aproveché esos cinco minutos de margen que mi primo me había dado para dejarle cuatro cosas claras a Yusuf.

—Yusuf, quizás lo que deberías hacer es relajarte y disfrutar de la noche. Entiendo que un chico como mi primo pueda causarte cierta alarma en tu trabajo de obsesiva protección, pero, por favor, pasémoslo bien esta noche. Me apetece disfrutar del concierto sin pensar que vas a terminar a puñetazos con cualquiera que se me acerque. —Desvié la mirada a mi alrededor—. Además, puedes comprobar por ti mismo que estaremos pegados como lapas. Será mejor que te relajes.

Yusuf abrió la boca para contestarme, pero la cerró de inmediato al ver aparecer a Acar con cinco chicos más. Mi primo era como el líder de una banda de pijos rematados.

Uno de ellos, el más bajo y gordito, se adelantó y vino directo a mí.

—¿Eres la nueva prima de Acar? —me preguntó orgulloso de adelantarse a los demás y conocerme el primero.

—Si consideras nueva a que nos acabamos de conocer, pues entonces sí. ¿Y tú eres?

—Aun a riesgo de que el resto me fulmine, soy el mejor amigo de tu primo Acar. El resto son simples invitados. Me llamo Michael.

Acar soltó una carcajada y después miró a Yusuf, que seguía contemplando la escena con cara de asco. Cuando terminaron las presentaciones, Michael me preguntó por Yusuf. A todos les había extrañado que viniera acompañada, pero debieron dar por hecho que era otro de los invitados.

—Soy un amigo de la familia —dijo Yusuf tajante.

—Menos mal —dijo Michael dejando escapar una leve carcajada—, podré acercarme a ti sin pensar que pueden cortarme la cabeza.

—Eso puedo hacerlo yo misma.

—Guau, tío, me gusta esta chica.

Yusuf apretó la mandíbula con fuerza y le sonreí con firmeza. Le acababa de demostrar que sabía defenderme por mí misma. No siempre había tenido a un tío velando por mí las veinticuatro horas del día.

Comenzamos a caminar hacia dentro de la sala de conciertos. No teníamos asientos asignados, sino que íbamos a estar en el centro de la pista con miles de personas más. Acar me cogió de la mano y me empujó hacia adelante para que estuviera a los pies de la tribuna y ver mejor al cantante. Se lo agradecí con una sonrisa porque ya era imposible hablar. Había comenzado a tocar un grupo secundario antes de comenzar el concierto principal y la música sonaba tan alta que nos teníamos que hablar por señas.

Busqué a Yusuf. Le había dicho que no me iba a separar de él, pero iba a ser complicado por

la cantidad de personas que había a mi alrededor. Me di la vuelta y me choqué con una pared de carne musculosa. Levanté la mirada y él estaba allí, tal como me había dicho, justo detrás de mí. El que no se separaba era él. En cierto modo, agradecía su presencia, tenía una sensación de seguridad que me permitía disfrutar de la música, de las luces y del ambiente sin estar inquieta. Me habían metido demasiadas historias en la cabeza desde el primer día que puse el pie en Estambul. Comenzaba a creerme que era una persona valiosa para cualquier macarra.

Le observé unos segundos fijamente hasta que volví a darle la espalda y regresar a mi posición inicial, de cara al escenario.

La muchedumbre comenzó a saltar como loca, chocándose unos con otros. Me dejé llevar y comencé a hacer lo mismo. Sentía que lo estaba dando todo. Quería, por un momento, olvidarme de mis preocupaciones, de mi eterno enfado con el mundo, de la frustración que me causaba el tener al chico más guapo detrás de mí y no poderlo tocar.

Miré a mi alrededor, después de estar bailando un buen rato al ritmo de la música del rey del pop. No conocía a Tarkan ni había escuchado hablar de él, pero Acar me había dicho el día que estuvimos cenando juntos que era un cantante turco muy exitoso y valorado en el país. La música sonaba a un ritmo desenfrenado y tan alta que era imposible mantener una conversación si no era gritando en el oído del receptor.

Mi primo Acar, después de darse el lote con una chica despampanante, me agarró de la mano y tiró de mí. Me separó de la tarima para poder hablar conmigo y no terminar afónico.

—Princesa, ¿quieres tomar algo? Llevas un buen rato dándolo todo en la pista y todavía no te has bebido nada. La entrada cubre cualquier copa, lo que quieras… ya sabes, algo para ponerse a tono.

—Creo que con una botella de agua será suficiente —dije, aun pareciendo una niña que acaba de dejar la guardería. No es que fuera sor Virginia, pero no era muy dada al alcohol.

—Ni en broma vamos a desperdiciar la entrada con una botella de agua. Ven, te pediré uno de mis cócteles preferidos. Estoy seguro que te encantará. Confía en mí. —Eso era justo lo que me había dicho Yusuf que no tenía que hacer. Confiar en Acar.

Aun así, me dejé llevar por las circunstancias y acepté un enorme vaso de plástico con una bebida de color rosa. No sabía si bebérmela o disimular un buen rato con la copa en la mano y después tirarla en el baño, pero esta segunda opción la descarté al instante cuando mi primo chocó los dos vasos para brindar. Di un sorbo pequeño, pero cuando el líquido rosa inundó mi paladar sentí una sensación agradable. Me recordaba a un zumo de fresas, por lo que volví a dar un segundo sorbo, esta vez más generoso.

—¿Te gusta? —me preguntó Acar mientras daba él también un sorbo en su copa.

—Oh, sí, más de lo que pensaba —dije y volví a regalarme otro sorbo más. En menos de dos minutos ya me había bebido la mitad de la copa.

En cuanto me di la vuelta para volver a la pista, me choqué con el hombre de mis sueños y de mis pesadillas. Yusuf me miraba con el ceño fruncido. Me había escapado con Acar, pero había sido unos minutos. Mi intención era hidratarme para después incorporarme a la pista, pero parece ser que esa decisión no había sido la acertada, por lo menos para él.

Me agarró la copa de la mano haciendo que parte de ella se derramara en mi camiseta, se la acercó a la nariz para oler su contenido e inmediatamente la derramó en el suelo.

—¿Se puede saber qué coño haces? —gritó con tal rabia que incluso me hizo dar un salto. Estaba realmente molesto, parecía como si llevara una hora fuera de su radar por lo que su alarma de seguridad llevaba encendida dando vueltas igual que la sirena de un coche de policía.

Me miraba de un modo que asustaba, pero inhalé una buena bocanada de aire para coger

fuerza y poder defenderme.

—¿Se puede saber qué coño haces tú? Simplemente me estoy tomando una copa…

—¡Eres menor de edad, Hiranur! —articuló dando un paso hacia mí—. Se acabó el concierto —anunció y continuó mientras me cogía del brazo y me arrastraba hacia la salida.

—¡Déjame! —Le solté y me di la vuelta con el único propósito de volver al concierto, pero solamente pude dar dos pasos porque una mano me cogió del brazo y tiró de mí.

Después de mirarme fijamente a los ojos y no mostrar ni un mínimo de compasión me cargó en sus brazos sin pensarlo dos veces. Me agarré a su cuello con las dos manos y escondí mi rostro en el hueco de su hombro. Descarté la idea de ponerme a chillar y darle patadas hasta que me soltara. Me negaba a salir de nuevo en la portada de las revistas de cotilleo.

Yusuf estaba sudado, probablemente por el calor de la sala. No me importaba, era un olor agradable. Una mezcla de aroma humano y de perfume. Cerré los ojos e inhalé con fuerza. Rocé mis labios en su clavícula y sentí cómo su piel se tensaba.

No me soltó hasta que llegamos a la calle. Lo hizo despacio, como si fuera una tortura el dejar que me liberara de sus brazos.

—¿Por qué has hecho esto? —le pregunté más calmada. Por fin podía hablar sin dejarme las cuerdas vocales.

—Porque no has cumplido. No debías separarte de mí y menos beber alcohol.

Sentí un leve mareo acompañado de un sudor frío. No me encontraba bien. Quizás había bebido demasiado rápido y mi estómago, vacío de algún alimento sólido, no estaba gestionando bien la bebida, sabor a fresa, que Acar me había dado.

—¿Te encuentras mal? —dijo Yusuf, levantándome mi barbilla con el dedo índice.

—Quizás un poco mareada —respondí apoyando mi mano en su brazo.

—Te llevaré a casa —anunció Yusuf mientras deslizaba su brazo por mi cintura—. Agárrame —dijo con el tono autoritario que usaba comúnmente.

Le obedecí. No me quedaba otra. Me sentía demasiado débil para poder caminar sin apoyo.

Cuando llegamos al coche, me ayudó a acomodarme en el asiento. Sentía como si un camión me hubiera aplastado. Suspiré y apoyé mi cabeza en el reposacabezas. Noté el roce de su pecho cuando se acercó a mí para ponerme el cinturón de seguridad y, no sé si fue por culpa de los efectos del alcohol o por mis terribles ganas reprimidas que aproveché esa cercanía para cogerle con mi mano su cara y acercarla a la mía. Estampé mis labios a los suyos, pero esta vez no de una forma brusca, sino más bien delicada.

Yusuf se quedó paralizado y al cabo de unos segundos, noté su mano en mi nuca y me presionó junto a él. Abrió la boca, y con su lengua buscó la mía. Noté cómo todo mi cuerpo se estremecía. Nuestros labios siguieron rozándose mientras que nuestras lenguas seguían entrelazadas.

Ardor era lo que sentía todo mi cuerpo junto con una revolución de mariposas en el estómago. Noté cómo sus manos dejaron de presionar mi nuca para acariciar mi cuello, mis hombros y mi clavícula. Cogió con el dedo índice el tirante fino de la camiseta y me lo arrastró hacia abajo hasta llegar al punto de que, si continuaba, sería difícil frenarlo. Pero me gustaba estar así con él compartiendo ese momento íntimo, dentro del coche, a oscuras, sin nadie alrededor.

Levanté mis manos y le acaricié su pelo. Él comenzó a besarme la parte superior de mi escote y noté cómo una de sus manos me acariciaban uno de mis muslos. Comencé a temblar y a desear que no parara, que no frenara. Yusuf volvió a mis labios, pero esta vez no de forma suave sino de una forma ardiente, brusca. Me mordió mi labio inferior. Un suspiro salió de mi garganta junto con un gemido de la suya.

Fue un instante, pero el suficiente para que él dejara de tocarme, de besarme. Se quedó mirándome unos segundos sin saber qué decir. Luchaba contra sus sentimientos y yo contra los míos.

—Deberíamos marcharnos —dijo Yusuf mientras bajaba el freno de mano y se volvía para dar marcha atrás y comenzar a conducir por la carretera de vuelta a casa. Sus manos apretaban el volante del coche como si su furia la pudiera descargar por sus dedos. No me sorprendió que no me dirigiera la palabra en todo el camino y que condujera más rápido de lo habitual. Había vuelto a su estado natural de cabreo y de insatisfacción y yo ya me estaba cansando de este juego.

Llegamos a casa en menos de veinte minutos. Frenó el coche en la puerta para que pudiera entrar directamente y no tener que caminar dado mi estado de ebriedad. Antes de abrir la puerta, desvié un segundo la vista hacia él. Seguía mirando al frente, a nada en particular. Contuve mis ganas de gritarle o de pegarle un bofetón para que aceptara la maldita realidad. O simplemente para que se abriera ante mí, para que me dijera si sentía lo mismo que yo.

Negué con la cabeza para rechazar cualquier diálogo en ese momento. Abrí la puerta y la cerré de un portazo. Me metí en casa y fui directa a la habitación. Todavía estaba algo aturdida por el alcohol y por lo que había pasado.

Me acerqué al ventanal y descubrí que Yusuf seguía en el interior del coche, delante de la puerta, con las manos apoyadas al volante y mirando al infinito. Tal y como lo había dejado.

28

YUSUF

Pese a haberme quedado mirando hasta el amanecer en el interior del coche de Ömer Yildirim no había sido suficiente para aclarar mis pensamientos ni mis sentimientos. Necesitaba más tiempo.

De nuevo, me había dejado llevar por mis emociones y me había sobrepasado con Hiranur. Dios sabe qué si no hubiera tenido ese segundo de claridad en mi mente, hubiera llegado hasta el final. Le hubiera hecho el amor en el coche en el que estoy sentado sin que nada ni nadie me hubiera podido detener. Estaba desesperado. Necesitaba tocarla, abrazarla y besarla por todo el cuerpo, hacerla mía, solamente mía en cualquier momento y en cualquier lugar y por qué no decirlo, a todas horas del día. Y ella también lo deseaba de la misma forma en que lo hacía yo. Lo veía en el brillo de sus ojos, en cómo sus labios se abrían cuando mis ojos los contemplaban con deseo. Que me maten ahora mismo si eso no se llama pasión.

Llevaba demasiados días conteniéndome y su respuesta a mis caricias hicieron que perdiera el sentido, otra vez. Sería más sencillo si aceptara que ese control lo perderé siempre que ella esté cerca de mí y si quiere algo más, si ella quiere que la bese, que la toque o que le haga el amor toda la puta noche, lo haré sin dudarlo un minuto. Sí, lo haré y no podré decir que no, porque lo deseo, porque es lo único que deseo.

Tenía que aceptar de una maldita vez que era incapaz de comportarme como alguien racional desde que la había conocido y no me refiero solamente cuando la tengo entre mis brazos, que por supuesto, en esos instantes soy un alma desbocada, sino también cuando estoy cumpliendo mi trabajo de protegerla. Tenía que volver a encontrar la estabilidad emocional que había tenido siempre. Era parte de mi frío carácter. Jamás me había enamorado, jamás había hecho ninguna locura por amor, jamás me había comportado como lo estaba haciendo ahora. La situación me estaba sobrepasando y era el momento de tomar una decisión, por mucho que me doliera.

Un ruido en el cristal del maletero hizo que volviera a la realidad. Había sido el jardinero que era el primero en incorporarse al trabajo. Me había visto dentro del coche y no dudó ni un segundo en golpear el cristal con la palma de la mano. No lo hizo de forma violenta, pero sí lo suficiente para que pudiera dejar el ensimismamiento de lado y volver a la cruda realidad.

—Buenos días, señor Kaya. —Era la única persona del servicio que seguía sin tutearme a pesar de los años que nos conocíamos y sabiendo que yo también ocupaba un rango en el servicio. Durante el primer año le dije, en múltiples ocasiones, que me llamara por mi nombre, pero no hubo manera, por lo que dejé de insistir. Probablemente, al tratar diaria y directamente con los miembros de la familia y ver la confianza que ellos me tenían, valoraba mi cargo como si fuera el más elevado en la jerarquía del personal Yildirim.

—Sí, buenos días. He pasado la noche… —dije viéndome con la obligación de darle una explicación sobre mi extraño comportamiento, pero no me dejó terminar la frase porque dio media vuelta y se marchó.

«Mejor», pensé. Ahora tenía un problema mucho más grande que preocuparme de lo que podía pensar el jardinero de mí. Gracias al cielo que no había sido Adem quien me había

encontrado dentro del coche porque si hubiera sido así no me hubiera dejado escapar sin que le hubiera dado una versión amplia de los hechos y un porqué convincente de mi triste final. O peor aún, tendría que reconocer que él tenía razón y que me había pillado como un idiota con la hija del jefe. Y yo que era el típico tío que pensaba que esto solo ocurría en las películas.

Una hora más tarde volvía a estar en la mansión Yildirim. Había podido ir a casa, darme una ducha rápida, cambiarme de ropa y volver sin que ni mi madre ni mi hermana se dieran cuenta de que no había pasado la noche en casa. Siempre era el último en llegar y el primero en irme.

Cuando entré en la cocina me encontré a Adem y a Miray sentados uno frente al otro. Se miraban fijamente a los ojos. No hacía falta ningún tipo de comunicación verbal para que el otro supiera claramente lo que sentían ambos. Contemplé la escena como si se tratara de un instante en una película de amor.

No me había dado cuenta hasta en ese momento que Adem babeaba por la chica del servicio. Jamás me había explicado, ni siquiera insinuado, que comenzaba a sentir algo más por Miray que no fuera amistad. O quizá sí y yo no me había dado cuenta. Estaba demasiado cegado por un sentimiento imposible.

Abrí la boca para saludarlos, pero la cerré de inmediato al ver cómo él alargaba una mano y le acariciaba la mejilla. Miray se volvió hacia a mí con las mejillas sonrojadas. ¿Cómo no me había dado cuenta de que mis compañeros se habían enamorado? Y ¿en qué momento había sucedido? Era otra de las consecuencias de estar cerca de Hiranur, me estaba quedando ciego. Todo mi mundo rodeaba a su alrededor dejando de lado todo lo que no le incumbía. Era ella, ella y solo ella.

Me alegré por mi amigo y también por Miray. Ella era una buena chica, trabajadora y responsable. Le haría feliz y él, a pesar de ser un poco cabra loca, tenía un buen fondo.

Carraspeé con la garganta para que se dieran cuenta de mi presencia. Me sabía mal cortarles el momento romántico, pero necesitaba tomarme un café antes de ir a hablar con el señor Ömer. No podía explicarle la verdad a pesar de que en un principio lo pensé. Él sería el más apropiado para entenderme. En su momento se enamoró de la madre de Hiranur y la perdió porque no quiso renunciar a su futuro. La versión de mi historia tiene un punto más dramático. Renuncio a mis sentimientos y a mi futuro trabajo porque no puedo exigirle que cumpla su trato si yo no soy capaz de cumplir el mío. Por su bien y el de su hija, lo mejor era que desapareciera del camino.

Miray se levantó de un salto todavía ruborizada y aproveché el momento para acercarme a la cafetera y servirme un café caliente en mi taza favorita. Volví a releer el mensaje que había escrito en uno de los laterales. «La felicidad no es el destino donde llegar, sino una forma de viajar» susurré mientras inhalaba con fuerza el aroma de la bebida. ¿Estaba dispuesto a renunciar a mi felicidad sin ni siquiera haber luchado? ¿Por qué no me arriesgaba y me atrevía a viajar con ella hasta llegar a esa felicidad que todo el mundo anhela?

—Empiezas fuerte, compañero —dijo Adem cuando vio que rellenaba la taza hasta casi el borde.

—¿Desde cuándo estás con Miray? —le pregunté sin más.

—Desde hace un mes… quería decírtelo cuando tuviéramos un minuto, pero las últimas semanas han sido una locura, sobre todo para ti.

Di un sorbo largo al café y volví a servirme un poco más. Necesitaba mi mente despejada para enfrentarme con Ömer Yildirim y no era mi mejor día teniendo en cuenta que había pasado la noche en vela y aceptando que ella era la culpable de que mi mundo estuviera patas arriba. Ella

era la culpable de mi insomnio, de mis inquietudes, de mis enfados, de mis deseos. Ella era todo lo que quería. Nada más.

—No te voy a preguntar cómo te fue el concierto porque un pajarito que ronda por el jardín le ha revelado al mismísimo Ömer que has pasado la noche en su coche.

Joder, confiaba más en la discreción del jardinero. No quiero ni pensar lo que el señor Yildirim se debe de estar imaginando. Respiré hondo para calmarme. Debía de añadir a mi discurso de despedida una explicación sobre pernoctar en su coche.

—¿Ya se ha ido el señor Ömer? —Necesitaba hablar con él esa misma mañana. Era una estupidez y una tortura prologar el final si ya había tomado una decisión. Desvié la mirada al reloj de la cocina. Ni siquiera eran las ocho de la mañana y no era un hombre madrugador. Era un pájaro de noche.

—Ayer por la noche recibió una llamada desde su oficina anunciándole que había habido un problema en el puerto de Gemlik. Uno de los barcos no había llegado a tiempo a Gemport y no han podido gestionar la entrega del contenedor. Y parece ser, que cuando por fin ha llegado, los cuatro muelles de atraque estaban ocupados.

—Qué movida… y ¿no ha podido desviar el barco al puerto de Ambarli? —Era evidente que me apasionaba todo lo referente a la naviera. Mi compañero lo sabía y habíamos disfrutado muchas tardes enteras hablando del mar y del transporte internacional de mercancías (antes de que aterrizara en mi vida la única distracción que tenía). Yildirim Deniz tenía decenas de buques portacontenedores por lo que, entraba dentro de la normalidad que hubiera incidencias con alguno de ellos. Aun así, las mercancías viajaban seguras y también su manipulación y carga y descarga en los puertos.

—Parece ser que no… a las siete ya se había marchado. —En ese momento caí en la cuenta de que, si el jardinero no le hubiera despertado, el señor Ömer le hubiera encontrado en su propio coche sentado y mirando al infinito. En ese momento, perdoné al jardinero por el chivatazo. Era mejor eso que verme de frente con el señor Ömer y tener que darle una explicación que seguro hubiera sido surrealista.

—¿Sabes si se quedará a pasar la noche en Gemlik? —Si alguien tenía información de dónde y con quién estaba el jefe de la casa, ese era Adem. Es su principal persona de confianza y podía contar con él en todo momento. Incluso le pidió en su momento el pernoctar en su casa y Adem no lo dudó.

—No me ha dicho nada al respecto. Pero a Ömer le gusta volver a casa, aunque sea tarde. —Adem me miraba con curiosidad. No solía mostrarme tan interesado en la vida Ömer, más bien en la de su hija.

—Está bien… —No me quedaba otra opción que esperar a que regresara por lo que mejor era que me calmara y que sobrellevara el día como mejor pudiera. Al fin y al cabo, solamente tenía que ir al instituto por la tarde, guiñarle el ojo a Siomara y perseguir a Hiranur hasta que llegara a casa.

—Si no me cuentas qué te ha llevado a pasar la mitad de la noche encerrado en el coche de Ömer, voy a comenzar a tener celos del maldito jardinero que se ve que sabe más cosas de tu vida que yo.

—Ese hombre no sabe nada de mi vida, Adem, solamente me ha encontrado en el coche a primera hora de la mañana. Nada más.

— ¿Y se puede saber qué hacías ahí? —No me iba a poder escapar por lo que decidí contarle una historia de los hechos que le fuera satisfactoria, dejando detrás el romanticismo y añadiendo alguna exageración necesaria para que el relato fuera viable.

—¿Entonces te emborraste en pleno concierto y no te atreviste a volver? —dijo repitiendo mis palabras.

—Exacto.

—Pero en cambio sí que te atreviste a conducir porque trajiste a Hiranur sana y salva.

Mierda. Quizás no había sido buena idea el introducir el alcohol en mi historia.

—Mira, amigo, si no quieres contarme la verdad, no lo hagas. No me molesta y puedo llegar a entenderlo, pero que me mientas tan descaradamente y en la cara, sí que me hace daño.

Cerré los ojos con fuerza. ¿Por qué no le podía contar la verdad sin sentirme avergonzado? Adem no era la clase de persona que te juzga continuamente, de hecho, nunca le he oído criticar a nadie, aun mereciéndoselo. Entonces, si ya había aceptado que estaba enamorado de Hiranur hasta los huesos, ¿por qué me costaba tanto expresarlo con palabras?

Me había costado aceptar que únicamente respiraba por ella, pero decírselo a un tercero, aunque fuera mi mejor amigo, era difícil. No estaba preparado para que me dijeran un «ya te lo dije» o «ella no es para ti», porque todo eso y más, ya lo sabía, pero no quería escucharlo de nuevo, ya tenía suficiente con esa voz interna llamada conciencia que me rompe la cabeza todos los días.

Adem se levantó para marcharse, pero no le dejé hacerlo. Tenía razón en que no había motivo para mentirle. Si quería estar callado y preservar mi tortura, podía hacerlo. Solo tenía que decírselo y él lo aceptaría, como hacía siempre. No por querer ahogarme en mi miseria perdería su amistad, pero sí lo haría si seguía tratándole como si fuera un imbécil que no se enterara de nada.

—Perdóname…

Adem, demostrando de nuevo su capacidad para el perdón, se acercó hacia mí y me dio un abrazo. Sentí unos golpecitos en mi espalda a modo de respuesta.

—Soy un imbécil.

—Sí, lo eres —dijo Adem soltando una risotada. Sus enfados duraban segundos y su perdón era inmediato—. Espero que ahora puedas sincerarte conmigo y reconocerme que estás perdidamente enamorado de la hija del jefe.

—Estoy perdidamente enamorado de la hija del jefe.

—Ya lo sabía… solo quería oírlo de ti. Ahora, después de aceptar esta bomba, has de pensar en cómo gestionar esta situación lo mejor posible.

Sincerarme con Adem y explicarle mi relación con Hiranur desde un principio hasta el intenso final en el coche fue como cuando petas un globo con una fina aguja. Me sentí liberado, por fin, de ese escondite oscuro que mis miedos e incertidumbre me había llevado.

—La opción de dimitir siempre la tienes ahí, Yusuf —me dijo varias veces. Adem no quería que dejara a la familia Yildirim. En su consejo había un punto egoísta porque quedarse como único hombre del servicio en una familia tan caótica como los Yildirim iba a ser demasiado duro.

—Y, entonces, ¿qué quieres que haga? —dije con un tono desesperado—. O me alejo de ella o me la llevo a mi cama. Una de dos. Mantener una relación a escondidas no es lo mío.

—Pero ¿tú le has preguntado qué es lo que ella quiere? Quizá tampoco le van las relaciones a escondidas. De hecho, por lo que me has contado, el único que se aleja después de sobrepasar la línea del decoro eres tú, Yusuf.

—No puedo tener algo serio con ella. Entiéndelo, es la hija de Ömer Yildirim, ¡joder!

—Sí, y tú el hijo de Kiral Kaya.

Suspiré, desesperado. No quería comenzar a numerar las diferencias que había entre su familia y la mía. Los dos lo sabíamos, pero Adem quería que luchara por ella. La pregunta estrella es: ¿Lo quiero hacer yo? ¿Mi amor es tan fuerte como para enfrentarme a su familia, si hiciera falta? Y ella, ¿lo haría por mí? Demasiadas preguntas sin respuesta…

29

HIRANUR

Enamorarme perdidamente era lo último que pensé que podría pasarme en mi nueva ciudad de acogida. Incluso, si me lo hubieran advertido, como una mera posibilidad entre un millón, como una graciosa jugada del destino, la hubiera descartado por completo. No quiero decir que hubiera abandonado ni dejara de hacerlo, todo lo contrario, estaba ansiosa por encontrar a alguien que fuera capaz de hacerme volar por las nubes. Muchas de mis amigas me habían explicado que enamorarse de alguien es maravilloso, que estás feliz las veinticuatro horas del día, que sonríes como una tonta sin parar y que sientes, más de una vez a lo largo del día, mariposas en el estómago… bueno, pues o me habían mentido descaradamente o mi enamoramiento era absolutamente diferente.

Descartando lo de las mariposas, que sí, gracias a Dios, lo había podido sentir, el resto era una mierda… no podía descansar por falta de sueño, había perdido el apetito, sufría mareos por el vértigo que él me causaba si lo tenía a menos de dos metros de mí, sentía miedo por mi falta de experiencia sexual y ahora, debía de añadir lo peor, la frustración por no sentirme correspondida.

Si no hubiera sido por Susie y Siomara, que prácticamente me obligaron a quedarme, me hubiera ido a casa hacía rato. No podía concentrarme en las clases, mi mente tenía un solo propósito, torturarme con los recuerdos de la noche anterior. Todavía podía sentir el calor de sus manos cuando rozaban mis muslos y su manera de besarme en los labios, en los hombros, en el cuello…

—Hiranur, ¿en qué estás pensando? —Siomara me dio un golpecito en el brazo para sacarme del estado de colapso en el que estaba sumergida. No pude evitar que el bolígrafo se soltara de mis manos y se cayera al suelo junto con el resto del estuche llamando así la atención de toda la clase y, por supuesto, también la del profesor que frunció el ceño a modo de disgusto.

Sentí que el rubor de mis mejillas iba aumentando por segundos incluso noté cierta humedad en mis braguitas. Oh, no, ¡me había excitado en plena clase de historia!

—Nada en especial —dije intentando sin éxito, centrarme en la clase. Por culpa de mi guardaespaldas había dejado de lado mis estudios, sobre todo la última semana y eso sí que no me lo podía permitir si quería volver a mi vida.

—Te diré algo, querida amiga —añadió Sio con una sonrisa socarrona—. Necesitas un polvo urgente.

Esta vez no se me cayó el estuche porque fui yo la que casi me caigo de la silla. Las patas oxidadas rechinaron en el suelo sin evitar llamar la atención del profesor Smith, que no dudó en dejar su explicación sobre el origen de Turquía y centrar su atención en mí.

—¿Tiene algún problema, señorita Yildirim? La noto dispersa… si no le interesa el origen de su país siempre puede salir de clase.

El señor Smith no era santo de mi devoción. Sus clases eran sobre la historia en general de Turquía sin fijarse en los detalles más interesantes. No se extendía en la cultura turca o en sus múltiples costumbres tan diferentes a las europeas. Un día le pregunté el porqué, cuando un miembro de la familia se iba de viaje, lanzaban una jarra de agua detrás del coche, y no supo

responderme. Me lo explicó nuestra cocinera, Bellinay, cuando llegué a casa y pasé por la cocina para robar un par de mis galletas preferidas. Realmente ella me aportaba más sobre la historia de Turquía que el señor Smith. De hecho, me sorprendió que un americano y no un nativo del país al que se había atrevido a tildar como mío fuera el responsable de esta materia.

—El origen de mi país lo aprendí en primaria, señor Smith, más bien me gustaría aprender el origen de este.

Un murmullo apareció de la nada y se pudo sentir en toda la clase. No era propio de mí faltarle el respeto a ningún profesor a pesar de ser una chica impulsiva. Lo mejor hubiera sido decirle que no me encontraba bien o cualquier otra excusa válida pero la realidad era que casi lo mando a la mierda.

—Si no le interesan mis clases, puede marcharse, señorita Yildirim.

Más que un consejo fue una orden, por lo que recogí todas mis cosas y salí de la clase con la única intención de volver a casa, meterme en la cama y desaparecer, pero no me dio tiempo ni a salir del instituto porque no había llegado a las rejas de la puerta principal cuando noté la vibración del móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros. No dejaba de vibrar, una y otra vez, como si de repente hubiera encontrado la cobertura después de años perdida. Recibía decenas de mensajes de mis amigos y de los que no lo eran tanto, sino simples compañeros de clase. Me alababan por mi acto de valentía frente al señor Smith. Había un «olé tus huevos» de Marco, a un «qué cojones, princesa» de Alexander y un «los tienes bien puestos, amiga» de Enzo. Sonreí al ver la importancia que les daban los chicos a sus partes bajas. Por supuesto que las chicas no se quedaron cortas en piropos. Sio, como buena española me envió un «olé, olé y olé» y Susie, que era la reina de los emoticonos, me transmitió con todos sus preferidos, su estado de alucine.

No habían pasado ni cinco minutos cuando un motorista, totalmente vestido de negro, aparcó su moto delante de mí. No se bajó, únicamente me miraba y me ofrecía el segundo casco que tenía colgado de su codo.

—¿Nos vamos, princesa? —El motorista, al comprobar que no le había reconocido, se sacó el casco y dejó a la vista su rostro.

—¡Acar! —Mi primo soltó una leve risotada. Estaba comenzando a comprobar que le iban demasiado las sorpresas—. ¿Qué rayos haces aquí? —le pregunté sin haber cogido todavía el casco que llevaba minutos ofreciéndome.

—He venido a buscarte. Te voy a llevar a uno de los sitios más espectaculares que hayas visto jamás.

La parte responsable de mi persona que aún conservaba intacta frenó mis pasos. Yusuf me había advertido más de una vez de que Acar era el rey de los problemas, pero tenía que tomar una decisión en un minuto; o me iba con él o me quedaba llorando como un perro abandonado. Obviamente, la primera opción era más apetecible por lo que terminé de ponerme el casco, subirme a la moto y agarrar su cintura con fuerza antes de que la pusiera de nuevo en marcha.

Acar sintió ese abrazo por la espalda y por sus pequeñas contracciones estomacales sentí que se estaba riendo.

—¿Nunca has ido en moto, primita?

—No, jamás me he subido a un vehículo de dos ruedas que no sea una bici y no me hace mucha gracia. Ve despacio, por favor —le rogué, abrazándole todavía más fuerte. La voz de mi conciencia gritaba desesperada que había tomado una mala decisión, pero ahora ya era demasiado tarde. La moto de Acar, la más grande que había visto jamás, se puso en marcha y en menos de dos minutos me encontré volando en la carretera.

No me atreví a mirar el reloj, significaría dejar de abrazarle y correr el riesgo de salir volando

por los aires por lo que me acerqué a su oído y le pregunté cuánto tiempo faltaba para llegar a nuestro destino.

—¡En media hora llegamos, primita! —Unos minutos más tarde, Acar dejó la autopista y se metió en una carretera que rodeaba la costa. Los paisajes del mar negro eran espectaculares. Decidí relajarme y comenzar a disfrutar de la experiencia. Al fin y al cabo, me iría bien distraerme y no pensar todo el día en Yusuf.

Acar aparcó la moto delante de una playa preciosa con un mar espectacular. Había surfistas lidiando con las últimas olas de la tarde y la propia playa estaba abarrotada de personas estiradas en el suelo tomando una cerveza.

—Bienvenida a Suma Beach —dijo Acar mientras me ayudaba a bajar de la moto. Me apoyó la mano en la espalda para empujarme hacia la entrada. Me había quedado embobada mirando el increíble ambiente.

—¿Por qué la gente va vestida así? —le pregunté señalando a un grupo de jóvenes vestidos de colores extravagantes, gafas de amplios marcos, sombreros de vibrantes estampados a juego con las camisetas y los pantalones. El juego de colores no tenía fin.

—Esta noche hay una fiesta psicodélica —dijo Acar levantando las cejas y sonriéndome igual que un demonio a punto de cometer un acto malévolo—. Es una fiesta privada que ha organizado uno de mis amigos de la universidad y tú y yo estamos invitados.

—¿Tú y yo? —No me lo podía creer. ¿Me estaba diciendo que íbamos a participar en una fiesta en la que el alcohol y las drogas eran los principales protagonistas? Nunca había asistido a una fiesta de este tipo, pero sí que había oído hablar de ellas y no era oro todo lo que reluce. Vi claramente que me había metido en un follón.

—No me suelen gustar este tipo de fiestas temáticas… de hecho, no llevo ni siquiera la ropa adecuada. —Acar me revisó de arriba abajo sin perder esa sonrisa de Lucifer.

—Pienso en todo, mi niña. —¿Por qué no era capaz de llamarme nunca por mi nombre? Sacó de la bolsa un pantalón vaquero con mil rayas de colores y un top apretadísimo en donde el maxi estampado no tenía fin.

—Oh, gracias —dije algo aturdida. A Acar no se le escapaba ninguna. Lo mejor era que me resignara, me acomodara al ambiente friki y disfrutara de la fiesta—. Debería llamar a mi padre, por si llegamos tarde.

—No hace falta, ya lo he hecho yo. Están avisados, incluso tu superguardaespaldas.

—¿En serio? —pregunté alucinada—. Y… ¿no le ha parecido mal? —Dudé sobre su sinceridad, pero lo cierto era que no había recibido ningún mensaje ni de mi padre ni de Yusuf por lo que pensé que quizás era cierto—. Perfecto, entonces.

Agarré la ropa que me había traído y le volví a dar un vistazo. El top era extremadamente estrecho y tenía un escote de vértigo. Antes de ponérmelo ya supe que la carne de mis pechos saldría por todos lados, pero en vista a los *outfits* de los demás, pensé que nadie se fijaría en mí. Los vaqueros tampoco eran muy amplios de cadera, pero tenían las piernas de elefante por lo que estaba segura de que me cabrían.

—¿Dónde puedo cambiarme? —pregunté aceptando la situación.

Acar me señaló con el dedo índice unos sencillos módulos de forma rectangular. Eran unos baños públicos que habían adecuado para su uso en la playa.

—Te espero delante de ese bar. ¿Quieres que te pida algo para tomar?

Recordé la experiencia del alcohol en el concierto y esta vez también tenía el estómago vacío y no estaba Yusuf para sacarme del apuro si me encontraba mareada por lo que decidí pedirle una cerveza y dilatarla lo máximo en el tiempo.

Al cabo de diez minutos aparecí vestida con la ropa que Acar me había traído. Me sentía extraña a pesar de que llamaba más la atención cuando había llegado que ahora. Sentí la mirada de Acar en mi escote y me ruboricé. Era mi primo, por Dios, pero no dejaba de ser un hombre y ni él podía controlar el efecto que mi abultado torso provocaba en cualquier hombre, sea familia de sangre o no.

—Creo que debería haberte comprado un top un poco más holgado… tendré que estar toda la noche vigilándote si no quiero que te rapten alguno de estos frikis ya que tu guardaespaldas no me lo perdonaría.

Seguía extrañada por la ausencia de Yusuf. Todo era muy extraño. Desde el primer día se había mostrado extremadamente posesivo y protector y ahora, había decidido dejarme en una jaula repleta de leones hambrientos sin importarle que me comieran a pedazos. Volví a dudar de que lo que me había dicho Acar fuera cierto. ¿Sabía Yusuf que estaba a doscientos kilómetros de Estambul en una playa rodeada de personas medio drogadas?

Cogí el teléfono, pero no me dio tiempo a mirar la pantalla. Mi primo me lo arrebató sin permiso y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Oh, venga primita, relájate —dijo mientras brindaba su vaso repleto de alguna bebida de color verde fluorescente con la mía.

Di un trago. Por lo menos sabía a cerveza. Sentí un escalofrío cuando noté el líquido recorrer mi garganta hasta llegar al estómago. Me sentía bien. Había dejado decidido dejar mis penas de lado por una noche y disfrutar del ambiente.

Las luces claras se apagaron y comenzaron a salir destellos de colores, vivos y estridentes. Estos chispazos de color hacían del ambiente un lugar ideal.

Cerré los ojos varios minutos, intentado disfrutar de la música y desaparecer de mi mundo por unas horas. Al final escaparme con Acar no había sido una mala decisión. Cuando volví a abrirlos, mi primo había desaparecido de mi campo de visión. Quise ir a buscarlo, pero dos chicos me cogieron del brazo y me preguntaron si quería bailar con ellos. ¿Por qué no?, pensé. Al fin y al cabo, estaba en una fiesta.

Miré a mi alrededor intentando encontrar a Acar y avisarle que me iba a bailar con un chico desconocido. Uno de ellos me agarraba de la mano empujándome a la pista de baile y el otro se acercó a mi cuello y me susurraba unas palabras en el oído que no llegué a entender. Le miré directamente a los ojos fijándome que su pupila estaba totalmente dilatada. ¿Qué había tomado para que sus ojos perdieran el color de su retina?

Seguí bailando entre los dos chicos hasta que uno de ellos, el que me había susurrado, probablemente palabras lascivas en el oído, me agarró por la cintura y me aplastó en su pecho. Noté cómo una de sus manos, que seguían en mi cintura, comenzaron a subir hasta mi pecho y lo agarraron con fuerza. Me separé de él dándole un empujón con mis manos, pero su amigo me agarró por la espalda y aprovechó el momento para lamerme parte del oído y del cuello, como si fuera un animal que desea probarme antes de morderme.

Cerré los ojos asqueada e intenté separarme de él dándole golpes con mis codos. Los dos chicos no podían contener la risa y me iban empujando de un lado a otro, como si fuera una pelota. No me dejaban caer, pero cuando llegaba a las manos de uno, aprovechaba ese segundo para tocarme, una vez un pecho, otra vez, en los muslos, la siguiente vez en mis labios…

Comencé a gritar para pedir ayuda, pero nadie me hacía caso. Estaban todos completamente idos en un mundo paralelo.

—¡Soltadme! —dije desesperada, pero daba igual, ellos no estaban dispuestos a hacerlo. Mis fuerzas comenzaban a flaquear y en cada vaivén me dejaba acariciar sin luchar. Pensé que su

juego terminaría y se cansarían, pero no fue así. En una de las sacudidas me caí en la arena y uno de los chicos no dudó en ponerse encima de mí. Me agarró el escote de la camiseta y quiso abrirlo con fuerza hasta sentir cómo el hilo de la costura de rompía. Sentí encima de mis piernas su erección y sus manos me agarraban con fuerza mis pechos que ya estaba al descubierto.

El otro chico no dejaba de reír. Escuchaba sus lascivas palabras mientras que su amigo se deleitaba encima de mí.

«Después me toca a mí», escuché horrorizada. Intenté gritar, pero una de las manos del enfermo que tenía encima de mí tapó mi boca mientras la otra luchaba con los botones de mi pantalón. No había escapatoria y Acar había desaparecido.

Me sentía aterrada y mis lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Su mano cerraba mis fosas nasales y no podía respirar. Comencé a sentir un leve mareo y cerré los ojos. No sé cuántos minutos pasaron, pero de repente, dejé de sentir esa presión en mi boca y en mi nariz y el peso en mi cuerpo también desapareció.

Abrí los ojos despacio y comprobé que ya no tenía al chico encima de mí, sino que era él quien estaba en el suelo debajo de otro hombre que no dejaba de golpearle la cara.

Yusuf estaba allí, era él quien golpeaba a muerte al chico que había intentado sobrepasarse. Su amigo, en vista a lo que le podía pasar, desapareció de la escena.

Me levanté del suelo lo más rápido que mis piernas temblorosas me permitieron y me lancé a sus brazos. Debía de dejar de golpearle o lo mataría.

—¡Déjalo ya, Yusuf —le grité, pero él no me escuchó, ni siquiera se dio la vuelta para mirarme. Estaba desbocado, miraba con repulsión al chico que había intentado sobrepasarse conmigo. No podía frenarlo. Me acordé del puñetazo que le dio a Marco por solo acariciarme. Ahora que habían intentado violarme, Yusuf era capaz de matarlo.

Me apartó de un empujón hasta hacerme caer en la arena de culo y volvió a su objetivo, acabar con el culpable. Al chico le sangraba la nariz y comenzaba a tener el ojo derecho morado.

Noté que mis lágrimas volvían a aparecer y que mi desesperación se incrementaba con cada golpe que Yusuf le daba. Volví a gritarle que parara hasta que él entró en sí y dejó de hacerlo. El chico se encontraba semiinconsciente estirado boca arriba en la arena.

—Si vuelves a tocarla, te mataré —dijo Yusuf entre dientes. Y después de lo que había visto, estaba segura de que no era una simple amenaza.

Yusuf se acercó a mí y cuando estuvo a mi lado, me lanzó una mirada desgarradora. Negaba despacio con la cabeza sin apartar los ojos de mi rostro. Podía escuchar su respiración cuando inhalaba por las fosas nasales y expulsaba el aire por la boca. Desvió su mirada hacia mi escote, en donde se podía ver claramente el encaje de mi sujetador por haber sido desgarrada la tela de mi estrecha camiseta.

Levanté la mano e intenté cerrar la apertura con mis dedos, pero me fue imposible. Volví a sentir cómo una lágrima caía por mi mejilla y la vergüenza me inundaba. Me había comportado como una niña pequeña, pensando solamente en mí sin tener en cuenta las advertencias de la gente que se preocupaba por mí.

—Lo siento —dije sin dejar de mirarle a los ojos. Veía a través de ellos una ira incontenida, una rabia inmensa que no podía o no sabía expresar con palabras. Su mirada, cargada de rabia, de cólera, de irritación, era suficiente para entender cómo se sentía.

Se sacó la sudadera sin dejar de mirarme.

—Póntela —dijo con voz amarga. Intenté evitar su mirada mientras me ponía su chaqueta—. Nos vamos. —Yusuf comenzó a caminar en dirección a la salida. Le obedecí sin rechistar a pesar de que me hubiera gustado darle una explicación. Tampoco veía a Acar por ningún lado. ¿Había

sido consciente de lo que me había ocurrido? ¿Me habría defendido como lo había hecho Yusuf o simplemente era uno más de esos malnacidos drogadictos?

Suspiré hondo. No era el momento de pensar en mi primo. Hablaría con él de lo que había pasado cuando tuviera una oportunidad y después, me mantendría alejada.

El coche de mi padre estaba mal aparcado justo en la puerta de la playa cortando el paso a los viandantes que pasaban por la acera. Podía visualizar la escena. Yusuf debía de haber llegado a toda hostia y había dejado el coche en la puerta sin pensar. Para una chica romántica ese comportamiento era digno de un héroe, pero yo lo único que veía era un chico con un cabreo monumental.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —intenté iniciar una conversación y así poder explicarle mi error o mi imprudencia, más bien, pero Yusuf ni siquiera mi miraba. Mantenía sus ojos centrados en la carretera mientras aguantaba el volante con fuerza. Sus nudillos estaban destrozados por los golpes arremetidos. Quise acariciarle e incluso me atreví a hacer el intento, pero Yusuf me fulminó con la mirada. Suspiré y pensé que lo mejor sería dejar la conversación para otro momento, pero él no pensaba lo mismo porque, de repente, el coche frenó tan fuerte que, si no hubiera sido gracias al cinturón de seguridad, hubiera salido volando por el cristal.

Me quedé callada, aguantando la respiración.

—¿¡Te das cuenta de lo que podría haber pasado si no llego a tiempo?!

Asentí.

—¡Esos degenerados podrían haberte violado! —dijo horrorizado—. Y yo jamás me lo hubiera perdonado... —dijo esta última frase como un susurro, como si hubiera sido una reflexión interna, solo para él.

—Ya te he dicho que lo siento, Yusuf. ¿Qué más quieres que haga?

—Muchas cosas… para empezar quiero que dejes de ver a Acar, quiero que dejes de meterte en líos, quiero que me hagas caso, quiero que dejes de actuar como una niña mimada y consentida que solo piensa en sí misma, quiero que dejes de mirarme así…

Estiré el brazo para poder llegar a su rostro con la mano y poder acariciarle la mejilla. Él no se apartó por lo que aproveché ese momento de debilidad para seguir acariciando su rostro, su barbilla y sus labios. Eran carnosos, suaves y húmedos.

—Muchas gracias por salvarme de nuevo.

Yusuf suspiró y clavó su mirada en mi escote que seguía reclamando a gritos que lo tocaran.

—¿Por qué te has vestido de esta forma? Me gusta más tu estilo…

—Acar me dijo que era una fiesta psicodélica y él mismo me trajo la ropa. ¿No te fijaste en que todos los invitados iban vestidos con colores llamativos?

—No, no me fijé… estaba demasiado ocupado partiéndole la cabeza a un malnacido que intentaba sobrepasarse contigo. —Frunció el ceño cuando recordó la escena—. ¿Te ha hecho daño? —su tono de voz era ya mucho más suave. Sentí que sus nervios por fin se habían calmado.

—No, no me han hecho daño. —Recordé las manos de esos degenerados en mi pecho y en mi cintura y sentí un escalofrío desagradable que me corrió todo el cuerpo. Yusuf se acercó a mí y me abrazó.

—Casi me vuelvo loco cuando te he visto debajo de ese tío —susurró en mi oído.

—No me han hecho nada, de verdad, Yusuf, créeme… —Sentí cómo su mano me acariciaba la espalda y me atraía hacia su cuerpo.

Desabroché mi cinturón de seguridad y me senté en su regazo. Todavía seguía asustado por lo que podría haber pasado, lo veía en su expresión, en la forma en que me miraba. Apartó un

mechón de pelo de mi rostro y me besó. No fue un beso apasionado, pero no tardó en llegar a serlo… su lengua entró en mi boca y la locura que provoca un deseo insaciable volvió a comenzar entre los dos.

Sus manos comenzaron a acariciar mi cuello, mis hombros, mi escote. En segundos habíamos pasado de un beso de reconciliación a una lujuria desbocada. Me quité la sudadera y Yusuf, sin pensarlo dos veces, terminó de romperme el ridículo top de un solo tirón. De forma instintiva, subí las manos para cubrirme. Sentí cómo el rubor me corría por toda la cara sin poder evitarlo.

Yusuf me sujetó por las muñecas y dejó libre mis pechos. Comenzó a besarme el hueco de la clavícula hasta llegar a mi escote. Levanté su barbilla con las manos y acerqué mi boca a la suya. Busqué su lengua con la suya y ese gesto lo desató. Agarró mi cadera con las manos y la empujó hacia detrás hasta que mi espalda chocó con el volante.

Me miró con excitación y sus manos comenzaron a bajar la tira del sujetador hasta dejar mis pechos al descubierto. Comenzó a acariciarlos como si fueran dos piezas de porcelana. Con cada caricia mi cuerpo se estremecía y quería más. Mi corazón se aceleró cuando sentí sus labios encima de mis pezones, que se endurecieron al instante y eso terminó por enloquecerlo todavía más. Comenzó a morderlos sin hacerme daño, a besarlos sin parar. Sentía su erección bajo mis piernas, lo que le provocaba estar debajo de mí. Debía decirle que nunca había estado con nadie, que jamás había llegado tan lejos, pero que con él quería hacerlo, quería llegar hasta el final. Tenía miedo si le decía que era virgen, volviera a frenar como lo hacía siempre y eso me mataría.

Mi falta de experiencia me hacía dudar. Quería quitarle la camiseta, pero lo único a lo que me atrevía era a introducir las manos por debajo y acariciar su piel, su pecho y su fuerte estómago. Había soñado con eso prácticamente desde el primer día que le vi.

—Yusuf… —tenía que saberlo a pesar de que no quería que nada interrumpiera ese momento — yo… nunca…

Yusuf dejó de besarme, pero lo hizo lentamente, como si necesitara ese momento de reflexión para poder tomar una buena decisión. Si seguíamos, nada nos podría frenar por lo que me adelanté antes de que él se viera con la obligación de comportarse como un insufrible caballero.

—Quiero que mi primera vez sea contigo.

Le sujeté la cara con mis manos y le mordí el labio inferior. Me incorporé por encima de sus piernas y comencé a moverme rozando mi entrepierna con la suya.

Yusuf me miraba excitado. No había dicho nada después de mi gran revelación. Lo intentó un par de veces, pero cada vez que abría la boca yo se la cerraba con un beso.

Colé mis dedos en su pantalón y le desabroché los botones. Sentí en mis propias manos lo que le hacía sentir. Estaba tan excitado que sería imposible detenerse en ese momento. Al notar mis manos juguetear con su erección hizo que su cabeza dejara de pensar en lo que era mejor para mí y comenzó a desabrocharme el pantalón hasta que pudo introducir los dedos dentro de mí. Estaba tan húmeda que lo único que sentí fue una leve presión en el centro de mí. Quería que continuara, que explorara lo que él me hacía sentir, hasta qué punto podía excitarme.

Comencé a suspirar y a gemir cada vez más fuerte y deseé que me llevara directa al placer más intenso. Movía sus dedos con rapidez y sentí cómo un espasmo tras otro me llevaron a sentir el placer más vivo que había experimentado jamás.

30

YUSUF

Estaba perdido y no había vuelta atrás. Me acababa de confesar que era virgen y debía de estar perdiendo la cordura porque en vez de frenarme, todavía me excitó más. Era mía, era solo para mí y tenía vía libre para tocarla, abrazarla y besarla todo lo que quisiera y en donde quisiera, pero a pesar de que, si fuera por mí, la hubiera hecho mía en ese mismo momento, creí que lo mejor era dar el paso por primera vez en un lugar más idóneo que el coche de su padre. ¿Quién olvida la primera vez?

Sentí la humedad del centro de su cuerpo en mis dedos, la presión de sus piernas en mi mano cuando llegaba al colapso y no podía respirar, pensar o hablar. Sentí su orgasmo en mis dedos mientras la satisfacción me invadía.

—Quiero volverte a besar —le dije mientras acariciaba de nuevo sus mejillas sonrosadas.

—Y yo quiero que me beses de nuevo —me contestó todavía con la respiración entrecortada. Se acercó a mi rostro y con un leve susurro me dijo que me quería. La piel se me erizó y me quedé colapsado. Nunca había sido un hombre de grandes relaciones, más bien, con un polvo de vez en cuando ya estaba satisfecho. Me cansaba de las relaciones largas, terminaba dejando a mi pareja por aburrimiento o, simplemente, por falta de amor. Jamás, ni cuando había sido un adolescente con las hormonas revolucionadas, había sentido algo tan fuerte por alguien. Mi corazón latía aceleradamente y también me gritaba que fuera valiente y que me sincerara con ella.

—Esos son palabras mayores, señorita Yildirim.

—Pero es que te quiero, Yusuf. Esa es la verdad. No pienses que no he luchado por nadar en contra de estos sentimientos, no creas que no he sido la primera en pensar que no me podía enamorar de alguien tan tozudo como tú, pero nadie manda en el corazón, ni siquiera en el suyo propio.

—Hiranur…

—Déjame terminar… es importante que lo escuches, aunque sea una vez. Te quiero, Yusuf Kaya. Te quiero hasta tal punto que, si me pides que me quede en este país, lo haré sin pensármelo, si me pides que arregle las cosas con mi padre, también lo haré, si me pides que lo perdone, me costará y te pediré tiempo, pero te garantizo que haré el esfuerzo. Siempre he creído que el amor es la base de la vida, es la alfombra que tendría que cubrir nuestros pasos, es el poder que nos da la vida para acertar en el camino y elegir el correcto. Nunca había sentido esto por nadie y si no es amor lo que siento, que me expliquen qué demonios es porque cuando estás cerca no puedo respirar y cuando estás lejos, todavía menos.

Le cogí el rostro y le sequé una lágrima que había comenzado a bajar por la mejilla, todavía ruborizada. Yo también la quería y hacía semanas que lo había aceptado, pero había querido renunciar a ella sin antes intentarlo, pero el cuerpo no va a la par con los pensamientos y menos con los sentimientos. Mi cerebro tenía claro, desde el primer día, que ella no era para mí, pero mi corazón decía todo lo contrario dejando que mi cuerpo reaccionara con una caricia, con una mirada, con un beso. Sabía que perdería la batalla, sabía que tarde o temprano mi mente caería

frente al poder inmenso del corazón. Este músculo insensato que tiene vida propia latía solamente por ella.

—Yo también te quiero, Hiranur —era la primera vez que me declaraba a una mujer, no por no querer hacerlo, sino porque nunca había amado a una, la quería tanto que sin ella mi vida no tendría sentido. Sin ella, nada sería lo mismo—. Has puesto mi vida patas arriba o el mundo al revés, me da igual. Eres la razón por la que me levanto todos los días, eres la única mujer que me ha desarmado por completo dejándome desnudo sin ningún tipo de defensa, tienes el poder de excitarme con solo rozarme y enfadarme con solo mirarme. ¿Te has dado cuenta del poder que tienes sobre mí? —le dije mientras me acercaba para volverla a besar. Un simple roce con sus labios era todo lo que mi cuerpo necesitaba para avivar mis emociones, para querer volver a empezar, una y mil veces más.

—Sí, me he dado cuenta esta noche… —dijo recostando su cabeza en mi hombro mientras me acariciaba la barbilla con sus dedos.

—Quiero que seas mía, solamente mía… pero no quiero que sea en el coche por mucho que lo deseemos.

—Entonces, ¿tendremos una cita? —dijo Hiranur con una sonrisa picarona. Era preciosa, perfecta.

—Te iré a buscar mañana al instituto.

—¡Pero eso lo haces todas las tardes! —Hiranur me miraba con el ceño fruncido, pero sin perder la sonrisa.

—Sí… pero hay una diferencia, señorita, que esta vez subirás al coche y dejarás que te lleve al lugar más bonito de Estambul.

Permanecimos abrazados en el sillón del coche hasta bien entrada la madrugada y el sol comenzaba a hacer acto de presencia dejando que el color azul del cielo volviera a aparecer. Si alguien me preguntara cuál había sido uno de los mejores momentos de mi vida, sin duda, hubiera dicho este. Siempre he creído que la felicidad constante no existe, que uno siente momentos de felicidad, ratos que la vida te regala o que tú aprendes a crear con las personas que te quieren, momentos en que ya no necesitas nada más, que en este instante eres plenamente feliz. Así me sentía junto a ella.

—Deberíamos marcharnos —dijo Hiranur, todavía recostada en mi pecho. Llevaba más de media hora sin moverse y yo no quería que lo hiciera a pesar de que sabía que no era una posición cómoda. Tenía la espalda demasiado curvada para evitar clavarse el volante del coche y el freno de mano le impedía mover las piernas. Aun así, no se movió.

—Sí, has de llegar a casa antes de que se despierte tu padre. No creo que quieras darle explicaciones…

Hiranur frunció el ceño. Parecía como si mis palabras le hubieran llevado a un instante de la noche pasada que no conocía.

—Acar me dijo que os había llamado a los dos, que tanto como él estabais al tanto de dónde estaba y con quién.

Negué con la cabeza esperando que por fin Hiranur se diera cuenta de la clase de tipo que era su primo.

—Y entonces, ¿cómo supiste dónde estaba? Antes no me contestaste…

—Antes estaba demasiado enfadado.

Hiranur me miró como lo hubiera hecho un niño que se ha portado mal y que es consciente de ello, que lamenta haberlo hecho y que desea el perdón de la persona que quiere.

—Está bien, deja de mirarme así. Conseguirás que termine pidiéndote yo perdón… —Le

separé de sus ojos un mechón de pelo que le cubría parte de ellos y le di un beso en la cabeza. Su pelo todavía olía a champú por lo que inspiré para saborear un poco más ese momento—. Me enteré que estabas aquí porque sé dónde estás en todo momento.

Hiranur se incorporó de un salto. Obviamente no se esperaba esa confesión.

—¿Me estás diciendo que has incorporado a tu móvil una especie de control parental?

—No exactamente, pero sí una aplicación en donde me permite ver tu ubicación las veinticuatro horas del día. —Hiranur puso los ojos en blanco mientras me miraba fijamente a los ojos. No parecía estar molesta, pero sí sorprendida.

—No sé si enfadarme o darte las gracias… al fin y al cabo si no hubiera sido por esa aplicación, esos dos salvajes me hubieran destrozado la vida.

—Exacto, Hiranur. Me alegro de que hayas recapacitado porque por un momento pensé que me ibas a dar un puñetazo en la nariz.

—Lo he pensado, Yusuf, pero esta noche no puedo hacerlo. —Hiranur se acercó a mis labios y me besó. No sin antes vocalizar unas palabras de molestia entre dientes, se incorporó de nuevo en su asiento y me pidió que nos marcháramos. Si hubiera sido un loco de esos capaz de mandar al mundo a la mierda, un hombre libre y egoísta de los que sienten que su vida es solo suya sin importarle lo que piensan los demás, le hubiera propuesto a la chica que tenía a mi lado que se marchara conmigo para comenzar nuestra historia en el lugar del mundo que ella quisiera. Pero, lamentablemente, ni yo era ese tipo de locos ni ella era cualquier chica, sino la hija primogénita de un magnate turco conocido en medio mundo.

Una vez más, dejé mis pensamientos románticos a un lado y me apresuré a poner el coche en marcha y pisar el acelerador. Teníamos por delante más de hora y media de trayecto y por mi bien, tenía que llegar antes de cruzarme con el señor Yildirim.

Afortunadamente, lo conseguimos. Hiranur se quedó dormida justo al salir y aproveché para centrarme únicamente en el asfalto y acelerar más de lo debidamente permitido. Una multa de tráfico era nada en comparación con lo que podía pasarme si nos encontrábamos con su padre. Aparqué el coche en la entrada y la desperté con una caricia. Su piel era igual que el terciopelo, suave y tan agradable que podría pasarme horas simplemente rozándola.

Cuando entramos a la mansión por la puerta de uso exclusivo para el servicio y que llevaba directamente a la cocina, nos dimos cuenta de que había un ruido excesivo en el recibidor de la casa. Me pareció extraño ya que no eran ni las seis de la mañana. Le pedí a Hiranur que se fuera directamente a su cuarto, que no se preocupara por nada y que mañana la recogería a la salida del instituto.

Dudé entre marcharme a casa o pedirle a Adem que me dejara algo de ropa limpia, incluso, podría abusar un poco de la confianza que la amistad nos permitía, para darme una ducha en uno de los baños del servicio. Aún sentía en todos los poros de mi piel la consecuencia de estar excitadísimo y no poderme desahogar. No me sentía frustrado para nada. Todo lo contrario. El ver a Hiranur disfrutar como lo había hecho, llegar al colapso de sensaciones hasta poder tocar las estrellas, me había causado un placer inmenso, pero, como cualquier hombre, esa parte física que necesitaba un desahogo también físico no lo había conseguido, por lo que muy relajado no me había quedado.

Adem apareció de repente en la cocina, parecía desencajado.

—Yusuf, menos mal que has llegado —dijo Adem, aliviado.

Esa voz interna que siempre dice la verdad, me dijo que algo no iba bien.

—¿Ha pasado algo, Adem? Justo ahora he llegado con Hiranur… ya te contaré después de que me dé una ducha y me cambie de ropa. De hecho, te iba a pedir si fueras tan amble de

prestarme alguna prenda que no huela a mono.

—Yusuf, mejor que vengas conmigo. —Adem parecía preocupado de verdad. Creo que no escuchó ninguna de mis palabras porque ni siquiera usó una de esas respuestas que tenía burlonas para defenderse sobre lo que le había soltado respecto al olor de su ropa.

—Está bien —dije sin más y comencé a seguirle por el eterno pasillo hasta llegar a la recepción de la mansión. Allí había cuatro agentes de policía hablando con el señor Yildirim. Su semblante transmitía una mezcla entre preocupación e indignación que me llamó la atención. SI algo tenía el señor Ömer Yildirim era una buena capacidad para gestionar sus sentimientos sin dejar ver un rastro de ellos a través de su rostro. Solamente dejaba ver parte de sus sensaciones cuando el asunto trataba de su hija. Pero no podía ser algo referente a ella, la acababa de traer a casa y sabía que ella estaba a salvo.

Hice un esfuerzo sobrehumano en recordar todos y cada uno de los detalles de la noche vivida, descartando, por supuesto, los mejores que esos eran inolvidables. Seguro que Acar tenía algo que ver en todo esto a pesar de que esa noche no lo había visto. Cuando llegué a la playa me obcequé tanto en salvar a Hiranur que ni siquiera pensé en que ese desgraciado era el verdadero culpable de que casi violaran a su prima. No pude evitar sentir un escalofrío. Qué hubiera pasado si no hubiera llegado a tiempo… esa pregunta me atormentaba.

Cuando se percataron de nuestra presencia, el señor Ömer se giró directamente hacia nosotros y me miró fijamente a los ojos. Siempre lo hacía, no era el típico hombre que está hablando contigo, pero que le incomoda mantener la mirada, esta vez lo hacía de una forma diferente. Como si quisiera descubrir algo en mí que había mantenido en secreto. Como si no hubiera sido sincero con él y que ahora había descubierto la verdad, una verdad que no le gustaba.

—Yusuf, El Consejo de Seguridad Nacional de Turquía ha venido a detenerte. —Como era habitual en él, no se iba por las ramas. Directo al grano—. Te he llamado varias veces, pero tienes el teléfono apagado y ha sido imposible contactar contigo.

Cogí el móvil que había abandonado desde hacía horas en el bolsillo del pantalón. Me había quedado sin batería. Usarlo durante horas para averiguar en dónde estaba Hiranur la había consumido entera y después, cuando logré localizarla, el móvil fue en lo último que pensé. Me dejó de importar absolutamente todo, lo importante es que la había encontrado y, sobre todo, que la había logrado salvar de unos indeseables que lo único que querían era aprovecharse de ella. La rabia me envolvía cada vez que resurgía en mi mente la imagen de Hiranur aplastada bajo el cuerpo de ese tío. Lo hubiera matado si ella no me hubiera frenado.

—¿Es usted el señor Yusuf Kaya? —me preguntó uno de los agentes con un tono más bien altivo. Parecía cansado, más bien harto de su trabajo.

—Así es, agente.

—Está usted detenido por agredir, sin ningún motivo aparente, a un joven en la playa de Suma Beach y rece porque no fallezca, si no, será la última vez que vea usted la luz del sol. —Me quedé petrificado. Me estaban acusando de agredir a ese desalmado.

—¿Es eso cierto, Yusuf? —me preguntó el señor Ömer mostrándome un voto de confianza.

—¡Por supuesto que sí! Y lo haría mil veces si hiciera falta, pero no es cierto que no tuviera un motivo de peso para ello, o aparente tal y como lo han descrito… estaba forzando a su hija. ¡La quería violar! Y no solo ese hijo de puta, sino también otro tío que albergaba las mismas intenciones cuando su amiguito terminara.

Ömer parecía consternado, sin decir palabra. Necesitaba esos segundos tan necesarios para trabajar una información impactante y responder con un mínimo de raciocinio.

Uno de los agentes se acercó a mí y me agarró las muñecas mientras me ponía unas esposas.

Comenzó a soltarme ese rollo tan conocido por todos como que tenía derecho a permanecer en silencio, que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra y que tenía derecho a la asistencia de un abogado.

No entendía nada. Lo único que había hecho era defender a Hiranur, no había cometido ningún delito y menos uno para ser juzgado.

—¡Suélteme! —dije, desesperado. Adem me miraba incrédulo, estaba perplejo y la señora Acri era un trozo de hielo. Miraba el costoso reloj de muñeca indicando a los agentes que terminaran con el asunto lo antes posible. El señor Yildirim, por el contrario, comenzó a reaccionar y le ordenó al agente que me había esposado que me quitara las esposas y que él mismo me llevaría a comisaría.

En ese momento, supe que él me creía. En ese momento, supe que todo iría bien.

—¡Le he dicho que le suelte! —reiteró el señor Ömer elevando considerablemente el tono de voz—. Hasta que no se demuestre lo contrario, el señor Kaya es inocente. Como le he dicho, yo mismo lo acompañaré a la comisaría para que declare.

—Confía demasiado en el personal de su servicio, señor Yildirim. Quiero que sepa que hay varios testigos de lo sucedido e incluso hay uno que ha ratificado las palabras del amigo del agredido y es su sobrino…

—¿Acar? —preguntó Ömer sorprendido—. ¿Fue Acar quien llevó a Hiranur a esa playa?

Asentí, pero me arrepentí al instante. No quería meterla en más problemas con su padre.

—Yo lo sabía, señor Ömer. Ella me lo dijo antes de marcharse con Acar. Pensé que, contradecirla, después de las duras semanas que hemos estado pasando, sería un error, por lo que le di mi consentimiento.

—No deberías haber tomado esa decisión sin habérmelo consultado antes, Yusuf. No puedes tomar ninguna decisión que afecte a mi hija sin mi permiso. —Me revolví el pelo antes de mirarlo. Como era de suponer, por el tono de su voz y el significado de sus palabras, Ömer estaba enfadadísimo. Pero si le hubiera dicho que ella se hubiera escapado, el enfado sería todavía peor. Si algunos ojos van a llorar, prefiero que sean los míos.

—Lo siento.

—Está bien, ahora no es el momento de hablar de ello. Hemos de aclarar este asunto antes de que seamos, de nuevo, la comidilla del país. —Con una señal a través de la mirada le exigió al agente que me quitara las esposas y, a pesar de dudarlo durante unos segundos y mirar a sus compañeros, el agente le obedeció y me dejó de nuevo las muñecas libres. Los agentes también sabían que por su bien y el de su institución, lo mejor era obedecer al señor Ömer.

Uno de los agentes, el que no había participado en ningún momento, me agarró del codo y sin dejar de mirar al señor Ömer, le dijo que iría sin esposas, pero que no iría con él, sino en uno de los coches de la Gendarmería Turca.

—Como usted quiera. Nos vemos en media hora en la comisaría.

Ömer se acercó a mí y apoyó su mano en mi hombro.

—Acudiré con mis abogados. Todo se aclarará, Yusuf.

—Su hija no ha tenido nada que ver en esto, ella solo…

—De mi hija ya me encargo yo.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome destrozado, peor que si me hubieran ya sentenciado a muerte. No podía perderla. Ahora no, ya no.

31

HIRANUR

Yusuf no respondió a ninguno de mis mensajes que le envié durante el día, tampoco contestó a mi llamada en cuanto salí del instituto. Todo era muy extraño. Ni siquiera me había venido a buscar, tal y como habíamos quedado la noche anterior. En ningún momento pensé que me había dejado tirada porque, aunque nos enfadáramos, él siempre estaba allí, vigilando por mí.

Después de despedirme de mis amigos y esperar durante más de media hora en la puerta, decidí volver a casa. Seguro que había alguna explicación para justificar su ausencia. Me obligué a recordar la escena de la noche anterior, en el momento en que nos despedíamos en la puerta de la cocina. Me dijo que no me preocupara por nada y que nos veríamos a la salida del instituto. Entonces, ¿por qué no había ido? No podía evitar preocuparme. ¿Y si le había ocurrido algo?

A medida que mi angustia crecía mis pasos se aceleraban. Iba calzada con unos zapatos de tacón que no me ayudaban en agilizar el paso y me había enfundado un vestido primaveral demasiado apretado en la cadera. No era el modelo perfecto para dar una carrera (pero sí para una primera cita).

—¿Y si me estoy preocupando por nada? —dije en voz alta. Quizás se había arrepentido. No sería la primera vez que me muestra parte de su corazón para después cerrarme la puerta en las narices. Pero esta vez había sido diferente, incluso me había dicho que me quería. Y pude ver claramente en sus ojos que era verdad. No, definitivamente no me había dejado plantada. Algo grave había sucedido.

Cuando por fin llegué a casa, fui directamente a la cocina. Tenía que encontrar a Adem, él me daría alguna explicación y sabía que gran parte del día lo pasaba junto a Bellinay ayudándole en sus tareas culinarias. Había escuchado que cocinar era una de sus pasiones y Bellinay agradecía tener un ayudante de cocina siempre que ella fuera el chef.

Y no me equivoqué. Allí estaba él amasando una gran bola de harina, agua, sal y levadura. En la mansión Yildirim comíamos pan casero todos los días. Era una del millón de manías que tenía la mujer de mi padre.

Adem me escuchó entrar en la cocina y por cómo me miró, supe que algo no iba bien.

—¿Por qué Yusuf no ha venido a buscarme? —Adem suspiró mientras dejaba resguardada la enorme bola de pan debajo de un trapo de cocina y se frotaba las manos bajo la pica—. Adem, por favor… —supliqué, acercándome hacia él.

—Ayer por la noche detuvieron a Yusuf. Parece ser que defenderte le está costando caro, Hiranur. —Sus palabras fueron mucho peor que una bofetada inesperada. Permanecí en silencio durante varios segundos. Me sentía totalmente bloqueada. No pude dejar de mirar a Adem mientras recordaba la escena de la noche anterior, cuando Yusuf me defendió frente a esos malnacidos.

Adem parecía molesto, angustiado y su tono de voz, rudo, acusativo, me dejó destrozada y lo peor es que tenía razón. Yo era la culpable de que Yusuf se viera ahora involucrado en un problema de tal envergadura.

—Él solo me defendió —susurré mientras intentaba contener, sin éxito, las lágrimas que

comenzaban a inundar mis ojos. No podía ser cierto, no podía estar detenido por haberme defendido—. Unos chicos quisieron hacerme daño en la playa, querían abusar de mí, pero gracias a él, que llegó a tiempo, pude librarme. ¡No ha hecho nada malo, Adem!

Recordé la rabia, el odio y el miedo que reflejaban los ojos de Yusuf cuando forcejeaba con uno de los chicos y lo desplomaba en el suelo a puñetazos. Ese salvaje estaba medio inconsciente cuando nos marchamos.

—No hace falta que me lo digas, eso ya lo sé. ¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo en esa playa? —Adem jamás me había hablado con un tono tan inculpador, siempre había sido amable conmigo, incluso se había mostrado cariñoso en la mayoría de las veces—. Si lo que querías era librarte de él, ya lo has conseguido.

No era capaz de pronunciar una sola palabra, ni siquiera para defenderme.

—Fui con Acar. Él fue quien me llevó. —Adem se mostró perplejo ante mis palabras—. Deja de mirarme así. Sé que no debería haberlo hecho. Me equivoqué y ahora he metido a Yusuf en un buen lío.

—Sí, lo has hecho. Y ¿sabes lo que más me duele?, que él te avisó. Te dijo que tuvieras cuidado con Acar y, a pesar de eso, de su advertencia, no le hiciste caso, como la mayoría de las veces. Y perdona si me estoy sobrepasando con el tono por ser la hija de Ömer Yildirim, pero es que Yusuf es el único amigo que tengo y es un buen tío. Lo único que ha hecho es defenderte y lo seguiría haciendo, con su vida si hiciera falta.

—Lo siento, Adem. Lo siento de verdad.

Por mucho que trasmitiera mi arrepentimiento, no era suficiente para los ojos de Adem que me miraban con un grado de desprecio más elevado de lo que era capaz de soportar.

—Hablaré con mi padre —dije sin pensar en ese momento en las desavenencias que todavía me mantenían alejada de él.

—Tranquila, tu padre ya se está encargando del asunto. —Sentí una desagradable presión en la boca del estómago al oír que Ömer ya estaba al tanto de todo. Debió de sentir la misma decepción que Adem me trasmitía y quizás en otro momento, diría que me daba igual pero ya no, me hacía daño saber que le había vuelto a decepcionar. Quizás es cierto ese dicho de que el tiempo lo cura todo porque mi corazón hacía semanas que caminaba en paralelo con mi mente. Comenzaban a cogerse de la mano y a caminar uno al lado del otro.

—Los abogados de tu padre se encargarán del asunto. Seguro que consiguen que salga, no te preocupes —dijo Adem, con un tono de voz grosero, pero mucho más calmado. Volvió a su tarea de amasar el pan, por lo que intuí que la conversación había terminado.

Cerré los ojos y suspiré profundamente, me sentía abatida y sinceramente responsable.

Salí de la cocina y me dirigí a la biblioteca. Allí estaba mi padre, rodeado de papeles y montañas de carpetas de todos los colores. Estaba hablando por teléfono, pero cuando me vio entrar, me hizo una señal con la mano invitándome a pasar. Dudé si quedarme o esperar fuera hasta que terminara su conversación, pero volvió a gesticular por lo que decidí permanecer en la biblioteca esperando a que terminara.

—Está bien, muchas gracias. Te dejo, que he de hablar con mi hija. —Todavía me daba un vuelco al corazón cuando escuchaba que se refería a mí como su hija. De hecho, siempre lo había hecho, pero ahora ya no me molestaba—. Buenas tardes, Hiranur. —Ömer se levantó de la silla que tenía enfrente de su escritorio para acercarse al sofá en donde yo me había instalado.

Nuestras conversaciones habían dejado de ser tan tensas como lo eran las primeras semanas. Le dejé de pedirle explicaciones del porqué de su abandono y él había dejado de darme respuestas. Y era mejor así porque incluso podíamos disfrutar de una conversación sin terminar

heridos. He de admitir que disfrutaba hablando con él. Era un hombre apasionado por su trabajo, intenso y emprendedor. En muchas ocasiones sus palabras desprendían tanta pasión que comenzaba a obtener esa respuesta tan necesaria para mí. No supo, o más bien, no pudo permitirse el lujo de decidir cuando era un joven con una vida de éxito por delante. Si no le perdonaba no podía vivir bajo su mismo techo porque me mataba por dentro. Era como una herida sangrienta que había perdido la capacidad de cicatrizar.

—Papá… —esa fue la primera vez que me dirigí a él de esa forma tan sencilla pero tan poderosa. Noté, por la expresión de sus ojos, por el rubor de sus mejillas e incluso por la mueca en la comisura de sus labios, que le había sorprendido. A pesar de que pudo parecer fingido dada la situación en la que me encontraba, he de decir que no lo fue, simplemente me salió del corazón. Estaba triste, cansada de luchar contra mis sentimientos, asustada y necesitaba que Ömer fuera ese padre que siempre había soñado y lo peor es que lo había tenido delante desde el primer día en que llegué.

Dejé que su mano rozara la mía. Era como si me rogara un permiso antes de que la cogiera con fuerza. Asentí, pero fui yo misma quien me lancé a sus brazos y lo abracé. Quería hacerlo desde el mismo día en que lo vi por primera vez, pero mi orgullo me lo impedía. Al cabo de unos segundos, sentí la presión de sus brazos en mi espalda y una de sus manos comenzó a acariciarme el cabello hasta llegar a la espalda. Al fin supe lo que es la tan esperada protección paterna. En sus brazos me sentía bien, acogida, querida.

Comencé a llorar sin freno, mis llantos, mis gemidos eran sobrecogedores. No solo lloraba por Yusuf, sino también por mamá, por él, por el tiempo que la vida nos había robado. Fue un desahogo intenso, completo, hasta sentir de nuevo cómo mi corazón latía de una forma más rítmica y mi respiración me permitía inhalar de nuevo sin tener esa sensación de ahogo.

—Cariño, todo irá bien. Yusuf…

—Lo siento, papá. Confié en Acar y él me llevó a una playa privada en donde se estaba celebrando una fiesta psicodélica.

—¿Y qué rayos es eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ya te lo explicaré en otro momento, pero sí quiero que sepas ahora que si no fuera por Yusuf estaría viviendo un infierno —dije todavía con mi rostro apoyado en su torso—. Le has de ayudar, por favor.

—Ya lo estoy haciendo. De hecho, cuando tú has entrado a la biblioteca estaba hablando con uno de mis abogados. Parece ser que Yusuf le dio una buena paliza a ese desgraciado, lo dejó casi inconsciente y a su amigo aterrado. De hecho, fue este cómplice quien decidió denunciarlo porque su compañero sigue ingresado en el hospital.

—Se lo merece, papá.

—Lo sé, Hiranur, si fuera por mí, le hubiera despellejado allí mismo, pero a los ojos de la ley, Yusuf se ha excedido en la defensa. No lo ha matado de milagro…

—Él solo me defendía.

—También me dijo que llegó justo a tiempo pero que no pudo evitar que te tocaran. Se mostraba realmente abatido por no cumplir con las órdenes que le impuse. —Ömer me levantó la barbilla con su mano para mirarme directamente a los ojos—. Cariño, ¿le dijiste a Yusuf dónde estabas? ¿Él sabía que te habías ido con Acar a esa playa privada tan lejos de la ciudad?

—Él no lo sabía, pero es que Acar me aseguró que había hablado con él e incluso contigo y que le habías dado el visto bueno.

—Te he dicho varias veces que no te fíes de Acar y, aun así, lo has hecho. Realmente me siento en deuda con Yusuf a pesar de que la versión de los hechos no coincide en todas las partes

con la que tú me ofreces. Él me dijo que tú le llamaste para comunicarle que te ibas a esa playa…

—No fue así… —De nuevo tuve ganas de llorar. Sentía un revoltijo en el estómago que me hacía sentir mal tanto física como moralmente. Yusuf estaba dispuesto hasta mentir a mi padre por defenderme a mí. No me mintió cuando me dijo que ahora su deber era protegerme incluso con su vida, si hiciera falta.

—No llores más. Todo saldrá bien. —Ömer me consolaba con palabras de ánimo mientras me acariciaba con sus dos manos. También me abrazaba con fuerza para hacerme saber que no quería separarse de mí. Permanecimos así, en silencio y agarrados hasta que mis dos hermanos aparecieron en la biblioteca mostrándose exaltados. Como cada noche, la cena debía de ser un verdadero suplicio. No podían disfrutar ni un solo día de la semana de un menú infantil como Dios manda. Siempre había un primer plato de verdura y un trozo de carne o de pescado cocinado a la plancha. Si no fuera por Bellinay, que les hacía unos bocadillos generosos de embutido o de queso por las mañanas y se los escondía en la mochila entre las libretas y el estuche, sin que su madre lo supiera, esos niños sufrirían por falta de energía. Recuerdo cuando mi madre me decía que por estar en periodo de crecimiento (esa era la frase estrella para hacerme comer un poco más) debía de comer de todo, incluso permitirme el lujo de una palmera de chocolate de vez en cuando.

—¿Qué es lo que sucede, Berat? Si el horror que me vas a contar tiene algo que ver con el menú de esta noche, piensa que tu hermana Hiranur y yo sufriremos el mismo pavor puesto que lo que tú comes a las siete lo comemos nosotros a las nueve. Hijo, no te puedo ayudar —dijo mi padre mientras le removía el cabello con los dedos de su mano—. Lo siento.

Berat ni siquiera rechistó, aceptó la respuesta de mi padre como buena y se marchó de la habitación. Aproveché el momento para levantarme del sofá y marcharme, no sin antes regalarle una sonrisa entristecida a mi padre.

—¿Crees que saldrá pronto?

—Eso espero, Hiranur. Te mantendré informada, pero sobre todo acuérdate de ese dicho de que en la vida no hay errores, sino lecciones.

—Me acordaré. Nos vemos en la cena.

32

YUSUF

Doce horas encerrado en un frío calabazo dan para mucho, sobre todo para darme cuenta de que estaba arruinando mi vida con las decisiones que estaba tomando y también la de mi familia y eso era lo que más me dolía. Lo fácil sería decir que Hiranur era la culpable de todo y en cierta medida lo era porque me había enamorado de ella hasta un límite insospechado de no saber qué hacer en ningún momento, hasta perder la orientación del camino que me llevaba hasta un fin acertado y provechoso para mí, hasta el punto incluso de creer que había perdido la cordura, la razón de ser.

Hiranur me cegaba, me abrumaba, me consumía y no sabía cuál era la solución para retroceder y volver a ser yo mismo, el chico que tenía un futuro por delante, el hombre que caminaba con pasos ciertos y seguros.

¿Es eso lo que llaman amor? Me pregunto una y otra vez. Si es así, no lo había conocido jamás. Ahora, después de poder reflexionar con calma y tiempo, he de decir que puedo expresar con palabras lo que siente mi corazón y mi alma. El amor por una mujer, inesperado en este punto de mi vida en que solo tenía expectativas laborales. ¿Por qué?, me pregunto, por qué ahora y por qué ella.

Si salía de este embrollo sano y salvo, debería retomar la iniciativa de marcharme antes de que mi situación personal con Hiranur fuera más allá y se volviera insostenible. Debía de tomar una decisión, quizá la más importante de mi vida y ser sincero conmigo mismo, porque si decido quedarme a su lado, la haré mía y lo haré para siempre asumiendo todas las consecuencias que ello conlleva. Si, por el contrario, decido marcharme, lo tendré que hacer en cuanto pueda salir de aquí, sin ni siquiera despedirme porque no sé si seré capaz de irme si cruzo una sola mirada con ella.

Había pasado la noche en vela y sufría cierta desorientación por la hora en la que me encontraba. Me habían quitado todas mis pertenencias personales, inclusive el reloj por lo que intuí que cuando el guardia de seguridad abrió la puerta de la sala contigua con un café humeante en las manos debía de ser por la mañana.

—Señor Kaya —dijo uno de los guardias—. Tiene una visita.

Aparecieron dos hombres de mediana edad, perfectamente ataviados con trajes de color azul marino y llevando ambos un maletín de piel exactamente iguales. Si no fuera porque uno de ellos tenía la mitad de su rostro cubierto por una intensa barba hubiera pensado que eran clones de un mismo ser.

Vi cómo uno de ellos le pedía al guardia que me sacara de la celda para poder mantener una conversación sentados en la mesa que este había utilizado para cenar la noche anterior.

El agente de seguridad cedió ante la perseverancia del hombre que no dejaba de insistir en ello, por lo que finalmente abrió la reja y me dejó salir, no sin antes ponerme de nuevo unas esposas.

—Buenos días, señor Kaya —me dijeron los dos al unísono—. Somos los socios principales del bufete D & D, el señor Dal y el señor Durak. Nos encargamos de todos los asuntos legales de

la naviera Yildirim Deniz y también de los temas personales del señor Ömer Yildirim.

—Buenos días, señores. —Les ofrecí mi mano mientras nos aposentábamos en las tres duras sillas que rodeaban la mesa—. Entiendo que el señor Yildirim les ha enviado.

—Exacto, señor Kaya.

—Había pensado pedir un abogado de oficio para mi defensa.

Los dos letrados se miraron sorprendidos. Quizás esperaban a que diera saltos de alegría porque me defendieran los mejores abogados de todo Estambul.

—Si lo que prefiere es acogerse a la justicia gratuita, nosotros no pondremos objeción alguna, de hecho, muchos de nuestros abogados trabajan paralelamente como abogados de oficio, pero si lo que le preocupa es el coste que supondrá su defensa, no sufra por ello porque el señor Yildirim se hará cargo del coste del procedimiento.

—No es por el coste que mi defensa supondrá al señor Yildirim, sino porque creo sinceramente que la culpa es toda mía. Se me fue la mano con ese malnacido.

—No compartimos su opinión, señor Kaya —dijo el señor Dal—. Usted hacía su trabajo y por lo que nos ha contado el señor Yildirim, si no hubiera sido por su rápida y afortunada intervención, a su hija la hubieran violado. Además, no se vea como un asesino. Ese chaval solo tiene un par de moratones en la cara y un hombro dislocado por lo que le agradecería que cuando se celebre el juicio en una hora, alegue que únicamente hizo lo que cualquier hombre hubiera hecho en su situación, es decir, defender a una pobre criatura.

—No muestre compasión por ese chico, señor Kaya. Él no lo hizo a la hora de denunciarle y enviarle de cabeza al calabozo.

Dejando claro ese punto clave de mi defensa, seguimos reunidos prácticamente hasta que se celebró el juicio. Cuando llegué a la sala de vistas escoltado por mis dos abogados, me encontré de cara con el señor Yildirim que estaba sentado junto con mi madre y mi hermana. Ellas nunca habían visto en persona al mismísimo señor Yildirim, pero en cambio se veían tranquilas a su lado, charlando como si fueran viejos conocidos. Hice un rápido estudio de la sala y sentí que ella no estuviera allí. No pude evitar sentir una dolorosa decepción. Quizás había creído demasiado en ella, en sus sentimientos. Su ausencia me ayudó a tomar esa decisión que se había quedado en el aire. Me alejaría y no por su bien, sino por el mío.

Cuando se percataron de mi presencia, se levantaron los tres y se acercaron hacia mí. El señor Ömer fue a hablar con el señor Dan y el señor Durak, mientras yo les daba un abrazo a mi hermana y a mi madre.

—No llores, mamá —dije al ver que mi madre no podía contener las lágrimas—. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

—Lo sé, cariño. El señor Yildirim ha sido muy amable con nosotras, nos llamó enseguida y nos ha mantenido informadas desde el principio.

—Siento que tengáis que vivir esta situación, siento haberos hecho sufrir y siento haberos decepcionado.

—No digas eso. —Mi madre me acariciaba la mejilla como cuando era un niño y me había disgustado por cualquier cosa—. Estamos muy orgullosas de ti. Salvaste a esa chica, cariño. Tú no hiciste nada de lo que te tengas que arrepentir.

El señor Ömer aguardaba con paciencia que mi madre terminara de expresar sus sentimientos, de alentarme y apoyarme, como hacía siempre. Me dirigí al señor Yildirim antes de marcharme con mis abogados.

—Gracias por haber contactado con sus abogados, señor Ömer.

—Gracias por haber salvado a mi hija, Yusuf.

El juicio se celebró sin incidencias y el magistrado me concedió la libertad sin cargo alguno. El señor Ömer se ofreció a llevarnos a casa y a pesar de que mi primera reacción fue el negarme para no causar más molestias, acepté al ver la expresión de mi madre.

—Ya conduzco yo, señor Ömer. Por favor…

—Esta vez no, Yusuf. Llevas más de doce horas sin ingerir ningún alimento. No creo que estés en condiciones de conducir.

—Está bien, no tengo palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mí y también por mi familia. Gracias por mantenerlas informadas.

Llegamos a casa y cuando mi madre y mi hermana se bajaron del coche, él me cogió del brazo para mantenerme unos minutos en el interior.

—Yusuf, quería comentarte que quizás lo mejor es que no te encargues de la defensa de mi hija. No pienses, por favor, en ningún momento que estoy molesto contigo, más bien, todo lo contrario, estoy totalmente agradecido, pero creo que tus sentimientos hacia mi hija no te permiten actuar con frialdad. Podrías haber matado a ese chico y aunque yo te aplaudiría por hacerlo, no lo haría la ley. También necesito a alguien que la defienda sin ocultarme información simplemente por no perjudicarla. Ya sabes a lo que me refiero.

Sí, lo sabía. Nunca le había mentido pero estas últimas semanas podría decir que había cierta información que mantenía en secreto, sobre todo en lo referente a las últimas niñerías de su hija.

—Lo entiendo. Si le parece bien, mañana a primera hora iré a recoger mis cosas. —Perder mi trabajo era una del abanico de consecuencias que tenía enamorarme de su hija.

—Bien, y cuando lo hagas comunícate por favor con la señorita Yasemin. Ella es mi secretaria y te estará esperando a media mañana en la naviera. Tenemos un trato, Yusuf. A partir de mañana mismo comenzarás las prácticas en la Yildirim Deniz.

No podía creerme lo que oía. El señor Ömer me ofrecía trabajar en su empresa a pesar de no haber terminado mi cometido. Por un momento creí que lo mejor sería negarme, separarme de la familia Yildirim y renunciar a un puesto de trabajo del cual llevaba soñando más de un año, pero entonces vi a mi hermana y a mi madre mirándome a través de la ventana de la cocina. Probablemente debían de estar preocupadas por mi tardanza y esa visión fue la que me despejó el camino de la duda. Aceptaría y les podría ofrecer un futuro mejor.

—Allí estaré. Muchas gracias, señor Ömer.

—Gracias a ti, Yusuf… y respecto a mi hija Hiranur, quiero que sepas que no seré yo quien me interponga en vuestra relación.

—No tenemos ninguna relación, señor.

Ömer se permitió unos minutos de espera antes de seguir con la conversación. Permanecía mirándome y con el ceño fruncido.

—Nunca le he dicho a nadie que mi único amor fue el que dejé pasar y esa decisión me ha marcado hasta tal punto de no encontrar la plena satisfacción a pesar de tenerlo todo para ser feliz. Si fueras mi hijo te diría lo que a mí me faltó escuchar. No la pierdas si crees que ella es la mujer que te hará feliz, no la dejes pasar.

A pesar de la falta de luz que la noche nos brindaba pude ver en los ojos del señor Yildirim una pena profunda. Me acababa de dar su bendición si al final decidía luchar por su hija. Cualquier hombre estaría dando saltos y más cuando se trataba de la misma Hiranur Yildirim. Entonces, ¿por qué me sentía aterrado? Las dudas sobre sus sentimientos, sobre la locura de los míos, sobre lo poco que podía ofrecerle, sobre la diferencia evidente de su clase social con la mía. Eran demasiadas dudas, miedos e incertidumbres para poder actuar con valentía. O quizá era eso lo que me falta, valor para destruir todos esos recelos y asumir que Hiranur era la

principal razón por la que el resto de las cosas merecieran la pena.

Tal y como le había dicho al señor Ömer aparecí a primera hora de la mañana en la mansión Yildirim. Adem, junto con el resto de compañeros, me estaban esperando en la cocina para darme la bienvenida y felicitarme por mi nueva posición que, al parecer, se habían enterado antes que yo. La señora Bellinay había preparado varios tipos de dulces y cómo no, mis galletas preferidas. Akin y Berat también bajaron a la cocina para desayunar y darme un abrazo, incluso la señora Akin parecía contenta.

—No está en la mansión, Yusuf —me dijo Adem que se había percatado de los miles de veces que me giraba para ver quién entraba en la cocina.

—Es demasiado temprano para haberse marchado. —Ella siempre iba con retraso, no había manera de que aprendiera a ser puntual exceptuando cuando quería escaparse de mí.

—No ha pasado la noche en casa. —Adem me agarró del codo mientras me alejaba de los hermanos Yildirim que estaban aprovechando para ponerse las botas de pastelitos—. Ese tal Marco de cual me has hablado mil veces la vino a buscar ayer por la noche y por lo que escuché creo que se fueron a casa de su amiga española.

Ahora entendía el porqué de todo. Me había atormentado durante horas pensando que ella estaría preocupada, sufriendo incluso. Menudo imbécil era al pensar que podíamos compartir el mismo sentimiento. Joder, es que me había dicho que me quería y lo peor de todo, es que la había creído. No había recibido ni un solo mensaje, ni una sola llamada, ni siquiera una palabra trasmitida por un tercero que me hiciera pensar que lo que habíamos vivido era real y no una historia de amor creada únicamente en mi imaginación.

—Antes de que explotes déjame decirte que Hiranur preguntó por ti… estaba arrepentida de lo que había pasado.

—¿Arrepentida? —Si no hubiera estado solo en ese momento hubiera pegado un puñetazo en la pared y hubiera enviado a medio mundo a la mierda—. Adem, he sido el tío más estúpido del planeta Tierra. ¡Me he enamorado de ella hasta volverme loco, joder! No he comido, no he dormido, me he contenido para no hacerla mía cuando he tenido la oportunidad y todo porque la quiero, porque la respeto y porque pienso que se merecía a alguien mejor que yo. Desde que la vi en ese aeropuerto mi vida ha sido una tortura y ahora me dices que ella está arrepentida… ¡yo estoy arrepentido!

—Mejor que te calmes, amigo. Quizá será mejor que te mantengas alejado de ella… por lo menos durante un tiempo.

—No dudes que eso es lo que haré.

33

HIRANUR

—¿Te apetece ver una película esta noche? —Siomara cogió uno de esos paquetes de palomitas que se cocinan en el microondas y sin esperar mi respuesta, lo puso a calentar. No habían pasado ni sesenta segundos cuando la explosión del maíz y el olor a mantequilla se hizo por toda la casa. Si este aroma no me animaba podía darme por perdida—. Oh, venga, Hiranur, tampoco es tan grave… Yusuf ha conseguido salir del calabozo en menos de veinticuatro horas y sin cargos, por lo tanto, deja de llorar de una vez y comienza a pensar en positivo. De hecho, la que tendría que estar deprimida tendría que ser yo, ya que te has enamorado del chico que me gustaba.

Siomara tenía razón. Sabía que ella sentía algo por Yusuf y lo había pasado por alto.

—Lo siento, Sio… —las palabras de Siomara me hicieron sentir todavía peor, si cabía. Estaba sacando de mí todo el egoísmo acumulado durante años en que solo pensaba en los demás y que todo lo que me concernía tenía menos importancia.

—No lo sientas, Hiranur. Creo que desde un principio sabía que él sentía algo por ti, no te miraba como un simple guardaespaldas, sus ojos ardían en llamas cuando te tenía cerca y tampoco creía que tú no sintieras nada por él. Entre los dos existía una atracción palpable para los demás.

—Y para mí… pero me ha costado aceptar que siento algo por él y ahora ni siquiera le he llamado ni he contestado a sus mensajes. Me escribió desde el calabozo dándome ánimos, ¿tú crees? Es surrealista… él encerrado en una celda fría y solo, mientras yo me encontraba en una mansión de lujo.

—Y, en cambio, quien recibía los mensajes de ánimo eras tú.

—Sí, era yo… no pude contestarle ni una sola vez. Sio, todo lo que le ha pasado es por mi culpa —dije regodeándome.

—No digas eso, Hira, él solo hacía su trabajo.

—¡No! Su trabajo no es terminar en el calabozo por no haberle hecho caso a nadie, por comportarme como una malcriada, enfadada y rabiosa con el mundo. Su trabajo es vigilar que nadie se aproveche de mi apellido o intente secuestrarme o vete tú a saber qué. Pero no es correr detrás de mí por no saber comportarme de forma responsable, incluso se ha visto obligado a no ser sincero del todo con mi padre simplemente para no herir más nuestra relación. Me siento tan avergonzada… que no puedo mirarle a los ojos.

—Pero sabes que tendrás que hacerlo… pero eso será mañana, cuando amanezca de nuevo y vuelvas a retomar tu vida fuera de estas cuatro paredes.

—¿Me estás echando de tu casa? —dije mientras le tiraba varias palomitas a la cara.

—Si quieres la cambiamos, no me importaría vivir en la mansión Yildirim por un tiempo. Has podido comprobar que hay diferencias sustanciosas entre tu supermansión y mi humilde hogar.

—Mi casa de Barcelona era todavía más pequeña que tu humilde hogar —dije repitiendo las palabras con un tono de voz dramático—, por lo que estoy de acuerdo con el trueque.

Pasé la noche charlando con Siomara mientras comíamos todo tipo de alimentos prohibidos

en cualquier dieta sana, pero muy necesarios para avivar el ánimo. Me levanté con el estómago revuelto por lo que antes de salir de casa de Siomara preparé para las dos un poco de café.

—¿Has tomado una decisión? —me preguntó Siomara mientras me acercaba el enorme azucarero de barro y una bolsa repleta de madalenas.

—¿Respecto a lo de quedarme a vivir en tu casa? Sí, definitivamente me instalo aquí hoy mismo… aunque tú no sé si aguantarías desayunando mermelada sin azúcar.

—Hiranur… ya sabes a lo que me refiero.

—No lo sé, quizás cuando lo vea, cuando hablemos, recibiré una de esas señales externas que te ayudan a tomar una decisión. Lo quiero, Sio… y creo que él también me quiere, pero lo que no tengo claro es si él está dispuesto a enfrentarse a lo que haga falta por mí, por nosotros.

—Si te quiere, lo hará.

No tardaría en descubrir que Jusuf había dejado de ser el encargado de mi seguridad, de hecho, esa misma tarde cuando salí del instituto me encontré de bruces con un hombre de mediana edad, nada que ver con mi guapo guardaespaldas. Llevaba un pinganillo y una pistola en la cintura. Solo le faltaba un cartel colgado del cuello anunciando que era mi guardaespaldas.

—¿Dónde está Yusuf? —le pregunté dando por hecho las evidencias—. ¿No tendría que estar él aquí?

—Señorita Yildirim, soy el señor Ahmet, su nuevo agente de seguridad. El señor Yusuf ya no trabaja para la familia Yildirim. Pensaba que estaba al corriente de ello.

—Pues no, no lo estaba y no me hubiera importado que me lo hubieran dicho ya que me habría ahorrado mi cara de pasmo absoluto.

Eso no era verdad, él me lo hubiera dicho. Yusuf nunca se hubiera ido sin despedirse. Quizá por eso las llamadas, los mensajes que no me digné a mirar…

—¿La llevo a casa, señorita Yildirim? —dijo mi nuevo guardaespaldas mientras me abría la puerta del copiloto.

—No, mejor acérqueme a las oficinas de mi padre. He de hablar con él urgentemente.

Mi vida peligraba sinceramente con el señor Ahmet al volante y no porque sobrepasara los límites de velocidad, sino porque iba a treinta por hora en una carretera en la que se podía conducir a cien. No había ni un solo coche que no pasase por al lado nuestro sin pitarnos o soltarnos por la ventana alguna burrada.

Tardamos más de una hora en llegar a Yildirim Deniz cuando lo normal eran veinte minutos escasos.

—Muchas gracias, señor Ahmet —dije por ser educada porque había sido un verdadero suplicio.

—¿La espero fuera, señorita Yildirim? —dijo muy amablemente, pero por supuesto ni de coña volvería con él.

—No hace falta, señor Ahmet, seguro que consigo convencer a mi padre para volver juntos a casa.

Asintió sin objetar a pesar de que vi un rastro de decepción en su rostro.

Entré en la recepción a toda prisa, sin ni siquiera saludar a las chicas de la entrada ni preguntar si mi padre se encontraba allí. Cuando llegué al ascensor y la puerta se abrió me encontré de frente al que menos esperaba ver, a mi primo Acar. No parecía el chico que me había venido a recoger al instituto, con ropa de calle más bien tirada. Iba con un traje gris oscuro y una camisa blanca, sin corbata. Sabía que trabajaba en la compañía familiar, pero por lo que había escuchado se tomaba su cargo de *sobrino del jefe* muy a cachondeo. Iba cuando le venía en gana o más bien, cuando se levantaba sin resaca y le apetecía pasarse un rato a coquetear con todas las

secretarias de la compañía.

—No me lo puedo creer, primita, ¿a qué debemos este honor? —dijo mostrándome una sonrisa maliciosa.

—He venido a hablar con mi padre. —Acar se puso justo delante de mí impidiéndome entrar al ascensor—. Déjame pasar, Acar. No tengo ganas de hablar contigo.

—No me digas que sigues molesta por lo de la otra noche.

—¿No debería estarlo? —Rrealmente mi primo se llevaba la corona al tío más imbécil de Estambul—. Por tu culpa, mi guardaespaldas se ha quedado sin trabajo.

—¿Perdona? —dijo sorprendido—. Hiranur, creo que hay una parte de la historia que no te han contado. Yusuf no ha perdido su trabajo, todo lo contrario, gracias a salvarte el culo la otra noche, tu padre le ha contratado como pasante en el departamento legal de Yildirim Deniz, pero eso ya lo tenían hablado antes de ofrecerle el cargo de guardaespaldas. ¿Sorprendida?

No sabía si estaba más molesta porque Acar se hubiera referido al comportamiento de Yusuf como *salvarme el culo* o porque este hubiera aceptado el puesto de guardaespaldas para conseguir un cargo en la compañía de mi padre.

—No me creo nada de lo que dices… y ahora, por favor, déjame pasar.

Acar se retiró de mi camino no sin antes proponerme pasar por la planta cuarta.

—Allí está el departamento legal. Pregunta por el nuevo y guapo abogado señor Kaya. Yo nunca te miento, primita.

En ese mismo instante lo hubiera matado. ¿Cómo podía haberme caído bien en algún momento de mi corta relación familiar? Era un creído rematado e iba por encima del mundo simplemente por haber nacido con el apellido Yildirim.

Ya dentro del ascensor y con mi dedo índice de camino al botón de la última planta del edificio en donde se encontraba la oficina de mi padre y de mi tío Antara, tuve una extraña sensación. ¿Y si era verdad? ¿Y si Yusuf solo había aceptado el cargo de vigilante únicamente por conseguir un empleo mucho mejor y más gratificante? Al fin y al cabo, él se había licenciado en Derecho y era de suponer que quisiera luchar por ejercer la profesión. Eso no era recriminable, pero sí me molestaría que no me lo hubiera dicho. Finalmente, la duda hizo que apretara el botón que me conduciría a la cuarta planta.

Cuando salí del ascensor no tuve que buscarlo demasiado, allí estaba él, enfrente del ascensor, en un despacho con las puertas acristaladas que se podía ver el interior de la oficina y no estaba solo, sino acompañado de una chica preciosa. Me quedé de piedra. Él parecía cómodo explicándole un asunto mientras sostenía un buen fajo de papeles entre sus manos y ella no dejaba de mirarle los labios mientras él pronunciaba las palabras. Incluso vi cómo la chica se humedecía el labio inferior con la lengua intentado provocarle. Dios mío, me tenía que ir de allí si no quería desmayarme.

Sentí cómo una bola en el estómago me impedía respirar. Hice el esfuerzo de inhalar un poco de aire antes de darme la vuelta y conseguir entrar de nuevo en el ascensor. Quizá ya no tenía sentido ir a la última planta y pedirle una explicación a mi padre. Hacía solo un minuto que estaba dispuesta a comenzar, si hiciera falta, otra guerra con Ömer y exigirle que le volviera a contratar. Quería que Yusuf estuviera a mi lado, me gustaba saber que él estaba siempre ahí, que me protegía y que me cuidaba, aunque no quisiera.

Había sido una ingenua pensando que él sentía algo por mí. Me había dicho incluso que me quería. ¿Cómo había podido ser tan cruel y yo tan estúpida? Lo que él quería era justo lo que ahora había conseguido.

Corrí hacia el ascensor, pero la puerta ya se había cerrado. Esperé varios segundos a que se

volviera a abrir, segundos que se hicieron eternos. Recé para que nadie se percatara de mi presencia, pero el ser Divino al que llamamos Dios no estaba muy por la labor de ayudarme porque comencé a escuchar rumores detrás de mí, cada vez más elevados, más directos.

—Hiranur. —Cerré los ojos, sabía que era él, esa voz ronca era inconfundible, ni a un millón de quilómetros dudaría de quién acababa de pronunciar mi nombre. Sentí un calambre por todo el cuerpo comenzando desde la cabeza hasta los pies, pasando por supuesto, por mis partes bajas. No podía evitar sentirme atraída por él.

No contesté. No podía hacerlo. Los ojos se me humedecieron sin permiso y el corazón latía tan fuerte que pensaba que me daría un paro cardíaco.

«Cálmate, Hiranur», esa era la orden continua que le daba mi cerebro a mi corazón, pero no conseguí lograrlo. Una lágrima se desbocó por mi mejilla y la sequé tan rápido como pude. Ni en broma le iba a dar el lujo de verme de esta manera. Todavía me quedaba una pizca de orgullo.

—Me alegro de verte —dijo sin mostrar un mínimo de compasión y con un tono más bien áspero.

No sé de dónde demonios saqué el valor, pero pude girarme y enfrentarme a él. Se veía endemoniadamente guapo con ese traje azul marino y esa corbata rosa pálido. El Yusuf que tenía delante de mí no tenía nada que ver con el guardaespaldas vestido totalmente de negro que me encontré en el aeropuerto o el chico atractivo que estaba dispuesto a dar su vida por mí si hubiera hecho falta.

Iba a ser sincera. La función se había acabado.

—Yusuf —conseguí pronunciar con la voz ahogada.

Nuestros ojos se encontraron y Yusuf abrió por un momento la boca para volverla a cerrar de inmediato. Tras unos segundos eternos, la puerta del ascensor se abrió y me metí dentro de él lo más rápido que pude. Quería decirle mil cosas, pedirle explicaciones, darle una bofetada por haberme engañado o una patada en la espinilla, pero mis nervios me lo impedían. Siempre que estaba cerca de él entraba en una especie de colapso que me impedía comportarme de forma natural o pensar con claridad. Sentía una especie de cortocircuito mental y físico que me provocaba un trastorno de todos mis sentidos. Quise enviarle a la mierda antes de subirme al ascensor, pero, como era de esperar, me atraganté con mi propia saliva y lo único que se pudo escuchar antes de cerrarse la puerta fue una especie de gruñido.

Agradecí que él no hiciera el intento de entrar en el ascensor porque no tengo claro si hubiera podido soportar estar en un cubículo de dos por dos con él y habiendo perdido la capacidad de hablar sin titubear.

No fueron suficientes para calmarme los veinte segundos que duró el trayecto desde la planta cuarta a la baja. Seguía sintiendo el corazón latir demasiado acelerado y entré en estado pánico absoluto cuando la puerta se abrió y me encontré enfrente de mí la figura de Yusuf.

—Apártate —dije sin vacilar, pero no recibí respuesta. Yusuf cerró la salida del ascensor con un brazo y me empujó, cuidadosamente, hacia su interior. Apretó el botón noveno y la puerta se cerró. Justo lo que no quería que pasara. Y no solo fue eso, sino que, para colmo, apretó el botón para detener la cabina.

—¿Qué coño estás haciendo? —dije con un hilo de voz.

—Necesito que me des una explicación porque no entiendo nada. —Yusuf se acercó hacia mí, yo retrocedí hasta sentir la pared de la cabina rozar mi espalda.

—Perdona exguardaespaldas, soy yo la que te debería exigir una explicación, pero, gracias a mi primo, no hace falta que me la des.

La mandíbula de Yusuf se tensó y no pude evitar desviar la mirada hacia sus labios, unos

labios carnosos que me mordían hacía solo un par de días.

Quizá nombrar a mi primo después de lo que habíamos vivido había sido demasiado cruel por mi parte.

Levantó sus brazos y me encerró en ellos. Podía oler su perfume en las mangas de su camisa. Dios mío, cómo me ponía este hombre, sentía ya la humedad entre mis piernas y solo se había acercado.

—No contestaste mis mensajes, ni mis llamadas, ni siquiera preguntaste si me estaba pudriendo en el calabozo… ¿Te recuerdo por qué demonios terminé entre rejas?

Pasamos unos segundos eternos mirándonos a los ojos, sintiendo nuestra molestia mezclada con la atracción que seguía siendo insufrible.

—No hace falta —dije sin apartar la mirada de sus labios.

De pronto noté que se me humedecían los ojos. No quería recordar ese horrible momento en que casi termino violada por un desgraciado. Le debía mucho al hombre que tenía delante, pero me sentía, en cierto modo, engañada por creer que su fan de protección era porque no soportaba que alguien me hiriera o que me pusiera una mano encima y no porque perder su trabajo sería demasiado grave para sus planes de futuro. Él había aceptado ser mi guardaespaldas con la condición de trabajar en la compañía.

Bueno, pues lo había conseguido. No había nada más que decir.

—Y, entonces, ¿por qué esa indiferencia? ¿No te importa lo que pasó entre nosotros?, ¡¿no recuerdas que te dije que te quería?!

Por supuesto que me acordaba. ¿Cómo me iba a olvidar? Había sido el momento más intenso de mi vida amorosa que, lamentablemente, había sido bastante justita. Nunca me había enamorado de nadie, no había tenido ni tiempo ni ganas para permitirme ese lujo de sensaciones. Y lo peor aún, nadie se había enamorado de mí.

—Olvida esa noche, olvida lo que me dijiste y sobre todo lo que te dije. Creo que ya no tiene sentido seguir con este teatrillo barato cuando ya has conseguido lo que querías que, obviamente, no era yo.

—Tienes razón, Hiranur, al principio no eras tú, pero desgraciadamente para mí, las cosas cambiaron y comencé a perder el control de mi corazón, de mi mente y de mi cuerpo. ¿Qué crees que me pasa cuando estoy cerca de ti?

Yusuf cogió mi mano y la posó a su pecho. Sentía en mi palma los fuertes latidos de su corazón.

—¿Crees que estoy fingiendo? Hasta donde yo sé nadie ha podido decidir sobre el ritmo de sus propios latidos. Desde el primer día en que te vi, mis latidos corren desbocados y mi cuerpo responde sin permiso siempre que te tengo tan cerca.

Yusuf volvió a coger mi muñeca y la arrastró por sus pectorales hasta llegar al cinturón del pantalón.

No, no, no, Dios mío, ¿qué rayos pretende hacer?

Mi mano siguió bajo la suya arrastrada por el poder de la gravedad hasta encontrarme con la erección más grande que mi mano había acariciado jamás. Mi experiencia en estos asuntos era más bien justa pero no recordaba nunca haber visto algo de ese tamaño y dureza. Parecía un volcán a punto de estallar.

Quise retirar la mano, pero él no me lo permitió.

Mis pechos subían y bajaban como una montaña rusa, acariciando su torso por la cercanía de sus pectorales, estaba nerviosa, impactada y tan caliente que, si no se separaba de mí en los próximos cinco segundos, tiraría por la borda cualquier posible acto de decencia que todavía

podía guardar.

—¿Qué es lo que quieres?

Menuda pregunta tan estúpida. Estaba claro que lo que quería era follarme en ese ascensor hasta que perdiera la conciencia y por Dios, perdóname, pero yo también lo quería.

—Hiranur —me dijo susurrándome las palabras en el lóbulo de la oreja—. Te quiero a ti.

34

YUSUF

¿Cómo podía perder el control de esta manera? Esta chica malcriada era capaz de volverme absolutamente loco. ¿Cómo era capaz de decirme que estaba fingiendo solo para obtener un trabajo?

Nunca había fingido y sí, era cierto que había ocultado mis sentimientos, pero era precisamente para que esto no ocurriera. Había luchado con todo mi ser para no enamorarme de ella, para poder realizar un trabajo responsable sin mezclar sentimientos que me nublaban la visión, pero no fue posible, no lo conseguí.

Recordé la reacción de mi cuerpo al escuchar las palabras de Adem cuando me dijo que ella se había ido con Marco. No tengo las palabras exactas para trasmitir lo que mi corazón y mi mente sintieron en ese mismo momento. No se había dignado a llamarme, pero en cambio podía marcharse con ese tío sin ni siquiera preguntar por mí. No quería sacar el tema de Marco, pero como era normal cuando estaba junto a ella, mi mente me jugó una mala pasada. La curiosidad mezclada con unos celos invasivos me recomía las entrañas.

—Me dijeron que te fuiste con Marco hace un par de días y que no has vuelto a casa. ¿Dónde has estado?

—No tengo por qué darte explicaciones…

«Por supuesto que sí, joder», pensé. He estado veinticuatro horas jodido en un maldito calabozo por ti. Por lo menos me merezco una explicación.

Mis manos comenzaron a subir por el lateral de su cadera hasta llegar a la curva inferior de sus pechos. Ella no se separaba, sabía que disfrutaba con mis caricias. La última noche le hice ver las estrellas y era capaz de volverlo a hacer si ella quisiera.

—Estás temblando, pequeña.

Su reacción todavía me calentaba más, saber que ella vibraba con mis caricias me ponía tan cachondo que olvidé que seguíamos en el ascensor parados entre alguno de los pisos, ni siquiera sabía cuál.

Mis dos manos cogieron los dos pechos por encima del sujetador. Noté el encaje, suave y delicado. Seguí acariciando la tela hasta dar con la apertura y no dudé en desabrochárselo para poder acariciar su piel directamente.

Sus pezones habían reaccionado como deseaba. Estaban duros como piedras. Los pellizqué con dulzura y ella no pudo comprimir un gemido que frené con mis labios. La besé como si no hubiera un mañana, como si me fuera la vida en ello.

Recordé sus dudas sobre mis sentimientos, sobre mi manera de actuar y no pude volverme a enfadar. Frené de golpe mis caricias y mis besos y la miré a los ojos muy fijamente. Tuve esa necesidad y ese derecho innato de exigirle una respuesta, un porqué a esa actitud que tanto me irritaba.

—Dime por qué no me llamaste, dime por qué desapareciste sin ni siquiera enviarme un mensaje, dime que no me quieres, que la que mentía eras tú. ¡Dime que no sientes nada por mí!

Ella desvió la mirada de mis labios y bajó el rostro como si estuviera derrotada. Le cogí con el

dedo índice y pulgar la punta de la barbilla y la elevé para que ella volviera a mirarme.

—Te he dado demasiados problemas. Ahora que has conseguido lo que querías, quizá lo mejor será no volvernos a ver.

Parecía sincera. Pero no me había respondido.

—No me has contestado, Hiranur. ¿Sientes algo por mí? —le dije retomando mis caricias. Sentí cómo su piel de erizaba con el contacto de mis manos—. Yo creo que sí, pero no entiendo tu actitud. Nunca la he entendido…

—Voy a volver a mi país en un par de meses —su tono de voz era tan inerte que casi no pude escucharla. Ese anuncio no era la primera vez que lo escuchaba, pero estaba convencido que esa idea de volver a Barcelona la había descartado. O eso es lo que yo creía.

—No tienes por qué hacerlo. Aquí lo tienes todo, allí no te queda nada.

Mis angustias aceleraron mis manos, no podía perderla, por Dios, ahora no. Le demostraría que la amaba y si tenía que ser en un puto ascensor lo haría sin dudarlo.

Aplasté de nuevo mis labios con los suyos, busqué su lengua hasta encontrarla para entrelazarla con la mía. Sentía que la agresividad me podía, pero es que la necesitaba y demasiado como para perderla. Me había costado una vida encontrar a una mujer que me hiciera sentir tan vivo y al mismo tiempo, tan endeble a sus encantos. No podía marcharse, no podía dejarme.

—Solo te he dado problemas —susurró en uno de los momentos en que le permití librarse de mis labios.

—¡Sigue dándomelos! Toda la vida si quieres, dame muchos problemas, un millón de problemas, los solucionaré, te cuidaré, te amaré toda mi vida. —Sentía cómo la sangre hervía mis venas y me hacía delirar. Le suplicaba que no me dejara solo.

Y no me sentía ridículo por rogar que se quedara. Era tanta la necesidad de tenerla que me importaba un pimiento si la imagen que le estaba dando era el de un tío desesperado. Hasta yo mismo me sorprendí. ¿Tanto la amaba para suplicar su presencia?

Antes de subirme al ascensor tenía otra intención, una mucho más apropiada en vista a lo que había sucedido, pero como siempre, había vuelto a caer ante sus encantos. ¿Cuándo no lo había hecho?

Comenzaba como un gallito de pelea para terminar como un cordero a punto de ser degollado. Eso era lo que ella conseguía de mí, me exprimía las fuerzas para arrancarle la cabeza cada vez que se portaba como una niña terca y malcriada, me cautivaba con solo una mirada y mi mente se calmaba mientras que mi corazón saltaba por los aires. La amaba tanto que solo pensar en que ella se podía marchar me hacía temblar.

Había perdido la vergüenza y la ridiculez me importaba una mierda. Yo solo la quería a ella, no necesitaba nada más. Ella era todo lo que necesitaba para que mi vida tuviera sentido.

Sus brazos rodearon mi cuello y apoyó su cabeza entre mi hombro y la clavícula. Sentí pequeños espasmos que venían de su cuerpo. Estaba llorando.

Acaricié su cabeza con mis manos mientras le besaba el pelo.

—No llores, pequeña. Todo irá bien.

Unos golpes en la puerta del ascensor nos volvieron a la realidad.

Llevábamos varios minutos abrazados, después de haber superado ese calentón del momento. No es que hubiera podido relajarme, de hecho, sentía todavía mi pene a punto de explotar, pero cuando ella comenzó a llorar en mi hombro, tuve que contenerme.

—Deberíamos salir o mi padre llamará al servicio de seguridad —dijo mirándome fijamente a los ojos y regalándome una sonrisa.

—Esta noche te pasaré a buscar a las ocho. ¿Acepta una cita, señorita Yildirim?

Le acaricié la mejilla para secarle la humedad que las lágrimas habían dejado.

—¿Me estás invitando a salir, señor Kaya?

Apreté el botón para que la máquina volviera a funcionar.

—Eso es lo que parece, princesa.

La puerta se abrió en la planta baja y el panorama que nos encontramos delante fue digno de una película de acción. Los bomberos, los medios de seguridad de Yildirim Deniz, su padre, su tío, el desgraciado de su primo Acar y toda la compañía estaba esperando a que la puerta se abriera y por supuesto, escuchar una respuesta que aclarara el incidente.

—A mi despacho, señor Kaya —dijo el señor Yildirim con un tono de voz frío como el hielo.

Desvié la mirada hacia Hiranur. Ella se encontraba todavía a mi lado, desconcertada tanto por lo que acabábamos de vivir como por lo que iba a suceder a partir de ahora. Estaba dispuesto a todo por ella, incluso a perder el trabajo.

Vocalicé un «tranquila» que ella entendió porque asintió con un leve gesto de su cabeza.

35

HIRANUR

—Qué poco original es tu guardaespaldas —me dijo Acar acercándose a mí para que nadie le escuchara—. Ya está demasiado trillada la escena del polvo rápido en el ascensor, guapa.

—Déjame en paz, imbécil.

No soportaba a mi primo. Reconozco que me ha costado aceptar que alguien de mi propia familia podía ser tan villano. Le había dado más de una oportunidad, no quise juzgarlo antes de tiempo, a pesar de las advertencias, pero ahora ya no, ahora sí que lo había tachado de persona supertóxica, de las que no te aportan nada, no te ayudan a avanzar, sino todo lo contrario.

—Santo Dios, princesa, está claro que el señor Kaya no te ha satisfecho.

Empujé de un golpe en el pecho a mi primo Acar y salí corriendo del edificio. No iba a perder el tiempo discutiendo con él. Ya me cansaba ese tono irónico suyo habitual que empleaba en todas las conversaciones. ¿Qué sabía él de satisfacer a una mujer? Por lo que me habían contado era todo fachada, pero a la hora de la verdad se quedaba muy corto. Esos diez minutos que había compartido con Yusuf en el ascensor fueron los más intensos de mi vida. Y sí, si hubiéramos tenido un minuto más, le hubiera pedido que me hubiera hecho suya allí mismo.

A pesar de que habían pasado varios minutos, todavía sentía la humedad entre mis piernas, la frustración por no haber llegado al final.

Comencé a caminar hacia casa esperando encontrar a un taxi a lo largo del camino. Había sido tonta al decirle al señor Ahmet que se marchara a casa. Aunque condujera a velocidad de hormiga, hubiera llegado sin problemas y no me encontraría caminando sola en plena calle.

Tampoco podía llamar a mi padre porque probablemente se encontraría firmando la carta de despedido de Yusuf. ¿Cómo podía ser tan desastre?

Hacía solo unas horas que le había dicho a Siomara que me separaría de Yusuf, que volvería a España en cuanto cumpliera la mayoría de edad y le pondría ganas a la relación con mi padre que, todo sea dicho, había mejorado considerablemente a raíz de lo que había sucedido en la playa.

Sabía que destrozaría a Ömer cuando le dijera que mis intenciones no habían cambiado. Quería volver a casa, quería volver a Barcelona y no tenía otra que aceptarlo, por mucho que le doliera. No cortaría la relación con mi padre y también se lo haría saber. A pesar de que seguía dolida con él, lo había podido perdonar. El dolor humano cuesta superarlo, es difícil poder hacerlo en pocos meses cuando llevas toda una vida alimentándolo.

Noté la vibración del móvil en algún lugar del fondo la bolsa. Cuando conseguí atraparlo, no sin antes lidiar con un montón de bolígrafos, lápices de colores y carpetas por doquier, me di cuenta de que tenía varias llamadas. Me prometí, otra vez, ser más ordenada con mis cosas y llevarme al instituto justo lo necesario. Mi espalda me lo agradecería. Como era de esperar, no había llegado a tiempo para responder a la llamada. Era mi padre y me di cuenta de que había intentado localizarme en más de diez ocasiones en los pocos minutos que había durado mi maravilloso secuestro en el ascensor.

Apreté el nombre de Ömer y el móvil comenzó a sonar. Unas señales fueron suficientes para

escuchar la voz de mi padre pronunciando mi nombre con ese acento turco que comenzaba a gustarme.

—Dime, papá. —Exceptuando varios cruces de miradas no habíamos intercambiado ni una sola palabra.

—¿Dónde estás, hija? —por el tono de voz no parecía molesto—. He llamado al señor Ahmet y me ha dicho que ya se había marchado. ¿Tú misma le has dicho que se vaya?

Mi padre parecía necesitar que acreditase las palabras del señor Ahmet. Probablemente este tenía órdenes muy estrictas de no dejarme sola en ningún momento y justo había hecho todo lo contrario.

—Sí, papá. He pensado que no sería necesario que se quedara esperándome. Mi intención era volver contigo a casa, pero después he visto que te querías quedar un rato más en la oficina.

Esa era mi primera intención, la segunda era escaparme lo más rápido posible. Me costaría olvidarme de los cientos de ojos curiosos disfrutando con la escena romántica de la hija del jefe y del nuevo letrado. Dios mío, con lo poco que me gustaba ser la comidilla. Era una de las cosas que echaba más de menos de vivir en España. La intimidad y sobre todo, la privacidad necesaria para vivir en paz. Ahora entendía el porqué de la necesidad de casi todos los famosos de asistir a terapia para gestionar esta locura. No podía dar un paso sin escuchar un rumor en mi espalda y, por supuesto, había desaparecido en todas las redes sociales. No era inmune a las críticas de gente que no me conocía y era imposible subir una foto sin recibir comentarios negativos. Había leído absolutas barbaridades sobre cómo me encuentro y lo mucho que había ganado en calidad de vida. ¿Cómo podía la gente pensar que mi situación actual era mejor? Había perdido a mi madre y lo daría todo por volver a estar con ella.

—Envíame tu ubicación y pasaré a buscarte —dijo de forma tajante.

Le obedecí al segundo de colgar y me quedé de pie, quieta y mirando las estrellas. Había descubierto, casi desde el primer día que estuve en Estambul, que las estrellas brillaban con mucha más fuerza que en Barcelona, quizá el grado de polución era menor o quizá era mamá que les daba luz todas las noches.

A los pocos minutos, escuché el claxon de un coche a una calle de distancia. Me aparté para dejarle pasar, pero cuando frenó a mi lado me di cuenta de que era mi padre.

—Gracias por venirme a buscar, papá. También podría haber cogido un taxi...

—Sí, también podrías, pero necesitaba unos minutos de intimidad para hablar contigo.

Suspiré profundamente antes de girar la cara y mirarle el perfil. No parecía contrariado, más bien, todo lo contrario. Su tono de voz era calmado y no mostraba ninguna señal de nerviosismo por lo que intenté calmarme y dar una explicación correcta (que no del todo cierta) a un padre que todavía no me había pedido explicaciones.

—La verdad es que… lo que ha pasado antes…

—Lo que ha pasado antes, ya lo sé, Hiranur. —Ahora sí que mi nombre lo había pronunciado con algo más de rigidez—. Lo que pase entre Yusuf y tú es cosa vuestra y no voy a ser el típico padre entrometido y celoso que no quiere que a su hija le toquen ni un solo pelo de la cabeza. A decir verdad, le hubiera dado un puñetazo en la nariz en cuanto le vi salir del ascensor, pero ya eres una chica prácticamente adulta y he estado ausente demasiados años de tu vida como para que te sermonee sobre lo que está bien y lo que está mal.

—Pero…

—Pero te pido que evites ciertos actos en público. Ya sabes que en Turquía las muestras de cariño en público no son bien vistas y menos cuando eres la hija de uno de los hombres más conocidos del país. Sabes que te persiguen para conseguir una exclusiva, sabes que te miran

cuando pasas por las calles, sabes que te buscan todos los días y a todas horas y lo siento de verdad, siento que tu vida haya cambiado tanto y siento no poder ofrecerte una vida más tranquila porque mi vida no lo es. Ser conocido es la consecuencia del éxito de nuestra compañía, no lo he podido evitar a pesar de llevar mis asuntos personales con máxima discreción.

No era exactamente un sermón ni siquiera podría considerarlo una bronca propiamente dicha. Sentí sus palabras como un consejo, quizá el primero que me daba desde que vivíamos juntos.

—Lo siento, papá. No volverá a suceder.

—De eso estoy seguro. Ya he hablado con Yusuf.

Me invadió una ola de terror. No podía causarle más problemas a Yusuf. Me horrorizaba la idea de que perdiera su trabajo por mi culpa. Al final en vez de quererme me terminaría odiando.

—¡No le despidas, por favor! —le rogué dispuesta a hacerlo las veces que hiciera falta.

—¿Quién ha dicho que lo voy a despedir? —Noté cómo el coche disminuía la velocidad y mi padre me miraba de reojo—. Yusuf es un muchacho muy capaz, válido e inteligente. Es fiel y honrado, además de que tiene los estudios universitarios para comenzar su carrera en nuestra compañía.

Mi corazón volvió a latir a un ritmo más pausado cuando escuché la opinión (y sobre todo, la intención) que mi padre tenía sobre Yusuf.

—Es un chico que nos puede aportar mucho si lo hace bien y yo confío en que lo haga, siempre que se centre en su carrera y no en ti.

—Papá…

—Mira, hija, no hace falta que te diga que este muchacho está loco por ti, pero su amor le desconcentra demasiado, pierde los cabales cuando está cerca de ti. Y eso, desde mi visión de padre, no me interesa.

—No entiendo a dónde quieres llegar. ¿Es un problema que me quiera?

—Ahora sí, cariño. Y para ti, también lo es.

—¡No se te ocurra hablar por mí! —No, no, no, eran esos los motivos por los que había perdido tantos años a su lado—. Esa es la visión de ti que todavía no he podido perdonar. Renunciaste a mí y a mamá por tu carrera profesional y ahora te escucho y no doy crédito a tus palaras. Siento que no estás arrepentido y que lo volverías a hacer si te dejaran retroceder.

—Hiranur, por Dios, no malinterpretes mis palabras, cielo. Ya te he dicho que puedes tener una relación con Yusuf pero te pido, por favor, que no sea un freno en tu carrera. Quiero que viajes, que estudies en el extranjero, que te formes para ser una mujer válida por ti misma. Eso es lo que quiero. Que seas la mejor en lo que te propongas. Eres demasiado joven como para atarte a alguien.

—¿Eso es lo que le has dicho a Yusuf?, ¿que siga adelante sin mí?

—En absoluto, cariño. Le he dicho que no me importa que te quiera, pero que, por favor, no te frene ahora. Si vuestro amor tiene una buena raíz, aguantará.

—¿Igual que aguantó el tuyo con mamá? —dije de forma sarcástica. Sabía a la perfección que mi madre sí le amó hasta su último suspiro. De hecho, tengo una base muy válida para pensar que estar sin él la fue carcomiendo poco a poco, igual que pasa con los gusanos en la madera, agujeros diminutos que con el tiempo pasan a ser más grandes y finalmente, se destruye.

Negó con la cabeza, pero sin defenderse. Sabía que en cierto modo tenía razón. Sé que él la amó, algo en lo más profundo de mí lo sabe, lo siente, pero no fue tan grande como para poder decidir con los ojos cerrados. Y todas las decisiones tienen unas consecuencias que, sean grandes o pequeñas, hay que afrontarlas.

La conversación había finalizado. Tanto por su parte como por la mía, no teníamos más que decirnos. Se me quedó una sensación agridulce el resto de la tarde, pero intenté concentrarme en mi futura cita, de hecho, por muy extraño que sonara, mi primera cita. Es extraño, sí, pero era la verdad. Había tenido intentos de lo que se podría considerar una sencilla cita, pero no había llegado más lejos que un paseo con un simple roce de manos o un beso inocente.

Cuando llegamos a casa ya comenzaba a oscurecer. Tenía solo media hora para arreglarme antes de que apareciera Yusuf. Elegí varios vestidos del armario y los dejé encima de la cama. No es que tuviera una gran variedad, pero a lo largo de esas semanas en Estambul había ido de compras varias veces con las chicas. A ellas les encantaba ir de compras, a mí me aburría soberanamente. No me gustaban las muchedumbres, ni las colas, ni perder el tiempo probándome vestidos.

No sabía exactamente cuál era el plan de la noche por lo que decidí ponerme un vestido más bien discreto. También me agobiaba el hecho de vestirme de forma inapropiada puesto que quizá él tenía pensado en llevarme a comer un bocadillo a las orillas del Bósforo.

Quise ir a lo seguro y me enfundé un vestido azul claro de seda suave. Era favorecedor y no llamaría la atención en ningún ambiente. Me miré en el espejo y me gustó la imagen que veía. Sobre todo, porque me sentía feliz e ilusionada.

El pelo lo recogí en una sencilla trenza y disminuí las ojeras con una fina base de maquillaje. Realmente mi aspecto era más bien el de una chica buena y no el de la que quería perder la virginidad. Dudé otra vez sobre mi vestido, pero ya no tenía tiempo, por lo que elegí unas sandalias plateadas de tacón y un bolso pequeño a juego. Solo me cabría el móvil y las llaves de casa.

Bajé corriendo hasta la recepción y me encontré con Yusuf hablando con Adem. Parecía relajado y estaba espectacularmente guapo. Llevaba una camisa blanca y unos tejanos azul marino. Las bambas Nike azules le combinaban a la perfección con el color de los vaqueros. Literalmente, mis pulmones dejaron de funcionar y mi corazón palpitaba a un ritmo desbordado.

—Estás muy guapa, Hiranur —dijo Yusuf cuando se dio cuenta de mi presencia.

—Sí, estás preciosa —dijo Adem mientras me daba un repaso desde la cabeza a los pies.

—Gracias —dije con un hilo de voz—. Adem, ¿podrías decirle a mi padre que he salido a cenar, por favor?

—Por supuesto, princesa. Disfrutad de la cena.

Yusuf me cogió el codo con cuidado y me llevó hacia donde estaba el coche de la familia.

—¿Vamos a coger el coche de mi padre? ¿A él no le importa?

—¿Por qué iba a importarle? Ya soy prácticamente de la familia —dijo sonriente mientras me guiñaba un ojo.

Mi corazón necesitó un empujón para volver a palpitar. Sonreí como si fuera una chiquilla que sabe que la van a besar por primera vez.

La expresión de Yusuf cambió y se volvió más seria. Al revés que la mayoría de la gente, a mí me gustaba más su rostro cuando estaba serio, cuando no sonreía, ni siquiera cuando no levantaba la comisura del labio.

—Él me lo ha ofrecido cuando le he dicho esta tarde que quería invitarte a cenar. Te adora, Hiranur. No tengas ninguna duda.

Recordé la dura conversación que había tenido con mi padre volviendo a casa desde la oficina. Recordé su intención de no mezclarse ni oponerse a mis sentimientos ni a mi relación, pero al mismo tiempo resonó en mi mente su desafortunado consejo de labrarme un futuro sin él, por lo menos por ahora. Lo dijo como si él lo creyera de verdad, como si yo no pudiera tener un

futuro brillante si mi corazón está cegado y distraído en otra cosa o en otra persona.

Me obligué a borrar esas palabras de mi mente (por lo menos esta noche) y disfrutar de mi momento con el hombre más sexi de todo Estambul o de toda Turquía o del mundo entero, más bien.

—Me encanta tu sonrisa. —Yusuf alargó el brazo y con el dedo índice me acarició los labios. Dejé de respirar porque los pulmones me volvieron a fallar.

—Entonces, ¿vamos a ir a cenar? —Yusuf y yo nunca habíamos tenido un momento normal desde que nos conocimos. Siempre discutíamos, nos habíamos evitado, perseguido y nos habíamos besado. Todo de forma explosiva, agotadora.

Quizá era el momento de que las cosas cambiaran.

—Eso es lo que le he dicho a tu padre y eso es lo que haremos cuando te subas al coche. —Yusuf abrió la puerta del copiloto y me ayudó a subir acariciándome la cadera. El vestido tenía una tela tan fina que podía notar el calor de su palma en mi costado. Sentí que me ruborizaba. Era inevitable. Una caricia suya era suficiente para que comenzara a lubricar.

Yusuf conducía atento a la carretera, pero de vez en cuando notaba cómo su mirada se desviaba hacia mi rostro, hacia mi cuello, e incluso hacia mis pechos. Y es que quizá el vestido no era tan discreto como yo creía. Tenía un escote de pico que dejaba al descubierto gran parte de mi pecho y la tela era escurridiza, tanto, que la tenía que empujar hacia las rodillas siempre que Yusuf daba un frenazo.

—Estás impresionante.

—Es un vestido sencillo. No sabía qué ponerme. Una cita abarca muchas cosas…

—¿Estás nerviosa? —Sí, por supuesto que sí. Estaba aterrada. Quizá no cumplía sus expectativas. Un millón de dudas eran las causantes de que mis piernas temblaran.

—No estoy acostumbrada a salir con nadie. Ni siquiera en España tenía citas.

Me miró y ladeó la cabeza.

—Entonces relájate y piensa en disfrutar. Ya es hora de que conozcas Estambul y espero que llegues a amarla tanto como yo.

—Espero lo mismo de ti cuando conozcas Barcelona. Es una ciudad preciosa, con mucha historia, tenemos mar, montaña, y el mejor templo del mundo, la Sagrada Familia.

Cada uno hablaba de su ciudad con entusiasmo, como si fuera un concurso en el que había que demostrar cuál era la ciudad más bonita y apropiada para comenzar una vida en común.

Yusuf aparcó delante de un pequeño restaurante que estaba situado a pie de calle. Las mesas eran de madera, pequeñas y forradas con unos manteles a cuadros rojos. Encima de cada mesa había una rosa, también roja, dentro de un jarrón blanco. Solo había una mesa libre, la que estaba más cerca de la orilla del Bósforo.

—Oh, me encanta este lugar. Nadie me ha había traído aquí antes.

Yusuf negó con la cabeza.

—Poca gente lo conoce. Además de ser un sitio precioso, hacen los mejores kebabs del mundo.

Sin darme cuenta, como si hubiera sido un acto impulsivo, le cogí la mano a Yusuf y comencé a caminar hacia la mesa que di por hecho que había reservado.

Nos sentamos el uno frente al otro. La mesa era tan pequeña que sentía cómo sus rodillas rozaban las mías por debajo de la madera. Si hubiera podido, me hubiera gustado congelar el tiempo. Quería disfrutar de ese momento sin que pasara. Todo era perfecto. Un lugar precioso, unas vistas maravillosas y un hombre guapísimo que me miraba embelesado. ¿Qué más se podía pedir?

—¿Lo mismo de siempre, amigo? —dijo uno de los empleados que caminaban entre las mesas.

—Sí, por favor. Le he dicho a la señorita que aquí preparáis los mejores kebabs de la ciudad.

Yusuf estiró la mano y alcanzó la mía. Comenzó acariciándome los dedos, uno a uno hasta que entrelazó los suyos con los míos.

—Entonces, ¿sigues con la idea de marcharte a Barcelona? Quizá te puedo convencer para quedarte unos meses más, o un año más, o toda la vida.

—Sabías que me marcharía desde un principio, Yusuf.

—Sí, pero no sabía que me enamoraría de ti. —No pude responder porque desenredó sus dedos de mi mano, la hundió en mi pelo y apretó sus labios contra los míos. Me mordió el labio inferior y sentí cómo el calor se aposentaba en mis entrañas. Quería más, mucho más.

Justo entonces apareció el camarero con los dos kebabs cubiertos en papel de aluminio. Gruñí ante la idea de separarme de sus labios.

—Después te comeré a ti —dijo de forma socarrona pero no pude evitar sonrojarme—. Espero que te guste —dijo comenzando a liberar el bocadillo del papel.

No dejó de mirarme durante toda la cena, en cada mordisco desviaba la mirada hacia mis labios, masticaba con cuidado, de forma delicada, sin prisas.

No pude terminarme el kebab. Yusuf había elegido el más completo en verduras, salsas y dos tipos de carne.

—Creo que no podré con todo —dije mientras le ofrecía el resto de mi kebab. Él rozó mis manos cuando aceptó la parte de pan y de carne que me había sobrado. No pude evitar estremecerme.

Se terminó mi kebab en dos bocados, se levantó, puso varias libras turcas encima de la mesa y después de rodear la mesa me cogió de la mano y me dijo que le siguiera.

—¿A dónde vamos ahora? —dije sonriente.

—Ya lo verás, Hiranur. —Oh, por Dios, me encantaba cómo sonaba mi nombre entre sus labios.

Asentí y le agarré con más fuerza su mano. Hubiera ido al fin del mundo si en ese momento me lo hubiera pedido.

Él me hacía feliz. No es que no lo fuera antes de morir mamá, pero después de perderla se había creado a mi alrededor una nube de tristeza que Yusuf había disuelto. Tenía las cosas claras respecto a mis sentimientos hacia él, le quería, estaba enamorada de Yusuf Kaya y él me correspondía, pero lo cierto es que quería volver a casa, a Barcelona, y si fuera posible, con él. Estaba convencida que le gustaría mi ciudad, los parques, las plazas, las calles amplias, el puerto, todo en general. Debía de cerrar por mí misma ese capítulo de mi vida que dejé en Barcelona, si volvía a Estambul, lo debía de hacer porque lo quería, y no porque me habían obligado.

La vida comenzaba de nuevo a sonreírme, pero había un detalle importante que debía resolver: ¿Estaba dispuesta a marcharme a pesar de todo?

Sí, la respuesta era sí. Estaba dispuesta a marcharme y no para comenzar una nueva vida, sino para terminar la que tenía. ¡Cómo podía explicárselo a Yusuf sin que él pensara que lo estaba abandonando?

Me aterra que piense que mi amor por él no es suficiente como para renunciar a mi vida en Barcelona o, peor aún, que él es un mero capricho para mí. Porque no era cierto, él para mí es la razón principal por la que dudo sobre mi decisión de marcharme, por la que dudo en cada paso que doy.

Me obligué a dejar de pensar en lo que pasaría mañana, ahora estaba allí, con él, a solas y

caminando por un sendero que había detrás del restaurante. Era un camino estrecho, de tierra. Yusuf parecía decidido, fijaba la vista enfrente dejándome ver con claridad un perfil perfecto. Tenía la nariz grande, digna de un turco de pura raza, pero me encantaba. Añadía un rasgo más a su fuerte personalidad. Dios, qué guapo era. O llegábamos pronto al lugar en donde quería llevarme o lo tiraría al suelo allí mismo y a horcajadas le haría el amor.

—¿En qué piensas, Hiranur? —Si vuelve a pronunciar mi nombre, no respondo de mis actos —. Estás sonriendo e incluso podría decir que tienes las mejillas sonrojadas.

—En ti, en nosotros… en cómo es posible, después de tantas discusiones, que estemos aquí, los dos, cogidos de la mano…

—Siempre he creído en el destino, en que cada persona tiene esa media naranja que encaja a la perfección con uno mismo. Solo hay que encontrarla y no todo el mundo tiene esa suerte.

—¿Crees que soy tu media naranja, señor Kaya? —dije esforzándome en regalarle una sonrisa que podría frenar el mundo.

—Absolutamente, señorita Yildirim.

36

HIRANUR

La vista era tan espectacular que perdí el habla por unos minutos. Después de caminar durante más de veinte minutos, apareció ante nosotros un pequeño lago natural en donde solo se podía apreciar varios patos nadando de forma calmada, dejando una onda tras de sí.

La luna llena también hacía su trabajo para que la visión fuera todavía más perfecta. Nos ofrecía una luz natural que quedaba reflejada en el agua.

—Yusuf… es precioso —dije sin disimular mi asombro.

—Sabía que te gustaría. Es un lugar perfecto para darse un chapuzón en verano y nadie, exceptuando los vecinos de esta zona, lo conocen, por lo que estamos solos.

Esas palabras me hicieron temblar. Sus ojos se le iluminaron justo al pronunciarlas. Me cogió de la mano y comenzó a acariciarme los dedos.

—No había traído a ninguna mujer aquí, ni siquiera a mis amigos. Es mi rincón secreto. Todo el mundo debería tener uno, ¿no crees? —En algún momento, él había dejado de mirar al lago y se puso enfrente de mí. Inclinó su cabeza y rozó sus labios con los míos. Si no me moría allí mismo, podía asegurarme una vida larga.

Sonreí.

—Por supuesto.

Me atrajo hacia sus brazos y volvió a besarme, pero esta vez lo hizo de forma mucho más apasionada. Sus manos agarraron mi rostro y me acercó más a él. Sentía la calidez de su piel en la fina tela de mi vestido. Tuve que concentrarme para no desfallecer porque sentía cómo me derretía igual que si fuera un helado al aire libre en pleno agosto.

Yusuf me volvió a coger de la mano y me hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera.

—Quítate las sandalias. Podemos sumergir un rato los pies en el agua.

Claro, sí, por supuesto… ¡perfecto!

Cualquier respuesta afirmativa era válida, pero estaba tan nerviosa que solo pude asentir, eso sí, varias veces, como si fuera una niña a punto de conseguir un premio.

Yusuf soltó una risa cuando vio mi reacción y, sin permiso, me agarró por la cintura y volvió a besarme una y otra vez, de forma suave, escuchaba cómo inhalaba el perfume de mi piel.

—Eres muy cariñoso. —Santo cielo, menuda tontería acababa de soltar. ¿Por qué no era capaz de disfrutar del momento sin sentirme aterrada?

—No sabes cuánto… ¿nos bañamos? —dijo de repente.

No, no, no… ¿eso significa desnudarnos?

Antes de que respondiera, Yusuf ya se había quitado la camisa y los pantalones. Llevaba unos calzoncillos de tela, amplios (menos mal, odio los bóxeres) y se acercó al agua, espantando a una pequeña manada de patos medio adormilados.

—Claro… —Ay Dios, ¿he dicho claro?

En un abrir y cerrar de ojos, Yusuf ya se había metido en el pequeño lago y comenzó a nadar alejándose varios metros de mí.

Ahora es mi momento, decidí. Me quité el vestido como si fuera una camiseta, y las sandalias

las arrastré con mi mano sin desabrocharlas. Tenía pocos minutos antes de que él se diera la vuelta y me encontrara en ropa interior muerta de vergüenza.

Comencé a caminar hacia el agua y, dejando de lado el frío que comenzaba a sentir en mis piernas, me zambullí de un salto.

Yusuf comenzó a acercarse a mí, nadando de espaldas.

—Eres más valiente de lo que creía —dijo cuando estuvo a mi lado. Comenzó a acariciarme la mejilla con varios dedos de su mano—. Es peligroso, princesa…

—Que yo sepa este no es el lago Ness —dije de forma graciosilla. Algo tenía que soltar si no quería ahogarme de forma inmediata.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Noté cómo su mano se deslizaba bajo el agua y agarraba mi cintura. Me atrajo hacia él mientras comenzaba a besarme otra vez, con más rapidez, con más angustia, como si fuera su última oportunidad.

Notaba la calidez de su piel bajo el agua y sus caricias en mis nalgas, ahuecando su mano en mi culo. Comenzó a acariciar mi espalda hasta llegar al cierre del sujetador. Lo desabrochó como si fuera un experto en ello. En menos de un segundo me vi aplastando mis pechos con su cuerpo.

—No te puedes ni imaginar las veces que he soñado con esto, quería verte desnuda… eres tan bonita, Hiranur. —Hundió la cabeza en mi cuello mientras me besaba la clavícula con cuidado, con ternura. Me trataba como si fuera una pieza de marfil delicada. Añoraba esa pasión que me había demostrado en el coche por lo que llevé mi mano hacia sus calzoncillos, pegados a su piel y encontré la dureza que buscaba.

Dejó de besarme por un momento cuando sintió su mano acariciando sus partes más íntimas, su erección era potente, fuerte y extremadamente tentadora. Mi palma se ajustó a su pene a la perfección y comencé a acariciarle con cuidado.

Gimió bajo el agua, se bajó el calzoncillo dejando la tela en algún lugar del lago. Al segundo hizo lo mismo con mis bragas. Había perdido en dos minutos toda mi ropa interior y me encontraba totalmente desnuda frente a él.

Me besó de nuevo y me estremecí.

—Hiranur, no podré frenarme, esta vez no… ¿estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí —respondí convencida. Había perdido de forma completa el pudor que me había acompañado durante toda mi vida. Me sentía libre, excitada, segura. Necesitaba que me tocara mis pezones rosados que se habían estremecido tanto por el frío de la humedad como por sus caricias. No dejaba de acariciarme con cuidado. Era una mezcla de caricias y besos que me provocaban un placer exquisito. Me besó entre los pechos para terminar mordiéndome los duros pezones.

Gemí sin control. Dios mío, no me creía capaz de controlarme mucho más. Abrí las piernas y con ellas le abracé la cintura. Él bajó el brazo y comenzó a acariciarme el clítoris. Literalmente vi las estrellas.

—No… no podré aguantarme.

—Quiero prolongar el momento todo lo que pueda. No quiero que tu primera vez sea de forma rápida. Te mereces mucho más, quiero penetrarte despacio, con cuidado…

Yusuf comenzó a acariciarme más rápido e introdujo uno de sus dedos dentro de mí. Sentí un calambre de placer y me acerqué más a su cuerpo cogiéndole del cuello. Dos segundos más tarde, sentí que ese dedo se convertía en dos, en tres… la presión era más grande, más intensa.

—No aguanto más, he de entrar, no puedo controlarme más, princesa…

Levanté la vista y vi que me miraba seriamente. Fascinado, excitado.

Seguía haciendo círculos en mi clítoris sin parar, cada vez más rápido. Era una puta locura. O

me penetraba o me corría en pocos segundos.

—Yusuf —gemí mientras arqueaba la espalda. Él me agarró la cintura y me ayudó a bajar los centímetros que me separaban de su erección. Sentía que mi clítoris se endurecía cuando noté cómo su polla quería abrirse paso hacia mi interior.

Me agarré a su cadera con fuerza, con determinación. Me sentía hambrienta, necesitada y desesperada.

Comenzó a realizar leves embestidas. Empujó hacia dentro con su cadera ayudándose al mismo tiempo con las manos que seguían agarrando mi cadera con fuerza. Empujó hacia dentro con un doloroso envite, firme y decidido. Mis gemidos eran cada vez más fuertes, más sonoros, que se unieron con los suyos en cada profundo empujón.

—Dios mío —dijo—. Nunca me he corrido así… eres maravillosa.

Yo seguía sin respiración y con el corazón acelerado. Había sentido verdaderos calambres por todo el cuerpo, placenteros, excitantes. Había sido increíble.

Le besé en los labios y él me hundió la lengua en la boca. Aún seguía dentro de mí.

—Si sigues besándome así, volveré a comenzar —dijo agarrándome con fuerza las nalgas y apretándome en su interior—. ¿Estás bien?

—Imagínate cómo me siento que estoy loca por volver a comenzar…

Al mirarle comprendí que él sentía lo mismo, que había una conexión entre los dos indestructible, éramos perfectos el uno para el otro.

—Si sigues dentro de mí, volveré a correrme. Me siento…

—Puedo follarte otra vez. Salgamos del agua y volveré a penetrarte hasta que sienta tus espasmos dentro de mí. Quiero que seas de nuevo mía, quiero penetrarte de nuevo, y esta vez, sabiendo que no es la primera, lo haré de forma más intensa, más fuerte.

Mi corazón martilleaba solo de pensar en esa idea. Seguía con mis piernas en su cintura, sintiendo breves escalofríos por sus palabras, por el roce de su erección que volvía a recuperarse para volver a comenzar.

Yusuf me cogió en brazos y me llevó hacia la orilla del lago. Nos estiramos en la orilla en donde había una zona de hierba húmeda.

—Estás temblando…

—No por el frío —dije de forma descarada mientras me ponía a horcajadas sobre su cintura —. Quiero volverlo a sentir, quiero que me lo hagas otra vez.

No tuve que decir nada más. Yusuf comenzó a penetrarme de forma intensa, acelerada, como si quisiera arrancarme un orgasmo antes de que él disfrutara del suyo.

—No puedo, no puedo… aguantar más. —Mi orgasmo fue un estallido de pasión que me dejó sin respiración. Me desplomé encima de su cuerpo sin mover ni un músculo. Estaba agotada, exhausta.

—Ha sido muy intenso.

—Llevaba demasiado tiempo deseando hacerte mía… quizá la pasión me ha desbordado.

—Para nada… ha sido increíble.

—Hiranur… —Sus dedos comenzaron a acariciarme el cuello y se acercó hacia mí, como si quisiera confesarme algo que nadie debía escuchar—. No quiero terminar aquí… no quiero que esta sea nuestra primera y última cita. Te necesito, Hiranur… conectamos desde el primer día, aunque no lo supimos ver, sentimos una química extraordinaria, dejando de lado lo pasional o lo físico.

Sabía a lo que se refería. Nuestra relación no era un capricho de una noche, o de un buen polvo, de un momento increíble. Era algo más, era el hombre que me dejaba sin respiración con

solo mirarme, era el único hombre que había dejado que llegara hasta el final porque sabía que debía de ser él, solamente él.

—Nunca me había sentido tan cerca de nadie, tan conectado mental y físicamente con una mujer. Sé que eres tú con la que quiero pasar el resto de mi vida o por lo menos, déjame intentarlo, déjame convencerte de que te haré feliz. No te vayas, cariño…

37

YUSUF

Nada había salido mal, nada se había torcido, todo había sucedido incluso mejor de lo que había soñado, deseado o planificado. Entonces, ¿por qué me evitaba? Su actitud me estaba volviendo loco, necesitaba una respuesta y no una cualquiera, porque no me serviría, no me la creería.

Ella había disfrutado de nuestra cena (disfrutó más que yo del kebab), de nuestro momento íntimo en el lago, de nuestras miradas y de nuestras confesiones tanto como yo. Sí que es verdad que estuvo más callada de lo normal. De hecho, cuando le confesé de nuevo que la quería y le rogué que se planteara un futuro diferente, no me respondió. Me dedicó una de esas sonrisas que tiene tan maravillosas y en ese momento estaba tan nublado por lo que había pasado que no le di importancia y quizá lo debería de haber hecho.

Llevaba cinco días deambulando por la oficina, igual que un alma en pena, sin poder centrarme en los más de quince expedientes que aguardaban encima de mi mesa. Trabajar en Yildirim Deniz era la oportunidad de mi vida, lo que siempre había deseado y ahora que tenía la oportunidad para demostrarle a Ömer Yildirim el potencial que creía seriamente que tenía, no podía pensar en otra cosa que en su hija.

—¿Te has leído el expediente que te he dejado esta mañana encima de la mesa? —Parpadeé antes de centrarme en las carpetas azules que tenía encima de la mesa… sin abrir. Mi compañero, apoyado en la puerta de mi despacho, me miraba con atención y con las cejas arqueadas esperando una respuesta.

—Estoy en ello… —dije mientras intentaba recordar cuál era el que él me había dejado.

Cuando mi compañero desapareció de mi vista, suspiré agobiado e intenté concentrarme en el trabajo. No podía perder ni un minuto más. Muchos de mis compañeros tenían un expediente mejor que el mío, sin contar la experiencia que habían tenido en otros bufetes. Sabía que Ömer podía reemplazarme sin pestañear por lo que, o me ponía las pilas, o estaría en la calle en un par de días. El señor Yildirim me había dado una oportunidad que no podía despreciar y de verdad que lo sabía, pero no contaba con estar tan jodido por su hija. Pasé de la plenitud a la exasperación en solo cuatro días.

Conseguí, con mucho esfuerzo, leerme todos los expedientes y hacer un breve resumen de cada uno de ellos. Los guardé cada uno en su carpeta y decidí enviarlos a primera hora, después de una breve corrección.

Disfrutaba con el trabajo, me gustaba más de lo que creía y eso que todavía no había comenzado con las vistas que, estoy convencido, sería lo más divertido.

Eran casi las diez de la noche cuando me levanté de la dura e incómoda silla de mi oficina. Me dolían los riñones y la espalda. Llevaba demasiadas horas sentado en la misma posición intentando no pensar en nada más que en los procedimientos que me habían asignado. Por supuesto, todo eran marrones, los expedientes que nadie quería. Debía de solucionar una crisis tras otra por culpa de la escasez de barcos disponibles.

Apagué el ordenador, ordené la montaña de papeles y recuperé el teléfono que había dejado

horas atrás dentro de un cajón. Mi nivel de concentración mejoraba si no tenía el móvil vibrando cada dos por tres al lado del teclado por lo que había decidido, desde el primer día, dejarlo fuera de mi vista.

Leí en diagonal los cientos de wasaps que me habían llegado de parte de mi madre, de mi hermana, de Adem e incluso de la señora Acri, que me pedía o más bien me rogaba que siguiera siendo su chofer en mis ratos libres. Desde que había comenzado a trabajar en Yildirim Deniz no había podido disfrutar de ningún rato libre, como ella lo había llamado. Entraba a las ocho en punto de la mañana, comía en quince minutos un simple bocadillo que me preparaba mientras desayunaba en casa y salía a las diez de la noche, como muy pronto. ¿Y quería que dedicara el poco tiempo libre que me quedaba a ser su chofer? Ni siquiera me molesté a contestarle.

Revisé el resto de mensajes y no había ninguno de Hiranur. La situación ya estaba pasando de castaño oscuro. Desde la noche en que estuvimos juntos le había enviado tropecientos wasaps, comenzando con un montón de frases cursis en las que por supuesto no me olvidaba del corazoncito y terminando con un ¿estás bien?, ¿ha sucedido algo que no sepa?, ¿te molestó algo de mi comportamiento?

Literalmente estaba desesperado y bastante cabreado, la verdad. Y no solamente porque me dejara en visto los mensajes, que también, sino porque estaba siendo una cobarde. Ni siquiera era capaz de decirme a la cara que se arrepentía de lo que había ocurrido, que era obvio que sí, o que simplemente no quería mantener una relación conmigo, que lo respetaría, aunque me partiera el corazón. ¡Pero que me dijera algo, por Dios!

Guardé el teléfono en el bolsillo y me dispuse a zanjar el asunto igual que había hecho con los quince expedientes. No esperaría ni un día más. Cogí el teléfono fijo y le dije a la recepcionista que hacía turno de noche que me llamara a un taxi. No quería perder ni un minuto.

El taxi me esperaba en la puerta cuando crucé el umbral. No me lo pensé y directamente di la dirección de la mansión Yildirim. Cogí de nuevo el teléfono para enviarle un mensaje de aviso de que en quince minutos estaría en su casa, pero descarté esa opción tan rápido como me vino a la cabeza. Si ella sabía que iba, haría lo posible por desaparecer antes de que yo llegara y eso sí que no. Un día más así no lo podría aguantar.

A quien sí llamé fue a Adem. Como siempre, me cogió el móvil a la primera.

—Debe de ser importante para que me llames a estas horas…

—Muy importante —dije resaltando la primera palabra—. ¿Se encuentra Hiranur en casa?

—Juraría que sí. De hecho, lleva toda la semana bastante encerrada. Va del instituto a casa y de casa al instituto. Poco más.

—Perfecto. Vigila que no salga, por favor… necesito hablar con ella.

—¿No me habías dicho que la supercita había ido fenomenal?

—Sí, ha ido fenomenal. ¡Lo que no entiendo es qué coño le pasa ahora conmigo!

—Quizá no tiene nada que ver contigo, Yusuf. Mejor que te calmes antes de que te encuentres con ella. No la vayas a cagar porque esta chica te gusta y te gusta de verdad.

El consejo de Adem me hizo reflexionar. Quizá, Hiranur había tenido un problema que nada tenía que ver conmigo… pero, entonces, ¿por qué de nuevo esta actitud? Me sacaba de quicio esta manera de comportarse de ahora te quiero, ahora te odio.

Ya no era un adolescente y, a pesar de la conversación que tuve con su padre después de la escena del ascensor, en la que me dijo prácticamente o mi hija o el trabajo, estaba muy dispuesto a darlo todo por ella. Me había costado una vida encontrar a alguien que me hiciera sentir tan vivo, joder, y ahora no lo quería dejar pasar si ella estaba dispuesta a luchar por mí. No quiero decir, porque mentiría, que mi trabajo me importa una mierda, porque no es así, todo lo

contrario, me gusta y creo que lo hago bien y lo puedo hacer mejor, pero estoy locamente enamorado de Hiranur y, sin ella, nada tiene sentido.

Cuando el taxi llegó a la mansión, me dejó en la puerta de la calle en donde Adem ya me estaba esperando para dejarme entrar.

—Cálmate antes de entrar. Te van a saltar los ojos de la cara si no te relajas.

—Estoy calmado, Adem. Déjame pasar, por favor.

—Tiene la luz de su cuarto encendida, por lo que debe estar despierta. Entra por allí.

Adem me señaló la pequeña entrada lateral de la fachada. Desde allí tenía acceso directo a la cocina y al pasillo que daba a las habitaciones de los niños. Sabía cuál era la suya desde el día en que la acompañé al concierto con el imbécil de su primo. Negué con la cabeza para olvidarme de ese día, bueno, o parte de él.

Entré de la forma más silenciosa que pude, a pesar de saber que las alarmas no estaban conectadas. Había trabajado en esa mansión durante tres largos años por lo que sabía perfectamente cuál era el protocolo que seguir. Aun así, intenté que nadie me escuchara. Lo último que me faltaba era encontrarme a alguno de esos granujillas merodeando por allí o mucho peor, al propio señor Ömer.

Me quité los zapatos y caminé casi de puntillas por el pasillo hasta encontrar la puerta de su habitación. Estaba totalmente cerrada. Tuve un momento de vacilación respecto a picar o no la puerta. Finalmente no lo hice, la empujé sin anunciar mi presencia.

No existen palabras para describir lo que mis ojos contemplaban como platos. Enfrente de mí tenía a la criatura más espectacular que Dios había creado. Hiranur estaba de pie, enfrente del armario, simplemente vestida con un camisón que rozaba la indecencia. Era tan corto que podía verse con claridad parte de sus nalgas y se aguantaba por los hombros con un simple tirante que parecía un hilo de algodón.

Me quedé sin habla. Todo lo que me había propuesto decirle, todo lo que había pensado, estudiado, repetido durante ese puto día, lo había olvidado. Solo veía a la mujer más bonita del mundo y ella solo me miraba a mí.

—¿Qué… qué… qué haces aquí? —dijo mostrándose inquieta,

La había escuchado, todavía no había perdido ese sentido, pero puedo decir, con plena seguridad, que era de los pocos que todavía me funcionaban con normalidad.

No podía dejar de mirarla. Su imagen era demasiado tentadora, demasiado sobrenatural, demasiado para mí. Quizá me había hecho demasiadas ilusiones. Ya lo dije en su momento, que Hiranur Yildirim era un Ferrari para mí, algo que solo puedo contemplar sin tener.

—He venido a pedirte una explicación, pero ahora mismo me he dado cuenta de que no tienes por qué dármela. ¿Quién es Yusuf Kaya para pedir a Hiranur Yildirim una explicación del porqué de su comportamiento? Tu posición frente a mí te permite hacer lo que quieras. He sido yo que me he permitido soñar con algo imposible y lo más jodido de esta historia es que no quería despertarme.

—Yusuf…

—No, tranquila. No hace falta que te justifiques, si es que aquí el problema es solo mío… ¿sabes? —dije acercándome un par de pasos hacia ella—. A pesar de todo, de que me hundiré en la miseria por ti, en que mi corazón dejará de latir cuando salga de esta habitación, no me arrepiento de nada, de nada en absoluto.

El discurso inicial de un Yusuf cabreado, pasó a ser una puta declaración de amor, pero de un verdadero tonto que no había sido inteligente por una vez, que por primera vez había hecho caso a su corazón sin pensar en las consecuencias a las que me llevaría.

Cerré los ojos por un segundo, era terrible verla allí, delante de mí, casi desnuda, y sin poder hacer nada. El capullo de mi subconsciente, esa parte mala que todo ser humano tiene, me gritaba que la cogiera (sin permiso, por supuesto), la aplastara en la puerta del armario y que la follara hasta que ella me gritara que me quería tanto como yo a ella. Pero siempre ganaba la parte buena de mí, por lo que me obligué a abrir los ojos y a darme la vuelta, pero no pude dar más de tres pasos porque noté un cuerpo minúsculo, enganchado a mi espalda y unos brazos rodeando mi cadera.

—No te vayas… —Sentía el temblor de sus piernas junto a las mías. Sus brazos me apretaban con fuerza y su cabeza estaba apoyada en mis omoplatos.

Bajé la cabeza y vi cómo sus pequeñas y delicadas manos se acariciaban los abdominales. Sentía pequeños espasmos en mis espaldas. Estaba llorando.

Mi cuerpo, como siempre cuando estaba cerca de ella, me jugaba malas pasadas y sentí cómo la sangre corría a mil por hora por las venas que tenía alrededor de mi erección. Cerré los ojos y suspiré. La tenía detrás de mí, con un camisón que me gritaba que se lo arrancara de un solo estirón, mi pene a punto de romperme los calzoncillos y me pedía que me quedase.

No. Si lo hacía no respondía de mis actos.

—Es mejor que lo haga… —dije intentando deshacer el cinturón de brazos suaves y perfectos que me apretaban más con cada segundo que pasaba.

—No… tenemos que hablar —era más una orden que un ruego.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Además, por Dios, Hiranur, estás casi desnuda abrazando mi espalda. No sé cuánto tiempo aguantaré sin quererte hacer el amor en todas las putas esquinas de esta habitación. —Ya me había vuelto a enfadar, joder. Esta mujer era capaz de sacar lo mejor y lo peor de mí.

Sentí que la presión de sus brazos se desvanecía por un momento, pero solo fue unos segundos porque cuando intenté dar un paso hacia adelante, ella volvió a retomar su abrazo y esta vez mucho más fuerte. Incluso sentía sus duros pezones aplastados en mi espalda.

Santo Dios, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

—Suéltame, Hiranur…

—No, solo te soltaré si te quedas un rato aquí conmigo.

—Sabes lo que pasará si me quedo —respondí. Nunca se me había dado bien mentir y no estaba dispuesto a decirle que íbamos a mantener una conversación relajada, estando ella semidesnuda y con los pezones duros como piedras.

Me volví hacia ella. No había contestado a lo que le había dicho.

Hice una pausa, solo para mirarla un rato más, como si fuera la mejor obra de arte de un museo.

—Quiero besarte —dije mientras alzaba las manos y le acariciaba las mejillas y los labios con los pulgares—, pero si lo hago, no podré frenar.

La visión que tenía enfrente de mí era demasiado tentadora como para quedarme quieto a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Pero, en ese instante, sentí que debía elegir entre irme de esa habitación, correr y no volver más, o enviarlo todo a la mierda y hacerla mía allí y ahora.

—Me gusta el rubor de tus mejillas, me gusta cuando te muerdes el labio inferior cuando estás pensativa, me gusta cuando te enfadas, cuando me gritas, cuando te excitas. —Le acaricié los pechos por encima de la tela y sentía cómo los pezones se habían tensado. Me puse tan cerca de ella que sentía el calor que desprendía su cuerpo.

—Quiero que me beses —dijo, mientras se mordía el labio inferior y desviaba la mirada hacia sus pies. No recordaba haberme excitado tan rápido con ninguna otra mujer. Una simple palabra

suya y me tenía comiendo a sus pies.

Le alcé la cabeza para que me mirara e incliné la mía hasta que mis labios rozaron los suyos. Estaba desesperado. Sentía una lucha interna en la que el alma comenzaba a perder la batalla. Quería estar allí, tocarla y follarla hasta dejarla exhausta.

La rodeé con un brazo y presioné su espalda para atraerla hacia mí. Abrí la boca y ella deslizó la lengua en su interior. Una parte de mí, la que había estado sufriendo por pensar que no me amaba, estalló de alivio.

Ella podía decir lo que le diera la gana, pero yo sabía, dentro de mí, que también me quería. No podría ser de otro modo, nadie reacciona así frente a un hombre si no siente lo mismo que él.

Deslicé la mano por su pecho y noté cómo su corazón latía de forma acelerada. Cogí su mano y la acerqué al lado izquierdo de mi pecho. Quería que ella también sintiera en la palma de su mano cómo mi corazón martilleaba desenfrenado.

Nos miramos fijamente. Quería que supiera que no solamente me atraía como mujer, sino que mis sentimientos iban mucho más allá. Quería decirle que, si finalmente decidía estar conmigo, la protegería y cuidaría todos los días de mi vida. La miré como si fuera un galardón que jamás pensé que conseguiría.

Volví a buscar sus labios con desesperación mientras deslizaba mi mano por su cintura hasta llegar al final de la tela del camisón. Introduje mi mano hacia su muslo y le levanté la pierna apretando mi erección contra su vientre.

Sentía cómo el calor que nos unía era cada vez más fuerte, más pasional. Ella gimió en cuanto sintió uno de mis dedos rozando su vientre y bajando hasta sentir el suave bello de su zona más íntima. Estaba tan mojada que, sin presión, pude deslizar dos de mis dedos en su interior. Sus gemidos eran cada vez más fuertes. Supe que tenía que frenar antes de que fuera incapaz.

—¿Quieres que pare? —murmuré en el lóbulo de su oreja.

—No —susurró ahuecando su rostro en mi clavícula.

La toqué hasta que ella estalló. Apoyé la palma de mi mano en sus labios para que frenar sus gemidos. Sabía que sus hermanos estaban en la habitación de al lado y si alguien se percataba de su presencia, era hombre muerto.

—Te has arriesgado demasiado en venir.

—No me cogías el teléfono… ha sido culpa tuya.

—Yusuf… deberíamos hablar —dijo de forma cansada.

—Ahora ya no. Tengo claro lo que sientes por mí, lo sé, tu cuerpo me lo dice por lo que no quiero escuchar ninguna de las estupideces que eres capaz de decirme.

Por un segundo me pregunté qué es lo que iba a pasar al día siguiente. ¿Se quedaría conmigo? Yo seguía estando dispuesto a perder mi trabajo. Encontraría uno nuevo, no me asustaba la idea. ¿Pero nuestro amor era suficiente para ella?

—Sabes que no puedo ofrecerte una vida colmada de lujos como la que te ofrece tu padre, pero creo sinceramente que te puedo hacer muy feliz. Deseo despertarme contigo todos los días, prepararte el desayuno y acostarme de nuevo sabiendo que estarás a mi lado. ¿No es más que suficiente, cariño?

El corazón me retumbaba en el pecho con cada palabra que decía. No podía perderla.

Me aparté para contemplarla. No parecía real con esa ropa.

—Debería ser más que suficiente, Yusuf, pero la realidad es que tienes un nuevo trabajo que no quiero que pierdas por mí.

—¡No lo haré! Y si lo pierdo, buscaré otro. ¿No entiendes que me importa una mierda el trabajo si no puedo tenerte?

—¡Pero a mí sí que me importa! Adem me dijo que siempre habías querido trabajar en Yildirim Deniz, que era tu sueño desde que llegaste a esta familia. No puedes perderlo… sé que mi padre no permitirá que sigas en su compañía si estás conmigo. Déjame marchar, Yusuf.

—¡No! ¡No pienso dejarte marchar!

—¡Piensa en ti por un momento!

—Ya lo hago, Hiranur. Pienso en mí y también en ti. Quiero que estemos juntos y sé que tú también lo quieres. ¿Por qué te resistes tanto, joder?

—¿Crees que es fácil para mí? —Sus ojos comenzaban a humedecerse y quise de nuevo acariciarla, pero no lo hice. Me sentía rechazado a pesar de que dijera que su decisión de marcharse era por mí. ¿Quién le había dado a ella ese poder de decisión sobre lo que era mejor o no para mí?—. Quizá el destino vuelva a unirnos…

—Oh, basta, Hiranur… —Pasé mis manos por mi pelo y acaricié mis sienes para tranquilizarme—. Mira, la última palabra la tienes tú. Recapacita, por favor, piensa con el corazón y olvídate de lo que puede pasar si nos damos una oportunidad.

Hiranur abrió la boca para volverla a cerrar al instante.

—No me pienso rendir, pequeña. El viernes te vendré a buscar y si quieres, podemos volverlo a hablar.

Me dio un beso en la mejilla y después de acariciarnos durante un largo rato me acompañó a la puerta. Debía de marcharme, pero algo dentro de mi corazón me decía, muy claramente, que en cuanto pusiera un pie fuera de esa habitación, la perdería.

38

HIRANUR

Estaba claro que tenía que tomar una decisión, pero no una cualquiera, de las mil que se toman a diario, sino probablemente una de las más importantes de mi vida que no solo me afectaría a mí, sino a todas las personas a las que amaba.

Cuando estaba apoyada en el lado izquierdo de la cama, abrazando la almohada con el brazo derecho y el izquierdo hundido en la suave tela, debía de aplastar el lado romántico de mi cerebro. En esa postura, amorosa y fraternal, tenía una visión clara de mi futuro, con Yusuf, por supuesto, como el principal protagonista de la historia de mi vida. Mi padre también tenía un papel importante en esta visión, cómo no. La relación paternofilial había conseguido llegar a ser lo que nunca fue. Un padre cariñoso, sobreprotector y amable hasta un punto infinito. En esta visión de mi historia perfecta, también jugaban un buen papel mis queridos hermanos. Con el tiempo, los había acabado queriendo. Más bien, los adoraba. Eran un punto de luz allá en donde pasaban, a veces, incluso, he llegado a pensar que conocerlos a ellos ha sido lo mejor de esta historia.

Pero, después de mucho rato pensando en cómo sería esa vida, todo positivo, todo maravilloso, me daba la vuelta y enganchaba mi moflete en el lado derecho de la almohada. En esa postura, comenzaba a pensar en los contras de tomar la decisión final de quedarme en Estambul e intentar estar junto al amor de mi vida, porque eso es lo que era, el único amor que había tenido, la flecha que atraviesa el corazón cuando te enamoras por primera vez y allí se queda para siempre.

Los contras no eran tan numerosos como los pros, pero sí demasiado pujantes como para evadirlos. Que Yusuf perdiera el trabajo le llevaría a una frustración personal que terminaría arañándome el corazón. Comenzaba a conocer bien a Yusuf y sabía que, aunque me perjurara una y otra vez, que su trabajo no era su prioridad (que seguro que cuando lo dijo en ese momento desesperado no lo era) sí que es un sueño que se acababa de hacer realidad, ¿y quién era yo para arrebatarle un deseo cumplido?

Vuelvo al lado izquierdo de la almohada cuando la lágrima de mi ojo derecho corre desenfrenada por mi mejilla hasta chocar con la punta de mi nariz y se precipita hasta mojar la suave tela del cojín.

Bien, vuelvo a pensar en positivo. Lucharemos, encontraremos otro trabajo, cogeremos fuerzas para lidiar contra cualquier incidencia que la vida nos vaya poniendo en el camino, me acostumbraré a Estambul, me acostumbraría a todo siempre que sea junto a él.

Pero la pregunta estrella es, pensé mientras apoyaba toda mi espalda en el colchón y miraba hacia la lámpara de gotas de cristal que colgaba en el techo: ¿Podría soportar la carga de que él perdiera su trabajo por mí? ¿Podría seguir con mis planes de futuro sabiendo que yo era la causante de cerrarle la puerta a un futuro laboral brillante al hombre que amo?

Ömer no había sido claro respecto a sus intenciones frente a Yusuf. Me había dicho que él no se entrometería en mi relación pero que, por favor, no lo distrajera demasiado para que él cumpliera a rajatabla sus obligaciones. Quizá mis miedos distorsionaban en cierto modo la

realidad. Recordé una y otra vez la conversación que mantuve con mi padre en el coche volviendo a casa el día que sucedió la escena del ascensor.

Me habló duro, firme, sin miedo por la posible consecuencia que sus palabras le llevarían, pero debía volver a retomar esa conversación antes de decidir nada. Mañana mismo, cuando me despertara, si es que podía conciliar el sueño de una vez, terminaría la conversación que habíamos dejado, a mi entender, inacabada. Cuando supiera sus verdaderas intenciones, sabría lo que hacer. Sería esa señal que necesitaba para poder tomar la decisión acertada.

Al fin amaneció, después de una noche dando vueltas en el colchón de la cama, agradecí los primeros rayos del sol que dan luz al amanecer.

La falta de descanso me hacía ir más despacio de lo que quería y mi hermano Akin, que había entrado en mi habitación sin permiso, tampoco ayudaba.

—Hiranur, hoy no tienes buena cara. —Como siempre, mi hermano poniendo la directa.

—No he dormido bien. —Contemplé en el espejo del baño unas incipientes ojeras que no las podría disimular ni con un quilo de corrector.

—¿Por qué? —dijo Akin apoyado en la puerta del baño, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Últimamente le gustaba venir todas las mañanas antes de desayunar y mirarme mientras me cambiaba o me maquillaba. Alucinaba que me quitara el pijama sin ningún tipo de aprieto y me quedara en ropa interior delante de él. Yo no le daba importancia a que me viera en sujetador y bragas hasta que él lo soltó como una anécdota divertida en plena cena y su madre me fulminó con la mirada para después echarme un rapapolvo de tres cuartos.

—Tengo algún que otro problemilla… y uno de ellos eres tú —dije dándole un golpecito en la nariz con el dedo índice.

—¿Yo? —dijo expresando cierta angustia—. ¿Y por qué no mi hermano?

—Porque eres tú quien se cuela todas las mañanas en mi habitación para verme en ropa interior, ¿o no es así?

Los mofletes de Akin se convirtieron en dos tomates maduros. Estaba tan ruborizado que tuvo que apartar la vista. Apretó sus labios y arqueó las cejas. No sabía qué decir.

—Pero no sufras, ratoncito, a mí no me importa, mientras no lo vuelvas a soltar en plena cena. Ya ves que a tu madre no le gusta.

—Mi madre es muy rara… no me deja hacer nada ni a Berat tampoco. No podemos traer amigos a casa, nos da de comer verduras tanto por la mañana como por la noche, siempre tenemos que ir acompañados de un guardia de seguridad, que me hace pasar vergüenza y, por supuesto, no puedo mirar a otras chicas.

Me acuclillé enfrente suyo para ponerme a su altura. Sentía pena por mis hermanos. No podían llevar una vida sana y normal. El apellido Yildirim era una carga demasiado pesada para un niño de diez años que lo único que quería era comer galletas con pepitas de chocolate y jugar con sus amigos.

—Tu madre os quiere mucho y quiere lo mejor para vosotros. —Odiaba hablar mal de ninguna madre y Ecrin no iba a ser la primera en criticar a pesar de que el chico tenía razón.

—¿Me llevarías contigo si te fueras a Barcelona de nuevo? Quiero salir de Estambul, Hiranur, quiero irme contigo. ¿Son en tu país todas las chicas tan guapas como tú?

—Son mucho más guapas que yo… y sí, algún día vendré a buscaros a Berat y a ti y os llevaré a ver la ciudad más bonita del mundo.

—Ya estoy en la ciudad más bonita del mundo —dijo muy seriamente. Como buen tuco de pura sangre, le costaba admitir que había un mundo precioso fuera de las paredes de Turquía.

—Está bien, pues la segunda más bonita del mundo.

Akin aceptó la respuesta orgulloso y después de inclinarse para darme un beso, se marchó de la habitación.

Me di una ducha rápida y después de arreglarme, me fui corriendo hacia la biblioteca. Sabía que Ömer se tomaba allí el primer café de la mañana, antes de irse a Yildirim Deniz.

No me había equivocado. Cuando piqué la puerta con los nudillos, escuché su voz dándome el permiso para entrar.

Ömer levantó la vista cuando escuchó mis pasos y, por su gesto con la cabeza supe que esperaba mi visita.

—Buenos días, hija —dijo sin levantarse de la silla.

—Buenos días, papá.

—Me alegro de que hayas venido, tengo algo que darte.

Ömer abrió el primer cajón derecho de la mesa y sacó un sobre rectangular, estrecho y con el sello de la compañía en el centro de la cubierta.

Me lo ofreció mirándome fijamente a los ojos. Su expresión me agobió porque relataba una mezcla de angustia, frustración y tristeza. No sabría definir cuánta cantidad de cada uno de esos sentimientos había en su mirada, pero no me gustó.

—¿Qué es? —dije sin coger el sobre.

Ömer se acercó a mí, todavía con el sobre en la mano e hizo un segundo intento para que lo averiguara por mí misma.

—Algo que estabas deseando desde el primer día que llegaste.

Por su expresión de hombre derrotado, sabía que algo bueno no era. Dejé de dilatar el momento y agarré el sobre, lo abrí y descubrí lo que, según mi padre, deseaba desde hacía meses.

—¿Un billete de avión… a Barcelona? —Abrí los ojos como platos. No sabía si abrazarle, gritarle o empujarle. Una nube de confusión me oprimió el cerebro y no me dejaba pensar o actuar con claridad.

—Eso es lo que querías, ¿no? Volver a casa…

¿A casa? Sí, no, no sé… a pesar de haberle dado vueltas al asunto toda la maldita noche, todavía no estaba segura de qué hacer. No solo estaba Yusuf por en medio, sino también él, mis hermanos, mis amigos…

—Bueno, sí, eso es lo que quería… —Desvié la mirada de nuevo hacia el billete de avión y comprobé la fecha más detenidamente—. El vuelo es para mañana y solo hay uno de ida.

—Puedes volver cuando quieras, Hiranur. De hecho, hay varios documentos que quiero darte antes de que te vayas mañana.

Ömer volvió a su mesa y cogió una carpeta amarilla que había encima de la mesa. Aproveché esos segundos para sentarme en el sofá que había enfrente. Necesitaba pensar unos minutos. Un mar de dudas me inundó el corazón, comenzando con la necesidad de saber si realmente Ömer quería que yo le dejara. Sí que es cierto que semana sí, semana también, le había dicho que cuando cumpliera la mayoría de edad volvería a Barcelona, pero es que ahora ya no lo tenía claro.

Mi padre se acercó al sofá en donde estaba sentada y me dio la carpeta. Había puesto mi nombre en una de las esquinas con un rotulador negro. Lo había escrito él, sabía que esa era su letra.

Abrí la carpeta y en su interior había varios documentos, otro sobre con el mismo sello de la compañía y un manojo de llaves del cual colgaba un pequeño barco como llavero, el mismo que tenía mi padre en sus llaves de casa.

—Aquí tienes algo de dinero en efectivo, un documento notarial con el que puedes viajar sola

ya que todavía no tienes dieciocho años y las llaves del piso que le regalé a tu madre cuando naciste y que jamás aceptó. Espero que tú si lo hagas, hija, y que, por lo menos, los años de universidad estés viviendo allí. No es demasiado grande, tiene solo tres habitaciones y dos baños.

¿Solo?

Si papá hubiera visto el piso en donde vivíamos le hubiera dado un patatús. ¿Qué hubiéramos hecho con tres habitaciones? Hubiéramos sido las reinas del mambo.

—¿Le regalaste un piso a mamá? —dije mientras acariciaba el pequeño llavero. Mamá jamás me dijo nada, pero después de lo que hizo, no me debería sorprender. Tenía un mundo paralelo y oscuro en su interior del que no era consciente.

—Sí y también os abrí una cuenta bancaria en la que he puesto dinero cada mes, desde que naciste. Hiranur… no me ocupé de ti, pero sí que me preocupé de que no os faltara de nada. El problema es que tu madre no quiso aceptar nada, aun rogándole que lo hiciera, no lo hizo nunca y tenía sus razones. No podía reprocharle nada cuando yo era un miserable, capaz de dejar al amor de mi vida y a mi hija en un país diferente al mío y solas, absolutamente solas.

—Yo tampoco debería aceptarlo —dije con la voz entrecortada. Sin poder evitarlo, comencé a llorar y mi padre me abrazó con fuerza, permitiendo que mis lágrimas mojaran su camisa.

—No digas eso, por favor. No podría dejarte marchar si no sé con seguridad que estarás bien. —Ömer hizo un gesto, levantando sus nalgas y sacó la cartera del pantalón en donde se podían ver más de quince tarjetas de crédito. Sacó una de ellas, dorada, y que tenía mi nombre grabado —. Esta es la tarjeta de esa cuenta. Hay dinero suficiente para que vivas sin trabajar los años que estés en la universidad. Porque, eso sí, me has de prometer que en cuanto llegues a Barcelona, te matricularás en la universidad y estudiarás una carrera, la que quieras.

—Gracias, papá. ¿Y el piso?

—Por eso no te preocupes. Ya está todo pagado, incluso las facturas de los suministros están a mi nombre. Lo único que no he hecho, porque creí que te gustaría hacerlo a ti, es decorarlo. Te he dejado una cama en la habitación principal, una mesa con varias sillas y un sofá. Del resto, te ocupas tú.

En un pequeño papel había escrito la dirección de mi futuro piso. Estaba situado en Paseo de Gracia, tocando la avenida Diagonal. Era la mejor zona de Barcelona. Y encima, un ático. Podía imaginarme las vistas que debía de tener la vivienda, sería maravilloso levantarme todas las mañanas y ver el mar.

Desvié la mirada del pequeño papel hacia el rostro de mi padre. Parecía derrotado, como un niño despidiéndose de su madre en una estación de tren sabiendo que no la volvería a ver.

—¿Tú quieres que me vaya? —Necesitaba saberlo.

—No, por supuesto que no, pero tú sí que quieres hacerlo y no seré yo el que te obligue a hacer algo que no quieres. Lo he pensado mucho, cariño. Al principio, cuando llegaste, tenía otros planes para ti. Eres mi principal heredera, quiero que trabajes en Yildirim Deniz y quiero que vivas aquí… pero después, he pensado que eso es lo que yo quiero. ¿Qué es lo que quieres tú? Nunca has dejado de repetirme, una y otra vez, que quieres volver a casa, construir tu vida en Barcelona y a pesar de que he intentado con todas mis fuerzas que te sintieras bien aquí, creo que no lo he logrado.

Quise gritarle que sí lo había logrado, que ahora sí me sentía bien, como en casa, pero no lo hice. Estaba abrumada con tanta información. Un billete de avión, una cuenta bancaria a mi nombre, un piso nuevo, una vida nueva.

—Yusuf…

—No te preocupes por él, tiene el trabajo asegurado. Es un buen abogado, inteligente y muy

trabajador. Me interesa en la compañía.

—Pensé que quizá lo despedirías después de lo que había pasado conmigo.

—Nunca. Que se haya enamorado de ti es suficiente sacrificio para él como para que yo, encima, le deje de patitas en la calle.

Alivio es lo que sentí. Yusuf podría desarrollar su carrera. Entonces, ¿qué era lo que me empujaba a marcharme? ¿Por qué sentía que, aun así, tenía que volver a casa?

—Creo que yo también me he enamorado de él, papá.

Ni yo misma me había creído lo que le acababa de decir. Le había revelado mis sentimientos al hombre que había jurado odiar. Y lo había dicho en voz alta, como si quisiera convencerme a mí misma de un sentimiento que no dejaba de atormentarme en vez de hacerme feliz.

—Lo sé, pero eres demasiado joven, Hiranur, para detenerte ahora. Has de labrarte un futuro. Eres excepcional, lista e increíblemente trabajadora. Conseguirás todo lo que te propongas y yo estaré a tu lado para verlo. Que te vayas a Barcelona, no significa que dejemos de tener contacto. Intentaré ir cada mes, incluso tus hermanos querrán ir a verte.

—También puedo volver yo, en verano o en navidad. Barcelona no está tan lejos —otra vez hablaba para los dos. Para él y para mí.

—Cuando quieras, esta es tu casa y… respecto al hombre que me ha robado sin permiso el corazón de mi hija, has de confiar en el destino. Si vuestro amor es fuerte y sólido como una roca, nada ni nadie lo podrá destruir. Volveréis a estar juntos, estoy seguro de ello.

—Él no quiere que me vaya.

Ömer estudiaba mis facciones. Estaba segura de que mi aspecto en ese momento revelaba todas mis inseguridades.

—Normal, yo tampoco quiero —me respondió con una sonrisa ladeada mientras me acariciaba la mejilla con toda la palma de su mano. Incliné la cara y dejé que todo el peso de mi cabeza descansara en su mano—, y ahora, he de decirte, con toda seguridad, que si yo fuera él, no te dejaría marchar.

Tengo que armarme de valor para levantarme, pero no quiero alargar la tortura más de lo debidamente permitido, más de lo que un corazón humano debería soportar.

En ese momento me doy cuenta de que faltan todavía quince días para terminar el instituto.

—Debería hablar con mi tutora y decirle que no podré acabar las clases.

—No sufras por ello, ya lo he hecho yo.

Fruncí el ceño, No me gustaba que nadie actuara por mi espalda, ni siquiera él o, mejor dicho, mucho menos él.

Ya había tomado la decisión de mi partida sin ni siquiera consultarme. Es verdad que fui pesada en ello, pero también le había demostrado que mi comportamiento y sobre todo mi actitud habían cambiado. No sé en qué momento decidió que me iba sí o sí y lo peor de todo, que me alegraría por ello.

Tenía la cabeza hecha un lío y no podía controlar mis emociones y mantenerme fría o, por lo menos, calmada.

Ömer me miró a los ojos durante unos segundos y después, ladeó la cabeza dejando escapar un largo suspiro.

—Voy a hacer las maletas, papá. Después iré a despedirme de mis amigos.

—Por supuesto… pero me gustaría que vinieras a cenar a casa. Le diré a Bellinay que prepare una buena cena de despedida.

¿Cena de despedida? No se podía imaginar lo que esas tres palabras me afectaron. Cruzamos una última mirada y la suya era muy intensa, como si quisiera que yo hubiera reaccionado de otra

forma, de cualquier forma, menos la de aceptar marcharme sin problemas.

—Claro. Muchas gracias de nuevo, papá.

39

HIRANUR

—Lo mejor es poner tierra de por medio y seguir con mi vida —eso es lo que le dije a todos mis amigos. Todavía no estaba convencida de mis palabras, pero me hacía bien escucharlas. Cuanto más las oyera, más convencida estaría de mi (en teoría) buen hacer. Mi estancia en Estambul debía de ser un paréntesis repleto de emociones, pero solo eso, una pausa que no me había dado el descanso que me merecía.

—Te hacía una mujer más luchadora —reveló Siomara entre dientes y arqueando las cejas.

No se podía creer que me iba mañana. Sabía lo que le dolía. Habíamos conectado de una forma perfecta. Nos escuchábamos, nos entendíamos, nos acompañábamos en los momentos más duros. Era el hombro que todos necesitamos en algún momento para inclinar la cabeza y sentirte acompañado. Compartir el país, el idioma y la cultura había hecho que me sintiera cómoda a su lado. Ni siquiera me echó en cara que me hubiera enamorado del chico que le hacía tilín. Un par de bromas fueron suficientes para darme a entender que no pasaba nada, que no sintiera remordimientos.

En cierto modo, Sio tenía razón. Quien había querido luchar por mí había sido Yusuf, casi desde un principio, quien quería dejarlo todo para seguir unidos, siempre había sido él, incluso quien hubiera batallado frente a cualquiera, había sido él. Yo solo me había dejado amar, querer y cuidar. Solo me había preocupado por mi bienestar sin pensar demasiado en los demás.

Siempre había dicho, con seguridad, que no era una mujer egoísta, pero no tenía razón. Quizá, por mis circunstancias personales, había dejado escondido en alguna esquina de mi corazón ese sentimiento de amor propio desmesurado que, ahora, había surgido por duplicado.

En estos momentos me estaba protegiendo ante cualquier adversidad o futuro desgarro de mi corazón. A pesar de que mis circunstancias personales habían mejorado considerablemente a nivel familiar, todavía sentía un arañazo en el centro de mi corazón que no había terminado de cicatrizar. Sangraba, gota a gota, sin cesar.

Dicen que el tiempo lo cura todo y probablemente sea verdad. Eso era lo que necesitaba, más tiempo para mí, para pensar, para anclarme de una vez y saber lo que siento y, sobre todo, lo que quiero.

—Soy una mujer luchadora —dije convencida. Nadie, ni siquiera mi querida amiga, podía decirme lo contrario. No lo consentiría ni en un millón de años. Me había pasado los casi dieciocho años de mi vida luchando como una verdadera jabata, batallando con todas mis fuerzas para seguir adelante con una buena actitud, para ver la realidad de mi madre y la mía propia con alegría, a pesar de que había meses que en las facturas de la luz nos amenazaban con cortárnosla si no pagábamos el último recibo. Siempre lo conseguía gracias a clases particulares o haciendo de guía en la ciudad los fines de semana. Sin embargo, no todas las batallas las gané, eso no sucede nunca, en un mundo real. Perdí a mi madre a pesar de mi esfuerzo por sacarla de su mundo oscuro y crear un mundo paralelo, en el que podía respirar y ver algunos destellos de luz.

Y qué decir de mi batalla en Estambul. Luché como si me fuera la vida por odiar a mi padre y a todo lo que le rodeara. En eso, también fracasé. No puedo asegurar que le quiera, eso son

palabras mayores, pero sí, puedo anunciar y contenta, que le he perdonado y lo he hecho principalmente por mí, por ser un poquito más feliz.

Todas las contrariedades que la vida me ha puesto enfrente me han marcado haciendo que construyera una coraza de hierro alrededor de mi corazón haciendo que mis latidos fueran justos para sobrevivir. Yusuf ha sido el causante de que los latidos se hicieran fuertes y poderosos, tanto, que hasta pudieron derribar esa coraza en pedazos.

Con él, he aprendido lo que es el amor. Y sí, puede sonar todo lo cursi que quieras, pero es la verdad. Yo no sabía lo que era amar a un hombre. No había sentido jamás el vuelo de esas famosas mariposas en el estómago, ni los escalofríos que provoca una caricia, y menos me habían besado de una manera tan apasionada. El amor que yo entendía era un sentimiento sublime, capaz de renunciar a la propia felicidad por la persona a la que amas, capaz de cerrar los ojos para que el otro los abra, capaz de dejar de caminar para que él pueda correr. El amor no podía ser egoísta, no debía serlo porque destruiría todo lo que fuera pasando alrededor.

—Y, entonces, ¿por qué huyes?

—Es que no huyo, Sio. No vuelvo a casa por no saber enfrentarme a mis sentimientos o a mi nueva realidad. Solo quiero volver para dejar atrás un capítulo que dejé sin acabar, para poder terminar esa primera parte de mi vida que no le puse fin. —No era del todo cierto, también me escapaba de un sentimiento nuevo que me tenía aterrorizada. No sabía gestionar mis sentimientos hacia un hombre que me pedía demasiado, que me rogaba que lo dejara todo y que empezara con él.

—Y qué pasa con Yusuf… sabes que él te quiere —esas palabras fueron un mordisco en mi corazón.

Asentí sin poder responder con la voz. Yusuf es mi primer amor. Quizá es el amor de mi vida, pero no quiero decirlo en voz alta, eso me lo guardo para mí y si el tiempo me da la oportunidad, también para él.

—Él lo acabará entendiendo y volveré…

—Claro que lo harás, princesa. —Susie me acariciaba la mejilla con cariño. Nunca había tenido tanta afinidad con ella como con Siomara, pero sus ojos reflejaban una tristeza que me halagaba— Como no vengas, iremos nosotras. De hecho, siempre he querido estudiar en la universidad de Barcelona. Ahí lo dejo…

—Siempre serás bienvenida, Susie. —Levanté la vista y vi a todos mis amigos afectados por mi marcha exprés a Barcelona—. ¡Espero que me vengáis a visitar todos!

—¡Ya tengo los billetes! —dijo Marco, como siempre bromeando.

Estuve una hora más con ellos explicándoles cómo mi padre me había soltado la bomba del viaje y de mi nueva vida en Barcelona. Les encantaba escuchar todos los detalles sobre la entrega del billete de avión, de las llaves del piso y de la tarjeta bancaria. No me hizo falta exagerar para alimentar su curiosidad o su atención. Mi vida, desde que murió mi madre, podría ser comparado con un puto drama, insoportable en algunos momentos y románticos, en otros.

—Definitivamente, me voy contigo —dijo Marco medio en broma medio en serio.

Me limité a sonreír y le acaricié la barbilla con los dedos de mi mano. Sus pupilas se dilataron solo con el roce de mis dedos. Sabía que él sentía algo por mí y que, desde el día de la fiesta en su casa, teníamos una conversación pendiente. La había estado evitando porque mi corazón pertenecía a otra persona y no quería pasar por otro momento incómodo o que nuestra amistad se viera dañada por no compartir un mismo sentimiento.

—Me he de marchar a casa, chicos —anuncié con una mueca en los labios. Sentía que mi marcha fuera tan precipitada y que no tuviera ni un solo día más para despedirme como nos

merecíamos. Ellos fueron un refuerzo vital para no caerme desplomada en muchas ocasiones, ellos habían sido unos buenos amigos.

—Te llevo —dijo Marco mientras se sacaba las llaves del coche del bolsillo del pantalón.

—No hace falta, Marco —dije antes de darle un beso al resto del grupo para despedirme. Marco levantó la vista que tenía fijada en las llaves del coche y vi en sus ojos un «por favor, déjame llevarte». Desvié rápidamente mi mirada y puso todo mi empeño por mantenerme tranquila y no ponerme a llorar, que eso es lo que ahora mismo más me apetecía—. Muchas gracias… prefiero caminar.

—Claro —murmuró y volvió a guardar las llaves de su coche en el mismo bolsillo de donde estaban. Busqué sus ojos cuando volvió a levantar la vista, pero él no hizo el esfuerzo de mirarme de nuevo. Se giró y le dio un golpecito en el hombro a Alexander.

—Venga, tío, vamos a casa y nos tomamos unas birras. —Como siempre, Marco debía de estar solo en su enorme y fría mansión. Alexander, como era de esperar, se le iluminó el rostro ante la perspectiva de poder pasar el resto de la tarde sentado en el sofá esquinero de Marco, jugando a la *play* y arrasando con todas las cervezas frías de su nevera.

Susie y Sio quisieron acompañarme hasta casa y no me negué a pesar de que sabía que las dos me machacarían el corazón hablándome de Yusuf. Llevaban semanas inventándose una historia idílica sobre los dos, tan idílica como irreal.

—Ahora que se han ido los chicos, ya nos puedes contar la verdad.

—Susie, la verdad es la que has escuchado hace una hora. Mañana me voy y seguiré con mi vida en Barcelona.

—¡Es que no puedo creérmelo, Hiranur! —Cuando Siomara me llamaba por mi nombre completo, mejor que echara a correr—. Tienes al tío más sexi de todo Estambul loco de amor por ti y tú lo primero que haces es coger las maletas y marcharte. ¿Pero has perdido el juicio, tía?

Aparté la mirada y negué con la cabeza, intentando sacarme la idea que quizá sí había perdido el juicio.

—Siomara tiene razón. O has perdido el norte o realmente no lo quieres como él te quiere a ti. Y no se te ocurra soltarnos una de esas tonterías como que él tiene que desarrollar su carrera o alguna cosa semejante. Es obvio que Yusuf recorrería el mundo por ti y mandaría su trabajo y sus prioridades a freír espárragos si tú le dieras la oportunidad de estar contigo.

—Sé que lo haría…

—¡Al fin dices algo con sentido! —dijo Sio poniendo los ojos en blanco.

—Pero no quiero que lo haga —solté creyéndome mis palabras—. No quiero que deje nada por mí ni que piense en otra cosa que en su carrera. No sé si yo estoy preparada para mantener una relación seria, con compromisos… hace menos de seis meses vivía en Barcelona, feliz y con mi madre a mi lado. Me han ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo y estoy… muerta de miedo.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo, Hira? —Siomara había vuelto a su tono fraternal después de haber sentido mis emociones en su propia piel.

—Perderlo. Me da demasiado miedo volverme a quedar sola. Sentir que lo tienes todo para después no tener nada. Me da miedo despertarme y saber que todo era un sueño, que quizá yo me he creado una historia en mi cabeza que no es del todo cierta, que me aferré a sus brazos porque estaba aterrada en un mundo que no era el mío.

—Hira, por favor, ahora es cuando te estás montando una historia paralela en tu cabeza que no es real. La verdadera realidad es que tienes a un tío espectacular perdiendo el culo por ti. Y basta de pensar en tonterías porque lo único que te hacen es dudar de tus propios sentimientos.

¿Tú le quieres?

Me sorprendió oírle decir eso.

—¡Por supuesto que le quiero!

—Y, entonces, ¿qué coño haces marchándote a Barcelona?

—Tengo que irme…

—No, no tienes que irte, Hiranur. Allí muy probablemente te sentirás más sola que aquí, por mucho que tu padre te regale una vida de lujo. Aquí tienes lo que realmente importa para ser feliz, comenzando por tu familia, por tus amigos y terminando por él. Sí, Hira, también por él. No le dejes escapar solo porque tengas miedo. El miedo siempre frena y no puedes dejar de amar simplemente por eso. ¡Pero es que ni siquiera lo has intentado!

Me costó reaccionar unos segundos cuando Susie, que había permanecido callada a nuestro lado, escuchando con atención el rapapolvo que Sio me estaba dando, me apretó en sus brazos y me dio un abrazo. Un abrazo que me hizo perder la compostura hasta hacerme llorar.

—Está bien, está bien… déjala ya, Siomara. Hiranur ya sabe lo que tiene que hacer —dijo Susie acariciándome la cabeza que le llegaba a sus pechos. Ella era la amiga más alta que había tenido y, muy probablemente, yo era su amiga más bajita. Siempre hacía bromas con mi altura y me aconsejaba los tacones a todas horas.

Pero ahí mi querida amiga Susie se equivocaba, no sabía lo que tenía que hacer.

Después de permitirme unos minutos agarrada a su cintura, intenté recomponerme y alcé la vista hasta encontrarme con sus ojos. Me sorprendió ver cómo una lágrima recorría su mejilla y me di cuenta que era la primera vez que veía llorar a Susie. Siempre la he creído una mujer fría y altanera, pero parece ser que, dentro de esa coraza de cemento, había una Susie dulce como un caramelo.

—Gracias, chicas. Sois las mejores amigas que se puede tener.

—Ahí te doy la razón. —Siomara me agarró por la muñeca y me empujó hacia ella sacando mis brazos de Sio para implantarlos en su cintura—. Yo también quiero abrazarte, pequeñita.

—Me va a costar mucho coger ese avión mañana —pensé en voz alta mientras disfrutaba del segundo abrazo de mis amigas.

—Pues no lo cojas…

Llegué a casa justo a tiempo para poder cambiarme de ropa e ir a cenar con la familia. Verdaderamente, Bellinay se había lucido. Me había preparado la mejor cena de despedida del mundo. Había más de cuatro platos por cabeza, todas exquisiteces, todo lo que a mí me encantaba.

—¿Cómo ha podido cocinar todo ella sola? —le pregunté a mi padre antes de aposentar mis nalgas en la silla de su izquierda. Desde el primer día, me había sentado a su lado. Era su primogénita y debía seguir su propio protocolo y nunca me negué a hacerlo, a pesar de que la primera semana gruñí cada vez que me sentaba junto a él. Hoy no quería pensar que iba a ser la última vez. Me gustaba estar cerca de él y que me contara las vicisitudes del día a día. Disfrutaba escuchándolo. Al principio, solo le prestaba atención, pero, poco a poco, día tras día, comencé no solo a estar atenta a sus historias, sino a disfrutar con ellas.

También él me escuchaba con atención y no dejaba de preguntarme cómo me había ido el instituto, o qué planes tenía para el fin de semana. Era nuestro momento, como si estuviéramos solos en el comedor. Solo de vez en cuando, un chillido de mis hermanos o de Ecrin, nos devolvía a la realidad.

—Adem y Miray siempre están dispuestos a ayudarla, querida, y más cuando eso supone dejar sus tareas —dijo Ecrin con un tono resignado, como si le molestara que hubieran dejado de lado sus tareas solamente por mí.

—Después se lo agradeceré. —Alargué mi mano hacia la de mi padre que permanecía apoyada en la mesa. Me mordí la lengua para no contestarle alguna expresión desagradable a Ecrin, que se la merecía por supuesto, pero era mi última noche. Solo quería hablar con mi padre y con mis hermanos… y con él, pero eso último no iba a poder ser. Había tomado la decisión de no decirle nada, de marcharme como la cobarde más importante que había existido en el planeta Tierra, porque eso es lo que era, una maldita cobarde incapaz de gestionar bien sus sentimientos y de afrontar un futuro, que seguro sería maravilloso simplemente por el miedo de que algo saliera mal.

La cena fue tan agradable como me hubiera gustado. Mis hermanos no pudieron contener las lágrimas cuando les dije que me marchaba, a pesar de prometerles una y otra vez que no era para siempre, que volvería más pronto que tarde.

—Eso no es verdad. ¡Nos estás mintiendo! — chilló Akin mientras me miraba fijamente a los ojos. Me hubiera encantado tener su valentía, su tesón y su carácter fuerte y altivo para enfrentarse a cualquiera. Le había escuchado discutir más de una vez con su madre, sin venirse abajo, sin escapar… yo era más parecida a Berat, que no había podido levantar la vista del plato en toda la velada. Se secaba las lágrimas con la manga de la camiseta tan rápido como podía, pero no pudo ser capaz de recriminarme el abandono. Porque eso era lo que ellos sentían y lo que sus pequeñas cabezas entendían. Los abandonaba cuando acababa de conocerlos.

Tenía el corazón hecho pedazos. Verlos llorar me destrozaba. Sabía que mañana volaría con un corazón débil y mucho más pequeño que con el que había llegado a Estambul.

—Chicos, no os estoy mintiendo. Volveré en pocas semanas. Me gustaría pasar la navidad con vosotros. —Desvié la mirada hacia mi padre y él asintió ante mis deseos. No es que necesitara su visto bueno, pero me gustaba saber que me apoyaba en cualquier decisión.

—¿Podremos ir a verla, papá? —dijo, al fin, Berat. Debió de hacer tripas corazón y encontrar la fuerza para sacar la voz delante de sus padres. Existía en su interior una timidez extrema que le costaba interactuar si no era en *petit comité*, por lo que, sin pensar, me adelanté a mi padre.

—Por supuesto que podéis. Papá me ha dejado un piso para vivir y me ha dicho que hay dos habitaciones —mi tono de voz era más efusivo de lo normal. Quería sacar drama del asunto ahora que los chicos habían dejado de ser un mar de lágrimas.

—Bueno, ya veremos —soltó Ecrin dejando ver su lado más cruel.

Me obligaré a llamar a mi madrastra *lady* Tremaine, porque era clavadita a la perversa y cruel madrastra del cuento de la Cenicienta. La pena es que yo no era la protagonista.

40

YUSUF

«Hiranur se marcha mañana a primera hora. Te paso el número de vuelo y el horario. Como digas que soy el topo de la familia, pierdes tu cabeza. De nada, capullo».

Tiene que ser una puta broma. ¿Cómo que se marcha? ¿Y no pretendía decírmelo? Vuelvo a leer el mensaje de Adem por si acaso lo he entendido mal, porque no me creo que ella se pueda ir sin ni siquiera despedirse. Nadie lo haría, yo no lo haría.

Está bien, cálmate Yusuf. Piensa, respira, razona.

Imposible. Mi sangre hierve de rabia. Estoy cabreado, mucho. Me siento engañado, humillado e incluso despreciado. Si algo me molesta es que se rían de mí, que jueguen conmigo, con mis sentimientos. Y ella se ha llevado la palma.

Joder, me había sincerado con ella como no lo había hecho con nadie. Me he enamorado como un imbécil. Soy un maldito calzonazos. Y lo peor es que la he creído. He creído que me quería, que sería capaz de todo por mí… como yo por ella.

Cojo el móvil y busco su nombre en la lista de contactos. Comienzo a escribirle un mensaje diciéndole que tenemos que hablar. Odio esa expresión, cuando te lo dicen es que ya está todo hablado. Y no, no es mi caso. He de decirle muchas cosas y no puedo en un mensaje de texto, demasiadas palabras, demasiados sentimientos y demasiadas ilusiones para una pantalla de móvil.

Está bien, la llamo. Aprieto los números que me sé de memoria desde el primer día y espero que el móvil dé la señal. Una, dos, tres, cuatro... hasta diez veces lo dejé sonar. Nada, no me contesta.

—¡Mierda! —grito sin importarme quien me oiga. Ya no me importa nada.

Está bien, si eso es lo que quieres, adelante. Adiós. Seguiré con mi vida como si este capítulo no lo hubieran escrito.

Me derrumbo en la cama como si el mundo, al fin, se hubiera acabado. Apoyo los codos en mis rodillas y tapo mi rostro con las manos. La puerta de la habitación se abre de golpe y cuando levanto la vista me encuentro a mi madre mirándome sobresaltada.

—Déjame, por favor. —Mi madre suspira sin ninguna intención de dejarme solo. Invade mi espacio y mi momento de desgracia. Me siento como un perro abandonado y lo menos que necesito ahora es un discursito maternal. Aparto la vista de sus ojos y vuelvo a hundir mi cara en mis manos.

—Creo que necesitas hablar. ¿Es por esa chica?

—No —miento y ella lo sabe. Jamás se me ha dado bien mentir. Soy expresivo y mis facciones se tensan al instante. Suspiro y me levanto de la cama.

—Te has enamorado de ella —afirma convencida.

—Te he dicho que no es por Hiranur. —Mejor que la llamemos por su nombre si la conversación va a estar centrada en ella, que por lo que veo, parece ser que sí—. Mamá... siento haberte preocupado, pero, de verdad, estoy bien. Solo necesito pensar.

—Yo creo que no estás bien, hijo. Llevas varios días gruñendo, malhumorado, y ni siquiera

comes como es debido.

—Se me pasará —auguro.

—¿Y si hablas con ella? —me propone mi madre mientras se acerca a mí para acariciarme el brazo.

—Ella se marcha mañana a Barcelona. Además, ya le he dicho todo lo que tenía que decirle y, por lo visto, no ha sido suficiente.

—Pero ¿le has dicho cuánto la quieres? —me pregunta mientras mi mente recuerda el momento en el que dejé al descubierto mi corazón y le dije cuánto la quería y lo que estaría dispuesto a hacer por ella. Todo, sería capaz de todo.

—Sí, sí que se lo he dicho. No sé, me siento confundido. Pensaba que ella sentía lo mismo que yo. Pensaba que estaba tan enamorada de mí como yo lo estoy de ella. Pero ahora se va y ni siquiera es capaz de decírmelo ella misma. Ha sido Adem que me ha escrito un mensaje para avisarme de su partida.

Noto cómo mi rabia sube como la espuma y el tono de mi voz se eleva con cada palabra.

—Díselo de nuevo.

—No quiero. No quiero hacer más el ridículo. Si quiere irse, que se vaya. Está en todo su derecho.

—Déjame decirte que te equivocas.

No me lo puedo creer. Dejo escapar una pequeña risa irónica. Si no fuera mi madre la que me acaba de soltar esa barbaridad ya le hubiera estampado un puñetazo en la nariz.

—Si crees que voy a repetirle mil veces que la amo, espera sentada, mamá. El poco orgullo que me queda, no me lo permite. El error ha sido enamorarme de Hiranur Yildirim. Y es que soy estúpido, sabía que ella estaba fuera de alcance, pero no, tenía que enamorarme hasta las entrañas y ahora es lo que hay. Ahora me toca sufrir.

—Con esa actitud, seguro. No te rindas, hijo. Si el amor es de verdad, no tires la toalla tan rápido. Ve a buscarla, repítele lo que sientes, una y otra vez, mil veces si es necesario. Nunca te he visto tan enamorado de ninguna mujer. Si le has entregado tu corazón a ella es porque es ella la que se lo merece. No eres un hombre enamoradizo, más bien, todo lo contrario. Es difícil llegar a tu corazón y ella lo ha conseguido, por lo tanto, es ella la mujer de tu vida.

Pero la cuestión es ¿soy yo el hombre de la suya?

Mi rostro se contrae en una mueca de dolor cuando pienso en la posible respuesta.

Mi madre inclina su cabeza y me da un beso en la mejilla. Lo agradezco. No es una mujer muy dada a las muestras de cariño físico por lo que un beso de ella me sabe a gloria.

Me vuelve a dejar solo en mi habitación, todavía más confundido de lo que estaba. Tengo muy poco margen horario para actuar. ¿Qué hago? No dejo de preguntármelo. Tengo la mente dividida en dos porque por un lado pienso que, si ella es la mujer de mi vida, debería gritarlo a medio mundo y luchar por ella, por un futuro juntos, pero después, esa segunda parte de mi cerebro, más fría y calculadora, piensa todo lo contrario. Déjala marchar, me dice. Ella no te merece, ella no te quiere.

Me voy a volver loco si no hago algo, sea lo que sea. Vuelvo a coger el móvil y toco su nombre con el dedo índice. No tenía intención de llamarla de nuevo, pero el simple roce hace que el teléfono se vuelva a conectar. Vuelve a sonar varias veces hasta que me obligo a colgar.

Mi vida sería una mierda sin ella. Me intento convencer de que podré superarlo, que no soy tan poca cosa, tan vulnerable, pero sé, en el fondo de mi corazón, que no podré vivir sin ella. Deberé intentarlo, centrarme en mi trabajo y cerrar los ojos con fuerza cuando su imagen me atormente a todas horas. Pero eso no es vivir, es sobrevivir.

Esa noche no cené, no dormí y prácticamente no respiré. Me había recostado en la cama con la misma ropa que había llevado a lo largo de todo el día.

Me levanté de la cama cuando ni siquiera había salido el sol con la intención de ir a trabajar, pero por mucho que me negara, sabía que mis pasos me reconducirían a otro lugar. Me cambié los pantalones y me puse una camiseta limpia. Después de calzarme, cogí las llaves del viejo coche de mi madre y me fui hacia el aeropuerto.

En varias ocasiones, estuve a punto de dar media vuelta y redirigirme hacia casa. La voz de mi subconsciente no dejaba de decirme que eso era un error, que viéndola partir lo único que me haría sería más daño y que tampoco tenía derecho a exigirle una explicación. Pero es que, coño, sí que me merezco una mínima explicación. ¡Me hubiera jugado la vida por ella!

—Cálmate, Yusuf —dije en voz alta mientras emanaba una buena bocanada de oxígeno. Como siguiera retorciéndome de dolor de esa manera, no llegaría al aeropuerto.

El camino se me hacía eterno a pesar de que a esas horas había poco tráfico. Dejé el coche en un aparcamiento exclusivo para taxis. Me importaba un bledo. Si me lo quitan, ya lo iré a buscar, si me ponen una multa, ya la pagaré. Me importa una mierda todo, quiero verla ya.

Cerré el coche, cogí la cartera y me aparté de él, siendo consciente de las miradas del resto de taxistas que estaban tan sorprendidos que no se les ocurrió ni siquiera rechistar por haber invadido uno de sus espacios. O quizá no me dijeron nada por la careta de ogro malvado que llevaba puesta desde que recibí el mensaje de Adem ayer por la noche.

No perdí tiempo en buscarla por el enorme aeropuerto. La vi enseguida haciendo cola para facturar la misma maleta que trajo de su país. Desde que la vi por primera vez, es como si tuviera un radar que pudiera detectarla dentro de una multitud de personas.

Me vibró el corazón en cuanto la descubrí, pero me quedé bloqueado. No di ni un paso adelante. Solo la miré. Se acariciaba el pelo y comenzó a recogérselo en una coleta de caballo. Estaba preciosa. Llevaba puestos unos leggins negros y una sudadera amplia que le cubría parte de sus nalgas. Doy gracias al cielo por ello. Me seguía molestando que vistiera de forma tan europeizada, pero dejé de llamarle la atención por ello a pesar de que fuera un suplicio ver cómo el millón de adolescentes que la rodeaban todos los días en el instituto se la comían con los ojos.

Aprendí a contenerme y eso me ayudó a no terminar a hostias con todos.

Al fin, conseguí moverme hacia ella. Ya se encontraba delante del mostrador dando su pasaporte. Intentó levantar la enorme maleta con sus dos manos, pero no lo consiguió. Suspiré y en dos zancadas me puse a su lado. Apreté mi mano en las suyas y con mi fuerza conseguí levantar la maleta hasta llegar a la cinta.

Hiranur reaccionó de inmediato dando un paso hacia atrás y mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la mirada fija en mis ojos. Me permití unos segundos antes de responder porque no tenía del todo claro qué hacía aquí. No quería volverle a rogar que se quedara, pero no deseaba perderla, no podía hacerlo. Eso sería como tirarme de cabeza a un pozo infinito para no volver a salir.

—He venido a despedirme —dije cuando mis cuerdas vocales dieron señales de vida—. Ya que… tú no estabas dispuesta a hacerlo.

—Por favor, márchate —dijo con la voz quebrada y los ojos a punto de llenarse de lágrimas.

Hiranur retrocedió varios pasos para marcharse, pero no lo consentí. Mandé a la mierda mi orgullo y mi plan inicial en el que iba a recriminarle que hubiera jugado conmigo de esta manera

y le cogí por la muñeca antes de que terminase de darse la vuelta.

—Solo escúchame, por favor. —Tenía un maldito nudo en la garganta que no me dejaba respirar—. Te quiero, Hiranur.

Me puse delante de ella y me fijé en sus labios que llevaban ya unos segundos temblando. Me esforcé por no morderlos y pararle el temblor con mis besos. Dios mío, qué es lo que ha hecho esta chica conmigo. Estoy perdido.

—¿Es que no me has oído? —repetí, pero seguía sin hablar. Solo negaba con la cabeza una realidad difícil pero cierta. Y lo cierto es que la quiero y sé que ella también me quiere a mí. No sé si con la misma intensidad, probablemente no, pero que siente algo por mí, de esto estoy seguro—. Dime que no sientes lo mismo que yo y te dejaré marchar.

La tenía tan cerca de mí que no pude evitar inclinar la cabeza y acercarme a sus labios. Mis labios acariciaron los suyos, con cuidado, con miedo, hasta que mi alma quería más e intenté abrirle la boca con mi lengua,

—No —dijo empujándome el pecho con las dos manos. Pero la volví a agarrar por los hombros y acerqué mi cara de nuevo a la suya. Estaba tan cerca de su rostro que sentía su aliento entrecortado en mi piel.

—Me has de dejar marchar, Yusuf. No quiero que me quieras, quiero que sigas con tu vida y que me dejes hacer la mía.

—¿Pero te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —dije con un tono de desesperación—. ¡No puedo vivir sin ti!

Acaricié su mejilla y sequé las lágrimas de su rostro.

—¡He de volver a casa y lo quiero hacer sola!

Ahí es cuando mi corazón se rompió en mil pedazos pequeños. Imposible de reparar. Estaba a punto de decirle que me iba con ella, pero no lo hice porque ella quería irse sola-

Si hay alguien en el mundo al que le gusta torturarse, ese es Yusuf Kaya. He perdido toda la dignidad y el orgullo que un hombre debe de tener para mantenerse derecho. Me he sentido vulnerable ante ella además de un verdadero estúpido.

He de aceptar la verdad. Se va y quiere hacerlo.

Me obligué a separar mis manos de sus hombros. Debía dejarla marchar de una vez.

—Tienes razón —admití.

Hiranur arqueó los ojos ante mi comentario.

—¿Qué?

Frunció el ceño mientras se limpiaba las mejillas. No había conseguido frenar esas lágrimas que se estuvieron derramando por su rosto prácticamente desde que me había visto.

—Que tienes razón. Lo mejor es que te vayas. Será menos doloroso para mí estar aquí sin ti ahora que sé que no me quieres —me dolía decirlo, pero ya había hecho demasiado el ridículo.

—Yo no he dicho que no te quiera.

Una parte de mí esperaba que fuera cierto, pero la realidad es que ella se marchaba a su país para no volver. Quería estudiar en la universidad de Barcelona y eso eran por lo menos cuatro o cinco años. Demasiados para estar separados. Nunca he creído en las relaciones a distancia y, además, es que me siento incapaz de tenerla y no tocarla.

—No hace falta. Quiero creer que me quieres. De hecho, me lo dijiste una vez y yo te creí. Pero no me quieres tanto como yo te quiero a ti.

Hiranur no dejaba de negar mis palabras con su cabeza.

—Tranquila, márchate ya, y no te preocupes por mí. Nadie muere de amor. Sobreviviré. Te acabaré olvidando. Poco a poco. Seguiré con mi vida.

Quería ser cruel, quería herirla con mis palabras, quería hacerle saber que podría seguir viviendo sin ella como si no hubiera pasado nada. Era la mentira más grande que había dicho y la he dije mirándole a los ojos.

41

HIRANUR

Puedo decir muy alto que soy una mujer fuerte, que soy capaz de desviar mis pasos sin hacer caso a las órdenes de mi corazón. Que puedo soportar el renunciar a un sentimiento tan poderoso como el amor y seguir caminando hacia adelante. No es que me enorgullezca de mi decisión, en absoluto, más bien me atormenta, me asusta y me preocupa.

Creo firmemente que hago bien. Amo a Yusuf con todo mi ser y me duele terriblemente que él no haya entendido el porqué de mi marcha. Tampoco me he sabido explicar de forma clara y concisa. Me voy porque ahora le hago daño y él, a pesar de todo, me lo hace a mí. Siento renunciar al que creo que es el amor de mi vida, pero si no cierro esa puerta que dejé entreabierta no puedo abrir otras.

Me hubiera gustado pedirle tiempo, que esperara a que volviera, pero es egoísta por mi parte. Él ya tiene una edad en la que podría perfectamente formar una familia, pero yo ni siquiera tengo dieciocho años. No me he de convencer que lo quiero, eso ya lo sé. Lo que necesito es saber si tiene una base sólida, si no es un cuento de princesas, si no me he dejado llevar por la desesperación de mi situación o por una dependencia emocional llevado por mi soledad.

No quiero depender de él. El amor ha de ser libre, tengo que permitirle crecer sin mí y yo avanzar sin él. No puedo agotarle, hacerle sufrir o agobiarle cada vez que salgo a la calle vestida de una forma diferente a la que a él le gustaría. Eso no es amor.

La distancia y el tiempo me dirán si he hecho bien o me he equivocado del todo. También necesito tiempo para mí, para conocerme un poco más e incluso amarme mucho más. Cuando esta etapa termine, podré compartir mi corazón… si él sigue allí.

Me mantuve en pie la primera semana gracias a las múltiples tareas que me había obligado a hacer antes de matricularme en la universidad de Barcelona. Había decidido estudiar administración de empresas. No es que fuera una apasionada de las finanzas o una gran emprendedora, pero sabía que esta carrera sería un buen pase para múltiples empresas, incluso para Yildirim Deniz, si en un futuro decidía volver.

Hablaba con mi padre todas las noches desde que llegué a Barcelona. Quería que le diera el parte de mi actividad diaria. Le enorgulleció saber que el piso que me había dejado para vivir me había encantado. Estaba situado en la mejor zona de Barcelona y era más grande de lo que me había dicho.

En general estoy contenta de estar en mi ciudad a pesar de que he dejado una gran parte de mi corazón en Estambul.

No he dejado de recibir mensajes por el móvil de todos mis amigos. Me enviaban fotos y comentarios que siempre me hacían sonreír e incluso querer volver. Pero de él, nada, absolutamente nada.

En muchas ocasiones, se me escapaba el dedo encima de su nombre. Quería escribirle, quería saber qué tal estaba, quería decirle que le echaba de menos, pero que no sufriera, que estaba bien.

Pero no lo hice. No habíamos terminado bien. La despedida en el aeropuerto fue violenta y muy desagradable. Él pasó de rogarme a que me quedara a decirme que me fuera, que él

superaría esta situación sin problemas, que nadie muere de amor. Y es cierto, nadie muere de amor, pero ¿se puede vivir sin amor?

Retomé mis antiguas amistades y me hizo bien. Durante el primer mes salí a tomar algo con regularidad. Tenía dinero gracias a la cuenta que mi padre me abrió en su momento y que llevaba años poniendo una renta mensual que mi madre, a pesar de ser consciente de ello, prefirió vivir en precariedad.

En octubre empecé la universidad. Me gustó la carrera que escogí desde el primer día. Disfrutaba yendo a clase y me mantenía distraída. Durante los primeros meses mi vida era relativamente fácil. Iba a clase por las mañanas, comía de vez en cuando con alguna nueva amiga de la universidad y volvía a casa a media tarde. También salía a bailar algún fin de semana e incluso me permití fijarme en algún chico, sin llegar a mayores, porque siempre estaba él atormentando mis sentidos. No conseguía olvidarlo, aunque tampoco ese era mi objetivo a pesar de que si lo expulsara de alguna manera de mi mente y de mi corazón, mi vida en Barcelona sería mucho más feliz.

En Navidad volví a Estambul. Estuve tres días disfrutando de la familia, contándoles anécdotas y prometiéndoles que intentaría volver más a menudo.

Estar con mis hermanos y con mi padre era mi prioridad. Por supuesto que la posibilidad de encontrarme con Yusuf me inquietaba, pero no podía evitarlo, incluso cuando mi padre me invitó a la cena de navidad de la empresa, me dio un vuelco el corazón.

—No puedes faltar, Hiranur. Quiero que te sientes a mi lado.

¿Cómo me puedo escapar de este compromiso? Imposible. No me sentía capaz de rechazar su invitación después de haberme facilitado tanto la vida en Barcelona y de encontrarnos en un momento tan cercano. No quería ni podía defraudarlo.

—Por supuesto, papá. Allí estaré.

Y allí estaría él.

Llevo cuatro meses sin verlo, sin tener noticias suyas. No he preguntado por él ni he querido que me contaran nada sobre su vida o su entorno. No saber nada de él junto con la distancia de por medio, creía que serían suficientes para sobrellevar la situación. Pero la realidad es otra. No lo había conseguido. No hubo día en esos cuatro meses que no pensara en él, que mi mente no me jugara malas pasadas recordando cualquier momento que pasé a su lado. Incluso podía recordar sus caricias y volverlas a sentir. Se me erizaba la piel cuando recordaba el roce de sus besos, el olor de su piel.

No estaba segura de cómo iba a llevar esta nueva situación. Evitarle sería lo más apropiado, pero no sería fácil. Nada fácil.

Esa tarde estuve probándome literalmente todos los vestidos que tenía colgados en el armario. Había alguno nuevo que me había comprado en Barcelona. Me estaba volviendo algo más caprichosa dado que podía disfrutar de un bolsillo más lleno. De hecho, en uno de mis paseos solitarios por la ciudad me compré un vestido dorado, superfavorecedor, que vi colgado en el escaparate de una de las tiendas de lujo de paseo de Gracia, pero no demasiado práctico puesto que no tenía grandes oportunidades para ponérmelo. Me lo llevé a Estambul pensando que quizá aquí sí podría hacerlo y realmente esta noche era la oportunidad que estaba esperando. Además, mis dos hermanos, que como siempre entraron en mi habitación para charlar conmigo mientras dejaba medio armario encima de la cama, me adelantaron que su guapísima madre iba muy bella en esa cena, todos los años.

«No voy a ser menos», pensé mientras apoyaba el vestido en mis hombros.

Como el vestido era muy despampanante, decidí ponerme solamente unos aros de oro

medianos que había obtenido de mi madre. Esos pendientes era lo único de valor material que había heredado de su joyero. El resto, era bisutería barata que ni siquiera la toqué.

El pelo lo recogí en una trenza de espiga que gracias a los miles de vídeos de YouTube que tuve que tragarme había logrado peinarme sola sin ayuda.

No me hizo falta ni una sola palabra de mis hermanos para saber que el resultado de mi *outfit* era el acertado porque los dos me miraban con tanta admiración que me hicieron sentir como una artista de Hollywood.

—Estás guapísima, hermanita —me dijo Berat.

—Gracias, ratoncito —dije mientras me terminaba de poner unas preciosas sandalias doradas.

Mi padre entró en la habitación, no sin antes avisar de su presencia golpeando con delicadeza el marco de la puerta.

Le hice una reverencia digna de una princesa y él se acercó para ofrecerme su brazo.

—Estás espectacular. Creo que vas a dejar deslumbrado a más de un caballero esta noche.

Esa no era mi intención a pesar de que mentiría si no dijera que esta noche quería estar y sentirme guapa.

—El único caballero que me importa eres tú.

Mentira, y lo peor de todo, es que mi padre también sabía que no era verdad, pero aceptó la respuesta y comenzamos a caminar hacia el recibidor de la casa.

Ecrin, como era de esperar, lucía despampanante.

Llevaba un vestido negro de noche, de manga larga y con un escote en forma de pico que dejaba poco para la imaginación. Ella sí que podía decir que disponía de más joyas que la reina de Inglaterra y esa noche había elegido unos pendientes de brillantes en forma de lágrimas entrecruzadas. Eran preciosos y no podían quedarle mejor. Debía reconocer que lo único que le fallaba a esa mujer era el carácter, por todo lo demás, era perfecta.

Mi padre le ofreció el brazo que tenía libre a su mujer y salió por la puerta a punto de estallar de felicidad. Desde que me había visto, se le había quedado una sonrisa perenne que no había dejado de mostrar.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo mientras se acercaba a mi rostro y me daba un suave beso en la mejilla.

Ecrin forzó una sonrisa, pero se contuvo de decir nada.

—Nosotras también lo somos —dije metiendo a su mujer en el saco. Desvié la mirada hacia Ecrin y vi cómo forzaba una sonrisa. ¿Cómo es posible que mi padre no se diera cuenta de lo que realmente pensaba su mujer? Era obvio que yo no le gustaba, llámalo celos o cualquier cosa que se le pareciera, pero ella era más feliz sin mí. Haciendo un esfuerzo de empatía puedo entender que no debe ser fácil compartir el amor de su marido con nadie que no sea con sus propios hijos, pero la realidad es que yo estoy aquí y no quiero estar sin él, nunca más.

Adem nos abrió la puerta del Mercedes negro de la familia y me acomodé en la parte trasera. Todavía no había tenido ocasión de hablar con Adem más que dos palabras sueltas. Cuando vivía en Estambul había llegado a ser más que el mayordomo de la casa, incluso me había salvado de alguna buena frente a mi padre.

—Estás preciosa, Hiranur —dijo Adem antes de cerrar la puerta del coche.

No fuimos los primeros en llegar a Yildirim Deniz. La puerta de la entrada estaba abarrotada de gente. Ömer no solamente invitaba a los empleados de la naviera, sino también a su pareja.

—La gente parece feliz —dije observando las sonrisas de las personas que allí se encontraban. Se saludaban unos a otros con fuertes abrazos, como si fueran amigos que llevan semanas sin verse.

—Sí, es un día alegre para todos. Pocas veces celebramos nada.

—Pues deberías hacerlo más a menudo, no solamente en Navidad.

—Buena idea, cariño. Lo tendré en cuenta.

Me ayudó a bajar del coche y apoyó mi mano en su brazo.

Hizo lo mismo con Ecrin.

—Quiero entrar con mis chicas. Quiero ser, por un momento, el hombre más envidiado de Turquía.

—¿Pero no lo eres ya, cariño? —dijo de forma socarrona su mujer.

Desde que traspasé el umbral de la puerta, el corazón no me latía de forma normal. Lo sentía acelerado, nervioso, asustado. Y sabía el porqué.

Había estado repasando en mi mente varios discursos que serían suficientes para salir al paso en cuanto me lo encontrara. Ahora lo importante es que supiera controlar el corazón antes de que sufriera un ataque.

Seguí caminando al lado de mi padre hacia la enorme sala de juntas. Allí se celebraría la cena. Era la sala más grande de la empresa y tenía una mesa rectangular en donde podían sentarse más de cincuenta personas. Las reuniones más importantes, en donde era obligatoria la asistencia de la mayoría de los empleados, se celebraban allí.

En el centro de la mesa había un impresionante candelabro de diez velas y varios centros de rosas rojas.

—Para ti. —Ömer me entregó una de las rosas dejando a su mujer con cara de pocos amigos.

—Gracias. —Acepté la rosa y me la acerqué a la nariz cerrando los ojos. Todavía conservaba su perfume natural.

Abrí de nuevo los ojos y allí estaba él, a pocos pasos de mí, tan espectacular como siempre. Llevaba un traje azul marino y una camisa blanca. Sin corbata.

Había cambiado mucho desde la primera vez que lo vi, en el aeropuerto, vestido con camisa y pantalón negro. También se había cortado el pelo e iba perfectamente afeitado.

Mantuvimos la mirada durante varios segundos, hasta que mi primo Acar apareció en la escena con los bazos abiertos y una sonrisa espectacular.

—¡Santo cielo, primita, estás espectacular! —Muy a mi pesar, no pude evitar que me abrazara. Pude ver, por el rabillo del ojo, que ese abrazo fue igual o peor que un puñetazo en la cara para Yusuf. Se le tensó la mandíbula y entrecerró los ojos sin dejar de mirarnos.

Ecrin aprovechó el momento para separarme de mi padre, por lo que me vi sola ante ese bastardo que tenía de primo.

—Suéltame, Acar. —Intenté separarme sin demasiado éxito. Por el olor que desprendía su aliento pude comprobar que Acar ya llevaba varias copas encima.

—Ha dicho que la sueltes.

Yusuf apoyó su enorme mano en el hombro de Acar y este no tuvo otra que obedecer.

—Bueno, bueno, bueno… y aquí aparece de nuevo el señor Kaya en escena. Había olvidado lo sobreprotector que eras con mi prima.

Yusuf inhaló intentado retomar la compostura.

—Está bien… Yusuf —dije con un hilo de voz.

No quería que Yusuf perdiera los papeles ni que cayera en las provocaciones de Acar. Sabía lo poco que le gustaba y lo mucho que podía sacarle de sus casillas.

—¿Sabes qué, primita? Tu guardaespaldas tiene a todas las mujeres de la compañía babeando detrás de él, pero en su defensa he de decir que ninguna ha conseguido ni siquiera tomarse un café con él. De hecho, me jugaría parte de mi vida que sigue enamo…

—Acar, a la señorita Yildirim no le interesa mi vida.

Eso sí que fue una bala directa al corazón.

—De eso no estoy tan seguro… pero como prefieras, solo quería hacerte un favor, ya que ahora somos compañeros de oficina. —Acar era el rey del sarcasmo. Insoportable la mayoría de las veces.

Justo en ese momento, uno de los camareros pasó por nuestro lado con una bandeja de plata repleta de copas de vino y aprovechó el momento para coger una y marcharse de allí dejándome, ahora sí, frente a él.

¿Os habéis quedado en algún momento absolutamente bloqueados sin saber qué decir? Así es exactamente como me sentí en ese momento.

Yusuf enfrente de mí, mirándome desde una distancia demasiado corta como para poder desviar la vista sin tener la necesidad de decir nada absurdo y sintiendo cientos de ojos clavados en mi espalda esperando una reacción por mi parte.

—Bienvenida a Estambul, señorita Yildirim —dijo, de forma muy seria mientras me tendía la mano.

Observé a mi alrededor antes de estrecharle la mano. Era evidente que éramos la comidilla del momento. Todos los allí presentes sabía de nuestra relación tanto profesional como personal las últimas semanas antes de marcharme, antes de dejarle.

No dije nada, simplemente afirmé con un leve movimiento de cabeza. Me hervía la sangre al sentir en mi piel su manera de mirarme, con un deje despectivo, incluso cómo me había llamado por mi apellido, sabiendo que adoraba escuchar mi nombre en sus labios.

«Cálmate, Hiranur…», pensé.

—Gracias, Yusuf. —Si creía que le llamaría señor Kaya, lo tenía claro. No pienso ni estoy dispuesta a hacer el imbécil—. ¿Qué tal te va por la compañía?

—Bien —respondió secamente—. ¿Qué tal te ha ido a ti en Barcelona? —me preguntó dejándome claro, de nuevo, que su vida no era de mi incumbencia.

—Bien. —Tampoco yo tenía ganas de explicarle nada sobre la mía.

—Me alegro —dijo después de unos minutos manteniéndome la mirada. Sus ojos recorrieron mi cuerpo hasta llegar a mis pies. Pude comprobar cómo apretaba los dientes y movía la nuez. Se estaba conteniendo. Sabía cómo le molestaba el verme demasiado guapa para los demás o, más bien, para cualquier hombre que no fuera él.

Se me hacía muy raro estar allí con él intentando mantener una conversación educada y coherente y no decirle de verdad lo mucho que le he echado de menos. Y también me sentía triste, descolocada y fuera de lugar. Incluso puedo decir que eché de menos sus críticas sobre mi forma de vestir.

Sus últimas palabras respecto al amor que sentía por mí fueron las que mantuvieron mi esperanza hasta el día de hoy, un anhelo de poder recuperar lo que en algún momento sentimos y que no le dimos ni una sola oportunidad de futuro. Y no me exculpo porque yo fui la que me marché sin saber explicarle realmente cuáles eran los verdaderos motivos.

Una de sus compañeras, guapísima, por cierto, se acercó a nosotros y apoyó su mano en el codo de Yusuf.

—¿No nos vas a presentar, señor Kaya?

Esa voz femenina acompañada de un guiño bravucón, hizo que algo se removiera dentro de mí y, furiosa, me adelanté a Yusuf y le tendí la mano a su engreída compañera.

—Hiranur Yildirim —dije recobrando de nuevo algo de valentía.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Hiranur —me respondió estrechando con fuerza los

dedos de mi mano—. Todos sabemos que os conocéis, pero Yusuf no ha sido capaz de contarnos ni una sola de vuestras aventuras… profesionales, claro.

—Es un hombre de pocas palabras.

—Así es, querida… por cierto, me llamo Natalia Rayder. Americana. Estoy haciendo unas prácticas en Yildirim Deniz, al lado del abogado más atractivo de la compañía. ¿No lo crees?

«Esta tía es gilipollas».

—Yo le hubiera dado ese puesto a mi primo Acar, además tiene más facilidad para conversar.

Lo siento, pero sí, este coqueteo innecesario por parte de la americana me hizo que la sangre me hirviera y sacó lo peor de mí. Sabía que solo con nombrar el nombre de mi primo, a Yusuf se le revolvería el estómago.

—Cierto, tampoco se queda corto, pero mi compañero…

—Disculpad, he de ir un momento al baño.

Decidí escapar de la incómoda situación con la típica excusa del baño, pero fue lo primero que se me ocurrió. O me iba, o esa conversación podría terminar mal.

Salí de la sala sin saludar a nadie más. Necesitaba salir de allí para poder respirar con normalidad e intentar calmarme de una vez. Bajé unas escaleras que vi saliendo del salón a la derecha. No recordaba muy bien dónde se encontraba el baño, pero seguí mi instinto y enseguida vi un pequeño cartel iluminado con una WC.

Me hubiera encantado mojar mi rostro con el agua del grifo y bajar la temperatura de mis mejillas. Estaba alterada, furiosa, celosa…

Después de unos minutos, decidí volver a la cena. No quería que mi padre se percatara de mi ausencia y comenzara a preocuparse. Sabía lo importante que era esa cena para él.

Cuando entré en la sala, mucho más tranquila, comprobé con alivio que todavía nadie había ocupado su lugar en la enorme mesa de mármol.

Me dirigí hacia mi padre que seguía al lado de su mujer y de mi tío enmarañados en una distraída conversación. Acar también estaba junto a ellos. No me gustaba su presencia, pero no podía librarme de ella por lo que, hice de tripas corazón y fui directa hacia ellos.

Antes de llegar, noté en mi muñeca una leve presión. Bajé la vista y era Yusuf que me agarraba con fuerza y frenaba mis pasos. Me tensé, a punto de pegar un tirón fuerte y desprenderme de su mano, pero me contuve.

—Estás preciosa… —me susurró a un milímetro del oído mientras me agarraba la cintura con la mano que tenía libre—. ¿Por qué has venido?

Yusuf cada vez me agarraba la espalda con más fuerza y me acercaba a su pecho. Apoyé la mano que tenía libre para apoyarla en su torso e intentar desprenderme de su abrazo.

—Mi padre me lo ha pedido. No es un capricho mío. Y suéltame, Yusuf, no quiero ser de nuevo la comidilla de la empresa.

—¿Cuántos días estarás en Estambul?

—Tres días más… después volveré a Barcelona.

Yusuf asintió en voz baja y me liberó de sus brazos, lentamente, como si fuera un sobreesfuerzo que le estaba costando la vida. Después, cuando lo consiguió, se dio la vuelta y salió de la sala.

Y me dejó allí, con el corazón en un puño y temblando de miedo, de un miedo que todavía no había sentido, el miedo que alcanzas cuando lo pierdes todo.

42

YUSUF

Y yo pensando que mi corazón comenzaba a latir con normalidad… Joder, qué ingenuo, habían pasado solo cuatro meses, no era suficiente. Pero después de haberla sentido en mis brazos de nuevo, oler su piel, incluso su cabello, me pregunto seriamente si existe el tiempo suficiente para poder olvidarla y amar a otra mujer. Ahora mismo, diría que, aunque viviera cuatro vidas, no podría olvidarla.

Esa mañana en el aeropuerto, ese momento lamentable en que la dejé marchar, en que no supe convencerla de que su vida estaba aquí, conmigo, con su familia, había sido mi mayor fracaso. Me lo recriminé durante semanas hasta el punto de hacerme sentir un verdadero estúpido. Había dejado marchar a la única mujer que había sido capaz de poner mi vida patas arriba, a la única que conseguía volverme loco de amor. Y sí, morir de amor, no te mueres, pero sí te puedes volver loco.

Llevaba cuatro meses preguntándome qué es lo que pasó, qué hice mal y sobre todo por qué no fui capaz de trasmitirle mis sentimientos, que viera con sus propios ojos a qué velocidad latía mi corazón cuando ella estaba cerca de mí y también cuando estaba lejos, porque había pasado de tener un órgano vital desbocado a tenerlo abatido.

En cuanto vi a Hiranur entrar en la sala, me tuve que contener para no salir corriendo, agarrarla por la cintura y aplastar mis labios en los suyos. Decirle lo mucho que la quería, lo mucho que la necesitaba. Pero eso solo fue un deseo, nada más, aunque por cómo me miró, comprendí que seguía importándole. Por un segundo me invadió un hilo de esperanza porque también sentí un leve escalofrío cuando pasé mi mano por su espalda y la acerqué a más de lo que debería, pero no pude contenerme. Es demasiado bonita, demasiado dulce, demasiado sexi, demasiado todo para mí.

Una mirada amenazante de Acar hizo que reaccionara antes de que me hubiera gustado. Tuve que soltarla y dejar que ella se alejara de mí un paso. Se me quedó mirando varios segundos percatándose de que la presencia de su primo me molestaba soberanamente.

—No voy a meterme en líos, Yusuf —dijo Hiranur dando por hecho de que la tensión de mi mandíbula y la dilatación de los orificios de mi nariz eran por causa de Acar.

No lo soportaba.

Había metido a Hiranur en más de un problema, era un niño malcriado, que caminaba por encima de los demás sin importarle pisarte si es necesario, era poco trabajador, impulsivo, y tremendamente mujeriego.

—Eso espero, Hiranur. Ya no tengo la obligación de protegerte —dije de forma impulsiva y sin pensar que mis palabras podían hacerle daño. Hiranur cerró los ojos y desvió la vista hacia sus pies, otra señal delatadora de que todavía sentía algo por mí—, pero lo haría. Siempre. Hasta el último día de mi vida.

Con mi dedo índice rocé su barbilla y le obligué a mirarme.

Estuvimos mirándonos hasta que su padre apareció a su lado. Se aclaró la garganta y levantó las cejas cuando pudo alcanzar mis ojos. No sé cuántos segundos o minutos llevaba a nuestro

lado. Cuando ella estaba cerca de mí, el mundo entero desaparecía. Éramos solo ella y yo, nadie más.

—Yusuf, si no te importa, te robo a mi hija.

Sí, me importa y mucho. Quiero llevármela ahora mismo, meterla en mi coche y conducir horas y horas sin importarme el destino, porque me importa un carajo cualquier lugar si ella no está conmigo.

He de volvérselo a decir antes de que vuelva a Barcelona. Tengo tres días, es suficiente para decirle que se quede conmigo. Si fuera por mí, se lo diría en este mismo instante, me duele perder minutos sin poderle decir de nuevo que la amo, que la adoro, que es mi vida, mi mundo, mi razón de vivir. Y si estos cuatro eternos meses me han servido de algo, ha sido para todavía tener más claro, si cabe, mis sentimientos y lo que quiero de mi vida y con quién la quiero compartir.

—Por supuesto, señor Yildirim, pero… me gustaría poder llevar a su hija a casa cuando ella decida marcharse.

Volví a enfocar mis ojos hacia los de Hiranur. Se mostraba sorprendida. Era evidente que no se esperaba mi oferta, pero no estaba para perder tiempo. Quizá tres días no eran tanto si tenía que volver a enamorarla.

—Siempre que ella quiera, por mi parte, no tengo ninguna objeción.

La manera en que fruncí el ceño y entrecerré los ojos era como un por favor sin necesidad de palabras.

—Sí. Iré con él.

Si hubiera podido pegar un chillido sin asustar a media sala, lo hubiera hecho con ganas. No es que no pensara su respuesta, de hecho, se quedó varios segundos mirando a su padre y a mí sin decir nada. Incluso pensé que mi proposición sería rechazada.

Asentí disimulando mi satisfacción y me di la vuelta antes de que una sonrisa me delatara.

Estuve pendiente de ella toda la noche, entrecruzando miradas continuamente, fijándome en sus delicadas manos, en cómo cogía los cubiertos, se acercaba la comida a la boca y masticaba con cuidado, despacio, saboreando los trozos de carne como si nunca hubiera probado ninguno.

No fui capaz de disfrutar de la velada. Estuve las dos largas horas que duró la cena babeando como un condenado por la hija del jefe. Ni siquiera pude interactuar con normalidad con el resto de mis compañeros, no me pude concentrar en ninguna conversación ni dar siquiera una simple opinión sobre la multitud de temas que fueron saliendo. Mi mente estaba centrada solo en ella.

—No has cenado nada, Yusuf. —Natalia Rayder había intentado algo conmigo desde el primer día que había aparecido en Yildirim Deniz. Era una mujer hermosa e inteligente y si la hubiera conocido en otro momento de mi vida, seguro que hubiera caído en sus brazos, pero ahora no. Ahora ni la mujer más guapa del mundo sería una tentación para mí.

—Había picado algo antes de venir y he perdido el hambre.

—Había pensado que quizás era por la hija del señor Yildirim. Desde que ha aparecido en la sala te has aislado en tu mundo.

—No es por ella, suelo hacerlo… —No mentía en cierto modo. Esa noche sí que ella era la culpable de que no fuera una buena compañía de mesa, pero en general, no me agradaban las sobremesas.

—No tanto como hoy, señor Kaya —dijo de forma socarrona.

Después de esa llamada de atención, hice el sobreesfuerzo de prestar más atención a mis compañeros. Además, me había dado cuenta de que muchas de las chicas se habían susurrado cerca del oído probablemente comentarios sobre mi actitud. Y es que se lo había puesto en

bandeja.

Al fin llegaron los postres y en consecuencia el final del banquete. No puedo recordar una cena tan eternamente larga. Deseaba con todas mis fuerzas volver a estar a su lado, aunque no la pudiera tocar.

Nos levantamos todos los empleados después de escuchar unas palabras que nos dedicó a todos los empleados de la naviera el presidente de la compañía. El señor Ömer habló de la importancia de la actitud frente a la vida, de lo agradable que es encontrarse a un compañero sonriendo todos los días, de lo que valoraba la buena educación y sobre todo el saber y querer ayudar. Alargó su discurso cuando explicó la importancia del saber luchar por un objetivo, sea cual sea.

Sea cual sea. Me repetí a mí mismo. Sea cual sea.

Conseguí alcanzarla antes de que cruzara la puerta de salida hacia la calle. Se había escapado de la sala en donde habíamos cenado a pesar de que había aceptado mi oferta de llevarla a casa. Quizá se había arrepentido a última hora, pero yo no lo había hecho y no pensaba perder esa oportunidad.

La vi resguardándose al lado de su padre, vigilando su alrededor.

Me acerqué a ella y le rocé su mano con mis dedos. Comprobé cómo inhalaba de forma rápida una enorme bocanada de aire para después no exhalarla.

—Hiranur. —Miré su boca varios segundos antes de centrarme en sus ojos, esos ojos que podían matarme con solo un parpadeo—. Creo que habíamos quedado en que te llevaría yo a casa.

—Ah… sí, perdona. Se me había olvidado.

Mentira. No se le había olvidado en absoluto. Más bien lo había tenido presente a lo largo de toda la velada, pero no pensaba decírmelo por lo que acepté su mentira sin darle más importancia.

—No quiero obligarte a nada, si prefieres ir con tu padre, lo entenderé. No tienes por qué aguantarme si no quieres.

Se me había vuelto a escapar esa parte de mi orgullo que se negaba a rogarle a ninguna mujer. Con ella, la perdía cada dos por tres, excepto cuando su actitud distante hacía que soltara algún comentario vanidoso.

—Sí que quiero —dijo no demasiado convencida.

Menos mal, pensé. Por mi poco apropiado comentario me había jugado una buenísima oportunidad para recuperarla.

—Está bien. Vámonos, entonces.

No pude decirle nada más hasta que llegamos al coche. Repasé mi discurso inicial, ese que quise decirle en el aeropuerto de Estambul y que fue un maldito fracaso, pero aun así lo recordé, lo repasé e intenté acordarme de todas las palabras que dije, precisamente para no volverlo a decir.

Mi coche era sencillo, un Fiat de segunda mano, de tres puertas y más bien bajo. Abrí la puerta del copiloto y sin su permiso, le cogí la mano para que se pudiera incorporar al asiento sin tropezar. Sus tacones tampoco ayudaban a pesar de que le estilizaban tanto las piernas que era una tortura verlas y no poderlas tocar.

Después de cerrar la puerta, recorrí el coche por delante sin dejar de mirarla. Ella también me observaba. Parecía nerviosa, como si quisiera decirme algo, pero no encontraba las palabras apropiadas. Si era así, entonces estábamos en la misma situación.

Abrí la puerta del conductor y cuando estuve sentado me abroché el cinturón. Hiranur luchaba

para poder abrocharse el suyo sin éxito. La hebilla estaba demasiado vieja y necesitaba bastante fuerza para que las dos piezas encajaran.

—Déjame ayudarte —le dije mientras le acariciaba con mis dedos el dorsal de su mano.

—Gracias. Creo que no funciona —su voz era parecida a la de una niña asustada.

—Sí que funciona, lo que pasa es que necesitas más fuerza para poder encajar las dos piezas. Es un coche viejo y estas piezas están algo oxidadas.

Hiranur asintió y desvió la mirada hacia el frente mientras yo le abrochaba el cinturón de seguridad. Después de escuchar el sonido del cierre entre las piezas, me dediqué un minuto para mí y disfruté de su perfil. Era perfecto.

Mentón en forma de óvalo, pómulos marcados y mandíbula afilada.

Suspiré profundo sin importarme que ella se diera cuenta del ansia que sentía por tenerla. No pensaba disimular ni un segundo mis sentimientos y menos si solo tenía setenta y dos horas.

—¿Nos vamos? —me preguntó impaciente. Entrelazó los dedos de sus manos y los introdujo entre las dos piernas. No pude evitar mirar esas piernas que una vez habían sido mías.

Me centré en girar la llave del coche y encenderlo para comenzar el trayecto, pero mi intención no era llevarla a su casa de forma inmediata. Llegaríamos enseguida y tendría que volverme a separar de ella.

Hiranur se dio cuenta enseguida que había elegido un camino diferente. Frunció el ceño y después de unos minutos callada, se giró para mirarme y abrió la boca para después cerrarla casi de forma inmediata.

—Quiero llevarte a la playa.

Le saqué de dudas. Era evidente que me quería preguntar a dónde rayos la llevaba.

—Mejor que me lleves a casa.

—Y lo haré… después de llevarte a la playa.

Hiranur se volvió a incorporar al asiento y se centró en la carretera. Estaba molesta, pero aceptó mi decisión sin rechistar.

—Hace unos meses eras más guerrera, Hiranur Yildirim.

—Sigo siéndolo, Yusuf Kaya, pero sé que por mucho que te diga, no te haré cambiar de opinión. Eres el hombre más terco que he conocido, por no decir obstinado, testarudo, intransigente…

Solté una carcajada ante tal barbaridad de piropos. Ella no pudo controlarse y nos comenzamos a reír juntos. Primero me sonrió para después terminar los dos riéndonos sin saber exactamente cuál era el motivo. Quizá era una manera de liberar nuestras emociones, contraídas durante meses.

Cuando nos calmamos, continuamos el recorrido hacia la playa en silencio. Había sido solo un instante, un momento de esos que se pueden considerar de felicidad, quizá el primero en cuatro meses.

Aparqué el coche justo delante de la playa, le ayudé a desabrocharse el cinturón y después de abrir mi puerta y salir prácticamente corriendo hacia la suya, la abrí y le ayudé a bajar, cogiéndole de la mano, con la intención de no volvérsela a soltar.

—Te has vuelto un caballero.

—Siempre lo he sido, Hiranur.

Caminamos hacia la orilla cogidos de la mano. Hiranur se quitó los zapatos para poder sentir el agua salada en la planta de sus pies.

Seguíamos cogidos de la mano. En silencio. Hay veces, como esta, que las palabras sobran.

—No te vayas, Hiranur. Quédate conmigo.

—¿Por qué? —me preguntó mirándome a los ojos.
—Porque te quiero.
¿Existe alguna razón más poderosa que esa?

43

HIRANUR

Una cálida sensación de paz me embriagó cuando entré en casa después de la intensa conversación que tuve con Yusuf en la playa.

No le aseguré nada a pesar de rogarme que me quedara con él y que siguiera con mi vida en la preciosa ciudad que me había acogido. No la sentía todavía como mía, pero Estambul me gustaba. Había vida, color y luz. Y, sobre todo, estaba mi familia, la única que tenía.

Seguía manteniendo viva una lucha interna sobre la decisión que debía de tomar. La que creía correcta y las que gritaba mi corazón. Estaba confundida.

Había retomado mi vida en Barcelona y, a pesar de la añoranza, estaba bien. No puedo decir que estuviera del todo feliz, mi corazón no latía como lo debe de hacer un corazón sano, palpitaba a medio gas.

Adoro Barcelona y considero que sigue siendo mi ciudad, pero quizás ha dejado de ser mi hogar.

La dulzura de Yusuf esa noche fue asombrosa. Esperaba que sus palabras fueran acompañadas de la pasión de sus últimos encuentros, pero no fue así, me hizo ver la realidad que había dejado apartada.

No me exigía nada, sino más bien fue un ruego con palabras exhibiendo unas emociones que había tenido contraídas durante los meses que ella no había estado con él. Hizo que volviera a sentir en mi piel y en mi alma una fuente de sensaciones tan intensas que hicieron que me estremeciera de pies a cabeza.

Me pidió por favor que me quedara con él, que no soportaba vivir sin mí. Me abrazó durante un largo rato en el que, apoyando mi cabeza en su hombro, me hice la pregunta que debería de haberme hecho antes de volver a Barcelona.

¿Puedo yo vivir sin él?

La respuesta había sido afirmativa. Podía, pero ¿quería? Esa pregunta tenía otra respuesta.

No, no quería. Y no solo no quería vivir sin Yusuf, es que tampoco quería vivir sin mi padre, ni sin mis hermanos, incluso puedo decir que tampoco quería vivir sin Ecrin. Mi vida, con ellos a mi lado, era mil veces mejor.

A pesar de no contestar a Yusuf en ese mismo instante, le besé en los labios de una forma dulce, simplemente rocé la piel de mis labios con la suya y por la forma que me miró, en que la luz de sus ojos brillaba de forma triunfante, él supo que existía la posibilidad de que no cogiera el avión en tres días.

No quiso insistir más, ni con palabras ni con más besos. Solo me abrazaba fuerte, rodeándome con sus brazos, sonriendo sin parar, y acariciándome el rostro con las dos manos.

Qué placer tan incomparable sentí bajo sus brazos, inmenso a cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Yusuf era demasiado protector, pero, habiéndome molestado ese detalle de su personalidad en su momento, ahora me agradaba.

Mi padre estaba despierto cuando llegué, de hecho, fue el que me abrió la puerta antes de llegar al final de la escalera.

—Papá, ¿qué haces despierto? —le pregunté extrañada.

—Te estaba esperando —me respondió mostrándome una sonrisa melancólica.

—Gracias… pero no hacía falta. Es tarde para ti.

A esas horas, en un día cualquiera, ya debería llevar horas durmiendo.

—¿Qué tal ha ido con Yusuf? —dijo mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

—Bien… —No sabía exactamente qué es lo que él quería escuchar. Sabía perfectamente que entre Yusuf y yo había habido algo, no una relación propiamente dicha, pero sí un cruce de sentimientos intensos difíciles de controlar.

—Él sigue enamorado de ti. No le he visto sonreír en estos cuatro meses que has estado en Barcelona. Deambulaba por la empresa como un alma en pena. Era el primero en llegar y el último en marcharse. No tenía otra cosa que hacer que no fuera trabajar. Eso sí, ha rendido como el que más, pero no ha vivido… creo que no puede vivir sin ti, cariño, y yo tampoco.

Mi padre no puede vivir sin mí, Yusuf no puede vivir sin mí… me lo acababa de decir. Eso había escuchado, mis oídos no me habían engañado. Esas palabras habían salido de sus labios.

—Te quiero, papá —dije mientras mi padre me atraía hacia sí y me acunaba en sus brazos.

—Yo también te quiero, hija.

No me esforcé en reprimir unas lágrimas que llevaban minutos intentando salir de mis ojos, húmedos casi desde el principio. Lloré en el hombro de mi padre, soltando de vez en cuando gemidos igual que haría una niña pequeña. Esos gemidos que solté miles de veces sola en mi habitación de Barcelona cuando era pequeña y no disponía de su hombro igual que ahora.

—Creo que no quiero volver a Barcelona, papá —le confesé sin dejar de abrazarlo.

—Y yo tampoco quiero que vuelvas. No lo he querido nunca, Hiranur.

—¿Y por qué me dejaste marchar? —le pregunté con crudeza.

—Porque desde el primer día en que llegaste tu idea era volver y ¿sabes? Creo que hiciste bien en marcharte durante unos meses. Hay veces, muchas veces, en que has de ver lo que pierdes si te vas y lo que ganas si te quedas. Cada decisión que tomes en la vida tiene unas consecuencias. Por supuesto que yo deseaba que te quedaras conmigo. ¡He estado toda tu vida en un segundo plano!

—Ya no —dije de forma impulsiva.

—Y no te puedes imaginar lo feliz que me hace esto. Te quiero, siempre te he querido y siempre te querré. Tomes la decisión que tomes y vayas a donde vayas. Ahí estaré. No volveré a dejarte nunca más.

—Gracias, papá.

—Gracias a ti, preciosa. Tus hermanos estarán felices de tenerte de nuevo aquí. Ellos también te han echado muchísimo de menos.

—Y yo a ellos. Los adoro y son muy buenos hermanos. Además, me encanta ser su hermana mayor. Siempre había querido tener hermanos, pero mamá jamás superó vuestra separación y nunca fue capaz de abrir su corazón a otro hombre.

Ömer asintió sin decir nada. Sabía que se sentía muy culpable por ello. No se lo había perdonado todavía y no era el momento de hablar de nuevo de mi madre. Indirectamente le había dicho más de una vez que yo le había perdonado, pero me costaba expresarlo con palabras. Ya habría de nuevo un momento, una oportunidad para hablar de esa etapa de mi vida con calma, con un nuevo corazón y una nueva visión de la vida.

—Supongo que el señor Kaya ha tenido mucho que ver en tu decisión de quedarte aquí, en

Estambul —dijo arqueando las cejas y mostrando una sonrisa socarrona.

—En parte, sí… decirte que él no me importa sería mentirte. Le quiero, papá. Me hace sentir cosas que jamás había sentido. Estoy enamorada de él, creo que desde el primer día en que lo vi. Pero tú, mis hermanos y Ecrin también habéis tenido que ver. Aquí me siento como en casa.

—Es tu casa, Hiranur —me rectificó Ömer de forma seria. Había hecho todo lo posible para que me sintiera a gusto en esa mansión de lujo inmensa y lo había conseguido.

—Sí, esta es mi casa, pero sobre todo porque estáis vosotros. Os he echado tanto de menos que solo el pensar en volver a estar sola en Barcelona se me revuelve el estómago. Tampoco quiero pensar en no nunca más, pero deseo quedarme aquí, en Estambul, con vosotros.

Levanté la vista para poder mirar a mi padre directamente a los ojos y comprobé que los tenía humedecidos. Mis palabras le habían emocionado mis palabras y eso también me hacía feliz.

Había comprobado, en pocos meses que Ömer Yildirim era un buen hombre, con un buen fondo. Sabía que había sufrido lo indecible por la historia de amor frustrada que tuvo con mi madre. Sabía que la dejó por ser un joven demasiado obediente, apegado y fiel a su padre. No pudo o no supo luchar por ella, buscarla cuando la madurez se lo permitió, cuando tuvo la edad suficiente para tomar sus decisiones sin miedo a las consecuencias.

Había perdido mucho por ello y eso es lo que quiso trasmitirme cuando me dijo que cualquier decisión que tomara tiene unas consecuencias y que hay que afrontarlas. Sean buenas o malas.

Estuvimos mucho rato abrazados, en silencio. Únicamente notaba una enorme mano acariciando mi pelo mientras mi cabeza seguía apoyada en su hombro. Ni él ni yo queríamos ponerle fin a este momento.

Esa noche fue una de las mejores de mi vida. Descansé en mi cama durante horas y me levanté con el primer rayo de sol que se atrevió a cruzar mi ventana.

Sentí una caricia en mi cara con un pequeño dedo. Era Akin. Estaba estirado a mi lado, apoyando su cara en una de sus manos y con la otra me acariciaba con dulzura la mejilla.

¡Qué despertar más maravilloso! ¿Cómo podía yo renunciar a eso?

—Buenos días, hermanito… —dije incorporándome para estar más cerca de él.

—Me ha dicho papi que te quedas. ¿Lo has hecho por ese chico que está enamorado de ti?

—Sí, hermanito, me quedo con vosotros, pero… ¿Quién te ha dicho que lo hago por un chico que no seas tú o tu hermano?

—Me lo ha dicho mamá y… bueno, también lo he escuchado esta mañana cuando Adem le comentaba a la señora Bellinay que Yusuf te había dicho que te quería y que te ibas a quedar aquí por él. ¿Te vas a casar con él?

No pude reprimir una enorme carcajada al ver la cara de asustado que tenía mi hermano.

—No me voy a casar con él, cariño. Y no me quedo solamente por él, sino también por ti, por tu hermano y por papá… y también por tu madre.

—Me alegro de que hayas vuelto y, sobre todo, que te quedes, Hiranur.

Me gustó escuchar mi nombre a través de sus labios. Pocas veces me llamaba por mi nombre de pila y muy pocas veces expresaba sus sentimientos y sus deseos con tanta claridad.

—Yo también me alegro, Akin.

Le abracé fuerte con mis brazos y permanecimos estirados en mi cama hasta que Berat apareció en la habitación y corrió igual que un rayo hasta la cama, pisándonos los cuerpos sin miedo a hacernos daño. Terminamos en una guerra de cojines, riéndonos como locos y yo, sobre todo, feliz de estar de nuevo en casa.

EPÍLOGO

HIRANUR

—Buenos días, señorita Yildirim —me dijeron al unísono las dos recepcionistas de Yildirim Deniz.

—Buenos días, chicas. —Como no había manera alguna de acordarme de sus nombres, había decidido ser cortés sin dirigirme a ninguna en concreto.

—¿Viene de visita?, ¿quiere que avisemos a su padre?, ¿la acompañamos a la oficina del señor Yildirim?... —Si no llego a levantar la mano para frenar el torrente de preguntas todavía estaría delante de ellas.

—Vengo a visitar al señor Yusuf Kaya.

Las dos chicas levantaron las cejas también a la vez y se miraron de la forma más disimulada posible. Supongo que la escena del ascensor siempre estará presente en nuestro historial de momentos románticos.

—Oh… claro, por supuesto. ¿Quiere que le acompañemos? —me preguntó una de ellas.

—No hace falta… creo recordar la planta en la que está el departamento jurídico.

Les sonreí y antes de que se ofrecieran a cualquier cosa más, me marché a paso rápido.

Cuando me planté delante del ascensor, sentí cómo mi corazón comenzaba a latir de un modo más fuerte. Volvía a perder el control sobre este órgano que, casi siempre, palpitaba al ritmo que le daba la gana.

Apoyé mi mano derecha en el lado izquierdo de mi pecho, como si quisiera ordenarle al corazón que se calmara, que únicamente venía a saludarlo y a decirle que había tomado la decisión que él tanto esperaba.

Por fin la enorme puerta metálica se abrió y pude entrar en el ascensor. Estaba nerviosa, tanto, que dudé si el departamento jurídico estaba en la planta quinta o sexta. Al final decidí que el número par me traía mejores vibraciones por lo que apreté el número seis. Cerré los ojos y recordé ese momento íntimo, inolvidable, increíble y absolutamente intenso que viví con Yusuf en ese mismo ascensor.

Cuando las puertas se abrieron me encontré con la guapísima compañera americana de Yusuf enfrente de mí.

—¡Hiranur! ¡Qué sorpresa…! —dijo forzando una sonrisa.

—Hola, Natalia. He venido a ver un momento a Yusuf.

—Está en su despacho. ¿Quieres que te acompañe?

—No, muchas gracias. Seguro que lo encuentro.

—No lo dudo —dijo la americana de forma irónica.

Casi rozándome el hombro, se adelantó hacia mí y entró en el ascensor. Era evidente que mi presencia le disgustaba y todavía no sabía que había tomado la decisión de quedarme. Ni siquiera me dijo adiós cuando la puerta del elevador se cerró.

Suspiré para intentar calmarme y volví a retomar mi camino hacia el despacho de Yusuf. No tenía muy claro de cuál era, pero no tuve problemas en encontrarlo porque uno de sus compañeros, uno que no había visto nunca, me señaló con el dedo la puerta a la que me tenía que

dirigir.

Abrí la puerta de su despacho, no sin antes dar unos golpes suaves con los nudillos de mi mano y allí estaba el hombre más guapo del mundo rodeado de una montaña de carpetas llena de papeles. Me encantan los chicos vestidos de traje y con corbata, si puede ser oscura, pero es que realmente Yusuf con traje se veía espectacular.

Estaba tan concentrado en la lectura de un documento que no se dio cuenta de que alguien había entrado en su oficina.

Carraspeé con la garganta para avisarle de que estaba allí.

Levantó la vista y cuando se percató de mi presencia, se levantó de un salto.

—¿Hiranur?

Entendía su sorpresa. Ayer no le dije que me iba a quedar. Y él no quiso seguir insistiendo.

—Hola… ¿tienes un minuto? Si estás muy ocupado, puedo venir en otro momento.

—¡No! Me refiero a que cualquier cosa puede esperar.

Yusuf dejó los documentos que todavía tenía agarrados con su mano y caminó alrededor de su mesa hasta llegar a estar enfrente de mí.

—He decidido…

Yusuf levantó la mano para hacerme callar. Quizá para él esta situación de incertidumbre era mucho más dolorosa de lo que yo pensaba.

—Si has venido para decirme que te marchas en dos días, no era necesario que vinieras hasta aquí. Con un simple mensaje me lo podrías haber dicho.

—¿Ya? —le pregunté con un tono socarrón.

Él asintió.

—Te quiero, Yusuf, y me quedo aquí, contigo y con mi familia. Aquí es donde quiero estar, donde quiero comenzar una nueva vida y donde…

No pude terminar la frase. Yusuf me cogió por la cintura y me elevó del suelo para abrazarme y darme vueltas con los pies en el aire.

—¡Yusuf! —exclamé después de varias vueltas. Estaba agarrada a su cuello con fuerza para no caerme, aunque sabía que él no me dejaría caer, nunca.

—Te quiero, te quiero, te quiero… no te arrepentirás de quedarte aquí, conmigo. No sabes lo que he llegado a desear que este momento sucediera. Había decidido que, si te ibas a Barcelona, me iría contigo. Me importa un bledo si perdía mi trabajo, si dejaba a mi familia, a mis amigos. Tú lo eres todo para mí, eres mi mundo. No soy feliz en ningún lado si no estás tú. Llámame egoísta… lo soy, pero es que quiero ser feliz y no lo soy si no estás conmigo.

—No hace falta que dejes nada ni a nadie. Me quedo, mi amor. Me quedo contigo. Para siempre.

Yusuf me agarró las mejillas con las dos manos y me aplastó sus labios en los míos. Era un beso desesperado, sentido, el cúmulo de muchos besos deseados durante semanas, meses.

Tres meses más tarde…

Salí de la universidad apoyada en el brazo de Siomara. Ella había decidido estudiar la misma carrera universitaria que yo. Cosa que me hacía muy feliz ya que había comenzado un trimestre más tarde y tenerla cerca de mí era un alivio, sobre todo las primeras semanas.

—Eres una tía con suerte… ¿no se cansa de venirte a buscar todos los días? —me preguntó refiriéndose a Yusuf que cumplía fiel a su propósito de comer conmigo todos los mediodías.

—Parece ser que no…

—Hasta mañana, amiga, nos vemos esta noche en la fiesta de Susie.

—¿A qué fiesta se refiere? —me preguntó Yusuf mientras me daba un beso en la mejilla.

—Ahora te cuento mientras me invitas a uno de esos kebabs repletos de verduras. Estoy muerta de hambre, cariño.

—Me encanta que me llames cariño… ¿lo seguirás haciendo siempre?

—Siempre…

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis hijos María, Cris y Martín por ser los pilares de mi vida, mi motivación para superarme cada día, mi fuerza, mi risa, mis lloros, mi todo.

Gracias a mi marido Javi por estar siempre ahí, cerca de mí, apoyándome en mis proyectos, sea cual sea. Gracias por quererme tanto.

Gracias a mi madre por creer que puedo contar historias, por sentirse orgullosa de mi, por ser una madre insuperable, por enseñarme a lo que es ser una buena madre.

Gracias a mis amigos y amigas por leer mis libros y decirme antes de acabarlo lo mucho que les está gustando.

Gracias a mi querida editora, Marta, que ha confiado en mí desde un principio.

Y gracias a los lectores que sin conocerme me han querido dar una oportunidad. Gracias de todo corazón.